Paula Ramos

Consejos para días azules

Consejos para días azules

Paula Ramos

Para Cristina, mi Cris,
por enseñarme qué es la fortaleza,
por no perder nunca tu sonrisa.
Gracias por formar parte de mi vida.

Se le nota en la voz, por dentro es de colores.

EXTREMODURO

«No se tome la vida demasiado en serio; nunca saldrá usted vivo de ella». Tengo la clara certeza de que Elbert Hubbard, este buen hombre que dijo la emblemática y certera frase, lo hizo pensando en mí. En doña Nagore de las cagadas.

Y, sí, vale que faltaban unos pocos años para que yo naciera —quien dice unos pocos, dice algo más de un siglo—, pero os digo que este sujeto sabía la que se me venía y decidió darme este consejito. Y aquí me encuentro.

No es que no le haya hecho caso, es que creo que se me está haciendo un poco bola, ¿sabéis?

Intento tomarme con esta filosofía todo lo que me va sucediendo, pero ¿cuándo captará el universo que ya basta?

¿No ha sido suficiente ya? No sé, parece que hasta que no esté hundida en mierda no dejarán de sucederme cosas; eso sí, en ningún caso me cae el euromillón para poder montar mi hotelito. Hay que ver la ironía...

Es que ni quiero numerar todo lo que me ha ido pasando. Por eso de no recordar, ya sabéis, aunque ¿a quién voy a engañar? Todo se empezó a torcer en cuanto Diego (sí, ya está, lo he nombrado) decidió que era demasiado... ¿Cómo me llamó? «Controladora». ¡Por favor! Que le den, a ese estúpido.

Pero bueno, así, entre nosotras, reconozco que en el momento en que salió de mi vida todo ha ido a peor. Aunque, por supuesto, llega ese instante, ese en el que piensas que estás

realmente jodida y eres conocedora de la verdad —que has tocado fondo, vamos—, entonces piensas y dices la temida frase: «Bueno, a peor no puedo ir».

¡Ay, amiga! La cagaste, pero a unos niveles tan insospechados que vas a —como se dice comúnmente— flipar.

Y, sí, esa amiga soy yo.

Siempre he tenido la creencia de que no todo te puede ir mal en esta vida. Bueno, más bien de que si en alguno de los tres grupos —salud, amor y dinero/trabajo— te va bien, uno de ellos te tiene que fallar por narices.

«Por lo menos tengo salud...», es lo que me digo cada mañana, pero, joder, ya podría coger un catarrito y yo qué sé, que me den un buen meneo.

Aunque visto el ritmo que llevo, ya solo me queda decir —como la Faraona, Lola Flores— que a mí, cuando me muera, me la metan... y, no, no tengo bata de cola.

20 de agosto

Muy temprano por la mañana

—Venga, mujer, ve soltando suavemente el embrague y...

—¡Y tira del freno de mano!

—¡Elsa! —la regaña Diana, volviéndose para mirar hacia atrás, que es donde ella y Gala están sentadas en el pequeño Fiat 500 rojo que hemos alquilado para estas vacaciones.

—¡Es la única forma de libraros de este mal! —se queja la morena.

—Mira que eres bruta —oigo decir a Gala.

—¿Yo? A ver, no te hagas ahora la santurrona, que tú también estás rebuznando.

—Por favor... —quiere intervenir de nuevo Diana, pero el coche se me cala otra vez.

—¡Joder! —me quejo dejando caer la cabeza sobre el volante.

—Venga, Nagore, esto es normal al principio —dice Diana en un intento de animarme—. Tú, arriba el ánimo. Vamos de nuevo. Te digo yo que de estas vacaciones sales sabiendo conducir.

—Eso que se acerca, ¿qué es? —pregunto con los ojos entrecerrados—. ¿Una moto o alguien en bici?

Y es que no consigo distinguir la silueta que claramente se está acercando en esta sinuosa y estrecha carretera de doble sentido. Juro que comienzo a tener alucinaciones, como en las escenas de las películas en las que los protagonistas están en un desierto... ¿Es que esta carretera no termina nunca? Vale que

solo llevo cinco minutos en el coche, pero, qué cinco minutos.

Estamos rodeadas de montañas y vegetación, y la calzada es tan estrecha que empiezo a barajar la idea de pedirle a Diana que tome los mandos de nuevo. Ya probaré esto en otro momento.

—En bici —contesta Gala, trayéndome de vuelta—. Cariño, deberías ir a graduarte la vista ya de una vez.

—Diana —vuelve al ataque Elsa—, haz el favor de subir el aire. Me estoy desintegrando.

—De verdad, qué exagerada eres a veces... —Diana se inclina para poner el aire un poco más fuerte.

—¿A veces? —pregunto yo, al tiempo que miro por el retrovisor para echar un vistazo a mi *adorable* amiga.

El reflejo de Elsa entrecierra los ojos.

—Menos miraditas, monada —dice dedicándome una gran sonrisa forzada—. Y céntrate en la carretera para llegar a la maldita cala. Como sigamos a este ritmo, se nos olvidará a qué íbamos.

—¿Votaciones para sacarla del coche? —propone Gala, y ello provoca que Diana se ría y yo sonría, por fin con el coche arrancado y subiendo por la endemoniada carretera.

—Pensé que nadie lo propondría nunca —digo sujetando el volante fuertemente, entonces me doy cuenta de que tengo que cambiar a tercera.

¿Cómo puede ser tan difícil? ¿Qué tiene de malo un coche automático? Señora, ¿quién me mandó acceder a la propuesta de Diana?

—Ja, ja —se ríe falsamente Elsa—. ¡Oh, vaya!

—¿Qué? —pregunto muy tensa, alargando eso de meter la marcha.

—El ciclista se acerca, pero tranquila, estoy preparada. Cuando hagas el amago de atropellarlo, lo remato con la puerta, y a la velocidad que vamos, creo que me daría tiempo a

bajar y deshacerme del cadáver. Entre tanta montaña, te aseguro que nadie encuentra el cadáver.

—Elsa, vete a la mierda —contesto mientras oigo su risita y contengo la mía; vamos a ver, no quiero perder la concentración.

Finalmente, cojo aire, y... ¡Meto la tercera!

—¡Ole! —salta Gala, mientras Diana aplaude y Elsa vitorea.

—Próxima parada: Cala Torrent de Pareis.

—Pero ¿esto no era llegar y ya? —pregunto, al tiempo que dejo caer la bolsa ideal de Bimba y Lola sobre el dichoso caminito de tierra que parece no terminar nunca—. Yo voto por volver a la otra cala, más pequeña, sí, pero me ha parecido muy cuca.

El sol me abrasa y el calor me agota. Menos mal que he traído la pamela de rafia que me compré hace cuatro años, por lo menos, y que no había estrenado. Me daba apuro porque pensaba que era excesivamente grande, pero, por favor, ahora veo lo práctica que es.

Elsa también se detiene a mi lado para deslizar sus gafas de sol por el puente de la nariz y mirar el camino que nos queda.

—Yo estoy con la sombrilla con patas —dice la pedorra.

—¡Ey! —me quejo mientras toco mi pamela IDEAL y fulmino a Elsa con la mirada.

Vale que es grande, pero no tanto. Lo prometo.

—Mira, tía, por lo menos no vas a morir de una insolación, piénsalo así.

—De verdad, qué quejicas sois —contesta Gala, quien todavía camina junto a Diana como si sus vidas dependieran de ello.

¿De dónde sacan tanta energía?

—Pero es que, ¿dónde está la cala? —insisto.

—En el quinto coño, ya te lo digo yo —responde Elsa, haciéndome un gesto para retomar la marcha.

—Esa boca —la regaña Diana a lo lejos.

Me río cuando Elsa le hace burla en silencio, pero nuestros ruegos son escuchados, pues cinco minutos después, tras cruzar un túnel entre la roca que a mí me genera cierta desconfianza —porque, vamos a ver, cómo se mantiene eso sin caerse—, vislumbramos una escalinata de piedra que baja hasta... hasta la asombrosa cala.

—Oh. —Es lo único que consigo decir al ver la cristalina agua bordeada por las impresionantes rocas con pinos y árboles de todo tipo.

Es el paraíso.

—Vaya, ahora ya no oigo quejas —sonríe Diana mientras avanzamos entre la tierra formada por finas piedras.

Como hemos madrugado mucho, no hay una excesiva cantidad de gente, así que tenemos el privilegio de escoger dónde extender nuestras toallas. Todo es maravilloso hasta que Elsa hace la mortal observación.

—Vaya, no hay chiringuito. —Diana y Gala se miran sospechosamente.

—Siento decirte que, por el intercambio de miradas, ya lo sabían —deduzco mirando a Elsa, que asiente.

—Fabuloso. —Es lo único que dice la morena al dejarse caer sobre su toalla ya extendida cuan larga es.

—Venga, venga —habla Diana, conciliadora, y nos muestra la neverita que ha cargado todo el camino. ¡Qué valor!

—Espero que de ahí saques un mojito y un aperitivo variado.

—A veces, Elsa, hay que quererte, pero te prometo que no vas a echar nada en falta —dice Gala mientras se quita las gafas de sol, dejando ver sus ojos castaños y algo rasgados.

Una vez sentada en mi toalla, saco la crema solar, y en el

momento en que una gota me cae sobre la piel, las chicas me miran girando las cabezas como si fueran búhos o lechuzas, no recuerdo cuál es que gira la cabeza de esa forma tan siniestra. Porque da repelús, cuando sale un vídeo documental de estos animalitos. Nunca me he encontrado ninguno en directo, pero ahora que estoy viviendo en San Lorenzo, me acompaña el miedo constante de toparme con algún ser. El episodio del murciélago fue... ni capaz soy de recordarlo.

—¿Qué es eso? —quiere saber Gala, olisqueando el ambiente afrutado que nos rodea; me trae de vuelta.

Sí, tiendo un poco a divagar. Perdonad.

Les enseño el bote con una sonrisa de satisfacción.

—Es de la gama Bio Beauté de Nuxe —explico al pasárselo a Gala, que se ha puesto a mi lado.

—Dios, huele que te mueres —comenta esta mientras se lo pasa a Diana, que asiente.

—Ya solo te falta quitarte la discretita pamela que llevas para que te llegue algún rayo de sol.

Tras el comentario de Elsa —pues no podía ser de otra—, me la quito y se la lanzo, pero la tiparraca la esquiva.

—¡Ja! —me contesta al llegar a la neverita y abrirla para cotillear qué hay dentro.

—Tampoco es tan grande —me quejo mientras me levanto para recogerla.

—Piénsalo así —dice Diana, quien está debajo de la sombrilla que ha colocado a una velocidad récord, por ser tan blanquita de piel. Esta chica es la mar de apañada—. Te libras de cualquier regalo sorpresa por parte de las gaviotas.

Irremediablemente echo un vistazo al cielo despejado de nubes y pajarracos.

Con la suerte que me acompaña últimamente, no veo demasiado descabellada la teoría de que se me cague encima una gaviota.

—Una apreciación muy buena —sonríe Elsa, y se sienta a mi otro lado, dejándose caer sobre su toalla roja, la cual hace un bonito contraste con el bañador de rayas azules y blancas que destaca por el moreno de su piel—. Bueno, venga, al lío, que entre unas cosas y otras, al final no nos has contado nada. ¿Qué ha pasado con el chavalín ese?

—¿Cuál? —pregunto mirando de pronto alrededor, en un intento de localizar al sujeto en cuestión sin perder la concentración para acabar de echarme la crema. Bastante tengo ya como para añadir manchas en la piel. No, gracias.

Un momento, ¿me he echado crema en la cara?

—¿Cómo que cuál? —se ríe Diana, trayéndome de vuelta—. El de la aplicación, con el que estuviste quedando...

Pongo los ojos en blanco. ¿Ese?

Decido interrumpirles el cachondeíto en cuanto adivino la conversación que se avecina si no lo hago.

—Bah. No lo he vuelto a ver —respondo quitándole importancia.

—Pero ¿no era supermajo, interesante y atractivo? —pregunta Gala extrañada mientras se recoloca la parte superior del biquini de ganchillo en un color rosa palo ideal.

Ver ese tejido me lleva a preguntarme qué pasará cuando se sumerja en el mar. Porque eso absorbe agua cual esponja.

—Bueno... —digo vagamente mientras barajo los posibles desenlaces del primer baño de mi amiga.

—Venga, confiesa. ¿Qué ha sido esta vez? —insiste Diana.

No me queda otra que soltar prenda.

Las tres me miran y yo me cruzo de brazos antes de desvelar el desastre de situación en la que me encontré. Todavía lo recuerdo y me estremezco entera.

—Todo fue bien hasta que nos metimos en su coche —comienzo a explicar. Las tres me observan con expectación, acompañadas por el sonido del mar de fondo.

—¿Qué tenía? —tantea Diana, que adivina por dónde van los malditos tiros.

—No os lo vais a creer. —Cojo aire y lo suelto a bocajarro—: Un ambientador de Mr. Wonderful.

Las reacciones no se hacen esperar.

—¿¡Cómo!? —pestañea Gala.

—¿«Ambientador», ha dicho? —pregunta Elsa, más a las demás que a mí.

—Sí, sí. Como oís. Decidí inventarme una excusa y me fui pitando —asiento al recolocarme en mi toalla de playa redonda con motivos geométricos en azul oscuro, dispuesta a trabajar en mi bronceado—. Un desastre. De esa aplicación no sale nada bueno, así que, señoras, me la he quitado.

Tras un breve pero intenso silencio, Elsa decide romperlo.

—¿Quién se lo dice? —habla mirando a las chicas.

—¿Quién me dice qué?

—A ver, cielo —se aclara la garganta Diana—. ¿Por un ambientador?

—¡Por *ese* ambientador! ¿Es que no lo veis? —Me recuesto sobre los codos completamente indignada por su ceguera selectiva.

En serio, ¡es *muy* evidente!

—Está claro que no seguimos la línea de tus pensamientos —afirma Elsa.

Suspiro y me siento nuevamente. Suele pasarme. No caen en las cosas que yo veo a millones de kilómetros de distancia, pero bueno, para eso estoy. Se lo explico:

—Ese tipo de ambientador no se lo compra un tío. Eso es que se lo ha regalado alguna chica, así que paso de los tíos que son incapaces de tirar el ambientador que les regalaron sus ex o vete a saber quién.

—Tía, ¿no se lo ha podido regalar una amiga? O qué sé yo, ¿su hermana? —pregunta Gala arqueando una ceja.

—Por favor. No tenía hermanas... creo. —Guardo silencio durante un segundo—. Mirad, ¡no lo sé! No lo conocí tanto.

—Vaya un hueso más duro de roer —comenta Elsa, y al mirarme asiente lentamente, como estudiándome mientras juguetea con su pelo moreno que le llega más abajo de los hombros—. Dejado en la estacada por un ambientador. ¿El anterior, por qué fue?

—Porque le olía el aliento. Y la verdad es que eso lo entendemos —recuerda Diana, y todas asienten.

Yo, la que más, que para eso lo sufrí.

—Pero el anterior a ese fue porque tenía demasiados pelos en las manos —puntualiza Gala.

Levanto la barbilla, desafiante.

—Así es. Y no me escondo. No me gustan los peludos.

—De verdad, esta mujer... —Elsa se ríe llevándose la mano a la cabeza en un gesto teatrero.

—Sí, sí, reíd cual hienas, pero ¿acaso sabéis que la cantidad de pelos que tienen en las manos y los brazos son un adelanto de lo que tienen en el culo?

Gala y Elsa estallan en carcajadas mientras Diana mira preocupada por si alguien nos ha oído.

—De verdad, ¿qué hora es? Escuchando a esta mujer, necesito ya una cerveza —dice Elsa, y se dirige a la neverita.

—Pues dame otra a mí, porque con lo que me habéis hecho recordar, se me ha revuelto la tripa.

—Venga, tía, no puedes ser así. Descartar a la gente por esos absurdos motivos... —señala Gala, mientras observa cómo abro el botellín y doy un trago junto a Elsa.

—Son cosas importantes para mí.

—No, querida, son excusas. Entendemos que hace unos dos años no estuvieras preparada para conocer a gente nueva —habla Elsa, que está de pie observando a un matrimonio mayor que coloca sus sillas—. Pero es que ahora te estás frenando tú

solita. Y el motivo por el que lo haces no es bueno. Porque todas las aquí presentes sabemos que te apetece conocer a alguien, no es que no quieras. —Sus ojos oscuros conectan con los míos, y yo desvío la mirada.

—No sé de qué hablas. —Examino mi manicura perfecta para poder librarme de esa acusación, que, vale, sí, escuece un poquitín.

—Tía... —empieza Diana, llamando mi atención de vuelta.

—Lo sabemos —termina Gala, y provoca que las mire intrigada.

—¿Que sabéis qué?

Las tres se observan entre sí, y ahora sí que estoy confundida. ¿Por qué parece que me van a echar un sermón? Sin embargo, Elsa decide romper rápidamente la atmósfera misteriosa al soltar una bomba que no me esperaba por nada. Por nada del puñetero y alocado mundo.

—Que Diego también está en la isla.

20 de agosto

Por la mañana

Me quedo congelada. Congelada y hundida. ¿Diego también está en la isla?

—¿Có... cómo? —Para mi sorpresa, consigo formular la pregunta.

No me lo creo. ¿Diego... Diego aquí? ¿¡Dónde y por qué!?

—Oye, parece aún más sorprendida que nosotras —comenta Elsa como si no la escuchara.

—¡Claro que estoy sorprendida! ¿Cómo que Diego está aquí? ¡Hablad de una maldita vez! —exijo, algo histérica.

Hasta me da por mirar por encima de mi hombro a la gente de alrededor, no vaya a ser que el bombazo sea tan literal.

—Pues tampoco es que haya mucho más que decir —contesta Diana—. En realidad pensábamos que habías propuesto venir a la isla porque te habías enterado de que estaría él.

—Trae otra cerveza, por favor —pido a Elsa con unos gestos dramáticos que surten efecto, pues va a por ella sin rechistar. Con la mierda de noticia, la que acababa de abrir ha caído de mala manera en la arena y está medio vacía—. ¿Cómo os habéis enterado vosotras?

—Por Juan —contesta Gala, con cara de circunstancias.

Absurda pregunta... ¡Claro que ha sido por Juan! El marido de Gala y él siguen siendo compañeros en el trabajo.

—No me lo puedo creer. Con lo grande que es el maldito universo, y tiene que acabar en la misma isla que yo. ¿Sabéis cuántas islas hay en el planeta Tierra? —pregunto comenzando

a elevar el tono de voz.

—Eh... ¿no? —contesta Elsa.

—Pues yo tampoco, pero deben de ser un porrón. —Me dejo caer sobre la toalla, pero al recordar la cerveza, me incorporo al segundo. No hace falta seguir desaprovechando suministros —. ¿Y se puede saber qué hace aquí? —Tomo el botellín que me ofrece Elsa y le doy un largo trago demasiado rápido, pues me obliga a limpiar el líquido que me cae de manera poco elegante, pero, chica, estamos ante una tensa situación.

—¿Disfrutar de sus vacaciones? —tantea Gala.

Me congelo al caer en algo.

—¿Con quién?

Juro que incluso se me corta la respiración y, joder, sé que no debería. Han pasado ya dos años.

—Con algunos amigos —aclara Diana, pero yo entrecierro los ojos.

—Entiendo. —Pero la sospecha está ahí. Sin dudarlo, me inclino hacia mi bolsa, rebuscando el iPhone.

—Cariño, ¿se puede saber qué haces? —pregunta Gala.

—Entrar en Instagram —contesto sin despegar los ojos de la pantalla.

—Pero ¿no lo tenías bloqueado? —pregunta Diana con un inconfundible tono acusador.

Elsa suelta una carcajada seca que hace que despegue los ojos para fulminarla con ellos.

Mujer de poca fe.

—Efectivamente —contesto mirando a la morena, que me dedica una sonrisa ladeada.

—¿Pero? —tantea, sabedora, Elsa.

Me muerdo el labio. Me conocen demasiado bien.

—Pero ¿os acordáis de esa cuenta falsa que me creé hace un tiempo?

—¿No me digas que lo tienes agregado por ahí? —pregunta

Gala horrorizada.

—No. A su amigo Joaquín —aclaro.

—El más tonto del grupo. Me gusta cómo piensas —oigo decir a Elsa, quien se sienta a mi lado para cotillear lo que estoy haciendo—. Vaya, el perfil está supercurrado.

—La sorpresa ofende —digo sin levantar la mirada mientras rebusco entre los contactos hasta dar con Joaquín.

—Si es que tiene unas 50 publicaciones y 200 seguidores —sigue explicando Elsa a las demás.

—Nagore, tía, eso no está bien. Tienes que dejar...

Pero Diana se calla cuando levanto la mano abruptamente. Me he metido en las stories de Joaquín y... efectivamente están aquí. En la isla.

Miro a las chicas.

—Oh, Dios. —Es lo único que consigo decir antes de centrarme de nuevo en el móvil. Las stories han ido pasando, y ahora me topo con una de la noche anterior.

Están de fiesta. Parece que en algún reservado y...

Mi corazón brinca.

Rápidamente presiono la pantalla para aguantar la imagen.

El mundo se me cae encima.

Veo a Diego riendo en la imagen congelada, y a su lado... a su lado a Laura.

Suelto el móvil. Pero así, con un estilo dramático, como a mí me gusta. Cae sobre mi toalla y las chicas guardan silencio.

No las miro, sé que se están hablando con la mirada y no quiero saber lo que se dicen. Prefiero callarme, porque, no nos vamos a engañar; es más cómodo.

Dos años.

Dos años desde que Diego salió de mi vida, y aquí estoy. En vez de serme indiferente el hecho de que se encuentre aquí, en el fondo, bajo esa capa superficial en la que maldigo su presencia, esa que ninguna de las personas presentes se cree,

fantaseo con tener un golpe de suerte y... volver a verlo.

Sí, así estoy de hundida en la mierda.

—Nagore... —comienza Diana. Pero arrugo la nariz sin mirarla.

Se calla porque capta que no quiero hablar de ello.

Dejo vagar la mirada por la playa, entonces la dirijo hacia el mar. Necesito controlar todo lo que me está invadiendo por dentro.

Para mi sorpresa, algo me llama la atención. Algo que se encarga de distraer mi mente de esa línea de pensamientos que estaba tomado.

Entrecierro vagamente los ojos, pero es por otro motivo. Juro que me ayuda a enfocar mejor.

—¿Qué es eso? —Las chicas se vuelven para mirar en la misma dirección que yo—. ¿Qué arrastran?

—No tengo ni idea —responde Gala.

—¡Oh, señoras! —aplaude Diana emocionada—. Si es lo que creo que es, tenemos que hacerlo.

El grupo que estamos observando, compuesto por dos chicos y una chica, se detiene en la orilla y por fin vemos que, aparte de la bandera que llevan como letrero de lo que debe de ser su empresa, tienen varias tablas de surf y remos.

—Diana, cielo, estoy viendo remos —habla Elsa, tumbándose en la toalla como para dar más énfasis a sus palabras—. Os aviso que no haré ningún esfuerzo físico. Bastante he tenido ya con la caminata del averno, ¿o ya se os ha olvidado? Así que, no pienso hacerlo.

—Esto es cojonudo —gruñe Elsa, sentada sobre su tabla en medio del mar.

Yo estoy a su lado, pero, al contrario que ella, con una gran

sonrisa en la cara.

—Pero, tía, ¿qué dices? Si mola cantidad. ¿No te lo estás pasando bien? —pregunto mientras intento reincorporarme sobre la tabla.

Por supuesto, no duro más de dos minutos.

—Sí, estar cayendo cada dos por tres cual croqueta es de lo más apasionante —continúa la versión femenina de Carl Fredricksen,[1] eso sí, con unos cuantos años menos.

¿Cómo puede alguien ser tan gruñón? Un santo Cole, así os lo digo.

—¿Y estas? —pregunta Elsa cuando me aúpo de nuevo en la tabla para colocarme a su lado y me siento con una pierna a cada lado.

El mar está en calma, el sol brilla sobre nuestras cabezas, y la escena es perfecta. Sonrío feliz ignorando al ser gruñón a mi lado —a veces es lo mejor que se puede hacer con Elsa— y a *ese* algo del que no quiero hablar.

—Ya vienen —se contesta a sí misma. Mientras tanto, yo sigo con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás, dejando que el sol me abrace.

Dios. Me encantaría que todo se redujera a la sencillez de este momento.

—Chicas. —Al oír a Gala, abro los ojos y descubro que mis otras dos amigas se aproximan en una perfecta sincronización.

—Vaya, vaya, tenemos a las expertas en el arte del paddle surf —comento con gestos de respeto.

—Vamos más al fondo, ¿os animáis? El mar está calmado y la monitora nos acompañará —propone Diana.

Elsa y yo nos miramos. Sus cejas arqueadas lo dicen todo.

—Creo que os seguimos, pero a nuestro ritmo —dejo caer sin borrar la sonrisa.

—Eso —asiente Elsa—. Id tirando, que ahora os cogemos.

Gala y Diana asienten sin ocultar que saben que

permaneceremos aquí tomando el sol a una distancia prudente de la orilla. Una forma diferente de aprovechar esa hora para la que hemos alquilado las tablas.

En cuanto nos quedamos a solas, me recoloco para tumbarme encima. Estar mecida por el movimiento del mar es lo más relajante del universo. Por no hablar de mi bronceado, que va a quedar fabuloso.

—¿Sabes qué te digo? —pregunta de pronto Elsa.

Entreabro un ojo y vuelvo la cabeza sobre la tabla para mirarla.

—Que no pienso tener la marca de la parte de arriba —continúa ella. Se baja los tirantes del bañador y descubre sus pechos.

—Pues ¿sabes qué te digo yo? —Me incorporo—. Que me parece una idea buenísima. —Me desabrocho de la parte delantera del biquini y lo dejo sobre la tabla—. Por cierto, ¿te has echado crema?

—¿Crema en las tetas? Yo no me quemo, tía.

Arqueo una ceja, dispuesta a refutar su afirmación, cuando mi amiga decide sacar otros temas...

—Bueno, ¿cómo estás después de enterarte de la noticia?

Me tumbo de nuevo y dejo escapar un suspiro lo suficientemente dramático para que pueda intuir mi tormento interior.

—Pues, así asá.

—Ya. Lo importante es que...

—¿Tú crees que nos veremos? —Ya está, ya lo he dicho, pero es que si no lo hago, juro que implosiono.

—Sip —dice Elsa pronunciando la pe de manera especialmente sonora—. Esa era la parte a la que quería llegar, pero desde otra perspectiva.

Por supuesto, continúo hablando e ignoro un pelín su comentario. Pero ya que he empezado, no pienso detenerme.

Tengo que soltarlo todo.

—No sé, me parece *muchísima* casualidad que, de todos los posibles destinos, hayamos terminado en el mismo. ¿No lo crees? —Elsa abre la boca para aportar algo, pero yo continúo —: A ver, que ya no pienso prácticamente nada en él. Vamos, la última vez que lo vi, ¿cuándo fue? En la boda de Gala. Y ¿cuánto ha pasado desde entonces? ¡Un año y cinco meses!

—Veo que no llevas la cuenta. Bien, bien —asiente Elsa vagamente.

Quizá noto cierta ¿ironía? Pero, lo que digo: no me importa, yo sigo a lo mío.

—Eso es mucho tiempo —recalco, y añado rápidamente—: Lo tengo olvidadísimo. ¡Pero, zas! —Choco las manos sobre el mar y el agua nos salpica a ambas, nos refresca, aunque, por supuesto, Elsa se queja. Yo la ignoro y sigo hablando—: Aparecemos en la misma isla. —Hago una pausa para dar más énfasis a mi discurso, y continuar con la gran verdad—: Mira, tía, llámame loca, pero creo que son señales. ¿No lo ves, tía? El universo me habla. Estoy convencida.

Elsa asiente lentamente, como procesándolo todo pero sin decir ni mu.

—Venga, di. ¿Qué piensas? —la pincho para que suelte prenda.

—Yo, la verdad, Nagore, vale que es una casualidad muy grande, pero creo que lo enfocaría de otra manera, ¿sabes? —Al hablar, juguetea con el agua.

—¿Cómo? —La miro interesada.

—Ignorando el hecho de que su culo esté aquí. —Suspiro ante su respuesta y me dejo caer de nuevo en la tabla—. Tía, hay muchos culos interesantes en el mundo, como por ejemplo... —Elsa dirige sus oscuros ojos hacia la orilla, esa que tenemos a unos cuantos metros—. Mira a los monitores de la mierda esta absurda. Fíjate en ellos: están de muy buen ver...

—Me reincorporo levemente para mirar hacia la orilla; efectivamente, los dos monitores se encuentran hablando entre sí y...

—¿Nos están mirando? —pregunto sospechosa.

—Sí, así es —contesta Elsa sorprendida—. No nos pueden oír desde aquí, ¿verdad?

—Pero estamos en toples. ¡Es de mala educación! —Señalo indignada al ver que los tíos siguen hablando entre ellos y van lanzándonos miraditas.

Desde esta distancia soy incapaz de verles bien los rostros, pero sus siluetas y el vago recuerdo que tengo de cuando nos han explicado los precios me dejan entrever que no son especialmente mi tipo: el mazas del gimnasio.

—¿Qué coño hablan y miran tanto? —El tono de Elsa ha dejado de ser divertido, y yo vuelvo a centrarme en los dos tíos, que de pronto se alejan de la orilla, es decir, de nosotras.

—¿Se van? —pregunto alarmada—. No nos pueden dejar aquí, a ver si con las tablas nos va a dar un jari.

—¿Adónde coño...? —Pero Elsa no termina de hablar, porque vemos que los dos tíos se alejan de la orilla, sí, pero que se aproximan a nuestras toallas.

Me sobresalto cuando Elsa grita al ver que se inclinan hacia nuestras cosas.

—¿Qué buscan? —pregunto sin entender la escena.

—¡Ey, cabrones! ¡Dejad nuestras cosas! Nagore, tía, ¡corre!

—¿Cómo que «corre»?

Elsa se tira al mar y yo la miro boquiabierta.

—Tía, ¿¡qué haces!? —pregunto al verla nadar hacia la orilla a una velocidad admirable.

—¡Que nos están robando! —me dice entre rápidas brazadas.

¡Oh, Dios mío!

Aquí me hallo, con las tetas al aire mientras nos roban. ¿Esto es en serio?

No me queda otra que actuar, en especial cuando pienso en mi iPhone, así que me tiro al agua y lo doy todo. Vamos a ver, ¡que todavía lo estoy pagando!

Para sorpresa de todos —sí, de la vuestra también—, adelanto a Elsa y llego la primera a la orilla. No con elegancia, sino gritando como una descosida y, efectivamente, con las vergüenzas al aire, porque, claro, con todo el lío, ¿creéis que me he acordado de coger la parte superior del biquini?

Al darse cuenta de que la gente de alrededor se ha enterado de qué va la cosa, los dos tíos salen corriendo.

—Mierda, mierda, mierda —digo acercándome a nuestras cosas.

—¡Que les detengan! —oigo gritar a Elsa detrás de mí, pero a mí solo me preocupa asegurarme de que...

Cierro los ojos con alivio. El iPhone está. Y, no... mi cartera no. Mierda.

20 de agosto

Por la tarde

—Entonces salieron corriendo cuando ustedes llegaron —repite el policía que nos está tomando declaración.

—Así es —confirma Elsa.

Después del momentazo en la playa, no nos queda más remedio que buscar la comisaría más cercana para denunciar el robo.

—Pero no salimos detrás de ellos porque estábamos en toples y yo había perdido la parte de arriba del biquini en el mar.

Es decir eso, y las chicas se vuelven hacia mí con miradas fusiladoras. Incluso el policía, que está apuntando todo lo que decimos, levanta la mirada con la ceja arqueada levemente.

—No me miréis así, es la verdad —me defiendo, cruzándome de brazos. Con el gesto, palpo entonces que, bajo el vestido playero, sigo sin sujetador.

—Bien —carraspea el policía, un hombre que ha sobrepasado la cincuentena y que, según parece, desea terminar con el papeleo—. Entonces ¿solo le robaron a usted?

Levanta la mirada hacia mí, porque, sí, he sido la única privilegiada.

—Sí. Llegamos a tiempo para que, al echar a correr, se les cayera la otra cartera que tenían. Solo se han llevado mi tarjetero con todas las tarjetas —aclaro, conteniendo las ganas de contarle al buen agente que esto es culpa de mi mala suerte, esa que me persigue.

—¿Su DNI?

Niego con la cabeza.

—En eso ha tenido suerte —contesta el poli.

Me obligo a sonreír. Prefiero callarme la parte en la que descubrí, antes del viaje, que había perdido el DNI y que ahora estoy con el pasaporte.

De verdad, ¿me tiene que pasar todo a mí? Creo que dejaré de preguntarlo, porque está claro que sí.

Finalmente, tras algunas preguntas más, salimos de comisaría. Resulta que lo del paddle surf es una tapadera para robar a los turistas; de hecho, cuando Diana y Gala se separaron de nosotras, no vieron ni rastro de la supuesta monitora y les pareció sospechoso, por eso volvieron antes y se encontraron con esa escena.

—Mira, tía —comienza Diana una vez en la calle—, podría haber sido peor. Que nos hubieran robado a todas, que se hubieran llevado las llaves del coche... Qué sé yo. ¡Mil cosas peores! Ha sido el tarjetero, con tarjetas que ya has cancelado, así que, *traaanquila*.

—¿¡No lo veis!? —estallo finalmente, provocando que nos detengamos en mitad de la calle—. Está claro. Tengo mal fario. Todo me sale mal.

—Vamos, Nagore... —dice Gala—. Vale, sí, ha sido una maldita casualidad que, de toda la gente de la playa, nos hayan tenido que escoger a nosotras para timarnos con esa mierda, pero, tía, podría haber sido peor.

—Tía, he salido con las tetas al aire corriendo como una descosida, y es a mí a quien roban. No es que quisiera que os robaran a vosotras, pero, joder, ya podrían no haber cogido nada.

Las tres se quedan calladas, entonces Elsa decide intervenir:

—Mira, tía, sí, últimamente tu vida parece de cámara oculta. Pero plantéatelo así: gracias a ello no nos aburriremos ni un pelo.

Diana mira mal a Elsa y se acerca a mí, obligándome a andar hacia el coche. Las demás nos siguen.

—Nagore, respira. De verdad, a cada uno le llega su San Quintín. Esos pedorros lo van a lamentar —asiente Diana de manera solemne.

—¿Eh? —La miro confundida.

—Se refiere a que «a todo cerdo le llega su San Martín» —explica Elsa rápidamente.

—Ah —asiento, mientras Gala se ríe y Diana le quita importancia a su don de reinventarse los refranes.

—Venga, tía, esta noche lo tendremos olvidado —insiste Diana—. Nos arreglamos, nos tomamos unas copitas y bailamos. Una noche tranquila, te lo prometo.

Me sacudo la melena rojiza y observo la caída de mi rizo natural a la altura de la mandíbula, que me da un estilo desenfadado muy chic; me pirra.

Como mi piel tiene un color dorado, al ponerme el pintalabios Fuchsia Pink de Yves Saint-Laurent me veo tan favorecida que añado únicamente un poco de rímel en las pestañas y me veo perfecta.

Estamos en la casa, en el monísimo Airbnb que encontró Diana, ese que al principio rechacé en redondo por el precio, pero luego lo pensé mejor. Esas paradisiacas vistas no se podían rechazar, además son el escenario perfecto para hacerme fotos ideales para mi Instagram. Hay que ser prácticos y sacar el lado bueno de las cosas, siempre.

Si me tengo que privar de algún capricho el mes que viene, pues lo hago, total, ahora tengo trabajo y me lo puedo permitir. Dado mi historial, nunca se sabe cuánto me va a durar, porque, ¡bingo! No he podido montar mi hotelito. Así va el karma de

mi vida, pero, bueno... mmm, ¿de qué estaba hablando?

...

Mmm...

¡Ah! ¡Sí! El chalecito adosado. Está en una pequeña urbanización en la que se comparten espacios comunes, como la reducida pero monísima piscina en forma de riñón, tan típica de hace unos años. A pesar de parecer «una charca», como a nuestra querida Elsa le gusta llamarla, las demás estamos convencidas de que tiene el tamaño ideal, pues solo la usan otros tres de los inquilinos de los seis chalets restantes.

Eso sí, el motivo por el que yo me quedo asomada a la ventana de la cocina que da a esa parte de la urbanización no es que esté admirando el cuidado césped o las tumbonas azules perfectamente colocadas junto a las palmeras bajas que dan la sensación de formar un pequeño oasis... no.

El motivo es más bien otro.

—¡Ya viene! —aviso a las chicas, sin poder controlar la risa nerviosa que me acompaña, pero me dejo caer sobre uno de los taburetes frente a la isla de la cocina americana y entrecruzo las manos sobre la encimera de granito oscuro para, ¡oh, sí!, *Admirar* (efectivamente, con mayúsculas) a ese hombre.

—¿Quién viene? —pregunta Gala, que mordisquea lo que parece un trozo de sandía mientras se me acerca curiosa.

—¿Cómo que «quién viene»? —interviene Elsa desde el sofá, donde está sentada junto a Diana. Están viendo una serie turca a la que se han enganchado, cosa mala. No sé qué de un tal Serkan Bolat—. El socorrista de la charca.

Me vuelvo lentamente hacia ella para lanzarle una mirada de ceja arqueada, provocando que ese ser maligno se ría.

—Pues ya te gustaría que te rescatara. Peores accidentes se han visto —pincho yo, y me vuelvo a centrar en el rubio socorrista de espaldas anchas y diminuto bañador.

¡Anda, que no hay terribles noticias de gente que se ha

ahogado en menos de un centímetro de agua! Y quien dice un centímetro, dice algo más, ya me entendéis.

—Eso digo yo —asiente Diana mirando a Elsa—. Que, por si no lo recuerdas bien, bonita, estuviste a punto de perder la batalla contra una bufanda. Sí, tú. —La señala mientras Elsa pone cara de digna rememorando una anécdota de hace unos años en ciertas Navidades.

—Creo recordar que la perdió —puntualiza Gala, colocándose a mi lado para observar lo mismito que yo.

No pierdo detalle de cómo el rubiales vigila la zona, vale que desierta, pero con un porte digno de cualquier superhéroe; de hecho, en ese momento se inclina a colocar una toalla, y Gala y yo suspiramos.

—Anda, anda, dejad de babear. Ese tío es gay.

—¿Cómo? —Me vuelvo, completamente indignada—. ¿¡Qué va a ser gay!? Si ese chico es gay, tú eres el hada madrina. —Elsa se ríe, y, vale, sé que ha sido un poco absurda la comparación, pero, entendedme. Mi mente está por otras cosas —. ¡Por favor! —Miro de nuevo a la mayor de mis pasiones, que ahora mismo parece estar limpiando la charca, digo, la piscina—. A ver si todo chico guapo tiene que ser gay.

—Yo solo te digo que cuanto más pequeño sea su bañador, más grande...

—¡Bueno! —Diana decide intervenir y evitar que Elsa suelte la barbaridad que pensaba decir—. ¿Qué hacemos esta tarde? Porque el capítulo de hoy ha terminado.

—¿Vamos a la piscina? —propongo con la mejor de las intenciones. Incluso noto el brillo encantador en mi sonrisa, esa que dedico a las chicas, pero me miran sin hacerme... ni puñetero caso.

—Eh, no. Eso lo podemos hacer siempre, y esta vez tengo un plan que no podréis rechazar... —Elsa se levanta del sofá con entusiasmo—. Mirad, me ha llegado desde la revista una

invitación para un evento que parece de lo más interesante. Si os gusta, puedo llamar y pedir invitaciones para todas.

Elsa sonríe, sabe que nos ha ganado. ¿Un evento que requiere de invitaciones para asistir, y su revista quiere que vaya a cubrirlo?

—Ya puedes ir soltando prenda. ¿Qué es? —pregunto acercándome rápidamente hacia ella, que rebusca en la pantalla del móvil.

Finalmente, Elsa gira el teléfono hacia nosotras; miramos la foto de una piscina donde flota una colchoneta con un... ¿Qué es eso?

Entrecierro los ojos para intentar descubrir la imagen, pero Elsa se encarga de desvelarlo antes.

—Es un evento de Lelo, señoras. Creo que puede ser una tarde la mar de interesante.

—¿Lelo? —La sonrisa de autosuficiencia de Elsa podría generar desconfianza, pero quiero saber qué es eso.

Le cojo el móvil y en cuanto veo bien la imagen, lo entiendo.

—¿Una marca de vibradores? —pregunto sorprendida.

—De juguetes sexuales —puntualiza Elsa, que me guiña el ojo—. ¿Qué, os apetece?

—«Marca sueca de productos eróticos de lujo» —leo en alto a las demás—. A mí ya me has ganado.

—¿Adónde has dicho que hay que ir? —pregunta Gala.

—Pero no habrá mucha gente, ¿cierto? —quiere saber Diana.

Cuando cruzamos las acristaladas puertas del hotel Iberostar Selection, en la recepción nos espera una adorable azafata para informarnos de que el evento se encuentra en la azotea con piscina; nos dirigimos hacia allí sin dudar.

—Esto es increíble —dice Gala mientras acepta el cóctel que

nos ofrecen nada más llegar a la espectacular zona del hotel, tras salir de los amplios ascensores. Por el color, parece un cosmopolitan, y, sí, por su sabor lo confirmo.

Estudio el entorno en cuanto comenzamos a adentrarnos; estoy de acuerdo con Gala. Vale que la piscina *infinity* te deja sin aliento, pero es que tener de frente el mar ya quita el habla. La azotea tiene los suelos de lo que parece cerámico de imitación madera; combinados con las jardineras también en oscuro, van generando espacios marcados por algunos de los toldos geométricos. Sus telas están tan tensadas que me imagino que si saltas sobre ellos sería como una cama elástica: una forma mucho más divertida para atravesar el recinto, pues cubren gran parte de las zonas de asientos —donde ya hay varios invitados disfrutando de la selecta fiesta— bordeando la mesa del DJ, quien parece estar pinchando una fusión de bossa nova; creo que es un acierto, porque permite que la gente pueda mantener conversaciones sin dificultad.

Mientras avanzamos, otra azafata ataviada con un uniforme negro que lleva el nombre de la marca en el pecho nos ofrece una bolsita a cada una, también en el mismo color y con la insignia de la compañía. Por supuesto, tardo menos de un microsegundo en cotillear qué es.

—¿Lubricantes? —pregunto, algo decepcionada al ver las muestras en pequeños sobres y sin prestar demasiada atención a los panfletos de lo que, me imagino, es publicidad de los productos.

—Cielo, no esperabas alguno de los juguetitos, ¿no? ¿Recuerdas la parte de lujo? —me dice Gala, quien recoge un poco la larga falda de su vestido hippy color blanco y con el estampado de grandes flores rosas, que contrasta de manera maravillosa con su piel bronceada y el largo pelo castaño, ese al que ahora las mechas le dan un tono miel que le favorece muchísimo.

—Sí. Yo he estado mirando precios, y el vibrador que me llama la atención llevaba debajo el interesante importe de casi doscientos euros —deja caer Diana, quien, a pesar de la época del año, sigue sin coger demasiado color; sin embargo, eso no impide que esté guapísima con su entallado vestido verde musgo que le resalta esos grandes ojos de un tono avellana.

Abro la boca en un gesto de estupefacción mudo, pero Elsa nos indica con un movimiento de cabeza que avancemos.

—Vaya, veo que alguien ha hecho los deberes —comenta la morena, que lleva el pelo recogido en un moño sencillo con algunos mechones sueltos enmarcándole el rostro.

Su look es un mono rojo con unas sandalias de taconazo negro que la hacen aún más alta. Ojalá fuera yo tan alta, aunque ella siempre dice que es lo peor, que cuando se pone tacones se siente como una jirafa...

—Este artículo no se escribirá solo, monada —bromea Gala.

—No. Está claro que no. ¿Os parece si vamos a una de las mesas altas y nos bebemos esto con tranquilidad? —propone Elsa.

Asentimos, y tras pasar algún grupo de lo que deduzco que son periodistas, escogemos una mesita apartada.

En el preciso instante en que la presentación del evento da el pistoletazo de salida y después de que el DJ corte las conversaciones elevando la música a tope para dar comienzo a la mini sesión, una mujer aparece a su lado con el micro en mano para iniciar una ponencia que pierde mi interés a los pocos minutos.

Sin poder evitarlo, tiendo a distraerme con facilidad, dejo vagar la mirada por el evento mientras la mujer en cuestión sigue explicando las nuevas incorporaciones en el catálogo. He de decir que, sí, esos artilugios son la mar de llamativos, y con tan solo echarles un vistazo se aprecia la gran diferencia en los materiales respecto a otras marcas, pero, sí, mi mente ya está

pensando en otras cosas o, mejor dicho, en otra persona.

Y nadie se puede sorprender por el camino que han tomado mis pensamientos. A ver, estamos hablando de placer, y ¿con quién tenía los mejores orgasmos?

Sí, puede que esté exagerando, porque todavía recuerdo a aquel chico que me hizo maravillas en la parte trasera de ese coche, pero como lo que quiero es pensar en él desde que me he enterado de que está en la misma isla que yo, pues mi mente lo saca a coalición bajo cualquier excusa. Así es.

Saco el iPhone con disimulo y me meto en cierta aplicación para cotillear a su amigo Joaquín y ver por dónde andan o adónde irán esta noche. No por nada, solo por saber... Tener información de ese tipo nunca va mal.

Por supuesto, Joaquín no me decepciona, y me da el suficiente material en forma de stories para satisfacer mi curiosidad, aunque con cada microvídeo mi cuerpo se revuelve más. Maldita Laura. Sale en cada puñetera story, a veces en un primerísimo plano chocando botellines de cerveza o bailoteando con ellos, y en otras ocasiones, de segundo plano tomando el sol o enfrascada en una interesantísima conversación, vete tú a saber con quién, porque por más que congelo la imagen —sí, incluso he hecho capturas— no consigo ver a su acompañante.

¡Dios! ¿En serio tenía Diego la poca vergüenza de negarme que estaba liado con ella? ¿Por qué? Si no, ¿qué diablos pinta allí? La teoría de «solo amigos» no me vale, en especial cuando he visto con mis propios ojos la forma en que lo miraba o, mejor dicho, cómo se reía de sus bromas.

No hay cosa más delatadora, así lo digo.

Vale, que quizá, lo que se dice liarse en sí, en el más puro sentido de la acción, no; por lo menos cuando Diego y yo estábamos juntos, pero yo sabía que esa chica iba detrás de él sembrando semillitas, y Diego nunca le cortaba las alas. Vamos,

todo un huerto tenía preparado la víbora cuando me dejó.

En cuanto lo recuerdo todo, mi sangre bulle, sobre todo al ver que, a pesar de los dos años separados, la dinámica sigue siendo igual. Bueno... ella continúa en su vida y yo no. Por no señalar que creo que el papel que interpreta ella ahora ha cambiado notablemente...

Sigo en esta línea de sentimientos cuando la última story llama especialmente mi atención. Es de hace menos de cinco minutos y en ella se ve a Joaquín con otro amigo hablando a la cámara mientras se preparan —o al menos eso parece— para ir a algún sitio.

Oh, Dios.

Tengo que controlar la compostura para no delatarme, porque sé que las chicas solo necesitarán un segundo para saber qué estoy haciendo y decirme que tengo que parar. Sí, ya lo sé, pero es que no quiero.

Cuando levanto la mirada en busca de la mejor forma para escuchar el audio de la story sin descubrirme, la solución llega a mí.

Elsa saca de manera distraída varios objetos de su bolso minúsculo, hasta dar con una libreta que abre para tomar algunas anotaciones; yo, con gran maestría, agarro los cascos que ha sacado y que he estado observando con mi mejor cara de póquer.

Sonrío con gran satisfacción y, sin dudar, me los pongo. Sin embargo, la mala suerte me persigue, porque lo poco que consigo escuchar es que van a una fiesta de un... ¿Marco rosa? ¿Cómo va a ser un marco rosa? ¿Qué narices es eso? Si es que lo he entendido bien...

Está claro que deberé escucharlo de nuevo cuando esta fiesta ter...

Me detengo, y lo hago porque Gala acaba de sacar de la bolsa que nos han dado los panfletos de publicidad que he

ignorado desde el principio, y uno me llama especialmente la atención: uno en el que aparece un yate con unas letras de neón rosa y la fecha de hoy.

—¿Qué es eso? —Me inclino hacia ella atropelladamente.

—Parece que es una fiesta —contesta vagamente al voltear el trozo de papel.

—¿Una fiesta en un barco? ¿Cuándo es? —pregunta Elsa, emocionada también e inclinándose para ver mejor.

—Hoy —contestamos Gala y yo a la vez.

—Parece que la organiza la discoteca Tito's Mallorca —continúa Diana, y nos explica lo que se ve en el panfleto—. La fiesta del Barco Rosa, así lo llaman —dice arqueando las cejas con la sombra de una sonrisa.

Aaah, así que eso era lo del «Marco rosa», todo encaja.

—Tiene buena pinta, ¿no? —tanteo como si nada—. Varias plantas con distintos ambientes, ¡incluso una piscina en la cubierta! —sonrío a las chicas emocionadas—. Por no hablar de la barra libre. Y con este panfleto tenemos descuentazo, ¡qué emoción! ¡La entrada tan solo cuesta sesenta euros! —No sé cómo, pero consigo decir la estratosférica cifra sin atragantarme.

¿¡Sesenta pavos por una fiesta en una barca!? Aquí están locos.

—Pues me parece que ya tenemos plan para esta noche, chicas —propone Diana.

Yo asiento, así, con disimulo, para que no se me note el ansia y la emoción, pues por una vez parece que la suerte está de mi lado a pesar de que mi triste bolsillo va a sufrir un tremendo revolcón. Pero, en fin, lo importante es que finalmente algo sale bien, ¿verdad?

Bueno. Eso es lo que pienso en este momento. Pobre ilusa de mí...

20 de agosto

Por la noche

—Esperad. —Nos detenemos cuando Elsa nos llama.

Seguimos en la fiesta de Lelo, más bien saliendo de ella, por eso de que hemos decidido ir a esa otra fiesta. Y no estoy, para nada, ansiosa por llegar, así que me sorprendo cuando Elsa, que se había separado un momento del grupo, se nos acerca con decisión.

—Ya me he despedido de la coordinadora, así que, ahora ya sí que nos podemos ir. Además, he oído que bastante gente se quiere animar para ir a la fiesta del barco, y eso es con foro limitado, fijo —nos explica una vez llega hasta donde nos encontramos.

—Pues vamos, vamos —nos apremia Diana. Por dentro doy gracias de no tener que ser yo la que meta prisa.

—¡Ah! Esperad. —De pronto, Elsa saca algo de su bolsa, sí, esa de la que todas nos hemos deshecho, ya que no es nada práctica para nuestro próximo destino—. Nagore, hazme el favor de guardarme estas cosillas.

De pronto me ofrece un...

—¿Para qué quieres un altavoz? —pregunto completamente extrañada mientras observo el pequeño altavoz en color negro con una banda azul marino. Me lo tiende porque soy la única de las cuatro que lleva un bolso decente. Mi mochila de Michael Kors tiene el espacio suficiente para guardarlo—. Sabes que a la fiesta a la que vamos no hace falta que pongas tú la música, ¿verdad?

Una vez lo alcanzo, estudio el objeto y me extraña su hueco central. Elsa pone los ojos en blanco.

—Qué altavoz ni qué leches. ¡Es un masturbador masculino! —explica Elsa, desvelando el misterio.

—¡Ay, mi madre! ¿Meten el pene en el agujero? —pregunto entre asombrada y maravillada.

—¡Por favor! —Diana pide que baje la voz con el simple tono de la suya y mirando a nuestro alrededor—. Nagore, tía, ¿qué pasa? ¿No has prestado atención a la presentación? Es uno de los que han enseñado.

—Ah... entre tanto juguete, se me habrá pasado —contesto, rauda, y vuelvo a examinar el cachivache.

Asombroso, pero ahora que sé lo que es, tiene todo el sentido del mundo. Meto los dedos dentro para cotillear cómo es. Qué ingenioso, la verdad.

—Bueno, guárdalo, anda, y estos dos también. —Elsa me tiende otros dos juguetes, estos sí que no dan lugar a dudas de lo que son.

—Pero, tía, ¿y las cajas? —pregunta Gala mientras guardo por fin el succionador.

—Las he tirado. Así ocupan menos —explica Elsa, y las cuatro nos disponemos a abandonar el hotel.

—¿Has comprado todo esto? Te has tenido que dejar una pasta —comento mientras consigo guardar los otros juguetes en la mochila, junto a los sobres de muestras de lubricante. He de confesar que me cuesta cerrar la cremallera—. Cualquiera que vea el interior de mi bolso va a flipar.

—Anda, anda. Nadie va a mirar dentro —contesta Elsa con un gesto de la mano.

—¡Tía! ¿Y si tienen un control de esos de metales para entrar en la fiesta, donde te cachean y miran el interior? —pregunto horrorizada.

—Entonces estás jodida. Diremos que no te conocemos y

quedarás como la loca de los vibradores.

Golpeo a Elsa en el brazo por su respuesta, pero Diana interviene.

—Cielo, cómo decírtelo, estamos en Mallorca, no en el Bronx —me sonríe divertida.

Elsa y Gala sonríen mientras la última pide un taxi para que nos recoja, y, para mi sorpresa, solo tenemos que esperar cinco minutos. Igualito que en Madrid, nótese la ironía.

En el coche, las chicas parlotean emocionadas, y lo entiendo, pero yo solo hago como que las escucho, porque en realidad mi mente está como un tocadiscos rayado. ¿Le veré? ¿Cómo estará? ¿De verdad que está con Laura? Y lo más importante: ¿qué hará cuando me vea?

Jugueteo nerviosa con mis uñas de color fucsia, y cojo aire cuando veo que el taxi gira hacia la izquierda alejándose del paseo marítimo y de la espectacular catedral de Santa María. Que eso digo yo: «Santa María, ¿seguro que estoy preparada para verlo?».

No tengo mucho tiempo para debatirlo, porque el coche llega ya al Real Club Náutico y... y ya está.

Bueno, estamos en un puerto, así que tendremos que andar un buen trecho hasta encontrar el yate. Está claro. Tiempo más que suficiente para...

—¡Oh, mirad! —exclama Diana señalando algo delante de nosotras, justo cuando el taxi se va—. Es ese.

Sigo esa dirección con la mirada, y, efectivamente, ahí está el maldito megayate. No hay dudas. Dos focos que apuntan al cielo con una luz rosada lo dejan claro. El número de gente que está embarcando —¿se dice así?— hace el resto.

—Perfecto —sonríe Elsa mientras se sacude la melena.

Las chicas comienzan a andar y yo no aguanto más.

—¡Esperad! —les pido, deteniéndolas con un gesto de brazos.

Las tres se vuelven para observarme extrañadas.

—Tengo que contaros algo —confieso mordisqueándome el labio. Es cuando me acuerdo de mi carmín a juego con las uñas y maldigo.

—Tranquila, está perfecto —me promete Gala, que adivina mi tormento.

—Lo que nos preocupa es esa parte de que tienes que contarnos algo —añade Elsa, ceñuda.

—¿«Preocupa»? No he dicho que sea nada preocupante. —Me cruzo de brazos.

Elsa suspira conteniendo malamente una sonrisilla.

—¿Cómo decirlo? La frase que acabas de soltarnos, dicha por ti, no augura nunca buenas noticias. ¿En qué lío estamos?

—¡Eh! —me quejo ofendida.

—Elsa, cielo, tienes el tacto de un mandril —suelta Diana. Y yo me río ahora, por el gesto ofendido de Elsa.

—Mujeres, que nos desviamos del tema central —recuerda Gala.

Las tres vuelven a centrarse en mí.

—A ver, ¿cómo decirlo? —pregunto más para mí que para ellas.

En ese momento nos pasa un grupo de chicas de más o menos nuestra edad, claramente tienen el mismo destino que nosotras.

—¿Y si nos lo cuentas mientras avanzamos? No quiero quedarme en tierra —propone Elsa, metiendo prisa.

Decido soltarlo a bocajarro, sin rodeos:

—Diego está en la fiesta.

Las tres vuelven a mirarme.

—¿Era eso? —se asegura Diana, y su tono de voz tranquilo me confunde.

—Eh... sí. —Tristemente suena más a una pregunta, pero su reacción, que no es otra que seguir caminando y arrastrarme hacia delante, me desconcierta.

—Ya lo sabíamos —sigue ella, dejándome congelada.

—Bueno, no lo sabíamos, más bien lo sospechábamos —aclara Gala al ver mi gesto, que debe de ser un poema.

—¿En serio? —No sé, ¿tan evidente soy?

—Eso digo yo. ¿¡En serio!? —pregunta Elsa al detenerse con los brazos en jarras—. ¿En qué momento de la noche habéis deducido que el sujeto número uno de la lista de indeseables iba a estar?

Diana y Gala se miran.

—¿Y en qué puñetero momento lo habéis comentado sin estar yo delante? —añade la morena.

—Y yo —puntualizo rápidamente.

—La verdad es que no lo hemos hablado —dice Diana con una tranquilidad pasmosa que demuestra su sinceridad.

—Cierto. Llamadlo intuición —asiente Gala.

—Pues, intuición o no, creo que deberíamos replantearnos si vamos a la fiesta.

—¿¡Cómo!? ¡No! —Abro los ojos como platos.

—Sí, cielo, no me mires así, pero no creo que sea buena idea, bajo ningún concepto, tenerte en mar abierto con el muchacho en cuestión. —Elsa señala el yate, donde parece que cada vez hay más gente—. No sé si recordáis el momento anillo.

—¡Tía! —Me quedo patidifusa. ¿Cómo saca eso a colación? —. Eso fue un momento de locura transitoria empujada por el alcohol.

—Oh, claro. Me quedo más tranquila. Aquí vamos a beber agua embotellada, claro, claro.

Asiente como las locas.

—Vamos a ver, serenémonos todas —interviene Diana con las manos alzadas.

Elsa suspira y me mira con tranquilidad antes de volver a hablar.

—Venga, tía, perdóname por seguir sin tener tacto para estas

cosas, pero sabes que es arriesgado —expone con gesto preocupado.

Me mordisqueo el labio porque... porque bueno, sí, tiene cierto punto.

—No pienso beber tanto esta noche. —Elsa sonríe ladinamente al oírme decir eso—. Además, puede que no esté en la fiesta. Hemos dado por hecho que de verdad vendrá. ¡Es posible que ni puedan entrar!

—Las que no podremos somos nosotras, como no decidamos qué hacer —puntualiza Gala echando un vistazo al yate.

Suspiro y dirijo la mirada hacia la prometedora fiesta.

—Mirad, prometo que no haré nada, por lo menos sin consultarlo primero con vosotras. Además, Diego es agua pasada. No negaré que tengo cierta curiosidad, pero lo dicho: en el caso de que me entre una ventolera de las mías, antes os lo cuento.

Las chicas asienten. Yo también, y mientras nos dirigimos al megayate, mmm, no sé, ¿cuánto tiempo necesita una para romper su propia promesa?

Para subir al yate hay que pasar por unas pasarelas, y antes, por unas carpas donde la gente hace cola para pagar la entrada y va contagiando la emoción a todo el mundo. Cuando veo a los típicos seguratas que, más que personas, parecen monstruosos, armarios roperos capaces de matar con un solo guiño de sus diminutos ojos, me tenso un poco por si me examinan el bolso, pero no ocurre el temido episodio. Por lo menos, no a mí, pues a algunas chicas sí que las detienen para hacerlo. Debe de ser que, por una vez, mi baja estatura me ayuda a parecer lo más lejano a una amenaza, no sé, ¿quizá un *teletubbie*? Juro que llego a su altura, aunque, pensándolo bien,

a mí me generaría cierta sospecha y recelo que apareciera aquí, entre la multitud, uno de esos vivarachos muñecos. Nunca me gustaron, ahora que he sacado el tema. Siempre me han parecido unos muñecos la mar de retorcidos. Esa inusual alegría desde primera hora del día, esos bailes... no, no.

—Tierra llamando a Nagore —me trae de vuelta Gala, tendiéndome la pulsera de color rosa que indica que ya hemos pagado la entrada—. ¿En qué estás pensando? Tu cara es un poema —quiere saber mientras cruzamos la pasarela, ya con el mar bajo nuestros pies.

Diana y Elsa van más adelantadas, hablan animadas mientras la música, las luces y las voces de la gente nos comienzan a rodear.

—Nada, bueno, sí. ¿Qué te parecían a ti los *Teletubbies*?

Gala arquea una ceja, divertida.

—Pues hace mucho que no sé de ellos. ¿Hay alguna novedad?

—No, qué va. Solo pensaba que eran de lo más siniestros. —Gala se ríe y terminamos de cruzar la pasarela para llegar finalmente al yate.

Tengo que recalcar que no es uno normal, sino un superyate. De hecho, miro hacia abajo para ver la altura, concretamente, hacia el mar, y me da algo de vértigo, aparte de que el mar por la noche nunca me ha parecido nada invitador, sabéis a qué me refiero. Vete a saber qué hay en el agua cuando no puedes verlo con tus propios ojos.

A cada rincón que miro hay gente arreglada con una copa en la mano, bailando y riendo animadamente al ritmo de la música, esa que está pinchando uno de los DJ en la mesa posicionada al lado de la primera barra que vemos. Aunque tengo entendido que hay diferentes ambientes de música, o eso es lo que decía el panfleto.

Cruzamos la proa principal, que es donde estamos, al ritmo

de *Apache*, de The Sugarhill Gang, para atravesar unas puertas acristaladas que dan a una zona de bar cubierta, sí, también repleta de gente.

Ahí vemos que varias personas tienen puesto un collar de flores hawaianas en rosa, y pronto descubrimos que hay varias camareras repartiéndolos. Diana es la que se encarga de conseguirlos, y nos los ponemos encantadas.

—¿Una copa? —nos pregunta Gala a todas.

Las tres asentimos.

—Espero que no cuesten el riñón que me queda —comento, provocando que Elsa se ría.

Comenzamos a bailotear al ritmo de *Girl Like Me*, de Shakira, hasta que Gala nos indica que tiene las bebidas, así que nos acercamos a ella para cogerlas.

Algunos chicos nos hacen pasillo mirándonos descaradamente y sueltan alguna ordinariez camuflada por los gorgoritos característicos de Shakira, pero ninguna de nosotras les hace caso. Vale que la única soltera del grupo soy yo, pero ¿de verdad piensan que eso les funcionará? En mi vida me he liado con un tío que me entrara de esa manera tan de las cavernas.

En fin, una vez tenemos las copas en mano, decidimos que, aunque esta zona de bar que da a un elegante salón está muy bien, lo interesante es aprovechar que estamos en un barco, así que decidimos salir de nuevo.

El yate tiene tres alturas; no hace falta que nos lo digamos: sabemos que queremos ir a la más alta. Pero, en fin, parece que eso es lo que quiere todo el mundo y cuando intentamos acceder, un segurata nos corta el paso.

Así que deshacemos el camino cruzando el estribor, cuyo paso es más estrecho porque es uno de los laterales del yate, pero, por supuesto, también hay gente bailoteando.

Sin darme cuenta, se me olvida el motivo por el que quería

venir a esta fiesta; y es que, aunque pretendemos llegar a proa porque, según parece, hay un nivel superior con una piscina, hacer el recorrido supone toda una excursión, y no paramos de reírnos al entremezclarnos con varias despedidas de solteras, solteros y algunos grupos de extranjeros. Hasta me permito bailar con un inglés un poco feote, pero tan simpático que no puedo negarme.

Aireo mi corto pelo, pues a pesar de que la tela de mis pantalones fluidos es realmente fina y de que la temperatura de esta noche es agradable, incluso tengo calor, entre la gente y el baile; tanto calor que creo que hasta el aceite iluminador que me he echado se me va a desprender del cuerpo, con lo fantástico que queda ese brilli-brilli sobre mi cuerpo, potenciado por las luces de la fiesta.

—Tía, repásate el pintalabios que lo tienes un poco mal —me dice Diana, señalándome los labios.

Asiento dispuesta a ponerme con ello, y de pronto, sucede.

Sí, así, con la mala leche que caracteriza a mi karma particular. No podía ser cuando estaba esplendorosa nada más llegar a la fiesta o bailoteando con el grupo de ingleses, no. Tenía que ser ahora que debo luchar entre los succionadores de clítoris, vibradores y masturbadores varios —esos que Elsa me ha agenciado como una maniaca sexual— para poder encontrar mi pintalabios y así retocar el desastre que, por supuesto, estará desparramado, vete a saber cómo, en mis finos labios. Porque, sí, ¿vale? No tengo unos labios a lo Angelina Jolie, más bien a lo Robin Williams, que en paz descanse. Para que veáis la gravedad de la situación.

—¿Nagore? —Levanto la cabeza como por un resorte, sin poder imaginarme que... que Laura es quien me ha llamado y quien me observa con una espectacular sonrisa.

Mátame, camión.

20 de agosto

Aún más tarde

—¡Laura! —Pestañeo más de la cuenta, sí, pero he sonreído y usado el tono perfecto, así que estoy segura de que lo único que aprecia mientras me da dos sonoros besos es a una Nagore sorprendida y *encantada* por su presencia.

—¡Cuantísimo tiempo! —dice la esplendorosa y gran odiada Laura—. ¡Estás estupenda! ¡Mírate! —Da un paso atrás para observarme con una sonrisa tan cariñosa que se me atraganta en la garganta por tener esos sentimientos tan feos hacia ella. Pero ¡vamos a ver! ¿Y esta actitud, ahora?—. Jo, cuánto me alegra verte. Además, ¡qué casualidad! No nos vemos en Madrid, pero... ¡En Mallorca, tía!

Esta está borracha, fijo.

Se ríe apartando hacia un lado su larguísimo y sedoso pelo castaño. Incluso en la oscuridad de la noche se ve lo brillante y sano que lo tiene, al más puro estilo Pantene. El mío, a su lado, parece un cactus.

Lleva una sencilla falda larga tipo pareo en tonos verdes con un top blanco que deja ver parte del estómago tonificado. Es del perfil chica *fit*, con una bonita sonrisa de hoyuelos, ojos vivarachos y la altura perfecta. ¿Y cuál es esa? Pues ya os digo que la mía no, pues parezco una liliputiense a su lado.

Se la ve tan glamurosa con su sencillo *outfit* que me siento ridícula con mis pantalones fluidos blancos de lunares y el bodi negro de tirantes.

—Ya ves —asiento con la sonrisa congelada. Es de esas que

notas cómo te vibra el labio, de la tensión por mantenerla.

—Te preguntaría qué haces aquí, pero es más que evidente que estás de vacaciones —sigue hablando, mientras juguetea continuamente con el pelo y hace que, con el gesto, le caigan las pulseras sobre el antebrazo.

—Sí, es un buen destino —consigo decir.

Por detrás veo la ceja arqueada de Elsa ante mi comentario, pero ¿¡qué queréis que le diga!? Odio a esta tía que tengo delante y ahora viene toda arcoíris, cosa que nunca ha hecho. Y eso me hace sospechar.

Se ha puesto a parlotear sobre no sé qué, pero yo ya he desconectado, por supuesto. Es que, vamos a ver. Nunca ha tenido una actitud tan amigable, ¿por qué ahora sí? La pregunta es absurda, sé que el motivo es simplemente que quiere parecer amiguísima de la vida, cuando lleva dos años follándose a mi novio.

¡Ex! Exnovio.

Noto la bilis bullendo dentro de mí como si hubiera una Osterizer a tope encargándose de ello, pero no tengo tiempo de seguir regocijándome con mi maldad, porque...

—Anda, mira quién está aquí. Estoy segura de que se va a alegrar mogollón de verte.

Laura hace un gesto con la mano, pero al final se inclina para atrapar a alguien y acercarlo hacia nosotras.

—¿A que no te lo puedes creer? —pregunta Laura a Diego. Porque no es a otro a quien lanza la pregunta, como si esta fuera la situación más divertida del mundo.

Los ojos de Diego me encuentran y... no sé, llamadme loca, pero me siento capaz de saltar por estribor. ¿Es una salida demasiado precipitada?

Oh, Dios, sé que estoy siendo dramática, pero todos estos pensamientos me han surgido con tan solo hacer contacto visual con sus ojos. Sus malditos ojos avellana, esos que no he

superado.

—Nagore. —La sorpresa es más que evidente, en su saludo, y yo asiento levemente.

Diego mira a mi alrededor para descubrir a las chicas.

—¿Qué hacéis aquí? —Su pregunta sí que me deja ver que, aparte de sorprendido, está nervioso. Ni siquiera se ha inclinado a darme dos besos.

Que mejor. Ya os lo digo.

—De vacaciones, ya ves —interviene Diana, posicionándose a mi lado, algo que agradezco en el alma porque no sabía que verlo me afectaría tanto.

El acercamiento de Diana hace que Diego vuelva a mirarme, y se siente, juro que se siente. Es como cuando te montas en una atracción de estas terribles con caída libre.

—¿Y vosotros? —continúa Diana, porque yo he dejado el habla para otro día. Estoy mirándolo, pero lo más curioso es que él a mí también.

—De vacaciones también, como le contaba antes a Nagore —interviene Laura, posicionándose al lado de Diego, que continúa callado y observándome.

¿Qué está pasando?

Me obligo a sonreír un poco, en especial cuando ella se le cuelga del brazo.

Dios, escuece de mala manera. Pero de una retorcida forma tengo cierta satisfacción, ¿sabéis? En el sentido de «¡Te lo dije!». Y eso mismo es lo que le estoy transmitiendo con mi correcta y contenida sonrisa.

Sin embargo, Diego no parece captar muy bien el mensaje, porque me devuelve la sonrisa de tal manera que siento que acaban de hacerle una llave de judo a mi estúpido corazón. Porque no hay otro término con el que referirme a él.

Es que, ¿por qué, *por qué* es tan guapo? Lleva el mismo look de siempre, pero es que, como me decía, «si algo funciona, ¿por

qué cambiarlo?».

Su rostro continúa llamando la atención, o por lo menos la mía. Diego nunca ha sido del tipo guapo-que-te-quieres-morir. Sí, sabemos todas que los hay de ese tipo. Pero aun así, tiene un no-sé-qué-qué-sé-yo que... joder, que hace que tus piernas tiemblen cuando te observa de esta manera tan intensa. Porque me está mirando así, ¿verdad?

Dios. Lo sensato sería desviar la mirada y hacer que escucho la conversación que mantienen las chicas con Laura, pero los dos continuamos en silencio. En silencio y mirándonos.

«Nagore, ¡para, detente! ¡Fin!».

¿Me hago caso? Por favor, insertar risa sarcástica aquí... Yo sigo dándole que te pego a ese repaso visual, estudiando esa barba con reflejos pelirrojos que me volvía loca al olisquearla antes de besarnos. Esa nariz recta que recorría mi cuello provocándome deliciosos escalofríos. Esos labios, siempre el inferior más grueso, que me dedicaban pícaras medias sonrisas que me hacían suspirar...

Algo de lo que dicen hace que Diego despegue por fin sus ojos de los míos y carraspee antes de hablar:

—Sí, claro.

No sé qué pasa, pero de pronto siento que la mano de Diana me busca, pero no me da tiempo a mirarla porque Diego se gira en busca de algo entre el grupo de gente que tiene detrás, que no son otros que Joaquín y compañía. O más que decir «algo», debería decir «alguien», porque Diego acerca a una chica que le sonríe, y me sorprendo cuando lo coge de la mano.

Es una chica un poco más alta que yo... bueno, mirad, no voy a describir a nadie más respecto a su altura, porque *tooodo* el mundo es más alto que yo, así que, en fin, vamos a lo que os estaba contando.

Una chica menuda, con una dulce sonrisa que mira a Diego... como lo miraba yo. Se aparta el alborotado pelo rizado negro

azabache y, extrañada, nos observa cuando ve que Diego la lleva hasta nosotras.

—Os presento a mi prometida, Ana. Ana, estas son...

Dejo de escuchar. Incluso dejo de respirar.

Un momento, ¿¡ha dicho «prometida»!?

—Venga, vamos, dale un trago. —Elsa me ofrece un chupito, y me lo bebo de golpe sin fijarme en quién me lo ha pasado. Segundo error de la noche, porque el primero ha sido confraternizar con el enemigo.

Seguimos en la fiesta del barco. Tras la gran revelación, finalmente nos separamos y nosotras nos dirigimos a la punta opuesta de donde se encontraban Diego y *compañía*.

—Tía, ¡por Dios! —Toso al notar cómo el tequila me abrasa literalmente la garganta—. ¿Cómo puedes beber esto?

—Quita todos los males. Te lo aseguro. —Elsa me da suaves golpecitos en la espalda para ayudarme a pasar el trago.

—¿Cómo estás? —pregunta Gala.

Sé que se interesa por cómo me encuentro tras el notición, pero no sé qué contestar, así que me encojo de hombros y, qué leches, le robo el otro chupito a Elsa y me lo bebo. No fuera que sea verdad eso de que cura los males.

—Creo que la solución no la encontrarás en el fondo de un vaso —me advierte Diana.

—Lo sé, pero como ahora mismo no me apetece... ¿¡Quién coño era esa!? —estallo finalmente.

—Parece que su prometida —contesta Elsa.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo ha pasado esto? Y Laura, ¿qué pinta allí? ¿Os habéis fijado en esa sonrisa tan exagerada?

—Estaría jodida de que no fuera ella —pincha Elsa.

—¡Elsa! —la regaña Diana, mirándola mal—. No ayudas, con

esos comentarios. Nagore, tía. —Ahora me mira a mí y me cuadro, me olisqueo cierta regañina—. Deja esa retahíla de pensamientos tan... tóxicos. Lo siento, cielo, pero es así. Tienes que pasar página.

—Claro que he pasado página. Pasadísima. Solo que, bueno, mi ex me acaba de revelar que se casa. Yo todavía...

Me callo. Que así estoy más guapa.

Las chicas se miran entre ellas, y prefiero hacer como que no lo veo. Me centro en el gran ambiente que nos rodea, y, qué queréis que os diga... Envidio a la gente, incluso a la Nagore de hace media hora, que era absolutamente ajena a todo lo que se le venía, porque, sí, joder, saber que se va a casar... duele, y más después de haberme estado mirando así.

¿Por qué es todo tan complicado? Por un momento estaba descifrando qué significaba esa mirada, porque, sí, significa algo, y al siguiente siento que caigo sin frenos hacia el más absoluto revés que la vida te puede dar.

Deseaba verlo de nuevo, ¿para esto? Agarro el vasito del chupito completamente vacío, y, bueno... a peor no puede ir. O por lo menos creo que la vida no puede seguir siendo tan puñetera conmigo, ¿verdad?

Qué ridículo, por Dios. Apenas rememoro la situación, tengo la urgencia de esconderme debajo de la alta mesa a la que nos hemos sentado.

—¿Otra ronda de chupitos? —me lee el pensamiento Elsa.

Asiento levemente.

—Bueno, tía, céntrate en el ahora —habla Diana de nuevo.

—Cierto. Estamos en esta fiesta y lo vamos a pasar fabulosamente bien —asiente Gala.

—Mirad, nuevos chupitos. —Elsa sonríe cuando vuelve con unos vasitos que contienen un sospechoso líquido transparente.

—Tía, de tequila no —se queja Gala.

Sin embargo, yo cojo uno y me lo bebo del tirón. Todas se

quedan congeladas mirándome.

—Menos mal que he cogido cinco. —Es lo único que dice Elsa—. Venga, ¡brindemos!

—Por esta fantástica noche y por las que están por venir —propone Diana—. Porque lo que mal empieza, bien acaba.

Todas chocamos los chupitos, pero me es inevitable suspirar con pesadez.

Demasiados brindis como este llevo y, coño, las malas, absurdas y ridículas situaciones me persiguen.

«Aunque, claro —me digo mientras me bebo rápidamente el otro chupito—, esto tiene que cambiar en algún momento. No siempre va a ser así. ¿Verdad?».

Unos meses después

Bajo las escaleras a trompicones; es un milagro que no me caiga rodando como una canica, pero sin saber cómo, lo consigo, llego al rellano. Tengo el corazón en la garganta; qué digo «en la garganta», creo que ya se me ha salido del cuerpo, no puedo creer lo que acaba de suceder.

Oh, Dios.

Me llevo las manos a la cabeza e intento inspirar. Así uno se tranquiliza, ¿verdad?

Vale.

No sirve de nada.

¡Ay, Dios! ¿Por qué a mí?

De pronto oigo voces, voces que claramente se me aproximan, y hago lo más inteligente que se puede hacer en estas situaciones.

Huir.

Sin pensar, y tras subir de nuevo las escaleras, cojo la primera puerta a mano izquierda y recorro el pasillo. Intento

memorizar por qué puerta puedo desaparecer, cuando una luz llama mi atención. Proviene de una de las del pasillo, pues está entreabierta.

Mi lado cotilla puede, y, claro, me castiga por ello. Lo más fácil habría sido continuar por mi camino, no meterme donde no me llaman.

Luego me quejo de lo que me pasa...

20 de agosto

En un momento de locura transitoria...

El amor apesta. Apesta, y mucho.

O sea, ¿no tendría que haber superado ya lo de Diego? No es que haya llevado una vida de puritana, me refiero a eso que comentan, que «un clavo quita otro clavo». Cierto es que momentos de sequía he tenido, pero, joder, después de dos años y una buena y variada colección de tornillos —o clavos, me da igual cómo queráis llamarlo—, aquí sigo, suspirando por ese sujeto que se va a...

A casar.

Vale, ya lo he dicho.

Oh, Dios.

Diego se va a casar. A-ca-sar.

¿Sois conscientes de ello?

Me obligo a sonreír en cuanto Diana se me acerca para hacerme girar sobre mí misma, porque, sí, todavía seguimos en la asquerosa fiesta.

Qué voy a decir, ya ha perdido su encanto.

Continúo bailoteando, pero me reprimo las ganas de darme la vuelta y mirar en la dirección donde sé que sigue con su grupo y... su prometida.

Nunca me ha costado tanto pronunciar una palabra, o más bien pensarla, porque no tengo el menor interés en verbalizar esto de nuevo. De hecho, no quiero ni darle más vueltas, así que vamos a ponerle remedio.

Me acerco a la mesa donde tenemos nuestras cosas, y pillo

otro de los envenenados chupitos. Creo que el hecho de que ya no me abrase la garganta es un indicativo sospechoso, pero ¿veis a alguien preocupado?

Eso mismo.

Sonrío a las chicas y vuelvo a mover el cuerpo al ritmo de la música. Eso se me da bien, y más si es al ritmo de Ricky Martin.

¡Eso sí que es un hombre, y no el que se encuentra a escasos metros sin darse cuenta de que está perdiendo a la mujer de su vida!

Poco a poco, consigo salir de esa complicada espiral de pensamientos, y me pongo a bailar con las chicas como si no hubiera un mañana.

¡Estoy en Mallorca! Y a saber cuándo vuelvo a tener vacaciones.

Todas rodeamos a Diana cuando comienza a sonar una música más reggaetonera, ya que la odia, pero entre todas conseguimos que ceda y se deje llevar.

Seguimos bailando entre risas hasta que, de pronto, me doy cuenta de que me estoy haciendo pis. Mogollón de pis.

Así que me detengo abruptamente, tanto, que Elsa se choca conmigo en uno de sus bailoteos.

—¿Qué sucede? —me pregunta Gala, haciéndose oír por encima de la música.

—Ahora vuelvo —digo antes de girar sobre mí misma y desaparecer entre el gentío.

Por supuesto, en mi mente, esta acción es la más sensata y coherente ante la necesidad de encontrar un baño. Pensándolo con la mayor de las sensateces, quizá tendría que haberles especificado adónde iba, pero, bueno, las chicas me conocen y ya sabrán que no voy a hacer nada preocupante.

Consigo atravesar la cubierta sin dirigir la mirada hacia cierto lugar, más que nada porque no sé dónde diablos están

los baños, y dado mi estado es urgente encontrarlos en el caso de que... ¿Un yate tiene baños?

¡Por favor!

¡Claro que los tiene!

Animada y confiada, sigo hacia delante, persiguiendo a un sospechoso grupo de amigas que... sí. Van al baño.

Sonrío encantada por mis dotes detectivescas y entro de lleno detrás de ellas. Me sorprenden varias cosas.

La primera, el espacioso y elegante baño al que entro. Encimeras de mármol color crema, varias toallas enrolladas como en los spas, incluso las divisiones de los cubículos son elegantes, con un material traslúcido que combina con las oscuras paredes del gran baño. Eso sí, el baño continúa impoluto porque no hay una sino dos mujeres que se encargan de mantenerlo limpio.

La segunda cosa es que Ana, *aka*, «la prometida», está aquí. Todo mi cuerpo se tensa de una desagradable manera al verla. Por un momento, temo que se fije en mí y me reconozca, pero la acompaña una amiga y se ve claramente que están demasiado borrachas como para percatarse de mi presencia o de acordarse, ya que estamos.

Esta gente que no sabe beber...

Controlo las ganas de dar media vuelta, sobre todo por el hecho de que, efectivamente, ni me ve ni me va a ver, pues nada más pongo yo un pie allí, entra en un cubículo al tiempo que tiende a su amiga lo que parece un neceser negro.

Un objeto que dicha amiga deja sobre la larga encimera antes de entrar ella en otro, seguramente sin ser consciente de lo que está haciendo, debido a que tiene más alcohol que sangre.

Mis neuronas se activan al ver la escena, y no puedo controlar la sonrisa que se me dibuja en la cara.

Oh, sí...

Cuando vuelvo hasta las chicas, sus reacciones no tardan en llegar.

—Pero ¿dónde diablos te habías metido? —pregunta Gala con el ceño fruncido.

—He ido al baño... —comienzo a explicar, pero Elsa me interrumpe con un espasmo de su mano frente a mi cara.

—¿Al baño? Mira, tía, tus huidas...

—¿Huidas? —la interrumpo.

Pero ¿por qué tanto revuelo?

—Bueno, tus «estampidas misteriosas»... —Elsa hace el gesto de entrecomillado al decir estas palabras—. Acabarán con nuestra salud mental y física. ¿Tanto te cuesta decir adónde vas y con qué intención? —continúa Elsa.

—Tía, no hay que ser muy genio para saber qué voy a hacer en el baño, que, por cierto, son divinos —aclaro con una gran sonrisa.

—Cielo. —Elsa responde a mi gesto imitándolo—. Déjame desconfiar. Hay un... llamémoslo «intuición», que me advierte.

—¿Que te advierte de qué? —pregunto sin entender el punto al que quiere llegar.

Elsa abre la boca para contestar, pero Diana interviene:

—Nada, tía. Nada. —Esto último lo acompaña de una sospechosa mirada a cierta morena que se encoge de hombros muy poco sutilmente, pero, bueno, no tengo tiempo para descifrar sus misterios.

Tengo que contarles lo más importante.

Con un rápido y eficaz giro de muñeca, elevo la mano para mostrar el neceser de...

—¿Qué es eso? —pregunta Gala.

—¿Has cogido un neceser del baño? —pregunta Elsa con un gesto de incredulidad—. Para qué quieres...

Cansada de interrupciones y erróneas conclusiones, aclaro el asunto:

—Cuando he ido al baño porque no podía con el pis que tenía... —Las miro a las tres y hago una breve pausa, para que puedan ir asimilando la situación y para crear ambiente, claro —. Me he topado con, nada más y nada menos, que la novia de Diego.

—¿¡Querrás decir «prometida»!? —me pincha Elsa, siempre encargada de poner la puntillita a todo.

—Y, bueno —continúo, haciendo como si no hubiera oído su comentario—, la cuestión es... —Pero, vaya por Dios, no me dejan.

Diana es ahora quien me interrumpe de nuevo; además, con una reacción un tanto exagerada.

—No. Por favor, di que no. —Me mira con tal expresión de súplica entremezclada con terror, que pierdo el hilo de lo que les estaba contando.

—«No», ¿qué? —pregunta Gala completamente confundida, como yo.

¿Y qué os queréis que os diga?, ¡normal!

Estoy más perdida que en una exposición de arte conceptual.

—Nagore, *por favor* —acentúa el tono Diana—, dime que ese neceser es tuyo.

—¡Claro que no! —contesto sacudiendo la cabeza—. ¡Es lo que os quería contar, pero es que no me dejáis! ¡Es de la novia de Diego!

—Yo la mato —dice Elsa, llevándose las manos a la cabeza con un dramatismo que realmente encuentro muy *muy* exagerado.

—Chicas, que nadie me ha visto —recalco.

—Ay, ay, ay. —Diana gira sobre sí misma.

—Pero ¿qué quieres encontrar ahí? —pregunta Gala.

—Pues quiero ver sus cosas, qué clase de chica es. Un bolso

dice mucho de una persona, así que, imaginaos un neceser.

—O se lo decís vosotras o se lo digo yo —amenaza Elsa con los brazos en jarras.

—¿Queréis dejar de dramatizar? Ya os digo que está todo controlado. Nadie me ha visto.

—Oh, Dios, que viene —estalla Gala, mirando con verdadero espanto detrás de mí.

—Mierda —escucho decir a Elsa.

—¡Ya está bien! ¡Trae aquí!

Antes de que pueda digerir lo que ha dicho Diana, noto que me arrebata el neceser y, ante mi sorpresa, lo lanza por los aires de la forma más random posible.

—¡Tía! ¿Estás loca? —pregunto cuando veo cómo el neceser sale disparado sin que yo pueda hacer nada.

—Nagore, un día nos matas de un disgusto —dice Gala, sujetándome del brazo mientras observamos el recorrido del neceser volador.

Bien.

Es en estos momentos cuando pienso que mi vida es una cámara oculta, porque juro que no es normal. No se puede tener tan mala leche; sí, destino, te estoy hablando a ti.

Os preguntaréis el motivo de mi retahíla de malas vibraciones, pero es que el neceser no sale volando por la borda para caer al mar —la opción con mayores probabilidades, lo sabéis igual que yo—. No.

Cae sobre un grupo de personas, concretamente sobre un grupo de tíos, con la mala suerte de que da a uno en la cabeza, y, claro, ese se gira para ver quién ha sido el atacante.

Cuando se gira y hacemos contacto visual, me es imposible mantener una expresión neutral. Yo qué sé, con tanta gente alrededor era imposible que nos detectara. Pero, claro, mi gesto nos delata y su amplia sonrisa me mata.

—Ese tío me suena, ¿quién es? —pregunta Elsa.

No.
—Sí, a mí también —comenta Gala.
«No puede ser», continúo pensando yo.
—¡Es el vecino buenorro! —estalla, emocionada, Diana.
Tierra, trágame.

20 de agosto

Mirad, esta noche es excesivamente larga…

Es él, no hay ninguna duda. Esa sonrisa ladeada la reconocería en cualquier lugar, pero la confirmación llega cuando… cuando comienza a acercarse.

Echo una mirada rápida y totalmente aterrada a las chicas.

—Oh, Dios, ¡viene! —digo, ocultando mi boca con la copa que le he quitado a Gala para que él no vea que estoy hablando —. ¿¡Qué le digo!?

—Normalmente se comienza una conversación saludando — deja caer la pedorra de Elsa, que está claro que disfruta de mi tormento—. Este es el de las bragas, ¿no? Que lanzaste tus *sexis calzas* a su cuerda de tender, ¿correcto?

La fulmino con la mirada.

—¡TÍA! ¡No se las lancé! Se cayeron, joder. Y no las llames así.

—¿Y cómo quieres que me refiera a ellas? ¿No eran «tipo terrible», a lo Bridget Jones?

Controlo un tic nervioso al escuchar a Elsa, y devuelvo la copa a Gala, pues veo la absurdidad de fingir que no estoy hablando de él.

—Gracias, bonita, me estás siendo de ayuda. Sigue así, y no tendré que preocuparme por qué decirle. Me dará tal parraque que…

—Venga, venga —interviene Diana, llamando mi atención—. No hagas caso a la Grinch esta, y estate tranquila.

—Diana, le has lanzado el neceser a la cabeza —le recuerdo.

controlando las ganas de zarandearla. Porque, sí, se lo merece —. ¡Se pensará que lo he hecho para llamar su atención! ¿De verdad que ninguna ve la gravedad de la situación?

—Sí, yo la veo —asiente Gala, con cara de circunstancias.

—¿Y?

—Y no me gustaría estar en tu pellejo. —Es lo único que me dice antes de dar un trago a su copa mientras simula que mira hacia otro lado.

Malditas.

Me quiero morir, de hecho, creo que esta noche no puede ir a peor. ¿Cuántas veces puede una persona sufrir un colapso mental?

¡Oh!

Se me ilumina la mente e incluso la cara.

—¿Y si finjo que me desmayo? —pregunto ante la brillantez de mi idea.

—Treinta y cuatro años, tiene la criatura —puntualiza Elsa, con los ojos en blanco—. Además, ¿sabes que cuando la gente se desmaya, se caga y mea encima?

Cuando voy a contestarle, alguien habla detrás de mí:

—¿Quién se va a desmayar?

Madre mía. Es él.

Me vuelvo, no sin antes mirar con terror a las chicas, que dirigen unas sonrisas encantadoras y excesivamente preparadas hacia nuestro nuevo acompañante.

—Hombre, hola. ¿Cómo estás? —pregunto cuando finalmente mis ojos se topan con los suyos.

Y ahí está. El vecino. No es un tipo despampanante, para nada, pero tiene ese algo, exuda conocer todas y cada una de tus fantasías, y que las va a cumplir.

Pelo alborotado oscuro, al igual que sus ojos, que le cae sobre la frente con algunos suaves rizos. Nariz afilada, como su rostro. Porque es del tipo alto y delgado con un estilo

desgreñao, como diría Diana, pero a la vez peligroso, como añadiría Gala.

En cuanto lo ves, sabes que te vas a quemar... sé que me entendéis.

—Vecina, qué sorpresa verte aquí. —Su voz ronca me retumba en el bajo estómago, como el rasgar de una guitarra, y me recorre entera, como sus ojos, de arriba abajo—. Hace mucho que no te veía.

—Es que nos mudamos —interviene Diana, para mi sorpresa.

—Sí —asiento, sobre todo porque, tras desviar su atención durante un segundo a las chicas, vuelve a centrarse en mí.

—¿Todavía vives en Madrid? —quiere saber él.

Juro que los nervios no paran de recorrerme. Incluso tengo la tentación de juguetear con mis manos como cuando era una cría. ¿Por qué me mira de esa forma?

Bueno, sí, sé por qué está mirándome así, pero, no sé, no va muy a saco. En especial porque solo hemos dicho cosas inofensivas. Vamos, un diálogo para todos los públicos.

—Sí, estamos aquí de vacaciones; de hecho, estos son los últimos días.

—Qué bien —sonríe lentamente, desconcertándome. Mi cara debe de delatarme, porque se explica—: Las vacaciones también terminan para mí. En unos días, de vuelta para Madrid. Y no sé si lo recuerdas, pero todavía tengo algo tuyo.

Noto cómo la temperatura sube en mis mejillas.

Las bragas. Las puñeteras bragas.

La conversación ha dejado de ser ya para todos los públicos, pero, un momento...

—¿Todavía guardas mis bragas? ¿Qué eres? ¿Un rarito de esos? —pregunto con los brazos en jarras.

Las reacciones no se hacen esperar. Él abre los ojos como platos, y por el ruido que se oye detrás de mí, sé que es alguna de estas, que ha escupido la bebida. Pero, vamos a ver, ¿cómo

no le voy a preguntar eso?

—Vaya —dice finalmente—. No me refería a eso, pero es interesante. Ya ni me acordaba.

¡Oh, Dios! La que ha quedado como una enferma soy yo. ¡Yo, erre que erre con las bragas y él ya lo había olvidado! Vaya una ridícula que soy.

—¿Qué es interesante? —consigo preguntar.

—Que por fin hayas accedido a confirmar que eran tuyas.

Me deja planchada. Su sonrisa de chico malo hace el resto.

—Por cierto, mi nombre es Joel, y este... —Se saca del bolsillo una tarjeta y me la pasa—. Es mi número. Llámame antes de volver a Madrid, y así te digo qué es eso tuyo que todavía tengo.

Y sin esperar a que responda, se aleja; eso sí, dedica a las chicas un movimiento de cabeza a modo de despedida.

Me quedo callada, pero ellas rompen el silencio.

—Madre de Dios —oigo que dice Diana.

—Sí —añade Gala.

—¿Y este quién se cree? ¿Wade Walker?[2] —pone la puntillita Elsa.

No sé ni quién es ese, algo que me pasa a menudo con las referencias de esta chica, pero, por su tono de voz, me viene a la imagen un personaje al más puro estilo de James Dean.

—¿Os parece normal lo que me ha pasado? —pregunto a las chicas mostrando mi gesto de *shock*.

—Bueno... —comienza a decir Gala.

—¡En una misma noche! ¡Por favor! —recalco.

Las chicas se miran entre ellas.

—Estoy gafada —digo sintiéndome cansadísima.

—Anda, anda. —Diana se me acerca mientras sacude la cabeza de una forma divertida—. Gafada estarías si te hubieran pillado robando el neceser de la prometida de tu ex, o...

—Un momento, ¿dónde está? —quiero saber, y me giro para

buscarlo.

—Tu *amiguito* no lo ha traído —dice Elsa con una expresión rara; junto a la forma como ha pronunciado el término para referirse a Joel (incluso se me hace extraño llamarlo por su nombre), intuyo que algo ocurre.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—No me mola ni un pelo de mi cabeza.

Eso es lo que sucede cuando le preguntas a Elsa, que suelta lo que piensa, sin apenas edulcorante.

—¿Qué dices? —inquiere Diana—. ¿Por qué? —insiste con cierto escándalo.

—No sé, tía, quizá porque esa actitud de «soy lo más que te va a pasar en la vida» huele ya un poco a rancio, ¿no? ¿Y de dónde ha salido? Parece que de un guateque *grunge* de los años sesenta.

—Pero ¿qué dices? —se ríe Gala, y yo controlo la risa mordiéndome el labio.

—Ya veréis que este huele a naftalina, incluso.

—Aquí la que huele a rancio eres tú —suelta Diana, riéndose —. No le hagas ni caso —me dice a mí.

—Lo importante aquí es saber qué vas a hacer —habla Gala dejando la copa sobre la mesita.

La fiesta sigue, con la música a todo volumen, la gente baila como las luces que nos rodean, pero yo siento que para mí ya ha terminado. Quiero irme a descansar.

Bajo la mirada a la tarjeta que todavía sujeto en la mano.

«Joel Ruiz», se lee en letras plateadas sobre una tarjeta negra con el dibujo en relieve de... ¿de una espalda?

—Vaya, es fisio —lee Gala por encima de mi hombro.

—Mira, algo bueno tiene —sonríe Elsa, asintiendo divertida.

—Lo vas a llamar, ¿verdad? —quiere saber Diana.

Levanto la mirada para toparme con sus grandes ojos, y vuelvo a mordisquearme el labio.

—No lo sé —contesto al final.

—Pero ¿por qué no? —pregunta Gala, como si estuviera diciendo la mayor de las locuras.

Al desviar la mirada, voy directa hacia cierto lugar que no quería ver más, pero ahí está. Es increíble que, a pesar de la cantidad de gente que hay, lo puedo localizar. Está sin su prometida, de hecho, está hablando tranquilamente con sus amigos.

Si esto fuera una película romántica, él levantaría la mirada y nos observaríamos entre la multitud...

Pero no. No lo es.

—Yo, ya sabes a quién te digo que tienes que llamar —dice Elsa, trayéndome de vuelta a la realidad.

Pongo los ojos en blanco. Claro que sé a quién se refiere, pero eso... eso es imposible.

—Anda, por favor, volvamos al apartamento —pido.

—Sí, creo que ya has tenido demasiadas experiencias fuertes por esta noche —asiente Gala, al igual que las demás.

Así que mientras comenzamos a atravesar la marabunta fiestera, mi mente no para de dar vueltas y vueltas a una misma pregunta.

«¿Qué va a pasar?».

21 de agosto

Por la mañana

Estoy tomando el sol. Las chicas se han ido a alguna otra cala, pero esta vez les he dicho que me quedaba en el apartamento.

No me apetecía ir de excursión y, como solo nos quedan dos días aquí, quería aprovechar este pequeño paraíso, pues sé que el resto de los días voy a estar en la playa.

El socorrista es mi único acompañante, pero mis fantasías han quedado en un segundísimo plano, ya no solo porque comienzo a sospechar que la teoría de Elsa es cierta, sino porque mi mente le da vueltas a otra cosa o, mejor dicho, a otras personas.

Las chicas me han animado a que le escriba; incluso Elsa, sí, dice que no le gusta, pero que mientras solo sea para pasar un rato, no le parece mal. Lo que sea, con tal de no pensar en... Diego.

Pero es que ¿cómo no voy a pensar en él? Esto que ha sucedido es muy muy raro. Una idea no deja de dar vueltas en mi mente. ¿Y si es una señal del destino?

Sea lo que fuere, no he tenido noticias de él. Por ahora.

En ese instante me llega una notificación al móvil.

Todo mi cuerpo se revoluciona, y con cierto histerismo busco el teléfono para descubrir quién me ha escrito.

Sonrío al verlo, y pienso en Elsa que, si viera el gesto, me acusaría de algo que no es o, mejor dicho, que no puede ser.

La parte que se desinfla al ver qué no es ÉL, bueno, la callamos.

Carlos
Así que ya te has olvidado de mí. Estas playas mallorquinas lo han conseguido

Pongo los ojos en blanco y tecleo.

Yo
Ja. Lo único que ha pasado es que he desconectado del móvil
En eso consisten las vacaciones, no? 😎 😎

Su respuesta no tarda en llegar.

Carlos
Correcto. Te perdono porque en mis vacaciones a Grecia tampoco toqué el móvil. Qué tal? Alguna novedad?

«Si tú supieras...», pienso, pero sé que no le voy a contar nada, por lo menos no por aquí.

Parecerá mentira, pero Carlos, sí, el jefe de Diego, ese por el que las chicas se volvían locas diciendo que estaba interesado en mí, se ha convertido en un gran amigo. Comenzamos a chatear tras la boda de Gala y Juan, pero, como yo les decía, tan solo era un acercamiento amistoso.

Vale que en algún momento he tenido alguna duda, vamos a ver, creo que Carlos es el hombre más impresionante que he conocido, y cuando le vi no solo me fallaron las piernas sino todo el cuerpo, pero se me acercó para conocer mi idea de abrir un hotelito en San Lorenzo, y desde ahí surgió una bonita amistad.

Digan lo que digan las chicas, Carlos no está interesado en mí de otra forma, hasta tiene una novieta...

Yo
Nada en especial, bueno me robaron, pero de una manera cutre. Sé que es por la mala suerte que me persigue, pero ya te lo contaré a la

Carlos
De manera cutre? Eso huele a una buena historia de las tuyas.
Vuelves el domingo, no? Te apetece quedar para comer el lunes?
Subo a San Lorenzo

Yo
Bueno, bueno, cualquiera diría que estás algo ansioso por verme, no?

Carlos
Puede que un poco... tengo algo que contarte

Frunzo el ceño y una sensación rara me recorre. Oh, oh.

Yo
No irás a casarte, verdad?

Carlos
Cómo? Siento decepcionarte, pero esa no es la noticia.
A qué viene eso? Alguien más se casa?

Yo
Ya te contaré, pero bueno, me parece buen plan vernos este lunes

Carlos
Pues tenemos una cita

Dejo el móvil, sonriendo pero intrigada. ¿Qué me tiene que contar, que está tan ansioso por verme?

—¿Y esa sonrisa? —pregunta Diana, sobresaltándome.

—Pensando en cochinadas, seguro —dice Elsa al quitarse las gafas de sol y sentarse a mi lado.

—Tía —la regaña Diana, quien echa una significativa mirada al socorrista.

—No nos oye, cielo. Y tampoco es que haya dicho nada escandaloso. No he hablado de ninguna bacanal ni he soltado ninguna barbaridad como...

—Ya, ya —intervengo por el bien de Diana, cuyas mejillas parece que van a explotar—. Bueno, ¿qué tal la playa? ¿Y Gala?

—Está en el apartamento hablando con Juan y preparando la comida —responde Elsa mientras estira bien su toalla sobre la tumbona—. Bueno, ¿qué? ¿Has hablado con el vecinito?

Pongo los ojos en blanco.

—No. Y no sé si quiero. —Me cruzo de brazos, pero rápidamente deshago el gesto.

Un verano me quedé dormida en una mala posición, con las piernas cruzadas, y luego estuve varios días con una pierna morena y la otra no. Porque, sí, esas cosas pasan, que no os engañen.

—Por Dios, mujer, ¿por qué no? —pregunta, desesperada, Elsa.

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza sobre la tumbona.

—No sé, estoy muy bien con vosotras en estos días de relax. No necesito meter a nadie más en la ecuación.

—Entendemos —dice Diana.

No necesito abrir los ojos para saber que me está estudiando.

—Quizá en Madrid, cuando volvamos, le escriba algún día para ver qué tal. Pero ya lo pensaré con más calma. Estoy cansada de ir dando bandazos.

—Claro, claro —añade Diana.

Su tono me hace sospechar, pero el silencio de Elsa es lo que lo remata.

Me incorporo como por un resorte y con las alarmas disparadas, pero cuando veo la sonrisa de satisfacción en el rostro de la morena y mi móvil en sus manos, sé que el mal ya está hecho.

—Bueno, sí —dice Elsa al pasarme mi iPhone con la mayor de las calmas—. Habéis quedado a las ocho y media en el Chalet Siena.

—¡Tía! —estallo horrorizada—. No puedes hacer eso.

—Diana me ha ayudado —asiente la cómplice como si nada —. En algún momento de la conversación he dudado sobre qué decirle.

Las dos sinvergüenzas se ríen y yo escondo la cara entre las manos.

—¿¡Por qué!?

—Vamos, Nagore, todas sabemos que te gustaba, y te gusta —deja claro Diana, volviéndose a recostar en su tumbona—. No puedes negarlo. Todas fuimos testigo de cómo reaccionaste al verlo.

—Cierto, solo te faltaba darle tus bragas actuales, por eso de ir haciéndose con la colección completa —bromea Elsa.

—Chicas, no puedo quedar con él. No ahora.

—¿Cómo que «no ahora»? —pregunta Diana con gesto extraño.

—No sé, ¿no recordáis esta maldita racha de mala suerte que tengo? —Las miro sorprendida, porque no entienden en la que estoy metida.

—Tía, olvida las absurdas supersticiones y pasa un buen rato. Despéjate y deja de pensar en lo que no debes. Hazme caso, te lo vas a pasar bien.

Elsa para de hablar porque le entra una llamada.

—Oh, es Cole. ¡Una videollamada!

Se le ilumina el rostro e irremediablemente sonrío al ser testigo de su felicidad.

—Hola, hola —contesta con una sonrisa radiante.

—¿Cómo estáis? —Oigo la profunda voz de Cole al otro lado de la línea.

—Aquí, con las chicas. ¿Y tú? Parece que estés fuera de casa,

¿no?

—Barbacoa en casa de Julio. Estamos todos los chicos pasando el día, incluso me he traído a Coco.

—Genial. ¿Y qué...?

Pero Elsa no puede continuar la conversación porque varios amigos se acercan a Cole en una locura de gritos y bromas.

—Elsa, Elsa. —Oigo que dice uno de ellos—. Tienes que presentarme a alguna amiga tuya, como hiciste con tu hermano.

—Te estoy oyendo, tío, cuidado con lo que dices si no quieres terminar con las piernas rotas. —Se oye la amenaza de Aitor, el hermano de Elsa y novio de Diana, quien al escucharle, sonríe.

—Venga, que no he dicho nada malo —continúa el amigo—. ¿No tienes ninguna guapa amiga soltera que puedas presentarme? Soy buen chaval, y lo sabes.

Elsa sonríe.

—Pues ahora que lo dices, sí que tengo una amiga guapa y soltera.

Me tenso y enarco la ceja al más puro estilo de Vivien Leigh para lanzarle un claro mensaje, pero Elsa parece no captarlo.

—De hecho, la tengo aquí al lado.

—Juro que cuando sonríe así es como Aitor —dice Diana por lo bajinis—. Y no promete nada bueno, aunque siempre es divertido.

Las mejillas sonrojadas de Diana no ayudan; la fulmino con la mirada, pero no puedo añadir nada porque oigo hablar al amigo de Cole:

—Venga, vamos, ya estás tardando.

—Elsa, no. ¡Ni se te ocurra, tía! —susurro yo, intuyendo sus intenciones.

—¿Por qué no? Estás monísima con ese biquini. —Elsa esconde el teléfono entre las manos antes de pronunciar lo

inevitable—: Nagore, ven, que te voy a presentar a alguien. —Su tono de falsete me indica que desde el principio sabían que yo estaba a su lado.

Genial, lo que me faltaba. Que encima se piensen que estoy interesada. Pongo cara de circunstancias antes de volverme hacia ella y su maldito móvil, el cual apunta, obviamente, a mi cara.

Las risas de los tíos al otro lado de la línea me ponen nerviosa, pero ¿recordáis eso de la mala suerte?

—Oye, ¿qué pasa? —nos preguntan. Yo, por supuesto, he simulado que estaba hablando, así que, intrigada, me centro en la pantalla. —Se ha congelado la imagen.

—¿Cómo? —pregunta Elsa. Esa es la pregunta que haría yo si no fuera testigo en primera persona de que, sí, *efectivamente*, la puñetera imagen se ha congelado y se ve mi careto en un primerísimo plano y con un gesto tal que incluso Elsa se queda sin palabras.

Es un espanto.

—¿Eso lo están viendo ellos? —susurra Diana—. Por Dios, ni siquiera pareces tú.

—Por favor, cuelga la llamada. ¡Haz algo! —pido a Elsa cuando oigo las risitas y ya ni entiendo lo que dicen.

Elsa, nerviosa, consigue por primera vez en años obedecer sin rechistar. Lo digo para que os hagáis una idea de la gravedad.

—Oh, Señor, qué horror, parecías una mezcla de Uruk-hai[3] con el conejo este, el Peter Rabbit. —Elsa y sus adoradas descripciones.

—Mira, no sé qué es lo primero que has dicho, pero, joder, ¡tía! ¡Te lo advertí! Tengo mal fario —me quejo, golpeándola en el hombro.

Elsa se ríe y Diana acaba uniéndosele.

Incluso yo me río.

—Qué horror de imagen —añado, y me dejo caer sobre la tumbona—. Ahora es cuando me dirás que ese amigo de Cole es todo un Brad Pitt.

—¡Qué va! —niega Elsa—. Solo lo he hecho para fastidiar. Ese está más perdido que tú. No es un buen partido.

—Pero ni para un meneo —añade Diana.

—Eso es cierto. ¡Madre mía! —Elsa vuelve a reírse.

Cierro los ojos y escondo la cara, completamente avergonzada.

—Ya os lo he dicho, estoy en una fase insoportable.

—Tía, deja de repetir eso —me regaña Diana, obligándome a mirarla—. Con eso no haces más que atraerla.

—En serio, Nagore —habla Elsa de nuevo mirándome con seriedad—. Tienes que dejar de decirte esas cosas, y pensar desde otro punto de vista.

—Vamos a ver, ¿qué punto positivo puedo sacar de lo que acaba de suceder? —pregunto con los brazos cruzados.

—Ya te cuento yo uno —interviene Elsa—: te has librado de tener encima a ese pesado. Piénsalo así.

Entrecierro los ojos.

—¿Era un pesado y querías presentármelo? —le pregunto acusadoramente.

—No veía otra manera para que te lanzaras a los brazos de tu próxima conquista sin rechistar.

—¿Mi próxima conquista?

—El vecino buenorro —asiente con su sonrisa peligrosa.

—Eres imposible —le contesto, al tiempo que me recoloco dignamente el biquini.

—Anda, venga. Entremos a ayudar a Gala con la comida y a pensar en qué te pondrás esta noche —dice Diana incorporándose, y me extiende la mano para auparme.

—Que no voy a verlo —repito.

—Claro, claro. —Esa es su única respuesta.

Estudio con detenimiento mi reflejo en el espejo. Llevo un vestido de lencería en color verde musgo que contrasta con mi pelo rojizo. Finalizo el look con unas sandalias negras de tiras que se entrecruzan en los tobillos y consiguen que parezca más alta.

De fondo suena *Why Don't You Do Right*, de Peggy Lee, como buena hija de mi padre.

—Estás espectacular —dice Diana, sobresaltándome al entrar en la habitación.

—No sabía que estabas ahí —digo al volverme hacia ella—. ¿De verdad que voy bien? ¿No es demasiado? —Muevo las manos sobre el vestido, como alisando arrugas invisibles que solo yo puedo ver.

Diana hace una mueca y se sienta en la cama de matrimonio, frente al espejo de pie en el que me veo reflejada.

La decoración del apartamento es minimalista mediterránea, así que tiene las cosas justas, todo en tonos beis, blancos y tierra, y los materiales van de la madera a la piedra.

—Venga, habla. ¿Qué te pasa? —me pregunta Diana, al tiempo que juguetea con la colcha de lino.

—¿Por qué me tiene que pasar algo? —Me vuelvo para enfrentarme de nuevo al espejo.

—Porque no estás siendo tú. Si no, estarías entusiasmada con la cita. No sé si lo recuerdas, pero el vecinito te gustaba, y mucho. Y ahora parece que te estés preparando para un funeral en vez de ir a verlo.

Hago una mueca y me acerco a una de las mesitas de noche para echarme un poco de perfume: Angel, de Mugler.

—No es eso... es... —Ni siquiera sé terminar la frase.

—Nagore, tía —dice ella rompiendo el silencio que pretendía mantener—, si no quieres ir, no vayas. Tienes que hacer lo que

te apetezca.

—El vecino me gustaba —digo, más para mí que para ella—. Me gustaba un montón. Pero...

—¿Pero?

—¡Tiene que aparecer él! —No hace falta que diga su nombre, sabe a quién me refiero—. Te juro que lo intento. Lo hago con todas mis fuerzas. —Miro a mi amiga y, por su gesto de pena contenida, sospecho que se me ha caído la máscara de la indiferencia—. Pero cuando doy cuatro pasos adelante, siempre hay algo de él que me echa seis para atrás. ¡Aparece en mis malditas vacaciones, tía! ¿Quién se puede creer esto?

Diana hace amago de contestar, pero gesticulo con la mano para que espere.

—Nadie. Ya te lo digo yo. Por mucho que me queráis decir que no. Diana, es que ¡no puedo! ¡Aparece para decirme que se casa! ¡Joder!

Me acerco a la cama y me dejo caer a su lado. Soy consciente de que se me han escapado algunas lágrimas.

—Venga, Nagore. Él no importa. Debes darte cuenta de ello —dice Diana mientras me acaricia la espalda en un gesto cariñoso que únicamente provoca en mí un intenso llanto.

—No —niego entre pucheros—. Me he dado cuenta de una cosa.

—¿Qué cosa? —quiere saber, cuando ve que guardo silencio de nuevo.

Me mordisqueo el labio en un intento de coger fuerzas para decirlo en alto. Juro que incluso me duele el pecho cada vez que visualizo ese pensamiento que intento esconder en lo más profundo de mí, pero comienzo a darme cuenta de que esa es mi realidad, y que tengo que enfrentarme a ella. Decirlo es el primer paso, así que me retiro las lágrimas con calma antes de coger aire profundamente.

—Pase lo que pase, y aunque en algún momento encuentre a

alguien, me he dado cuenta de que siempre será él. En secreto lo querré solo a él. Es mi gran amor y lo he perdido, Diana. Lo perdí por mi culpa, porque tengo esa faceta tóxica. Esa que no puedo controlar.

Vuelvo a llorar y, joder, siento que tenía que dejar fluir ese pensamiento. Escondo el rostro entre las manos y noto que Diana me abraza, diciéndome palabras de consuelo. No la quiero mirar porque sé que también tendrá los ojos llorosos por mis devastadoras palabras, pero es cierto.

—Nagore. —La voz de Elsa me hace levantar la mirada.

Descubro que ella y Gala están en la entrada de la habitación. Me imagino que lo han escuchado todo, por el gesto apenado de esta última; sin embargo, el rostro de Elsa está sereno.

—El gran amor de tu vida eres tú. Y que nadie te diga lo contrario. —Pestañeo al escucharla—. Y tienes que aprender que nadie puede derrumbarte de esta manera. Nadie tiene ese poder sobre ti, nadie. O por lo menos, no deberías dárselo.

Se acerca y se acuclilla delante de Diana y de mí.

—Entiendo a qué te refieres, pero, por favor, ¿Diego, tu gran historia de amor? —Elsa niega con la cabeza—. Esa está por llegar. Y te prometemos, las aquí presentes, que una gran historia de amor no consiste en lo que te hace sentir ahora este sujeto.

—Eso es cierto —asiente Gala, todavía en la entrada de la habitación.

—Debes aprender primero que la relación más importante es contigo misma. Tienes que quererte, respetarte, si no... es muy difícil que encuentres a alguien que lo haga.

—Yo me quiero y me respeto... —comienzo, pero Elsa niega con la cabeza.

—¿Y eso que has dicho de que la cagaste por tu faceta tóxica? —me pregunta con una ceja arqueada.

—Eso es. Lo hemos hablado, sabemos que la tengo, y soy consciente...

—Todos tenemos defectos —me interrumpe Elsa—, y está muy bien intentar corregirlos, sacar nuestra mejor faceta, pero machacarte por ello no es el punto, Nagore. Lo que haces tú es echarte mierda, y eso no es quererte ni respetarte. No es el camino que debes seguir.

Suspiro pesadamente.

—Todo es un asco —digo, quitándome el rastro de las lágrimas.

Elsa hace una mueca de circunstancias.

—Es un proceso. Si fuera fácil, no aprenderías nada —añade Gala con una dulce sonrisa.

Hago un gesto de circunstancias y las miro.

—Pues vaya desperdicio de noche. —Me mordisqueo el labio.

—Nada de caras largas, venga —habla Diana, al tiempo que se levanta y da una palmada entusiasta—. Vamos a buscar un sitio donde cenar y pasar una noche tranquila.

—¿Y el vecino? —pregunto.

—Bueno, lo que tú quieras. Si te apetece quedar con él, queda. Si no, preparamos un nuevo plan —propone Gala.

—Claro, tía. Lo importante es pasárselo bien —asiente Diana, alejándose de la cama.

Elsa también se incorpora y finalmente las imito.

—La verdad es que prefiero tomar algo con vosotras. Una noche sencilla.

—Pues ya está, de tranquis —asiente Elsa.

—Claro que sí. Buscaré adónde podemos ir. —Tras decir eso, Diana saca el móvil y se pone a trastear en él mientras sale de la habitación.

—Acuérdate de escribirle para avisarle de que al final no vas —me dice Gala—. No quedes mal con él dándole plantón.

—No iba a hacer eso —respondo con un mohín.

21 de agosto

Por la noche

Salta la notificación mientras escucho junto a Elsa una anécdota de Gala sobre ella y Juan en su último viaje. Apoyadas en la isla de la cocina, y cada una con una copa de vino blanco, esperamos a Diana, quien está terminando de arreglarse al tiempo que mantiene una videollamada con Aitor para ponerse al día.

Echo un vistazo rápido al móvil, creyendo que será un mensaje de alguna de mis hermanas o algo sin importancia, pero veo que es un mensaje suyo.

El vecino buenorro.

Mis dedos casi sueltan el móvil, algo absurdo, porque, obviamente, me iba a responder.

Me meto en el chat y primero leo mi mensaje anterior.

Yo
Hola Joel, qué tal? Al final ha surgido una cosa y me será imposible quedar hoy. Si te parece, nos vemos en Madrid. Besos

Su contestación me hace carraspear. ¿En serio?

Joel
Vaya, no te tomaba por una de las que se raja...

Frunzo el ceño y contesto rápidamente. Sí, sé que debería haber tardado, por lo menos, lo mismo que él en contestar —es de primero, en el manual de ligues—, que no es que sea un

ligue... Vamos a ver, no sé muy bien qué quiero hacer respecto a él, y la verdad es que... ¡A ver! Que me descentro.

A lo que iba. Que sí, que le contesto:

Yo
Rajarme? Por qué dices eso?
Ya te he dicho que me ha surgido algo

Ni un segundo después de mi respuesta, debajo de su nombre y su foto —sí, esa que he estado observando con detalle—, en la que mira con unas gafas de sol oscuras el atardecer de alguna playa, aparece el indicador de que está escribiendo.

Joel
Entiendo. Una urgencia?

Abro los ojos con sorpresa, así que le respondo:

Yo
Por qué noto ese tono de ironía?

Joel
Porque parece que sabes interpretar bien los mensajes. Mentir ya es otra cosa...

Pero, bueno, ¿y este? Vuelvo a la carga ya enfadada. ¿Quién se cree?

Yo
Quizá intentaba declinar tu propuesta para quedar, de una forma agradable

Joel

Ahora me vas a decir que tienes un plan mejor?

Sí, definitivamente es un gilipollas engreído. Tecleo ya enfadada, con las risas de Elsa y Gala de fondo, totalmente ajenas a lo que está ocurriendo.

Yo
No sé si recuerdas que he venido de vacaciones con mis amigas. Eso ya es un plan mejor

Joel
Ouch. Podría dolerme si no supiera la verdad

Yo
Por favor... qué verdad?

Controlo las ganas de poner los ojos en blanco, pero su respuesta me deja patidifusa.

Joel
Te intereso. Lo que pasa es que te acobardas. Esa es la verdad

¿Y este engreído de dónde carajos ha salido? Cuando estoy a punto de mandarlo a la mierda, veo que sigue escribiendo:

Joel
Podemos hacer dos cosas. O creernos esa trola que has soltado, o hacer como si estos mensajes no se hubieran escrito...

Yo
Vaya, parece que alguien está desesperado por quedar

Joel
Desesperado? Eso implica una connotación de necesidad, pero te puedo asegurar que no la tengo

Por Dios.

Yo
Perdone usted por...

Pero antes de que termine de escribir y enviarlo, él ya ha mandado un nuevo mensaje que me deja muda, o paralizada de dedos, más bien dicho.

Joel
Interesado es un término más adecuado.
Y si le añadimos delante el muy, vamos de lleno

Yo
Vaya, vaya. Me imagino que esto es lo que les sueles decir a todas

Joel
Solo a las chicas que conozco estando inconscientes y las tengo que cargar o a las que me lanzan interesantes prendas de ropa sobre el tendedero; a las que he pillado alguna vez espiándome a través de su visillo o a las que me encuentro a cientos de kilómetros de casa después de estar tiempo sin toparme con ellas en el portal...

Yo
Vaya

Puede que se me haya dibujado una sonrisilla, pero rápidamente caigo en algo y escribo corriendo:

Yo
Eso sí, con lo del visillo no sé a quién te refieres

Joel
Jajajaja Recuerdas lo de tus cualidades mintiendo? 👀

Capullo, pero me hace reír.

Joel

En fin, fue un placer coincidir. Estoy deseando saber cómo será el próximo encuentro.
Está claro que promete.

No sé, pero una sensación de urgencia me recorre el cuerpo al leer el comienzo de su despedida, y escribo sin pensar:

Yo
Espera. Si te parece, podemos vernos.
Pero después de cenar

Joel
Vaya. Ya no hay urgencia?

Yo
No tientes a la suerte

Joel
Está bien. Entonces nos vemos después.
A las 12 te parece bien?

—No sé qué diablos pasa en esta zona de la barra del bar, pero esa sonrisilla huele a tema, desde lejos. ¿Qué ocurre, Nagore? —La pregunta de Elsa hace que levante la mirada y las descubra a ella, Gala y Diana estudiándome divertidas.

—Oh sí, huele a cambio de planes —se ríe Gala.

—¿¡Qué!? ¡Qué va, qué va! —Pero sus sonrisas se hacen más amplias y comienzo a meditar en lo que ha dicho Joel.

¿De verdad que miento mal?

—Vamos, confiesa... —canturrea Diana.

—Bueno, quizá... —empiezo, simulando que miro mi esmalte.

—¿Quizá? —pestañea Elsa de manera exagerada.

—Quizá vea al vecino, ¡sí! —Todas estallan en aplausos y risas—. ¡Pero después de cenar! ¡No soy tan evidente! —me

quejo, mirándolas mal por su diversión.

—Joder, deberíamos haber apostado algo —se queja Elsa, ignorando mis últimas palabras.

—Todas pensábamos lo mismo, así que... —deja caer Gala.

—¿En serio? —pregunto asombrada.

—Venga, anda, deja de dramatizar y vamos al restaurante a cenar antes de que nos pille el toro. —Diana me tira del brazo guiándome hacia la salida.

Aquí me encuentro. Acabo de bajarme del taxi y observo mi próximo destino.

El mar está detrás de mí, pero no me vuelvo porque el bullicio de la gente que tengo delante me impide despegar los ojos de esa zona, pues aunque parezca mentira, estoy un poco nerviosa.

Las chicas se han quedado en el restaurante donde estábamos cenando; me han pedido que las tenga informadas, así que, mientras cruzo la calle, mando un rápido mensaje a nuestro grupo del chat para avisar de que ya he llegado.

Al aproximarme puedo leer el nombre del restaurante, Chalet Siena, en unas modernas letras doradas sobre la fachada blanca, aunque antes se encuentra la terraza cubierta, esa que está repleta de gente.

Desde aquí se oye la música ambiente y las risas, y no sé hasta qué punto me apetece entrar para estarme allí sola, esperándole. Porque me da a mí que este no es el típico que llega puntual. Llamadme loca, pero hay gente que tiene *vibes* especiales. De algunos, solo con verlos sabes que llegarán tarde, otros que...

—¿Te genera algún tipo de desconfianza el sitio o es solo para hacernos los interesantes?

Me sobresalto cuando me hablan al oído, y al girarme llevándome la mano al pecho, le descubro a mi lado con una medio sonrisa divertida y una mirada que me recorre sin disimulo alguno.

Es él. El vecino buenorro.

—Vecina. —Me saluda con esa traviesa sonrisa y me resulta imposible no devolvérsela.

—Vecino —respondo, pero me callo el adjetivo que lo acompaña, y entonces me pregunto si él también se guarda algún adjunto del «vecina».

—Joel. Sabes cómo me llamo, al contrario que yo. ¿Me vas a decir tu nombre en algún momento de esta apacible noche?

Se lleva las manos a los bolsillos de los vaqueros desgastados y con rotos. Su look se complementa con una camiseta sencilla blanca y de cuello deshilachado que permite ver parte del pecho.

¿Eso que se asoma es el trazo de un tatuaje?

Controlo las ganas de ponerme de puntillas para verlo con detalle, pero entre la poca iluminación y la cantidad de collares que lleva, me impide descubrir si efectivamente lo es.

—¿Y bien? —Su pregunta me trae de vuelta.

—¿Hum?

—¿No me vas a decir tu nombre? —Se muerde el labio, pero no de manera petulante intentando ser un tío irresistible, sino para asegurarse de que su sonrisa no se haga más amplia, y eso lo convierte, efectivamente, en un gesto de lo más sexy.

—Perdona. Me distraigo con facilidad. Cosa de familia —contesto rápidamente.

Mueve las cejas de forma divertida y caigo en que aún no le he contestado.

—¡Nagore! —Lo digo con demasiado ímpetu, por la urgencia de no quedar como una dispersa, que, bueno, que lo soy, sí, pero...—. Así me llamo. —Detengo mis pensamientos para

parecer una persona normal.

—Bonito nombre. ¿Familia vasca?

—No. A mi madre le gustan los nombres de allí. —Sonrío porque es la típica pregunta que suelen hacerme.

Joel asiente y se centra en el restaurante-pub que nos queda a la izquierda.

—¿Te apetece entonces tomar algo? Me imagino que tienes ganas de saber qué es eso tuyo que tengo.

Vuelve esa sonrisa peligrosa e inevitablemente arqueo las cejas, intrigada. Se me había olvidado completamente ese pequeño detalle.

Joel da un paso hacia atrás —por eso me doy cuenta de lo cerca que estábamos— y me indica con la mano que pase delante.

Cuando entramos en el establecimiento, un camarero nos atiende rápidamente, señalándonos la mesa que teníamos reservada.

Está sonando *Devil Eyes*, de Hippie Sabotage; nunca pensé que una canción podía cuadrar tanto con una persona y un momento. Juro que me da la sensación de que Joel se mueve inconscientemente al ritmo de la música, al coger la carta de cócteles, al juguetear con los anillos de la mano mientras la lee concentrado, y todo bañado por esa luz ambiente...

Madre mía. ¿Qué me pasa? ¿Me está poniendo, solo por cómo sujeta con las manos un trozo de papel? ¡Estoy fatal! Pero qué calor hace aquí, Señor.

Despego la mirada de él y estudio mi entorno, a ver si así me despejo.

El sitio es muy bonito. Estamos pegados a uno de los laterales, al que la pared queda oculta por un jardín vertical. ¿Serán de verdad las plantas o son de plástico?

—¿Qué te apetece a ti? —me pregunta conectando sus ojos oscuros con los míos.

—Un gin-tonic estará bien. —Controlo las ganas de aclararme la voz.

Oh, Dios, hasta tengo la garganta seca.

¿De verdad que me gusta tanto este chico?

Lo estudio con disimulo mientras le indica al camarero lo que queremos, y empiezo a meditar la posibilidad de que estas me hayan metido algo en la cena. No es normal.

—¿Puerto de Indias te parece bien?

Asiento de manera vaga, dedicando al camarero una sonrisa de agradecimiento.

—Bueno, ¿así que, de vacaciones locas con las amigas? —pregunta apoyando los codos sobre la mesa y entrecruzando las manos para juguetear con uno de los muchos anillos de plata que lleva.

—¿«Locas»? —quiero saber—. ¿Al estilo desenfrenado?

—¿No? —tantea, adivinándolo por mi tono.

—No es nuestro rollo. Son vacaciones para descansar y estar nosotras solas.

—Entiendo, nada de novios. —Arquea una ceja casi imperceptiblemente, pero a mí no me pasa por alto.

—Yo no tengo novio, si es lo que te preocupa —aclaro—. Si no, no estaría aquí.

—Vaya. Así que eres leal. Me gusta —asiente vagamente.

—¿Tú no?

—¿Que me guste es un indicativo de que no lo soy yo? —pregunta divertido.

Entrecierro los ojos entre satisfecha e intrigada, porque parece que esté evadiendo la pregunta, o quizá son cosas mías.

Dios. Ya empiezo a pensar *mal*.

Desvío la mirada, y el gesto inseguro pasa desapercibido porque justo llega el camarero con nuestras bebidas.

—Bueno, entonces, unas vacaciones tranquilas. Eso está bien. —Retoma la conversación en cuanto nos quedamos a solas de

nuevo.

—¿Y las tuyas?

—Es la despedida de soltero de un amigo —contesta antes de dar un trago a la bebida.

¿Qué está bebiendo? No estaba pendiente cuando lo ha pedido, mierda. Con lo que dice la bebida de la gente...

¿Es ron con Coca-Cola? Desvío la mirada hacia su copa en un intento de adivinar el contenido de su oscura bebida sin que se dé cuenta, claro.

—La verdad es que todo está saliendo según lo planeado. Es una de las mejores despedidas en las que he estado.

Su respuesta me trae de vuelta, fuera de mis suposiciones detectivescas.

—Oh, entonces hay desenfreno, me imagino.

—No voy a decirte que no. Creo que necesitaré unas vacaciones de estas vacaciones.

Sonrío ante su sincera sonrisa de satisfacción.

—Eso es fabuloso.

Joel asiente lentamente, y vuelve a escrutarme con muy poco disimulo.

—¿Qué? —le pregunto.

—Me imagino que querrás saber qué es eso tuyo que tengo.

Una sonrisa traviesa toma protagonismo en su rostro, y me temo lo peor, en especial cuando se inclina hacia delante sobre la pequeña mesa, haciendo el espacio más íntimo.

—Mira, como me saques las bragas aquí, me levanto y me voy sin mirar atrás —le advierto sin cortarme un pelo.

Total, ya se ha dicho todo sobre ese tema.

Joel suelta una gran carcajada que llama la atención al grupo de chicas que están sentadas en una mesa cercana.

—Mujer, nunca haría eso —dice por fin, al tiempo que se recoloca en la silla de mimbre; con el gesto consigue calmar un poco mis nervios.

—En el portal lo hiciste —le recuerdo acusadoramente.

—No había nadie. Nunca te atormentaría de esa forma. —Me mira con cara de no haber roto un plato.

—¿Por qué me da la sensación de que sería todo lo contrario?

Se vuelve a reír y yo arqueo las cejas con gesto de incredulidad antes de dar un nuevo trago a mi copa.

—Te prometo que no llevo ninguna ropa interior encima.

Casi me atraganto.

¿Que no lleva ropa interior? ¿Está insinuando lo que creo que está insinuando? Me quedo congelada, y él... tan solo sonríe divertido, como si supiera perfectamente el hilo de mis pensamientos, en especial cuando mi mirada se dispara hacia abajo, aunque la superficie de la mesa no deje ver nada.

—No es eso a lo que me refería cuando digo que tengo algo tuyo —habla de nuevo.

—¿Entonces? ¿Qué es? —La curiosidad gana terreno y aleja mis pensamientos de terrenos pantanosos.

—El día que te conocí... —deja caer como si nada, volviendo a centrarse en su copa y exasperándome con el gesto.

—¿Sí? —pregunto, esperando a que continúe.

—Te cargué hasta tu piso en brazos. Les dije a tus amigas que me debías una copa por ello, y a día de hoy todavía la espero.

Pestañeo sujetando mi gin-tonic.

—¿En serio?

—Como lo oyes —asiente divertido.

—Eso no es tener algo —dejo claro, sin entender su punto.

—¿Cómo que no? ¿Una invitación pendiente por agradecimiento te parece poca cosa?

Ladeo la cabeza mientras lo estudio, y acabo por reírme. Esta situación es surrealista.

—O sea, que esto... —Gesticulo con la mano señalándonos a

nosotros y la mesa—. Corre a mi cuenta, ¿no?

—Para nada. Como te digo, aún tengo una invitación pendiente. Tendrás que invitarme como es debido.

—Por Dios. —Pongo los ojos en blanco—. ¿De verdad piensas que vamos a quedar otra vez? —dejo caer.

Él sonríe ladinamente.

—Algo me dice que sí. Querámoslo o no, nos seguiremos viendo. Ha sido demasiada casualidad encontrarnos en una fiesta en Mallorca y ser atacado, nada más y nada menos, por un misterioso proyectil.

Pongo mi mejor cara de póquer.

—¿No te parece demasiada casualidad? —me pregunta; yo me encojo de hombros.

Prefiero guardarme para mí la teoría conspiratoria.

Joel da otro trago a la copa y yo lo imito. Mientras nos estudiamos, no puedo evitar preguntarme qué hago aquí.

A ver, la respuesta a esa pregunta es obvia, pero más allá de tomar algo con este tío, ¿qué pretendo?, ¿terminar la copa e inventarme alguna excusa para marcharme?, ¿o ver hasta dónde me lleva?

Sé la respuesta justo en el momento en que sus ojos estudian mis movimientos cuando dejo la copa sobre la diminuta mesa que nos separa, y siento cierto escalofrío de anticipación recorriéndome el cuerpo.

Señor…

Pero, como siempre me digo, «mejor llevarme una alegría al cuerpo cuando se presenta la situación, ahora que puedo», ¿no?

Unos meses después

No entiendo muy bien lo que he presenciado, pero algo me dice que no tendría que haberlo hecho.

Doy varios pasos atrás, consigo que mis tacones no suenen sobre el suelo de madera, que está descubierto porque todavía no han llegado las alfombras que encargué, pero, bueno, no me voy por las ramas.

Una vez alcanzo la distancia suficiente como para que no me oigan las dos personas que están en la habitación, giro rápidamente sobre mis talones y cojo el tramo de las escaleras que me llevan directamente a la cocina.

Madre mía, esta noche es un no parar.

Cuando llego, están tomando una copa y, como es habitual, charlan tranquilamente como si estuvieran solas a pesar del movimiento que hay a su alrededor. Soy consciente de que, aun así, apenas me descubren saben que algo ha sucedido.

Vamos si lo saben.

—¿Qué ha pasado?

—No aquí. —contesto, indicando la despensa con un gesto de cabeza.

Me siguen a través de las puertas abatibles, y, tras asegurarme de que la despensa esté desierta, en la parte de congelados cojo aire y me enfrento a ellas.

Un poco melodramática, sí, pero la situación lo requiere.

—Nagore, ¿qué pasa? —pregunta Diana con un gesto de confusión.

—Si estamos en la despensa, algo fuerte tiene que ser —añade Elsa con una sonrisilla—. En este tipo de estancias solo pasan cosas muy fuertes.

Asiento conocedora de que me estoy perdiendo parte del comentario, pero queda poco para medianoche y no tengo tiempo que perder, así que suelto la bomba sin reparo alguno.

—Gala oculta algo.

21 de agosto

Por la noche, más tarde

Me río ante el último comentario de Joel. Acabamos de salir del establecimiento y hemos cruzado la calle.

—Está bien, tendré cuidado con los peces multicolor —digo, todavía riéndome.

Joel hace un gesto divertido.

—Créeme. Parecen tipejos majos, pero casi temí por mi vida cuando me persiguieron. Peligroso deporte, el *snorkel*. —Joel hace gestos de negación mientras avanza un poco, pero yo me detengo, así que me imita, mirándome—. ¿Hora de volver a casa? —me pregunta.

Sonrío de nuevo. Volver a casa no está en mis planes. Por lo menos no ahora.

—Puedo estar un rato más, a no ser que tú...

—Quiero —me interrumpe con su ya conocida sonrisa pícara. Es que incluso se le iluminan los ojos, provocando que mi sonrisa se acentúe.

—Solo debo asegurarme de que tengo las llaves de la casa, por si las chicas ya están dormidas cuando vuelva.

Me apoyo el bolso en el estómago y me inclino sobre él para rebuscar las llaves, pero, como siempre que llevo un bolso más grande que una cartera de mano, me cuesta horrores encontrar...

Mis manos palpan algo raro, algo que no reconozco. Frunzo el ceño y saco lo que sea.

Los ojos de Joel se abren como platos, yo siento que me

quiero morir.

¡Maldita Elsa!

—Vaya. Interesantes llaves —dice sin ocultar su diversión.

Tentada estoy de dejar caer el maldito succionador de clítoris, si no fuera porque sé cuánto vale.

—¡Madre mía! No es lo que parece. —Lo miro con urgencia, todavía con el aparato de silicona en color aguamarina claro en la mano.

—No encuentro nada malo en la situación ni en lo que parece —dice Joel sin borrar su sonrisa.

Está disfrutando de mi tormento.

—¡No suelo llevar succionadores en el bolso! —Hablo con más ímpetu del que debería, y un grupo de gente que pasa a nuestro lado se vuelve para mirarnos—. Voy a guardarlo, pero que conste que no es mío. Es de mi amiga Elsa.

—¿Le guardas los juguetes sexuales a tu amiga? —Joel arquea una ceja y yo detengo el impulso de golpearle.

Estoy empeorando la situación, pero por lo menos ya he guardado el cachivache.

—Tampoco. Lo que ocurre es que fuimos a una presentación de Lelo, la marca de juguetes sexuales...

—Esto se está poniendo cada vez más interesante. —Joel me mira entre intrigado y maravillado.

Suspiro.

—Mira, no es mío. Mi amiga escribe artículos, y bueno, el último será sobre estos juguetes.

—Así que te lo ha dejado para que le cuentes tu experiencia, ¿no? —El brillo peligroso vuelve a sus oscuros ojos y de pronto se me quita la tontería de encima—. Para tener diferentes puntos de vista. Ya entiendo... ¿Lo has usado ya?

—No... —Esto lo digo bajito, y no sé si es una respuesta a su pregunta o para convencerle de que no es eso lo que ocurre.

—¿Lo ves? De lo más interesante. —Joel da varios pasos

hacia atrás—. ¿Vamos a la playa?

Extiende la mano, y no tardo mucho en aceptarla.

La playa está desierta; nada más poner un pie en la arena, me detengo para quitarme las sandalias mientras a su vez él se quita las deportivas. Ha empezado a contarme alguna que otra anécdota de la despedida, pero confieso que solo lo escucho a intervalos. En realidad estoy estudiando su perfil para captarlo al completo.

En otras circunstancias no estaría a punto de hacer lo que mi mente maquina en este momento, pero esta vez sí. Total, tengo el pleno convencimiento de que ya he gastado los cupos para toparme con él en otra situación, así que me detengo, y él, confundido, me imita.

—¿Ocurre algo?

No puedo ver del todo su rostro, estamos en la playa, en la oscuridad de la noche. Aquí apenas se perciben las luces lejanas del paseo marítimo y de sus establecimientos.

Sobre nuestras cabezas, el cielo estrellado, y delante de nosotros, el mar en calma, prácticamente sin olas.

—No. Solo pensé que me apetecía hacer algo —digo sonriente.

—¿Ah, sí? ¿Qué? —pregunta Joel intrigado.

Me río un poco, porque, aun siendo tan evidente a qué me refiero, queda claro que no está acostumbrado a que la chica dé el primer paso; y eso, en cierta manera, está mal. Muy mal. ¿Por qué algunas personas no se atreven a dar el primer paso cuando quieren un beso, una caricia, sexo?

Me pongo de puntillas sobre la fría arena de la playa y alcanzo sus labios.

Lo hago con la seguridad y tranquilidad de que con Joel solo quiero pasar un buen rato, y eso es bueno. Ahora mismo es lo que quiero, lo que necesito.

No quiero complicarme la vida. Estoy cansada de esos tipos

que te venden la imagen de que solo pretenden pasar un buen rato, pero que después quieren complicarte la vida. Así que, Joel...

Mmm.

Profundiza el beso de tal forma que se me escapa un jadeo. Esto promete.

Con las manos me rodea la cintura para acercarme más a su cuerpo, aunque yo tengo que auparme y él debe agacharse para que nuestras bocas sigan en contacto. Su lengua comienza a juguetear con la mía, y siento el roce en cada rincón de mi ser. Cuando va deslizando las manos para alcanzar mi culo y apretarlo, una pesada y caliente sensación se me enrosca a la altura del ombligo para bajar lentamente, hasta que el fuerte pulso se instala entre mis piernas, punzándome en creciente necesidad.

—Espera, Nagore. —Su voz suena profunda cuando se separa de mí—. Vamos.

No añade nada más, pero lo sigo porque sé que, si continuáramos allí de esa forma, acabaríamos haciéndolo, a la vista de cualquiera que le apeteciera dar una vuelta por la playa.

Sin embargo, me sorprende cuando, además de no dirigirnos hacia el paseo marítimo para abandonarla, nos vamos a una zona de tumbonas amontonadas y con varias filas de sombrillas de brezo, cerca de un chiringuito cerrado que seguramente es propiedad de un hotel próximo.

—¿Qué haces? —pregunto, intuyendo su propuesta.

Pero no me contesta, tan solo se vuelve para alcanzarme de nuevo con un beso hambriento. Su olor me rodea, una especie de incienso con algo más que no sé identificar, pero pronto deja de importarme.

Joel comienza a devorarme el cuello y hace que me estremezca entera mientras sus manos recorren todo mi cuerpo

de manera avariciosa pero sin acercarse a ese punto que necesita tanta atención.

Me sobresalto cuando se deja caer sobre una de las tumbonas.

Me mira divertido.

—¿En serio? —pregunto mirando a nuestro alrededor.

No hay ni un alma; de hecho, sé que aunque hubiera alguien cerca, tan solo apreciaría nuestras siluetas. Casi me es difícil ver los rasgos de su rostro a escasos centímetros.

—Nunca he estado tan seguro de algo —me contesta con esa sonrisa que llevo admirando toda la noche—. ¿Tú no?

Sonrío ladinamente y, antes de contestarle, me aúpo sobre su regazo con las rodillas apoyadas en los costados de su cadera.

—¿Qué crees? —digo en un susurro antes de besarlo.

Por la posición, el vestido de lencería se me ha subido y Joel toma ventaja, pues sus manos, avariciosas, me recorren los muslos; la necesidad empieza a ser tan fuerte que comienzo a mecerme contra él.

La tela de los vaqueros desgastados no es barrera suficiente para notar su abultada erección, y ambos jadeamos cuando vuelvo a conectar nuestras partes más interesantes.

Joel dirige la boca de nuevo a mi cuello, pero esta vez la desliza rápido hacia mis pechos y no me corto un pelo al bajarme los tirantes para dejarlos descubiertos. No tarda en darme lo que quiero, siento el húmedo y cálido roce de su lengua sobre el pezón, y debo controlar una exclamación ante ese gesto que consigue convertir mi sangre en lava.

Tras atender exquisitamente mis pechos, su boca vuelve a subir hasta encontrar mi oreja.

—¿Dónde has guardado ese juguete tan interesante? —me susurra antes de mordisquearme el lóbulo de la oreja.

Me separo de él sorprendida.

—¿Cómo?

—Vamos a probar qué tal es.

Dirijo la mirada al bolso que tengo apoyado en la arena de la playa, junto a la hamaca en la que nos encontramos. Me inclino y cuando lo saco, Joel me lo arrebata. Lo miro entre excitada, cohibida e intrigada, y, sí, gana el primer sentimiento apenas Joel da un largo lametón a la boquilla sin dejar de mirarme.

Cuando lo enciende y el sonido de la vibración nos rodea, mi garganta está completamente seca y mi cuerpo totalmente tenso por la expectación.

—Promete.

Es lo único que dice antes de besarme de nuevo y de que yo registre lo que sucede, pues me tengo que sujetar a sus hombros cuando noto el succionador sobre el clítoris.

Se me escapa un gemido incontrolable y mis ojos buscan los suyos.

—Tendrás que encargarte tú de bajarme los pantalones, si no quieres que pare con esto. Y hazlo rápido, necesito follarte profundamente ahora mismo.

No titubeo. Mientras Joel y el succionador me vuelven loca, consigo desabrocharle los pantalones y sacar su caliente y dura erección. Sisea cuando la sujeto con la mano.

—Métela —me ordena, pero yo priorizo otros planes.

Saco un preservativo para colocárselo; es un poco chasco que no haya salido de él, pero, bueno, para eso estoy yo.

Una vez hecho, no tardo ni un segundo en elevar algo más las caderas y dirigir su pene hacia mi entrada. Cuando toda su longitud me llena, ambos jadeamos.

—Joder... —le oigo decir, pero estoy demasiado pendiente de mecer las caderas y no perder la cabeza con el succionador, que todavía trabaja sobre mi clítoris.

Me siento empapada, y ya no me preocupo de reprimir los jadeos. Si nos oyen, pues eso que se llevan.

Joel suelta frases cortas mientras con una mano sigue

sujetando el juguete y tiene apoyada la otra en mi culo, marcando conmigo los empujes.

El orgasmo no tarda en llegar de manera brutal, y cuando abro los ojos y me encuentro los suyos estudiándome, sé que la noche no ha hecho más que comenzar.

22 de agosto

Por la mañana

Me despierto con una sonrisa plena en el rostro. Me estiro en la cama con parsimonia, y mis brazos chocan con otro cuerpo. Me vuelvo y descubro a Joel durmiendo, entonces recuerdo que estoy en la habitación de su Airbnb.

La noche no terminó en el encuentro de la playa, sino aquí, en su habitación, y he de decir que fue... memorable.

Sin borrar mi sonrisa, me incorporo en la cama y echo un vistazo al móvil, donde, efectivamente, las chicas me exigen todo lujo de detalles.

—Buenos días. —Joel me habla con voz adormilada a mi espalda.

Me giro para mirarlo.

—Buenos días —contesto.

—¿Qué tal has dormido?

Salgo de la cama y me pongo el vestido de lencería pasándolo por la cabeza. No me apetece quedarme más de la cuenta.

—Muy bien. ¿Y tú?

Al volverme veo que Joel me observa desde la cama con una sonrisa adormilada.

—¿Quieres quedarte a desayunar o vas a salir volando?

Me mordisqueo el labio y me vuelvo hacia la ventana, por donde se cuelan los rayos de sol entre las pesadas cortinas.

—Puedo quedarme a tomar un café rápido —cedo.

—Vamos, entonces.

Joel no pierde el tiempo, se planta un bañador y la primera camiseta que se topa en su desordenada habitación, ocultando el tatuaje del pecho, ese que recorrí con manos y lengua. Unas alas extendidas con trazos finos por todo el pecho.

Lo sigo fuera del cuarto y, tras atravesar un corto pasillo con varias puertas cerradas, llegamos al salón comedor con cocina americana, cuyo gran ventanal da a una terraza con vistas a varias casas de fachadas blancas.

Por lo que puedo ver, es una urbanización de villas más grandes que las nuestras, pero, claro, según me contó Joel, el grupo de despedida era numeroso.

—¿Café solo, con leche...? —me tantea mientras se acerca a la cafetera Nespresso y a la variedad de cápsulas.

Me acerco hasta donde se encuentra y le indico una con toques de vainilla, debilidad absoluta.

No se oye ni un alma en la terraza exterior, imagino que todo el mundo está durmiendo, en especial porque es pronto; accedo a salir fuera siguiendo los pasos de Joel, que nada más poner un pie en la terraza se dirige a una de las sillas.

Yo, al contrario: solo poner un pie en la cerámica de ese suelo me congelo. Sobre todo cuando descubro que la terraza no está desierta, sino que hay dos personas. Sin embargo, una de ellas se entretiene con el móvil y la otra lee un libro, pero cuando nos oyen entrar ambos levantan la mirada, y todos, menos Joel, nos quedamos en *shock*.

—¿Nagore? —pregunta Diego, que es el que estaba entretenido con el móvil.

Noto que la sangre me abandona el rostro, y mis ojos se dirigen a Ana, la prometida, que es quien estaba ocupada con el libro.

—Vaya, ¿os conocéis? —inquiere Joel, y toma un sorbo de café de una manera tan despreocupada que me entran ganas de lanzarle el mío sobre su alborotado pelo.

Ya no me parece tan interesante, aunque bueno, qué culpa tiene él.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Diego confundido, todavía con rastros de sueño en su masculino rostro.

Madre mía.

Miro a Joel y de vuelta a Diego, echando un rápido vistazo a Ana, que observa la situación con cara de no saber qué hacer.

—¿Te quedas a desayunar? —Para mi sorpresa es ella quien decide intervenir normalizando la situación, y yo me obligo a sonreírle sinceramente agradecida por el gesto.

—La verdad es que acabo de caer en que tengo una cosita que hacer y... —Doy un sorbo rápido de café. Por supuesto, me quemo; entrecierro los ojos intentando disimular—. Bueno, me voy.

Sé que mi voz ha sonado rara, pero, joder, me he achicharrado la lengua.

Giro en redondo, vuelvo a la cocina dejando la taza en la primera superficie que pillo, y corro hacia la habitación de Joel para coger el bolso.

—Oye, oye, ¿qué pasa aquí? —Este no tarda en seguir mis pasos, y obviamente quiere respuestas.

Lo fulmino con la mirada.

—¿¡Despedida de soltero!? —le echo en cara mientras cojo el bolso, ya con las sandalias puestas.

—Eh, ¿sí?

Lo miro y pongo los ojos en blanco.

—Tendrías que haber especificado, joder: «La prometida también está en la despedida», así habría sumado uno más uno.

—Te juro que no entiendo nada.

Suspiro y me detengo antes de salir de la habitación.

—Da igual, mira, ha sido una noche fantástica. Nos vemos, Joel.

Abandono la habitación dispuesta a salir pitando de la casa.

Ya me preocuparé de cómo volver con las chicas, pero doy prioridad absoluta a salir de allí corriendo.

—Nagore, espera. No te puedes ir así. —Joel me retiene por el brazo antes, siquiera, de llegar al salón de la casa, y bufo.

—Mira, ahora mismo lo último que necesito es esto, ¿vale? Ya te he dicho...

Me vuelvo hacia él dispuesta a ser algo cortante, pero me callo cuando veo lo que me tiende.

—Tu tanga, chica. No sé qué fijación tienes con dejarme tu ropa interior...

Su sonrisilla hace que coja rápidamente el minúsculo trozo de tela. Vamos a ver, ¿por qué la cago tanto?

—Disculpa.

—Nada. Ahora ya puedes huir tranquila. Ya me contarás qué ocurrió entre Diego y tú.

Me guiña el ojo antes de volver a su habitación.

Yo me quedo congelada un segundo, pero no tardo en reaccionar. Necesito salir de aquí.

Cuando entro en nuestro apartamento, lo hago con sigilo. No quiero que las chicas me oigan, en caso de que sigan durmiendo; tampoco mentiría al decir que primero quiero poder pensar con tranquilidad en todo lo que ha sucedido.

Pero cuando entro casi de puntillas a la zona del salón de la casa, sorprendo a alguien.

Gala está sobre la barra de la cocina completamente ajena a mi presencia, hablando por el teléfono móvil en un tono lo suficientemente bajo como para que nadie fuera de esta estancia la oiga.

—Pero ¿crees que es buen momento? —Me detengo para observar su gesto de circunstancias mientras escucha la

respuesta que se da al otro lado de la línea—. No sé... no sé si estoy...

En ese instante se gira, me descubre en la puerta y su rostro cambia completamente. En un momento cambia su gesto de preocupación por una sonrisa amplia, demasiado, diría yo, sé que está forzándola.

—Tengo que colgarte. Un beso.

Y corta la llamada sin más.

—¿Con quién hablabas? —le pregunto al acercarme.

—Con mi madre. Nada importante —dice quitándole importancia mientras mira cómo dejo el bolso sobre una de las sillas frente a barra.

—Lo parecía —insisto, completamente intrigada.

Gala niega con la cabeza en un gesto desenfadado.

—Me decía de ir con ellos unos días de vacaciones, pero con la carga de trabajo que tengo es imposible.

Asiento, convencida de ello. Gala es abogada y sé que tiene mucha faena, en especial desde que trabaja por cuenta propia.

—Bueno, bueno, ¿y tú? —sonríe ladinamente.

Justo en ese momento entra en escena una adormilada Elsa que nos mira con cara de pocos amigos, seguida de una esplendorosa Diana totalmente preparada para el plan que tenga previsto, con biquini rojo y pareo en tonos anaranjados.

—¿Es que en esta casa nadie duerme? ¿Sabéis cuál es el concepto de «vacaciones»? —gruñe Elsa, que se frota un ojo mientras se aproxima hasta donde estamos.

—No sé si te has dado cuenta, pero Nagore está aquí —puntualiza Gala, todavía con esa sonrisa en el rostro.

—¡Cierto! —A Elsa se le quitan todos los males y se sienta a mi lado—. Cuenta, cuenta, cuenta.

—Por favor... ¿Hay necesidad? —me quejo, dejándome caer sobre la barra con abatimiento.

Diana se lleva una mano a la boca.

—¿Tan mal? —pregunta, y sin darme tiempo a contestar, Elsa interviene.

—Chica, entonces ¿por qué no te volviste corriendo y has pasado la noche con él? —Me mira la morena, completamente extrañada, al tiempo que se prepara un café.

Suspiro y pongo los ojos en blanco mientras me incorporo, para descubrir a Elsa sentada en el taburete a mi lado, ya con su café preparado y todo.

Lo que mueve en este grupo el cotilleo.

—A ver —aclaro—. Con Joel ha ido... muy bien. Pero que *muuuy* bien —puntualizo al recordar esa parte de la noche.

—Menos mal, pero queremos detalles. No nos sirve con un «muy bien» —exige Diana, empujando a Elsa para hacerse sitio en la barra.

—Chicas, aunque no os lo parezca, no estoy de humor.

—Cierto, estás con un careto poco entendible, después de haber pasado toda la noche dándole que te pego —pincha Elsa.

Gala y Diana la miran mal.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta Gala lanzando una mirada de advertencia a Elsa.

—Ha sido esta mañana —empiezo.

Las chicas se tensan.

—¿Te ha tratado mal? —sospecha Diana, pero niego con la cabeza.

Cojo aire antes de contarlo con todo lujo de detalles. Bueno, he de reconocer que la primera parte, la de la cena y los encuentros posteriores, la explico un poco por encima, más que nada porque tengo la urgente necesidad de relatar lo que ha ocurrido esta mañana y sin dejarme ni un solo detalle, sobre todo ahora que tengo la escena reciente.

—Y eso es todo, amigas —termino finalmente mi peculiar relato.

Las tres están calladas. Incluso Elsa.

—Bueno, ahora decid algo, después de tanto insistir...

—La verdad es que sí. Estás pasando una mala racha —asiente Gala.

—Malísima —puntualiza Elsa.

Suspiro de nuevo.

—Creo que necesito un café doble. —Miro hacia la cafetera.

—Ahora mismo. —Diana se levanta para prepararlo.

—¿Y de qué se conocen? —Gala hace la pregunta que me carcome desde el mismo momento en que me alejé de esa casa.

—Ni idea. No he llegado a preguntárselo.

—A ti no te suena Joel de nada, más allá del piso, ¿verdad? —quiere saber Diana.

—Nunca lo he visto dentro del grupo de amigos de Diego, y es que, de hecho...

—No pega que sean amigos —dice Elsa a la vez que yo.

—Pues entonces solo queda que sea amigo de la prometida. —Todas asentimos vagamente cuando Diana llega a esa conclusión—. ¡Hay que ver! Con la de despedidas que debe de haber en Mallorca, y tienes que toparte...

Ni siquiera es capaz de terminar la frase.

—Ya. —Es lo único que consigo decir.

Dejo vagar mi mirada alrededor, en un intento de evitar ser testigo del diálogo telepático que ahora mismo tiene lugar entre ellas.

—Me voy a la ducha. —Me levanto con determinación.

—¡Eso! —asiente con entusiasmo Diana—. He preparado un día espectacular, para ir despidiéndonos de la isla.

Asiento vagamente para no soltar que estoy deseando pirarme de aquí, y me voy a la ducha, dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva, pero antes de dirigirme al baño, vuelvo sobre mis pasos.

—Por cierto, Elsa, el succionador, ese que dejaste en mi bolso, me lo quedo yo.

22 de agosto

Por la tarde

—He de reconocer, Diana —comienza Elsa conforme nos acercamos a nuestro próximo destino—, que te has currado el día de hoy.

Gala y yo asentimos, y es que por la mañana hemos estado en el Mercado Inca, donde hemos comprado varias cosas, como mi bolsito de cuero y varias piezas de bisutería.

Ahora estamos llegando a la playa de Muro, y cuando vemos la espectacular playa de arena blanca y aguas cristalinas, sonrío maravillada.

Hay gente, pero al tener una gran extensión no está tan masificada como nos temíamos, además hay una pasarela de madera a modo de embarcadero que me chifla, lo único es que en este momento está llena de niños con sus padres.

No tardamos en hallar un hueco; tras extender las toallas, llegan los primeros comentarios.

—Odio a los niños.

Ante las palabras de Elsa, las tres restantes observamos a la criatura que se ha llevado la matadora frase: una pequeña cría de no más de dos años que juega con su madre en la orilla.

—Por favor, mujer, si son adorables —dice Diana con una dulce sonrisa.

—Son llanto, mocos, cacas...

—Qué exagerada eres —digo yo poniendo los ojos en blanco —. Dirás que tus sobrinas Daniela y Carmen no son más que eso.

—No, pero eso es porque son mis sobrinas. A ellas las quiero.

—Ajá. Me encanta lo selectiva que puedes ser a veces —se ríe Gala.

—Tampoco entiendo que los defiendas. —Elsa mira a Gala—. A ti tampoco te gustan.

—Que no quiera tener no significa que no me gusten —puntualiza Gala.

—Bueno, acabarás por cogerles manía, con la asquerosa pregunta de «¿Para cuándo, el niño?». —Con una mueca, Elsa simula que está controlando una arcada; las demás hacemos un gesto de consternación, pues entendemos perfectamente a qué se refiere.

¿A qué mujer en sus «treinta y» no le han hecho esa pregunta?

—Yo tengo una teoría que explica por qué hacen siempre ese tipo de preguntas —plantea Diana.

—¿La gente es rancia? —propone Elsa, y yo me río asintiendo.

Diana hace gesto para quitarnos importancia y finalmente expone sus argumentos:

—Creo que es porque no saben interactuar con la gente, os lo juro. Estoy convencida de que lo plantean porque no saben cómo llevar una conversación cordial y normal. ¿O no os habéis fijado que quien suele preguntarlo es gente con la que no tienes especial confianza?

Las tres la miramos.

—¿Qué? Yo nunca os he preguntado a vosotras «¿Para cuándo, el bebé?» —dice escandalizada, interpretando mal nuestra mirada colectiva.

Yo sonrío.

—Tía —empiezo—, incluso a mi madre, con todo lo guay que es, se le escapa alguna vez la preocupación de que ya se me está pasando el arroz. Y qué queréis que os diga, con treinta

y cuatro años...

—Recién cumplidos —puntualiza rápidamente Diana.

—Sí, recién cumplidos, pero es cierto. El arroz se está empezando a pasar. Y por lo menos vosotras tenéis pareja...

—Por Dios, Nagore, qué tonterías dices —habla Elsa, mirándome como si hubiera dicho la más loca de las bobadas —. La gente es rancia y ya está. Sea tu madre, la mía o a cualquiera a quien se le ocurra preguntar eso.

—Independientemente de eso, Elsa —la miro con seriedad—, el cuerpo de la mujer no está programado para tener hijos cuando le dé la gana. Y todas sabéis que es cierto. Biológicamente tenemos un arroz, y vuelvo a repetir que por lo menos vosotras tenéis pareja.

Elsa suspira, pero antes de que hable de nuevo, intervienen las demás.

—No necesitas tener pareja para tener un bebé si es lo que quieres —termina con más tacto Diana.

—A ver, seamos francas, eso no se necesita, pero sí una buena estabilidad económica, un buen trabajo... —Me encojo de hombros con un gesto lánguido—. Y ya no lo tengo. Que también quede claro, no es que ahora mismo quiera ser madre, pero...

—Pero te gustaría saber que, si quisieras, podrías —termina Gala por mí.

Asiento dejando vagar la mirada por la orilla, hay gente disfrutando de sus vacaciones.

—Mira —comienza Diana—, sabes perfectamente que el trabajo en el que estás ahora es transitorio. Vas a montar tu hotelito...

—Me encanta porque suena más fácil de lo que es —la interrumpo—. ¿Y si no lo consigo? Tengo que ser realista. No mucha gente consigue realizar sus sueños. Para hacer el hotel necesito mucho dinero, y vale que tengo dinero ahorrado, pero

no es suficiente.

—Bueno, en esa parte sabes que tienes una propuesta... —comienza Gala, pero yo niego con la cabeza.

—Y no puedo aceptarla. —No dejo que termine—. Sabéis que no puedo ni debo.

Las tres intercambian una mirada y sé por dónde van los tiros, así que prefiero cambiar sutilmente de tema.

—No le voy a dar más vueltas. También debo decir que la vida se me ha truncado un poco, pero estoy en proceso de solucionarlo. Y lo haré, por supuesto. —Sonrío al decir esto último y miro a las chicas, que me observan sentadas en sus toallas—. En algunos momentos se me baja un poco el ánimo, aunque, pensándolo todo fríamente... vale que estas vacaciones han sido un tanto raras, pero gracias a todos esos sucesos... —Las vuelvo a mirar, ahora con una divertida mirada ladina—. He echado uno de los mejores polvos que recuerdo.

Todas se ríen, Diana incluso aplaude.

—Venga, vamos. Detalles, queremos los detalles jugosos —insiste Elsa—. Estaba deseando que sacaras el tema.

Me río inclinándome sobre la toalla.

—¿En serio que ha sido un polvazo? —pregunta Elsa—. Si tiene pinta de romperse la cadera con el primer meneo.

Las tres nos reímos.

—Qué cruel puedes llegar a ser, tía. —La miro mal, conteniendo todavía la risa.

—A mí no me sorprende —habla Diana—. Desde que lo conocimos tenía pinta del típico cantante de rock, y esos siempre sorprenden, con tanto grupi alrededor. El vecinito, si lo recuerdas —me mira—, siempre tenía alguna muchacha saliendo del piso.

—Pero, tía, eso es por el dinero, y el vecino no parece que esté boyante —deja caer Elsa, al tiempo que se tumba del todo.

—Por tanto, tiene que ser lo otro —dice Gala, puntillosa,

echando una mirada divertida a Elsa, que se encoge de hombros—, que echa polvazos.

—Pues mi enhorabuena —asiente Elsa con gesto de admiración—. Ahora los detalles. ¿Dónde, cómo?

Me río.

—Empezamos en la playa.

Las reacciones no se hacen esperar. A Elsa se le ilumina la mirada, Gala se ríe sorprendida y Diana me mira escandalizada.

—¿Allí? ¿¡Para que os pudieran ver!? —pregunta esta última.

—Obviamente no estábamos a plena vista.

—Pero ahí sería el típico magreo... —deduce erróneamente Elsa.

Niego con la cabeza.

—Ahí terminé yo. Luego seguimos en su casa.

—¡Oh, Dios, tía! —Elsa abre los ojos, y las tres me miran sorprendidas.

—Pero ¿cuántas veces...? —Diana no es capaz de hacer la pregunta entera, pero entiendo a lo que se refiere.

—Tres. Y las tres fueron espectaculares.

—Madre mía. Debería mirarlo con otros ojos. Lo que engañan las apariencias. Si parecía un empapelador, y es todo un empotrador. —La cara de estupefacción de Elsa es un poema.

Las cuatro nos reímos, pero la sombra del pensamiento de cómo fue la despedida esta mañana y el motivo de la misma hacen acto de presencia, contaminándome un poco.

La playa está prácticamente desierta en comparación con cuando llegamos por la tarde. Son las ocho y media pasadas, y por fin puedo recorrer con tranquilidad la pasarela que hay a modo de embarcadero.

La madera está fría bajo mis pies descalzos. Mi mirada recorre el cielo anaranjado, pues la noche comienza a atisbarse; con esa tranquilidad, llego al extremo de la pasarela.

—¿Estás bien? —Me vuelvo y descubro a Diana detrás de mí.

Lleva la toalla y la bolsa. Miro más lejos, detrás de ella, y descubro a Elsa y Gala recogiendo las cosas. ¿Cuánto tiempo llevo ensimismada en mis asuntos?

—Sí —asiento.

—¿Pero...? —intuye Diana, y se me coloca al lado.

—Pero tengo ganas de volver a casa —confieso—. Estas vacaciones se me han atragantado un poco. La idea era desconectar de los problemas de Madrid, pero me han seguido hasta aquí.

Fuerzo una sonrisa porque no queda otra, pero Diana asiente con gesto de circunstancias.

—Eso sí, lo he pasado estupendamente con vosotras —dejo claro, provocando que sonría ella, aunque la suya es de verdad —. No podría haber tenido unas vacaciones mejores. Muy bien organizadas.

—No me hagas la pelota, anda. —Diana mira hacia el horizonte, donde el mar parece infinito—. Pero, sí, he de reconocer que las he organizado muy bien.

Las dos nos reímos cuando llegan Elsa y Gala.

—¿Acampamos aquí? —pregunta Elsa, que también trae mis cosas.

—Oh, pues no es mala idea —digo, pensando en ver la puesta del sol desde aquí—. Si os paráis a pensar, ni una sola noche nos hemos quedado en la playa.

—Bueno, creo que esa afirmación no es cierta. —Gala, desde atrás, juguetea con mi pelo.

—Sabéis a qué me refiero, graciosillas. —Las escucho reírse a mi costa.

Las cuatro nos sentamos sobre el muelle dispuestas a

disfrutar de la puesta de sol, una forma casi poética para despedirnos de la isla y estas vacaciones.

Es cuando un pensamiento hace acto de presencia y no puedo evitar soltarlo:

—¿Cómo demonios se sujeta esto sobre el mar?

Las chicas me miran a mí y después al agua.

—Pues, tía, no me lo he preguntado en mi puta vida —dice Elsa con gesto de interrogante, intentando ver algo en el agua.

—Esa boca —la regaña Diana.

—A ver. Claramente, con esta estructura de madera. Tendrá algo, algo ingenieril que no conocemos y que nos sujete haciendo que todo sea la mar de seguro —termina Elsa con una sonrisilla de satisfacción.

—Por Dios, ¿qué chascarrillo más malo es ese? —pincho.

—«Malo», dice. —Elsa pone los ojos en blanco y apoya las manos sobre la madera inclinándose hacia atrás—. Anda, calla y disfruta.

—Esto no se va a derrumbar —promete Gala.

—Yo solo lo dejo caer, el comentario, digo —les aclaro—, por eso de la rachita que me está persiguiendo.

—Nagore, sigue así y te hago ver el atardecer desde el agua, por eso de prevenir —me amenaza Elsa.

—Shhh, a callar un ratito, guapas. Quiero memorizar este momento. —Diana nos mira con mal gesto, para luego pasar los brazos sobre los hombros de Gala y míos, pues está sentada entre ambas—. Ay, chicas. Somos afortunadas por tenernos las unas a las otras. ¿Os dais cuenta?

Sonrío mientras asiento.

—Eso siempre —contesto mientras mis pies juguetean con el agua.

—Pase lo que pase —añade Elsa.

Las cuatro nos quedamos en silencio, como quería Diana, para observar el espectáculo que finalmente nos rodea. El día

termina, y con él, nuestro viaje.

Inevitablemente, pienso en lo que me espera. Estoy llena de incertidumbre, pero, como bien ha dicho Diana, las tengo a ellas, y eso me tranquiliza de una manera que no sé explicar con palabras.

Apoyo la cabeza sobre el brazo de Diana cuando, de pronto, siento que algo cae sobre mí.

Especifico: como algo caliente y pesado me cae sobre el cuello como una plasta de...

—¡Mierda! —grita Gala al girarse para ver lo que es.

Yo, que me he llevado la mano hacia el cuello como un acto reflejo, contengo a duras penas una arcada cuando descubro lo que es.

—¿¡En serio!? —Diana me mira intentando disimular su gesto de asco mientras me ayuda a levantarme.

—Se te ha cagado una gaviota, pero ¿no están durmiendo a estas horas? —pregunta Elsa mientras Gala rebusca en su bolso algo para poder quitármelo mientras yo lloriqueo.

—Está claro que no. Oh, Dios, no cogeré ninguna enfermedad, ¿verdad? —pregunto algo histérica, bueno, perdiendo la calma, sobre todo porque Gala no encuentra nada con lo que limpiarme esto.

Oh, Dios, qué olor, qué asco...

—Pero pedazo de cagada, ¿no?

—Elsa, no ayudas —dice Diana mientras procura que mi pelo, o más bien la parte que no está afectada, termine manchada—. Nagore, estate quieta, por Dios; así, lo único...

—Creo que voy a vomitar —digo, intentando hacer los mínimos aspavientos posibles—. ¿Por qué a mí? —pregunto mirando al cielo, por si puedo, por lo menos, fulminar con la mirada a la hija de su madre.

—La verdad es que es mala suerte, con la de sitios que hay... —comenta Gala—. No encuentro nada, salvo que usemos un

trozo de pareo o...

—¿Seguro que esto no es peligroso? No sé, no cogeré una gripe aviar o algo así, ¿verdad? —la interrumpo. Mi mente va a mil.

—¿La gripe aviar? —Elsa lo pregunta mirándome—. Mira, tía, perdóname, pero es lo mejor que podemos hacer. Tú, después, frota, ¿vale?

—¿Eh? —pregunto sin entender a qué se refiere.

Pero no tardo en averiguarlo, porque me empuja tirándome al mar.

Oigo los gritos de las demás, pero una vez en el agua, no sé si quiero llorar, gritar o morirme del asco.

—Frota, tía, y quítate esa mierda de encima. —Oigo a la sinvergüenza de Elsa hablándome desde el muelle.

—No me puedo creer que hayas hecho esto —digo mirándola mal, mientras efectivamente intento quitarme las heces de la mejor manera posible sin dejar de mover las piernas para mantenerme a flote.

—Era la mejor solución. Estabas perdiendo los nervios.

—¿Elsa? —la llama Gala.

Elsa se vuelve y Diana hace el resto empujándola al agua conmigo.

Las dos se ríen y yo me uno a ellas, en especial cuando Elsa sale a la superficie con cara de muy pocos amigos.

—¡A mí no se me ha cagado ningún pájaro! —se queja.

—Era lo justo —canturrea Gala mientras recoge nuestras cosas.

—Anda, nos vemos en la orilla —nos dice Diana, y comienza a alejarse con ella por el muelle.

Miro a Elsa, que pone los ojos en blanco.

—Bueno, ¿qué? ¿Una carrera? —me propone.

23 de agosto

Por la mañana

Cuando Diana aparca a la primera frente la parroquia de San Lorenzo, inevitablemente pienso en alto:

—No sé por qué Elsa siempre se queja de que nunca encuentra sitio cuando viene a nuestra casa.

Diana pone el freno de mano y me mira a través de las gafas de sol con gesto de chulería.

—Porque Elsa no puede competir con mi don para encontrar aparcamiento a la primera.

—Será, o porque quizá es una exagerada.

Diana sonríe a la par que apaga el motor. Salimos del vehículo e inevitablemente pienso en la diferencia de temperatura —incluso de ambiente— que hay con Mallorca y en lo que ha sucedido durante estas peculiares vacaciones.

Yo, que iba a descansar…

Diana, que parece estar leyendo mis pensamientos, me pasa un brazo por encima de los hombros mientras con la otra mano sujeta una de sus maletas.

—Venga, ya estamos en casa —me dice.

—Hogar dulce hogar —contesto yo asintiendo; sin perder mucho más tiempo, saco también mis maletas del maletero y cruzamos la calle hacia nuestro portal.

El edificio es una preciosa construcción de 1920 completamente rehabilitada, dentro del casco histórico de San Lorenzo, en la calle Pozas. Cuando nos acercamos al portal con el número 26, Diana se encarga de abrir la puerta y entramos

en el vestíbulo, con su característico color verde menta y las paredes empapeladas con motivos tropicales.

A mí, eso me ganó, y supe desde el primer momento que pusimos un pie allí, que ese piso era para nosotras. Ah, ¿que no os he dicho que Diana y yo todavía vivimos juntas?

—¿Vendrá Aitor? —pregunto mientras entramos en el ascensor y pulso el número dos.

—Mejor que vaya a verlo yo.

—Entiendo. Sesión de sexo desenfrenada, ¿no?

Me río cuando Diana hace una mueca entre avergonzada y pillada; pero, vamos, cada vez que esos dos se van al piso de Aitor es para lo que es. Que por eso vive solo.

Sin embargo, una vez abierta la puerta de casa, oímos música dentro; desde la cocina nos recibe Aitor con una amplia sonrisa y un olor delicioso que hace que mis tripas resuenen.

—Hola, chicas —nos saluda, aunque solo tiene ojos para Diana, cuya sonrisa no le entra en la cara al descubrirlo en nuestra cocina, concretamente, sobre la isla—. Cole me dio las llaves para daros una sorpresa. Me he imaginado que no habéis desayunado bien en el aeropuerto, y como ya es un poco tarde, os he preparado esto.

—Madre de Dios —contesto al ver el *brunch*, mientras Diana le da un beso.

Ellos, con bonitas muestras de amor, y yo solo tengo ojos para esos gofres rodeados de piezas de frutas, varios tipos de mermeladas en tarros, el sirope de chocolate, huevos duros, *rolls* de canela y bacón.

—Por Dios, Aitor, gracias —digo, olvidándome de la maleta que he dejado a mitad de camino y sentándome sobre el taburete dispuesta a zamparme un gofre con fresas y chocolate. O dos, que tengo hambre.

—Me alegra saber que os gusta. Si queréis os puedo preparar un revuelto de huevos, no sé si lo preferís —dice el moreno, al

tiempo que nos acerca una jarra de zumo de naranja.

Las dos negamos en silencio, porque, sí, Diana también ha empezado a atacar la bandeja de comida. La miro todavía con la boca llena, pero ya tengo demasiada confianza con Aitor como para andarme con remilgos.

—Esto debes pagárselo en carnes, y con muy buenas carnes —comento.

Aitor se ríe y Diana se atraganta.

—Tía —me regaña, pero yo dirijo la mirada al hermano de Elsa.

—No aceptes otra cosa.

Aitor vuelve a reírse ante mi comentario y dibuja lentamente una peligrosa sonrisa dirigida a mi amiga.

—No tenía en mente otro tipo de pago —dice sin borrar su gesto.

Juro que desde aquí oigo cómo están colapsando las neuronas de Diana. Aunque, normal; el chico es guapete.

—Bueno, dejad de miraros así, que me apetece seguir comiendo todo esto —pido mientras cojo otro *roll*.

Aitor niega con la cabeza y coge unas pocas uvas.

—Bueno, ¿qué tal el viaje? Ya me ha dicho Diana que ha sido movidito —comenta.

Aparto un trozo de mermelada del gofre que acabo de coger, y lo miro.

—¿Con «movido» a qué te refieres? ¿A la parte en la que me topo con mi ex y me suelta que se va a casar? ¿O a la de que me encuentro con nuestro anterior vecino, me echa unos fantásticos polvos y luego resulta que era participante de la despedida de soltero de mi ex?

Aitor abre los ojos como platos y Diana me mira horrorizada.

—Me refería a la de las turbulencias del avión, pero ya veo que, efectivamente, ha sido movido —suelta Aitor mirando a su novia, quien me sigue estudiando con ese gesto de espanto.

—¡Tía! ¿¡Cómo le iba a contar todas esas intimidades tuyas!? —me pregunta, como si estuviera loca.

Me encojo de hombros y doy un sorbo de zumo de naranja.

—Bah.

—Espero que tu viaje no haya tenido ese tipo de emociones —deja caer Aitor riéndose, y Diana lo fulmina con la mirada—. Pues vaya unas vacaciones. —Vuelve a centrarse en mí—. ¿Cómo estás?

—Sinceramente, no lo sé —contesto—. Todavía sigo sin entender qué relación tiene Diego con el vecino.

—Pero hemos dicho que nos da igual, ¿verdad? —interviene Diana—. Llega setiembre y, con ello, nuevos propósitos. Nos vamos a apuntar al gimnasio —dice mirando a Aitor, que sonríe de forma guasona.

—¿De veras? —Se echa para atrás en un insultante gesto de incredulidad—. Eso lo quiero ver yo. ¿Todas?

—Todas menos Gala, que no vive aquí —le explico.

—¿Adónde iréis?

Me dispongo a contestar a la pregunta, pero Diana interviene tapándome la boca.

—Ni se te ocurra decírselo. Si no, irá también él, para reírse de nosotras.

Miro mal a Aitor, que se ríe mientras coge un gofre.

—Así que das por hecho que veros entrenar ocasiona risas. Como sospecharéis, fijo que Cole se me une a ver el espectáculo.

—Por Dios. —Diana pone los ojos en blanco—. Cuando queráis os echamos una carrera, a ver quién se ríe…

—Bueno, bueno —intervengo, puesto que conozco el carácter de Diana—. Tampoco nos subamos a la parra. Yo, correr, lo que se dice correr, no lo haré.

Diana y Aitor me miran.

—¿Entonces?

—Interesante entrenamiento el que vais a hacer —sigue el graciosillo de Aitor.

—Bueno, yo, si me lo permitís, me voy a dar una larga ducha y a poner lavadoras, que mañana curro.

Me bajo del taburete y sacudo las manos.

—Os vais ahora, ¿verdad? —pregunto, y ambos asienten.

—Pero volveré para cenar.

—No te preocupes, lo único que haré hoy es vaguear. Nada interesante —prometo, despidiéndome de ambos con un movimiento de la mano.

Salgo del amplio salón cocina al estilo americano y me dirijo a mi dormitorio, que es el mejor de toda la casa.

Vale que estamos de alquiler y supuestamente no se debe invertir mucho, pero eso no va conmigo; lo primero que hice cuando nos dieron las llaves de la casa fue pintar las paredes en azul oscuro y sacar color con todo lo demás.

Cierto que la habitación es pequeña, pero entra mucha luz a través de la ventana de carpintería blanca, por lo que no temí en absoluto al utilizar ese tono tan oscuro. Las cortinas de color mostaza van a juego con la manta de ganchillo que hay sobre la colcha de colores coral y azul turquesa que hay a los pies de la cama. La pared de enfrente, donde se apoya la cama, está repleta de láminas coloridas de cosas que me gustan: una ilustración de Frida Kahlo, una puesta de sol, un anuncio *vintage* y frases molonas que sirven para que una se motive, algo importantísimo.

Del cabecero cuelgan unos farolillos de colores que solo uso cuando quiero una luz más íntima —sí, la enciendo poco—, pero es que la gran protagonista es la mesilla *vintage* con la gran lámpara de color blanco y grandes flores estampadas de un vibrante magenta sobre un fondo verde.

Os lo digo, mi cuarto es lo más de toda la casa, aunque no tardaré en darle una vuelta, seguramente cuando llegue

Navidad. Soy muy así, de cambios, pero es que es lo mejor.

Abro la maleta y me enfrento a ella con los brazos en jarras.

—Vaya unas vacaciones —digo en voz alta; nadie me va a oír, pero a veces también me da por ahí.

Por si acaso mi vida es un *reality*, que sepan lo que estoy pensando y no se lo inventen.

En fin, después de esta racha, solo espero que pase algo bueno e interesante.

Unos meses después

Su aroma me rodea, y no me extraña, porque al levantar la mirada, veo lo cerca que está de mí.

¿Hay que apagar el fuego de la chimenea o realmente se trata de otra cosa? La habitación en la que estamos es pequeña y el fuego a todo trapo no ayuda, pero comienzo a sospechar que es por él, por nada más.

Por él y por lo que acaba de decir.

Doy un paso atrás y topo contra la mesa de roble.

Sus ojos siguen mi movimiento y cuadra la mandíbula. No le ha gustado que me alejara, pero...

—Está bien. Podemos seguir haciendo como si nada. —Su voz aterciopelada me acaricia el cuerpo, y contengo el estremecimiento que me recorre.

Para la ocasión me he decantado por este fino vestido negro, y creo que al ser consciente de la poca cantidad de ropa que hay entre...

Detente, Nagore. Detente.

En busca de un apoyo, descanso las manos sobre la mesa sin dejar de mirarlo, y él sigue mi gesto con sus penetrantes ojos.

—También podemos hacer otra cosa. —Su voz suena ahora más grave; siento que se me eriza la piel.

—¿Qué? —Mi voz suena... ¿tan agitada?

—Nagore, si sigues mirándome de esa forma, no habrá una primera opción.

Me aclaro la garganta y levanto la barbilla, serenándome, o por lo menos lo intento.

—No te miro de ninguna forma.

La comisura de sus carnosos labios sube, dedicándome una *muy* tentadora sonrisa, en especial cuando se inclina hacia mí, sobresaltándome.

—Tu mirada me dice que estás pensando en esa noche. —Cojo aire abruptamente—. ¿Y sabes qué más dice? Que deseas que me deje de palabrería y te bese.

Mi corazón se ha vuelto loco, y temo que lo oiga, pero no hago nada. Estoy completamente quieta, atrapada por sus ojos, su cuerpo, y la maldita mesa.

—Pero ¿sabes qué? —Su mirada abandona mis ojos para bajar hasta los labios y seguir bajando.

Lo juro, noto que mis pezones se yerguen contra la fina tela, y sé que él ha sido testigo cuando sus ojos me capturan de nuevo la mirada.

—Que ahora haría mucho más que aquella vez. ¿Te gustaría?

Abro la boca, hechizada en todo mi ser. Hechizada y excitada.

Se inclina hacia mí, y ahora su cuerpo me rodea por completo.

—Te inclinaría sobre esta mesa, Nagore, y sé que descubriría que estás completamente empapada, lista para mí.

Levanta la mano y me acaricia la piel.

Siseo involuntariamente y sé que estoy metida en problemas. ¿De verdad está sucediendo esto?

—Dime que quieres esto, Nagore. Dímelo. —Esta vez habla con un gruñido que va directo a mi entrepierna, y mis ojos se cierran mientras siento que con la mano me acaricia la cadera

por encima del vestido.

Levanto la mirada y en sus ojos, en sus ojos veo un hambre voraz.

No pienso.

Acerco las manos a su rostro y busco su boca, su hambrienta boca.

Él no tarda ni un segundo en auparme sobre la mesa sin separar nuestros labios, y, Dios... me traslada a esa noche.

Nunca me han besado de este modo, como si fuera a faltarle el aire si no nos besáramos.

Mis manos recorren avariciosas su cuerpo, su amplia espalda, su duro pecho... y las suyas comienzan a subir la tela del vestido para que pueda separar las piernas, para que...

Ambos jadeamos cuando con las piernas le rodeo finalmente las caderas y choco contra su entrepierna.

Esto, ¿va a pasar?

23 de agosto

Al mediodía

—¿Te he dicho que odio ese trabajo tuyo? —me pregunta Elsa desde el otro lado de la línea.

—Anda, calla. Que de algo tengo que vivir —contesto cuando por fin llego a mi destino.

Me detengo en plena calle Timoteo Padrós para quitarme las manoletinas y ponerme los tacones, un indispensable del uniforme que debo llevar.

—Pero ¿luego te vienes a casa? —insiste de nuevo Elsa.

Quiere que la ayude a decorar su despacho.

—No puedo, he quedado con Carlos, y después iré a ver a mis padres.

—Oh, «Carlos» —repite en un tono juguetón.

Por supuesto, solo se queda con la parte que le interesa. Pongo los ojos en blanco y consulto el reloj del teléfono.

—Tengo que dejarte. Llego un minuto tarde.

Sin esperar a que conteste, cuelgo la llamada y me quito los cascos.

A la carrera, me acerco a la puerta principal mientras rebusco las llaves del recinto. Tengo unos diez minutos para repasarlo todo antes de que llegue el cliente.

Cuando consigo encontrarlas, entro y espero que el camino empedrado en cuesta para llegar a la casa no sea muy largo, por la salud de mis apreciados zapatos.

Sin embargo, lo es, aunque pronto visualizo la vivienda, ¿o querré decir «mansión»?

¿Hola? ¿Dónde diablos estoy?

Saco el teléfono del trabajo y consulto la ficha de la casa... digo, del palacete. Y es que, tal como puedo leer, es realmente eso, un palacio de principios del siglo XX o, como dice en su ficha, un «hotel boutique con encanto de 2.100 m2 en cuatro plantas con veintiuna habitaciones...». ¿Dos mil cien metros cuadrados?

¿¡Qué hago enseñando esto!? En la inmobiliaria nadie me ha avisado. Y, vamos, si lo vendo, ya con la comisión puedo vivir el resto del año.

Que su precio es de un millón setecientos mil euros. ¡Oh, Dios! ¿Quién diablos viene a ver esto?

Y peor aún, ¿no soy demasiado novata para este tipo de trabajos?

—Se te ve impactada. —Una voz detrás de mí hace que gire sobre mí misma a la velocidad de la luz, y descubro nada más y nada menos que a Carlos.

Al impresionante Carlos.

Todavía recuerdo la primera vez que lo vi, en esa ya lejana Nochevieja, y, aun así, siempre consigue dejarme impactada de lo guapo que es. Sé que es mucho decir, pero juro que es el hombre más impresionante que mis ojos han presenciado.

Aunque no es solo su belleza lo que me impacta ahora, sino tenerlo delante de mí en la finca que debo enseñar a unos clientes cuando, de hecho, he quedado con él para comer.

Acecha una sospecha muy grande y mala.

—¿En serio eres tú mi visita? —pregunto mientras le veo caminar hacia mí con su elegancia característica.

Me dedica una sonrisa divertida con esos ojos azules, que no puedo ver porque lleva puestas las gafas de sol.

—¿Decepcionada? —quiere saber, cuando finalmente me alcanza.

Pongo los ojos en blanco. Decepción es no verle los ojos, pero

eso me lo callo.

Está claro que viene del trabajo, pues sus casi dos metros de hombre vienen enfundados en un pantalón a medida en color beis y una camisa blanca y azul a rayas que deja apreciar sus tonificados brazos y la fuerte espalda. Además, los tonos tan claros contrastan con su piel y pelo morenos, haciéndole, si aún se puede, más atractivo.

—Venga, anda, dame un abrazo.

No me da tiempo a añadir nada, en menos de un segundo me veo rodeada por sus brazos y termino riéndome cuando me aúpa haciéndonos girar sobre nosotros mismos.

—Carlos, Carlos, que estoy en el trabajo —me obligo a decir entre risas, y finalmente me deja en la seguridad del suelo.

—Creo que no hay nadie más, ¿no? Pedí en la inmobiliaria que me lo enseñaras exclusivamente tú.

—Me vas a meter en un lío —me quejo frunciendo el ceño.

—¿Por? —Se quita las gafas de sol y puedo ver su gesto confundido.

—Porque seguro que ahora me acribillarán a preguntas sobre quién es ese misterioso comprador que les ha pedido que sea yo quien le enseñe este lugar —parloteo mientras me aseguro de que no he perdido nada durante el efusivo abrazo.

Carlos arquea una de sus oscuras cejas y termina sonriendo ampliamente.

—Cuánto te he echado de menos, enana —dice, y le golpeo duramente el brazo.

—No me llames así.

—Pero ¿cómo no lo voy a hacer? Eres dimin...

—Por favor, cualquier ser a tu lado parecería un gnomo —lo interrumpo, volviendo la cabeza para observar el hotel.

Me mordisqueo el labio mientras recorro con la mirada la arquitectura sencilla: la fachada enfoscada y pintada en un tono arena suave, con varios niveles que disponen diferentes

volumetrías, incluso la alta torreta con una cubierta a cuatro aguas de teja árabe.

—Está en muy buen estado. —Carlos lee mis pensamientos, y se pone a mi lado—. Incluso los aleros, que son de madera, están perfectos. Solo hay que ver el jardín que nos rodea. Tres mil y pico metros cuadrados de parcela perfectamente cuidada.

—No. —Me vuelvo hacia él y hablo con autoridad.

Carlos pone los ojos en blanco.

—Ya estamos.

Habla flojito y comienza a andar, así que no me queda más remedio que seguirlo si quiero que escuche mis quejas.

—Ya te he dicho mil veces que no a esa idea —recalco.

Carlos continúa caminando con calma, con las manos en los bolsillos y una tranquilidad insultante, sobre todo porque una zancada suya son cinco de las mías.

¡Me desespera!

—¿Me estás escuchando? —pregunto ante su silencio. Puede que esté algo indignada.

—Te cierras en banda continuamente. —Carlos me echa un vistazo por encima del hombro y ahora soy yo quien pone los ojos en blanco—. ¿Las llaves?

Hemos llegado a la entrada principal, y unas inmensas puertas de madera oscura nos impiden el paso a lo que debe de ser el *hall*.

Se las tiendo de malas formas a la par que le contesto:

—Soy sensata. No es que me cierre en banda. No podemos abrir un hotel juntos y que seas tú el que haga una inversión tan grande.

—Bueno, luego serías tú quien lo llevaría, ya que, si no lo recuerdas, yo sé más bien poco de gestión de hoteles.

Carlos abre y con chulería me indica que pase primero.

Entro refunfuñando, pero me dura poco. El lugar es...

—Perfecto. Es perfecto. —Él verbaliza lo que estoy pensando.

Suspiro, pues tiene razón. Estamos donde suponía, en el *hall* principal con la recepción al fondo. Suelos de mármol, altos techos con exquisitas molduras, el mueble de recepción en una pulida madera que es un sueño...

—No. No lo es, porque no es posible. —Me vuelvo hacia él con gesto apenado—. Carlos, lo siento. Y sabes que lo digo de verdad. Pero de esa forma no puedo embarcarme en un proyecto como este. ¿Y si sale mal?

—¿Por qué iba a salir mal?

Suspiro y vuelvo a darle la espalda.

—Por un millón de infinitas posibilidades. ¿Y qué haría entonces? Tú, habiendo invertido tanto... no puedo cargar con esa responsabilidad. Tiene que ser de otra forma.

Vuelvo a mirarlo y me topo con sus ojos azules estudiándome con seriedad hasta que finalmente asiente.

—Perdona —dice al fin.

—¿Por?

—Bueno, te he hecho venir hasta aquí, y no ha ido muy bien. Mis intenciones eran buenas...

Sé que lo son. Desde el primer momento que nos conocimos descubrí que todo lo que tiene de guapo lo tiene de buena persona. Y sé que está tan emocionado con este proyecto como yo, lo que ocurre es que él dispone de unos cuantos millones; si yo también los tuviera, se nos acabarían los problemas.

Todo el mundo dice que aproveche esta oportunidad. Y no todo el mundo tiene a un amigo millonario interesado en montar también un hotel, pero no entienden que no puedo aprovechar esa baza. Es lo que le digo a él: «¿Y si sale mal?». No puedo hacerle perder dinero de esa forma.

No. El comienzo tiene que ser algo equitativo. También está la opción de que, efectivamente, al poner él todo el capital inicial, sea quien se lleve los beneficios, vamos, que sea el jefe. Pero eso ya no sería mi sueño.

Yo quiero montar mi hotel, poder decir que es mío.

—Anda, anda —digo, acercándome a él con una gran sonrisa —. No hay nada que no se pueda perdonar con una invitación a una comida.

Carlos responde a mi sonrisa con otra, de esas que acaban sacándole un hoyuelo a ese rostro de facciones duras. Todavía lleva el mismo look que cuando lo conocimos. Perilla recortada y ese pelo oscuro como el azabache, corto salvo por arriba, donde es suficientemente largo para peinarlo de modo más informal, siempre en contraste con su forma de vestir tan arreglada pero que desde el primer momento he considerado un acierto.

—Me parece bien. —Entrecierra los ojos y yo sonrío divertida.

—Pero yo escojo el restaurante.

No doy opción a quejas.

—No me puedo creer que estemos comiendo esto —se queja por decimoctava vez.

—*Mimimimi* —me burlo; después doy un gran mordisco a la hamburguesa, cuya salsa me chorrea entre los dedos.

Tras dejar el palacete, le he convencido para ir a uno de mis restaurantes favoritos de San Lorenzo: Alpunto, un pequeñísimo lugar donde sirven las mejores hamburguesas del mundo.

Echo un vistazo a Carlos, que se está remangando su carísima camisa y estudia cómo atacar la deliciosa hamburguesa.

—Espero que por lo menos estén tan ricas como dices —gruñe.

—Créeme. Me lo agradecerás. —Le hablo con la boca llena y me obligo a dar un trago de agua para bajar la comida.

Sí, no hay ningún tipo de reparo frente a este adonis. Ya se lo dije a las chicas, Carlos no estuvo ni está interesado en mí de esa forma. ¡Y no es que yo lo esté! Dejemos las cosas claras. Hace tiempo que ya no lo miro con esos ojos, aunque ciega no estoy, y aprecio lo guapetón que es.

Finalmente, ataca la hamburguesa y gruñe al saborear el primer bocado. Sus ojos hacen contacto conmigo y lo leo.

—Me quieres —adivino.

—No sabes cuánto. Joder, esto está tremendo. —Carlos da otro mordisco perdiendo ya cualquier remilgo, y yo me río.

Inevitablemente, me percato de que todas las féminas del pequeño restaurante han echado un vistazo hacia nuestra mesa, y no precisamente por lo que estamos comiendo.

—No te rías tanto y cuéntame qué ha pasado en estas vacaciones —me trae de vuelta.

—Puf. ¿Por dónde quieres que empiece?

—¿Por el principio? Tenemos tiempo, creo que después de esta voy a pedirme otra.

—Vaya con el chico fitness. ¿No dices que esto es comida basura y bla bla bla?

—Una vez al año no hace daño. Además —dice mientras coge una patata frita para llevársela a la boca—, luego pienso hacer cardio para quemarlo.

Me obligo a desviar la mirada, porque ¡madre mía! Sé perfectamente a qué se refiere; y, bueno, bastante me costó salir de la etapa de encaprichamiento por este chico como para volver a caer.

—¿¡Quieres dejar de ir de tentación con patas!? Harás que a todas las mujeres de este local les dé un parraque —le regaño, y él se ríe a mi costa.

—¿De qué cojones hablas? —me pregunta el sinvergüenza, terminándose por fin la dichosa patata.

—Por Dios. —Cojo una de mi plato y comienzo a juguetear

con ella, que vale que quizá exagero un poco el gesto, pero, oye, se me entiende el punto.

Carlos enarca una ceja.

—Anda, por favor, deja de hacer eso con la patata.

—¿Por? ¿Te molesta? —pincho medio riéndome.

—No exactamente.

Sus ojos conectan con los míos y aunque se ríe, la duda está ahí. A veces parece que sí, que tontea, pero luego... no. No puede ser. De todas formas, Carlos ya ha pasado la barrera de amigo. De gran amigo. Vamos, se lo cuento todo, así que tras devorar otra patata al estilo normal, comienzo a relatar con todo lujo de detalles mis alocadas vacaciones.

—¿Tres polvos? ¿Los mejores que te han echado?

Suspiro cruzando las manos sobre la mesa. Yo ya he terminado de comer y Carlos está con su segunda hamburguesa.

—Me encanta que solo te hayas quedado con ese dato.

—Vamos a ver, que te haya echado tres polvos ya es un mal indicativo.

Arqueo una ceja, incrédula. Creo que he perdido dotes a la hora de narrar historias, porque es todo lo contrario a lo que quería transmitir con ese dato.

—A ver, ilumínanos a todos, ¡oh gran sabio Carlos!

Una pícara sonrisa atraviesa su masculino rostro, y se apoya sobre el respaldo de la silla limpiándose las manos.

—Cuando te follen como debe ser... —comienza, y yo me tenso sacando mi vena más «Dianesca» preocupada por si alguien lo ha oído hablar así—. Te juro que no tendrás cuerpo para dos más. Estarás tan satisfecha que no podrás más.

—Por favor, das demasiadas cosas por hechas, como mi nivel de resistencia.

Carlos oculta la sonrisa pagada de sí mismo detrás del vaso de agua, mientras da largos tragos.

—¿Quieres confesar algo, Carlos? ¿Incapaz de echar más de un polvete seguido? —pincho divertida.

—No juegues con fuego, Nagore, que te quemarás.

Me quedo un poco congelada ante su respuesta, pero aparece el camarero para ofrecernos la jugosa lista de postres.

—Yo no puedo más, gracias —dice Carlos, pero yo miro sonriente al camarero.

—Ese trozo de tarta de chocolate que has comentado me parece muy buena idea.

Cuando volvemos a estar solos, saco de nuevo el tema.

—Bueno, ¿no me vas a comentar qué te ha parecido?

—Me imagino que te refieres a todo lo de Diego —suspira con pesadez.

—¿Qué? —pregunto, indignada por su respuesta.

—Que ¿qué más da? Está bien, el chaval se va a casar y da la casualidad de que os habéis encontrado en su despedida de soltero conjunta. Que también me pregunto, ¿quién hace una fiesta de soltero conjunta? —Carlos tuerce el gesto y justo entonces llega el camarero con mi porción de delicioso postre.

—Pero…

—No, no es ninguna señal del destino —me interrumpe—. Ya nos conocemos y sé que eso es lo que estás pensando todo el rato.

—¿Cómo no lo va a ser? ¡Si incluso mi ligue de estas vacaciones está relacionado con él!

—Ah, el de los tres polvos. —Carlos intenta ocultar la sonrisa y me dan ganas de golpearlo por debajo de la mesa.

—Eres un idiota —murmuro atacando por fin la tarta.

—Mira, si quieres, puedo investigar qué relación tiene con ese tipo. Diego sigue trabajando para nosotros, así que si quieres…

—¿Harías eso? —le pregunto emocionada, y Carlos suspira.

—Realmente era un ofrecimiento para que tú lo rechazaras.

Nagore, ¿qué más da?

—No me puedo creer de verdad que sea la única que lo vea todo superraro —digo cruzándome de brazos.

Carlos se ríe mientras niega con la cabeza.

—¿Y no es más fácil que se lo preguntes a ese ligue tuyo? —me propone y yo me tenso—. ¿O es que no fueron tan buenos los momentos que pasaste con él?

Ignoro su pulla y busco sus manos para agarrarlas fuerte.

—Dios, ¡eres brillante!

La expresión en el rostro de Carlos cambia súbitamente.

—¿En serio le vas a escribir para preguntarle de qué conoce a Diego?

—No, por Dios. Lo que haré es investigar. Fijo que en las redes sociales encuentro algo.

—Lo que tú digas. No sé por qué te tomas tantas molestias por Diego.

—Bueno, bueno. Vamos a pedir la cuenta —digo para cambiar de tema.

—¿No invitaba yo? —pregunta cuando ve que saco la cartera.

—Sabes de sobra que no. Por cierto —digo antes de que comience a quejarse—, ahora bajo a Madrid a ver a mis padres, ¿te quieres venir?

—No puedo, tengo una reunión de trabajo.

Carlos tuerce el gesto y sé que esa reunión será densa. Desde hace tiempo quiere despegar y tomar un rumbo distinto al de su padre, y aunque las responsabilidades no se lo permiten, sé que le llegará su momento. Igual que a mí.

—No te preocupes; si mi madre está haciendo algún postre, prometo que...

—Que te lo comerás por mí, ya —gruñe.

Me río porque, efectivamente, es lo que iba a decir. Con lo que le gusta la repostería que hace mi madre y lo feliz que es

cada vez que lo invito a venir... porque en mi casa somos mucho de compartir nuestra gran alocada familia.

Llamo al timbre tres veces seguidas antes de introducir la llave en la puerta de casa. Es mi señal, para que sepan que quien entra soy yo.

Cuando abro la puerta, lo primero que veo es el armario del recibidor, dejo mi bolso dentro.

—Hola, hola —saludo al atravesar el salón, que es la estancia contigua.

La televisión está encendida, pero no hay nadie en el sofá. A través de la gran puerta corredera de vidrio veo que la terraza también está desierta, y comienzo a preocuparme.

¿Se han olvidado de que venía?

La casa sigue como siempre. Estanterías repletas de libros, bastidores para lienzos de distintos tamaños en cualquier lugar, al igual que vinilos en los lugares más insólitos. Incluso está sonando de fondo *A Kiss to Build a Dream on,* seguramente desde el estudio de mi padre.

Cuando llego al pasillo para encaminarme hacia los dormitorios o la cocina y office, me sobresalto porque me topo con lo que debe de ser el esqueleto de la futura escultura de mi padre.

Sonrío, pues no es la primera vez —y mucho menos la última — que me sucede esto. Es lo que ocurre cuando creces en la casa de unos artistas. Mi padre, un escultor, y mi madre, ilustradora de cuentos infantiles. Y como podéis sospechar, no les va nada mal. «En un gran caos, se encuentra un gran genio». Frase de mi padre.

Me planteo si toquetear un poco el inicio del trabajo para intentar averiguar qué es, pero unos grititos me advierten de

que sí que hay alguien en casa.

—¡Eso es mío! —oigo—. Y no te he dado permiso para tocarlo.

Esa es mi hermana Leire en todo su esplendor, así que mis pasos se dirigen a la cocina, que es donde descubro a toda la cuadrilla.

—¡Nagore! —me saluda mi madre, que está sentada en la mesa blanca frente a la puerta de la cocina y, por tanto, es la primera en verme.

Me sonríe mientras mis dos queridas hermanas me ignoran más preocupadas en su discusión por lo que parecen unas sandalias.

—No puedes ser tan acaparadora —se queja mi hermana pequeña Valerie, arrugando la nariz a la mediana de la familia, que es quien tiene las sandalias en su poder.

—Lo puedo ser si las cosas son mías. Deja de coger *mis* cosas sin pedirme permiso —le recalca Leire.

Valerie pone los ojos en blanco y por fin me ve.

—¡Nagore! —me saluda corriendo hasta mí para darme un gran abrazo.

A pesar de ser la más pequeña, es la más revolucionaria, por no decir la más alborotadora. Siempre que hay algún lío o discusión, Valerie está ahí metida, de lleno. A los veinticinco años, acaba de terminar los estudios de Turismo, y ha encontrado trabajo en... una panadería.

Ya la avisé yo de que nuestra profesión estaba pasando por momentos complicados; pero bueno, como sé que acabaré montando mi hotelito, mi hermana estará en él.

Leire es la siguiente en saludarme. Como hermana mediana, es la más sensata del grupo. Las cosas, como son; aunque nunca reconoceré esto en voz alta, ya sabéis, cosas de hermanos.

Treinta años, está preparándose para el FIR,[4] por tanto sigue en casa, ya que se lo juega todo en ese dichoso examen.

Yo no podría con esa presión, lo juro.

—¿Cómo han ido esas vacaciones? —pregunta mamá después de besuquearme.

Me siento en la mesa, donde varias tazas de café rodean un plato a rebosar de galletas caseras. No es necesario adivinarlo, ha sido mi madre quien las ha hecho, ya que es una amante de la repostería.

—¿Te has puesto el pelo más rojizo? —observa Valerie.

Asiento vagamente mientras me preparo el café y las galletas, pero no me dejan en paz.

—Venga, esas vacaciones, ¿has traído un imán para la nevera? —insiste mi madre.

—¿A la vuelta has ido a ver a la abuela? —quiere saber Leire a su vez.

—Madre mía —estallo, mirándolas seriamente; con ello consigo silencio en esta casa de locos.

—Eso es que desde que te fuiste has perdido la dinámica —señala mi padre al hacer acto de presencia.

Suspiro mientras se acerca para besarme tiernamente en la frente, y después se sienta en el que durante años fue su sitio en la mesa.

Mis hermanas y yo somos una mezcla perfecta de ambos: la altura de mi pequeña y adorada madre, la tez más morena y el pelo castaño oscuro heredado de mi padre; sin embargo, todas nos lo hemos retocado con tintes, como el mío rojizo, las mechas caramelo de Leire o las californianas de Valerie. Los ojos grandes y expresivos son de mi madre, de un color chocolate o, como canta Fito, la Coca-Cola.

—¿No nos echas de menos? Deberías volver a casa —dice mi madre riéndose, y yo sonrío mientras niego con la cabeza.

Como para volver, con lo que me costó salir del nido familiar...

—¿Y dejo a Diana sola?

—Creo que Diana no tardará en irse a vivir con ese bombón de Aitor —canturrea Valerie mientras mordisquea una galleta como si de un ratón se tratara.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya te digo que no está dentro de los planes de Diana. Primero quiere disfrutar de una época larga viviendo separados. Dice que hay una magia especial.

Son sus palabras textuales; y qué queréis que os diga, no me parece mal.

—Y hablando de bombones, ¿cómo está ese amigo tuyo...? —comienza mi madre, sin recordar el nombre de...

—¡Carlos! —dicen mis hermanas con sospechosas risitas.

—Ay, sí, Carlos —asiente mi madre, emocionada.

—Creo que luego vengo —dice mi padre cuando se levanta de la silla para salir de la cocina, no sin antes coger un buen repertorio de galletas. Sabe que luego iré a verlo y estaremos un rato en calma hablando de nuestras cosas.

—¿Mi *amigo* Carlos? —acentúo el término «amigo», pues parece que las mentes privilegiadas de esta familia no parecen captarlo.

—Ay, cariño, ese chico, te digo yo...

—¿Me dices tú? —Quiero que continúe, pero mi madre se hace la loca, momento que aprovecha mi hermana Leire para sacar otro tema a flote.

—¿Has aceptado su propuesta para el hotel?

Niego con la cabeza y doy un nuevo mordisco a otra galleta.

—No es buena idea... —comienzo, pero como es normal en esta casa, me interrumpen nuevamente.

—¿Cómo que no es buena idea? ¡Tienes que aceptarla de una vez! —pide con un lloriqueo interesado Valerie.

—Estoy con Nagore —asiente solemne Leire—. Mezclar amor con negocios...

—¿Cómo que «amor»? —salto yo frunciendo el ceño—. Que

aquí no hay nada de amor. No sé cómo repetirlo. Somos amigos.

—Ay, cariño —dice mi madre, dándome una palmadita cariñosa en la mano—. Lo que tienes que hacer es lo que hay que hacer.

—¿Eh? —pregunto sin comprender nada.

—¿No te llama la atención su idea? —continúa mi madre.

Parpadeo confundida. Esta conversación es de locos.

—Tú acepta su propuesta, luego ya verás como te «encaloma».

—¡Mamá! —estallo yo.

Leire se atraganta y Valerie estalla en sonoras carcajadas.

—¡Digo, encandila! —se corrige completamente azorada, aunque noto que está conteniendo las ganas de unirse a las risas de Valerie—. ¡Te encandila con sus ideas para el hotel!

—Esto es lo último. Ya veo con qué cachondeo os tomáis mi futuro —digo molesta.

—Que no, boba —dice Leire.

Las tres se inclinan hacia mí para darme abrazos y besos, hasta que terminamos todas riéndonos.

—Bueno, pero ¿cuándo lo volverás a invitar a casa? —pregunta Valerie.

—Nena, te saca diez años, bájate de la nube —la pincha Leire.

—Bajaos las dos. Carlos no está para esas cosas en esta familia. Quitaos la idea de la mente.

Mis hermanas intercambian una mirada y refunfuño cuando veo el mismo gesto de entendimiento en los ojos de mi madre.

—Mirad, dejad de marearme. Me voy con papá.

1 de septiembre

Muy temprano

Los últimos días de verano pasan a una velocidad de vértigo, y antes de darme cuenta apago la alarma del móvil, que suena a las seis y media de la mañana para... —incluso me duele decirlo— ir a entrenar.

—Dios, es asqueroso el frío que hace en este maldito pueblo del averno —se queja la gruñona de Elsa; aunque, qué queréis que os diga, mi pensamiento también está en esa línea.

—Anda, ¿qué dices? —apunta Diana, dando pequeños saltitos mientras mira alternativamente hacia ambos sentidos de la carretera para poder cruzar y llegar al gimnasio al que nos hemos apuntado—. Hay que tonificar el cuerpo, no solo la mente.

—En eso tienes razón —asiento—. Pero no pienso correr.

—Bueno, tendrás que ver lo que nos manda el entrenador. —Diana comienza a cruzar y Elsa y yo la imitamos con menos espíritu—. ¡Venga, chicas! Si nos lo vamos a pasar genial.

—Contéstale tú, porque yo no tengo cuerpo —me pide Elsa mirándome.

—Yo lo único que tengo que decir es que seas consciente de cuánto te queremos para que las dos estemos aquí a estas horas intempestivas —comento antes de llegar a la puerta del pabellón.

Me sorprende que incluso haya gente, pero, bueno, recorremos el recinto hasta la zona de clases conjuntas.

—¿Esta semana íbamos a probar...? —tantea Elsa,

reprimiendo un bostezo.

—*Spinning* —contesta Diana, que ya entra en la clase.

Elsa y yo la seguimos, y nos detenemos abruptamente cuando, al cruzar el umbral, descubrimos una sala repleta de bicicletas estáticas.

—¿Qué diablos? —murmura Elsa.

Diana la mira como si fuera un macetero que no combina con sus flores; sí, la gente no le da importancia, pero es *vital*.

—Tía, ¿no sabes qué es el *spinning*? —le pregunta Diana.

Ya hay varias mujeres —y digo varias porque son la gran mayoría— situándose al lado de las bicicletas.

Nosotras nos miramos y de pronto entra la que debe de ser la monitora.

Inevitablemente, me fijo en sus tonificados glúteos, por no hablar del resto de su figura. ¿Tiene ese pedazo de cuerpo porque pedalea? Ya me ha ganado.

Sigo a Diana como un gato detrás de su tazón de leche, y sonrío ampliamente cuando Diana nos presenta a la monitora.

—Perfecto, chicas. Colocaos en las bicicletas que queráis, lo bueno de esta hora es que no se llena la clase. Y a vuestro ritmo. Es la primera vez que hacéis esto, así que no os frustréis, poco a poco iréis cogiendo forma física.

Las tres asentimos; bueno, Diana y yo, porque Elsa continúa refunfuñando, pero sigue nuestros pasos.

—Bien, ahora os voy a explicar cómo colocar la bici a vuestra estatura.

La monitora comienza a explicar y, aunque algunas directrices me suenan a chino, no parece tan complicado; entusiasmada, me coloco sobre la bicicleta que me han asignado.

Procuro colocar bien el manillar y el sillón, después me aseguro de tener la cinta del pulsómetro bien puesta sobre el de pecho y compruebo que esté bien sincronizada con el reloj de

muñeca.

—¿Qué coño llevas en el pecho? —pregunta Elsa con una expresión más que extrañada.

—Un pulsómetro —contesto sin apartar la mirada del reloj, hasta que están sincronizados.

Elsa suelta una carcajada seca y la miro mal.

—¿Quién eres? ¿C-3PO? —me pincha la pedorra.

—Ja, ja —me río irónicamente—. Leí en un artículo de una revista de fitness que debería ser obligatorio el uso de un pulsómetro en las clases de ciclo *indoor*.

—O sea, ¿que tú sabías a qué horror nos enfrentaríamos? —Me mira con aires de sospecha. Quien sonríe ahora soy yo.

—No es culpa mía que no prestes atención a lo que se habla en el chat.

—¿Cómo que «obligatorio»? ¿Por qué? —pregunta alarmada Diana—. ¡Yo no tengo!

—Madre de Dios. Ni que fuera a darnos un jari —contesta Elsa, colocándose bien el sillín.

—Mira, bonita, es una buena forma de prevenir un infarto —dejo claro.

Elsa pone los ojos en blanco.

—¿Dónde lo has comprado? Ni siquiera te he visto salir de casa con él.

Cuando me dispongo a contestar a la preocupada Diana, comienza la clase.

—¡Buenos días, equipo! —saluda la entrenadora, con la voz amplificada a través de un micrófono posicionado sobre la boca, uno de esos que llevan las cantantes de pop para hacer las coreografías—. Empezamos el mes con muchas ganas, y además, con caras nuevas. ¡Vamos a los pedales!

Empieza a sonar *Side to Side*, de Ariana Grande; no me puede entusiasmar más, así que me posiciono y, cogiendo aire profundamente, me uno a ellas.

Al más puro estilo del videoclip. ¡Adivino que esta clase me va a encantar!

—¡Vamos cogiendo ritmo! Conectad con la música —sigue dando instrucciones la monitora—. Escuchad bien los golpeos, fijaos bien en mi marca. Id cogiéndola. Empezamos con resistencia media baja para ir entrando en calor.

Yo, como buena alumna, asiento. Mientras... descubro que no practicar deporte desde hace tiempo no es aconsejable. Estoy sudando sin parar, y ese pinchazo en el estómago, ¿es flato?

—¡Vamos, vamos! —anima la entrenadora—. Estamos en el calentamiento, grupo, pero sin perder el ritmo.

¿Ha dicho «calentamiento»?

Me vuelvo hacia las chicas y su cara de horror es un reflejo del mío.

¿Aguantaremos la clase entera?

—Estamos llegando al pico de la primera montaña. Recordad que hay tres picos, aguantad, que luego hay bajada. Último esfuerzo.

Pero ¿no ha dicho que son tres? No entiendo esta manera tan guarra de engañarnos.

Pedaleo de tal forma que, lo juro, siento que se me está escapando la vida; y esta mujer dice que todavía quedan tres malditas montañas. Además, por más que intento coger el ritmo, no hay manera.

El pie izquierdo va más rápido, como suelto.

Me fijo en la gente de mi entorno, incluso en las chicas. Parecen fastidiadas, pero no tanto como yo; eso me hace sospechar mogollón, en especial porque Diana vive conmigo y sé que únicamente hace ejercicio con Aitor; y ya sabéis cuál.

¿Qué pasa?

Sigo pendiente de cada gesto que hago, pero, vamos, es pedalear... Un momento.

¡Es el pedal! El izquierdo.

Está suelto, el maldito. Eso es lo que me pasa.

¿De verdad que he escogido la única bicicleta rota?

¿Y qué hago ahora?

Todo el mundo está dándole a tope. No quiero interrumpir la clase para eso. Solo de imaginarme la escena, me muero de la vergüenza.

Aguanto, aguanto. Claro que sí.

Continúo como si nada, aunque sigo con el flato; estoy empapada en sudor, y todo mi cuerpo grita para que pare, no aguanto más.

La entrenadora continúa con sus gritos emocionados y todo el mundo se incorpora sobre las bicicletas para darle a tope. De verdad que lo intento, pero ese pedal izquierdo no me permite maniobrar mucho.

Mira, ya está bien. Lo tengo que decir.

Busco con la mirada a la monitora, y cuando hacemos contacto visual, levanto una mano a modo de aviso —o de socorro, no sé cómo queréis interpretarlo—, pero no debo de haberme esforzado demasiado, puesto que no se me acerca para ver qué me sucede, sino todo lo contrario.

—¡Esa es la actitud, chica nueva!

¿Cómo? ¿No ve que estoy a punto de desfallecer? ¿De verdad no ve que pido auxilio?

Parece que no, porque la clase continúa, y a mí solo me quedan dos opciones, o bajarme de la bicicleta con la mayor de las dignidades posibles o seguir como si nada.

Vale... aguanto, fijo. ¿No?

—Pero, tía, ¿qué necesidad tenías...? —quiere saber Diana cuando termina la terrible clase.

Nos despedimos de la entrenadora; bueno, al bajarme de la endemoniada bicicleta, yo no tengo aliento, así que solo hago un leve movimiento de cabeza. Después salimos de la sala.

—Ya decía yo que te veía un ritmo rarísimo. Pensaba que era porque estabas muy motivada —dice Elsa antes de dar un trago a la botella de agua; se la arrebato—. ¡Ey! —se queja, pero la ignoro.

—Mira, me lo merezco. Sois las peores amigas que me podía echar. A punto de morir, y ninguna sin darse puta cuenta. —Tras soltar mis demoledoras palabras, me digno a dar largos tragos de esa agua fresca.

—Esa boca —me regaña Diana.

—Bueno, eso de morir, ¿no tenías ese aparatito? —comenta Elsa—. Pitaría o algo, ¿no? —Tiene la poca decencia de golpearlo con el dedo índice—. ¿O es que después de tanta parafernalia resulta que no avisa del infarto?

—Vete a la mierda, querida —digo al devolverle el agua.

Elsa se ríe y Diana niega con la cabeza.

—Yo lo que no entiendo es por qué nadie saca el tema —me quejo cuando llegamos a los vestuarios, donde nuestros caminos se separarán.

—No sé por qué, a mí me da que lo del pedal tiene que ver con la racha de mala suerte... —adivina Diana.

—Joé, ¿es que no lo veis? —Pataleo el suelo—. De todas las bicicletas, he tenido que coger la estropeada. ¿Es o no una casualidad?

—Creo que tienes un punto desde hace tiempo —habla Elsa, dándome la razón—. A mí me convenciste desde la cagada monumental de la gaviota esa.

Cuando se ríe, tengo tentaciones de darle un capón, pero, bueno, se lo perdono porque ella sí que ve que tengo un gafe de

aquí a... a Roma, por ejemplo.

—Anda, vamos —dice Diana, al tiempo que empuja a Elsa hacia los baños—. Ya hablaremos de eso luego, que vamos tarde.

Asiento vagamente. Ellas se van a la ducha y yo a casa, para ducharme con tranquilidad, pues hasta las diez no entro a trabajar. Salgo a la calle, dispuesta a llegar a casa sin desfallecer por el camino, si es posible.

Tuerzo el gesto porque no tengo el carnet de conducir y me toca caminar hasta casa; entonces veo la notificación de un mensaje nuevo en la bandeja de entrada de mi correo.

Lo abro de manera distraída, pero entro en colapso mental cuando descubro el remitente:

Diegocabrera_g@hotmail.com
Asunto: Hola

Lo miro casi sin pestañear, hasta que un coche me pita y me doy cuenta de que estoy en mitad de la calzada. Pido disculpas y termino de cruzar a la carrera.

Oh, Dios, oh, Dios. Un correo de Diego.

Ahora camino histérica. Sé por qué tengo un mail en vez de un mensaje. Lo bloqueé, y me imagino que lo ha descubierto.

Tuve que hacerlo porque estaba obsesionada con ver sus estados de WhatsApp y los cambios en su foto de perfil. Era lo mejor para mi salud mental, y ahora lo digo muy a la ligera, pero me costó mucho, muchísimo, hacerlo.

¿Y ahora esto?

Abro el mensaje mientras camino como si tuviera un petardo en el culo. Sí, parece que se me hayan ido todos los males de la clase de *spinning*, pero, entendedme, estoy histérica.

Diegocabrera_g@hotmail.com

Asunto: Hola

Hola, Nagore.
Qué tal estás?
Espero que te llegue este mail. Me gustaría hablar contigo. No sé si todavía tienes el mismo número de teléfono, así que he decidido probarlo por aquí.
Nuestro encuentro en verano fue un poco abrupto y no tuvimos un momento para hablar.
Me gustaría poder hacerlo.
Y a ti?

No es necesario echar un vistazo al pulsómetro para saber que lo tengo disparado. Madre mía.

Hoy me espera un día peculiar en el trabajo.

1 de septiembre

Por la mañana a una hora más normal, pero más revolucionada

Sospecho que me he perdido, pero por más que compruebe el *maps* del iPhone, sigue indicando que vaya recto, que voy bien.

Extrañada, miro a mi alrededor. Estoy ante la dirección que me ha facilitado mi abuela, sí, y creo que la pobre mujer ha perdido finalmente la cabeza o que su amiga, esa que quiere poner la casa a la venta, le ha dado una dirección equivocada.

Me detengo en mitad de la calle Los Nogales. Hay casas a ambos lados de la estrecha carretera de un solo sentido, pero , allá al final, la calle está cortada, y no veo que haya nada... aunque, bueno, se sabe que de lejos no veo muy bien.

Estoy en una zona residencial; por el estado de la calzada, deduzco que es una de las más antiguas, pues el asfalto está agrietado y lleno de socavones, por no mencionar que las cercas de los chalets que voy pasando también parece que tengan sus años. En la cerca del chalet de mi derecha crece una hiedra alocada, se ve que llevan tiempo sin podarla y ha conseguido ocupar buena parte de la supuesta acera, estrechísima.

La del otro lado tiene unos leilandis que añoran hace años la poda. Aun así, el GPS dice que siga y yo obedezco. No tengo la mente como para debatir nada.

Los arbustos están tan altos que parecen árboles gigantes, y eso da cierto encanto al camino. Te sientes totalmente sumergido en la naturaleza, es una pasada.

Con los auriculares puestos escuchando *Dreams*, de The

Native Sibling, dejo vagar la mente, y como es un poco masoquista, la querida va directa sin frenos hacia un tema en particular, recordando todo lo que ha sucedido en este tiempo. Ya no solo pienso en este misterioso mail que me ha enviado, sino en el verano con nuestro extraño y peculiar encuentro. Me es imposible no preguntarme cómo estará él.

Al fin y al cabo, se va a casar.

Con una chica que no soy yo.

Dejando de lado la obviedad de que está enamorado de ella, pienso irremediablemente que conmigo estuvo cinco años y ni siquiera nos fuimos a vivir juntos. Hicimos el amago, pero luego él se echó atrás...

Es imposible no preguntarme «por qué yo no». ¿De verdad tengo tantas taras como para que una persona no quiera vivir junto a mí?

Es triste, ¿no? No sé por qué lo pregunto, puesto que, sí, lo es, al menos para mí, porque él se va a casar. Estará feliz.

Dios, estoy divagando, y encima mis pensamientos tan solo esconden una muy mala manera. Lo que no entiendo es su repentino correo.

Todavía no he dicho nada a las chicas. Yo, toda espontaneidad, y aquí me tenéis, aún no he procesado lo sucedido, por eso no he contado nada en el chat.

Me mordisqueo el labio y levanto la mirada hacia la izquierda cuando veo ante mí un casoplón al más puro estilo de la mansión de los tíos de *El príncipe de Bel-Air*, vamos, si incluso tiene las altas columnas en el porche principal de la casa, todo en blanco.

Parpadeo, tengo ganas de frotarme los ojos.

¡Madre de Dios, qué casa!

Eso sí, a pesar de ser impactante, no llega al nivel de la vivienda de la amiga de mi abuela, así que le hago varias fotos y las envío al grupo de las chicas. Continúo andando. Lo otro se

lo diré más adelante, cuando sepa qué quiero hacer.

Tal como había atisbado, la calle finaliza aquí. A la derecha hay una casita pequeña que desentona una barbaridad con la mansión que he dejado atrás, y justo enfrente, la puerta para vehículos de otra vivienda, eso que no veía bien de lejos; sí, ahí está indicado el deseado número 4.

Esta es la dirección.

—¿Eres la nieta de Lourdes? —dice una voz salida de la nada.

—¿Sí? —Mi respuesta es más bien una pregunta, pues no veo a la mujer, y una ya comienza a preocuparse; según tenía entendido, me iba a encontrar con una tierna anciana. Quizá ahora en realidad es un... Corto mi hilo de pensamientos cuando descubro el videoportero.

Sí, vale. A veces soy un poco exagerada.

La puerta se abre con un chirrido peculiar y da paso a un camino de tierra bordeado de altos pinos a cada lado. ¿En serio que la mujer ha estado espiando hasta que me ha visto acercarme? Madre mía.

—Pasa. Verás una caseta a mano izquierda, pero es la casa del guardés. Continúa por el camino y encontrarás la casa. Aquí te espero.

Asiento, pues posiblemente aún me mira, y recorro el camino impresionada; en efecto, paso la casita del guardés, prácticamente comida por la hiedra.

Conforme avanzo, el jardín me rodea como una explosión de vida, hace varios años que no se cuida. Todo ha crecido a sus anchas, e imagino que en primavera será impactante, sobre todo cuando veo la casa.

Me detengo en mitad del camino.

Es... es preciosa.

Ante mis ojos se presenta una casa que conjuga los estilos victoriano y tudor, con una cubierta en varias aguas

puntiagudas de pizarra oscura, ventanas de madera verde oscuro al estilo francés, a juego con un decorativo entramado de madera frente a la fachada de ladrillo rojizo, que presenta algunas partes cruzadas y de diferentes tonos debido a su cocción.

Conforme me acerco, veo mejor los increíbles detalles, como las molduras de la cornisa en ese verde oscuro; parece que el asalvajado jardín quiera tragarse la casa, y eso le da un toque de cuento de hadas que impresiona, claro que impresiona.

Recorro el caminito de ladrillo rojizo que conduce a la entrada principal, y junto a la puerta de madera me espera la anciana, que me estudia con seriedad.

—Es usted Nora, ¿verdad? —le pregunto al acercarme; me observa a través de sus ojos de cristalino color azul, achicados por los párpados caídos.

—Así es. Tu abuela Pilar me dijo que me podías ayudar para vender la casa. Pasa, pasa.

No me da tiempo a contestarle, puesto que entra en la casa y no me queda otra que seguirla. A pesar de lo pequeña que es, —para que os hagáis una idea, es más bajita que yo— y de su andar tambaleante, se desprende que es una mujer de carácter.

Me sorprende cuando entro en un amplio recibidor con suelos de madera maciza oscura, igual que los rodapiés, paredes de yeso en color crema donde se aprecia que la textura ha sido bien trabajada, altos techos, vigas de madera... en definitiva, impactante. Impactantemente acogedora a pesar de la decoración, pues el mobiliario está viejo y estropeado, por no hablar de la cantidad de polvo que lo recubre todo y del fortísimo olor; está viciado, se nota que lleva mucho tiempo cerrada sin que nadie viva allí.

—¿Cómo es que quiere vender esta maravilla? —pregunto.

Pronuncio esta frase en todas las visitas para que la gente se tranquilice y se abra a enseñármelo todo con detalle, pero esta

vez lo digo con total sinceridad.

—Estoy sola, ya es mucha casa para mí —me explica la mujer, que ha apoyado las huesudas manos sobre las caderas. Se nota que la poca caminata que ha hecho la ha cansado—. La guardaba por si algún nieto quería instalarse aquí, pero es una casa muy grande. —Me mira—. La diseñó mi padre, para mí, mi marido y mis seis hijos. Somos ingleses, ¿sabes?

Hago un gesto de sorpresa, aunque su tez blanca, las mejillas sonrojadas y el leve acento la ha delatado en cuanto ha dicho más de dos palabras seguidas.

—Bueno, mi familia lo es, la de mi marido no; así que, con esta gran casa, mi padre quiso regalarme un trocito de mi tierra, esa a la que nunca volví. —La mujer sonríe atusándose el pelo cano perfectamente recogido en un bajo moño mientras observa su entorno sin disimular el cariño que le tiene y los recuerdos que guarda del lugar—. La casa tiene varios patios, incluso uno cubierto —me explica, al tiempo que empieza a andar; la sigo—. Tenemos una pequeña biblioteca. —Se vuelve para mirarme sin disimular su orgullo—. Y varias chimeneas de leña. Incluso las habitaciones más grandes tienen una.

—¿Cuántas habitaciones tiene? —me atropello a preguntar.

—Catorce —me contesta cuando entramos en el salón comedor; tiene las vigas a la vista y un gran ventanal francés que da paso a uno de esos patios.

—Esto es maravilloso, Nora. Maravilloso —digo mientras saco el cuaderno de notas y el móvil del trabajo para hacer fotos, pero me detengo.

Me detengo y mordisqueo mi labio.

Es tan perfecto...

—¿Te apetece un té y unas galletas? —me pregunta Nora.

—¿No es un poco pronto para la hora del té? —Sonrío, y la mujer hace un gesto de negación muy gracioso.

—Nunca es mala hora para tomar galletas con té. Espérame

aquí.

Y se va sin que pueda añadir nada, algo típico de esta señora, según veo; así pues, me quedo muy quieta y una idea me ronda en la cabeza.

No tarda mucho en volver, y sonrío al ver la famosa caja azul de galletas de mantequilla que trae consigo.

—Toma asiento. —Me señala la mesa frente a los ventanales franceses, y obedezco encantada—. He comprado esto para tener algo que ofrecerte, y he calentado el agua en la vieja cocina. Pensaba que no funcionaría, pero esta casa es dura de roer —me explica, al tiempo que me ofrece una tacita; no preguntaré cuán limpia estaba antes de verterle el té.

—Muchas gracias. —Me obligo a aceptarla, aunque no pienso beber mucho. Por si acaso.

Entonces comienza su interrogatorio:

—Me ha dicho tu abuela que antes llevabas un hotel.

Abro los ojos como platos y reposo la mano congelada encima de las galletas.

—Bueno. —Me aclaro la garganta—. Era la gerente, pero al ser una cadena de hoteles importante, no lo llevaba yo realmente. Por encima tenía jefes que me indicaban qué debía hacer —le explico.

—Sí, algo me contó Pilar —asiente la mujer vagamente—. ¿Y te aburrió? ¿Por eso ahora vendes casas?

Me obligo a sonreír. El daño que se puede causar con una sencilla pregunta, pero, bueno, la mujer conocerá la historia a medias.

—Más o menos. Me echaron —contesto.

—Oh, lo lamento. —Se nota que está azorada de verdad, pero sonrío para quitar importancia a la conversación.

—Tranquila. Estoy bien aquí, aunque mi idea es montar un hotel.

—Vaya, una idea fascinante. Un gran hotel como en el que

estabas, ¿no?

Me llevo la taza a los labios para no contestar. Finjo que le doy un traguito.

Cómo decirlo, creo que mi idea no es poner en marcha un *gran* hotel. Dejo vagar la vista por la estancia, y me identifico mucho más con este espacio que con el del hotel donde trabajaba.

—Creo que ese estilo no va conmigo. Busco algo más especial. Un pequeño hotelito con encanto.

Sonrío porque, efectivamente, busco algo como esto. Pero no digo nada al respecto.

—Si le parece, Nora, me deja su teléfono y concertamos una visita con el equipo adecuado para hacer fotos, incluso vídeos. Cierto, se nota que la casa tiene varios años y necesita alguna reforma, pero posee mucho potencial y no creo que tarde en venderla. Si le parece bien que yo le lleve la venta, claro.

Nora me estudia algo más seria, pero finalmente me dedica una nueva sonrisa a través de esos ojos enigmáticos.

—Me parece perfecto que seas tú.

Y así, salgo de esta casa con una ilusión que me aprisiona el pecho.

Abro el chat de las chicas; por lo visto, están reaccionando a la foto que he enviado antes. La de la mansión que vuelvo a vislumbrar al salir de la parcela de Nora.

Elsa
Pero este casoplón está en el pueblo?

Gala
Esa es la casa de la amiga de tu abuela? Madre mía!

Diana
Cómo va a ser esa!?

Elsa
Nagore pronúnciate, por Dios!

Tecleo nerviosa:

Yo
Hola, hola. No, no es la casa de la amiga de mi abuela. Jajaja
Pero vengo con noticias mucho MÁS interesantes

Diana

Ya te estás muriendo con las agujetas?
Porque yo ya ando como RoboCot

Elsa
Querrás decir RoboCop

Diana

Bah, lo mismo da

Yo
Ajajajajajajajajajaja

Gala
Y las noticias?

Diana

En serio no tenéis agujetas? Que yo no me puedo mover bien...

Elsa

Pero, Diana, cómo vamos a tener agujetas de esta mañana??

Gala
Eso, qué tal ha ido el entreno hoy!?

Yo

No me hagas hablar...

Gala

Elsa

Nagore y su gafe habitual

Yo

Ey!

Diana

Es cierto, cariño...

Elsa

No entiendo cómo te soportas con ese gafe, de verdad...

Yo

Teniendo unas amigas tan maravillosas como vosotras...

Diana

Noto cierta ironía

Yo

Gala

Bueno, me lo vais a contar, al final?

Que no paráis de ignorar mis preguntas

Elsa

Vente a vivir aquí, y así lo ves todo de primera mano

Diana

Eso! Solo faltas tú

Gala

...
y bien?

Yo

Que de todas las bicis de ciclo, he tenido que coger la única rota
Pero eso no es lo importante, chicas
Ha pasado algo!

Elsa

Carlos se te ha declarado de una vez!

Yo

Tía, no. Eso no va a pasar. No sé cómo decírtelo

Elsa

Uy que no...

Gala

Venga, no os vayáis por las ramas, que
algunas estamos trabajando

Diana

Lo preocupante es que todas estamos trabajando

Yo

Jajaja sí, pero es importante: HE ENCONTRADO EL HOTEL!!
EL HOTEL, CHICAS!!
EL HOTEEEL

Diana

QUÉ?

Gala

Cómo? Dónde?

Elsa
Tía, fotos, haz audio, pasa vídeos. CUENTA!!

Sonrío emocionada al leer sus reacciones, y me dispongo a hacer un audio:

«Es impactante. Además, queda escondido, porque al traspasar la puerta de la calle tienes que adentrarte en la parcela para descubrir la casa. Chicas, incluso tiene una casa de guardés, aunque está un poco descuidada. Pero nada que no pueda solventar una pequeña reforma. Gala, necesito que me asesores con la hipoteca. ¡Ay, Dios! ¿Me estáis oyendo? ¡Lo he encontrado! ¡No me lo puedo creer! Creo que estoy hiperventilando o levitando, no sé. ¡AHHH!».

Envío el mensaje y en vez de esperar sus respuestas, hago otro, esta vez intentando controlar más la emoción.

«A la señora le he dicho que iré otro día con el equipo necesario para hacer el anuncio. Dios, espero que me den una hipoteca para la casa. ¡Ay, chicas! Sería un hotelito ideal, es que nada más entrar me he imaginado la recepción. ¡Es al estilo del Dragonfly de *Las chicas Gilmore*, pero aún más bonito!».

Envío el nuevo, y con una sonrisa que no me entra en la cara miro el cielo despejado. Después de todo, no parece que el día vaya a ser tan malo.

Vuelvo a centrarme en el móvil para leer sus respuestas.

Gala
Oh, Dios, qué pasada, Nagore.

Ahora mismo me pongo a mirar el asunto de la hipoteca

Diana
Sabía que al final encontrarías la casa ideal aquí!

Elsa
Buah, estoy pensando que podré recomendarlo en el blog, incluso hacer algún artículo 😎

Diana
Qué pasada! Estoy deseando verla
Es un supernotición 😍😍

Gala
Esto sí que es una alegría por la mañana.
Nuevas noticias, y tan buenas! 😺😺😺😺😺

Me mordisqueo el labio, sé que es el momento propicio para contarlo.

Yo
Pues hablando de noticias nuevas...

Cojo aire y hago la captura de pantalla a ese mail que todavía no ha quedado olvidado.

Lo envío al chat y sus reacciones no tardan en llegar.

Elsa
Y este? Qué coño pinta ahora?

Diana
Ese es Diego, Diego? 🦁🦁🦁

Gala
Oh, Dios, le has contestado!?

Elsa
Por favor, dime que no

Yo
No, no le he contestado

Elsa
Menos mal. Lo que tienes que hacer es bloquearlo también por aquí. Por si acaso. Ese ha querido escribirte por WhatsApp y ha visto que le tienes bloqueado...

Diana
Yo no entiendo nada. Por qué te escribe?

Elsa
Quiere remover mierda. Eso es lo que pasa

Yo
No sé qué pensar, la verdad

Elsa
De mala leche, me estoy poniendo

Yo
Está claro que algo quiere decirme.
Si no, no se habría molestado hasta en buscar mi correo!
Quién usa aún Hotmail para enviar correos?

Diana
Eh... yo misma

Yo
Ese no es el punto, me refiero a que nadie pone tanto empeño en escribir a otra persona como para tirar del mail

Elsa
A ver, cielo, que es un mail. Se hace a base de dos clics, no te ha mandado un mensaje con paloma mensajera, o mira, quizá sí.

Te acuerdas de la gaviota de Mallorca? Ese fue su mensaje

Gala
Ajajajajajaaj

Diana
A veces, tía...

Yo
Podemos dejar de banalizar un momento lo que ha ocurrido?
Diego me ha escrito diciendo que quiere hablar conmigo.
Qué hago?

Diana
...

Yo
...? Qué?

Gala
Lo digo yo por todas: No nos hagas una pregunta cuando ya sabes qué vas a hacer

Yo
Estáis equivocadas. No sé qué coño hacer!
Le contesto, no?

Elsa
Mira, tía, yo no le contestaría.
Siendo serias, tu historia con él terminó hace mucho tiempo.
Lo de este verano ha sido una putada, pero
¿para qué vas a dejar que remueva la mierda?
Para su tranquilidad?
Piensa en ti, tía. Este chaval se va a casar

Dejo el mensaje en visto porque tampoco sé qué contestarle a ella. Esto, esto es un asco.

¿Por qué es todo tan complicado?

4 de septiembre

Por la noche

—Os juro que no puedo con las agujetas —dice Diana, y le da un trago a la Alhambra—. Cada vez que algo se me cae al suelo, tiemblo solo de pensar en agacharme.

—Yo subo la apuesta —dice Elsa, al tiempo que choca su botellín con el de ella—. No follo desde que este infierno del deporte se ha impuesto en nuestras vidas. ¡Y eso que dicen que es sano!

Gala se ríe conmigo ante la cara de espanto de Diana, que se queda congelada cuando Elsa suelta tal confesión.

—Elsa, tía, empezamos hace cuatro días. Creo que sobrevivirás unos días más sin echar un polvo —suelto con la boca pequeña.

Unas tantas, y otras tan poco.

—Pero ¿tú has visto al rubio que tengo en casa? —contesta la sinvergüenza, riéndose.

Estamos en El Viajero, en la primera planta del local atacando las raciones de croquetas, tortilla de patata y huevos rotos. Hemos decidido pasar la noche del sábado en Madrid. A mí casi me han tenido que llevar a rastras, pero finalmente he accedido ante la promesa de una noche tranquila y de volver pronto a casa. Y aquí me tenéis, porque, bueno, mejor estar aquí que en casa martilleándome la mente con ese mensaje todavía sin contestar.

—¿Tan intensa es la clase? —quiere saber Gala mientras mordisquea un trozo de tortilla.

—Lo que es intenso es estar tanto tiempo sin hacer deporte —digo yo, atacando otra croqueta.

—Bueno, a ver, ¿y esa cara tan larga? —me pregunta Elsa.

Me encojo de hombros, pero miro furtivamente a Gala, quien suspira y toma la palabra por mí.

—Hemos mirado lo de la hipoteca y la cosa está complicada. —deja caer.

Yo bufo.

—¿Cómo de complicada? —insiste Diana.

Gala me mira como para pedir permiso, pero decido contarlo yo:

—Veinticinco mil euros, nada más y nada menos. Llevo casi cuatro años ahorrando, chicas, y aun así me faltaría esa puta cantidad de dinero para poder solicitar la hipoteca y estar pagándola treinta años. ¿Qué os parece?

El silencio cae sobre nosotras y yo doy otro trago. Sí, estoy indignada con la vida.

—Tía —dice Diana—, yo te puedo dejar una parte.

—¡Y yo también! —añade rápidamente Elsa.

Gala niega con la cabeza.

—También se lo ofrecí yo, pero se niega en redondo —les explica.

Me obligo a mirarlas con un gesto más dulce.

—Os lo agradezco, de verdad que sí, pero no puedo aceptarlo. Debo hacer esto sola. Es mi sueño.

—Pero puedes dejarnos ayudarte, no es algo malo —puntualiza Diana, pero yo niego de nuevo con la cabeza.

No pienso ceder en esta parte.

—El jueves de la próxima semana he quedado con Nora para hacer las fotos y preparar ya el anuncio de la venta.

—Tía... —habla con tristeza Diana, y Elsa frunce el ceño.

—No me miréis así. Es lo que hay. ¡Y me da una maldita rabia! Pero poneos en mi situación, no me puedo endeudar de

esa forma, con el banco, con vosotras... tengo que ser realista. —Las chicas acaban por asentir con cara de circunstancias. Pero hago lo correcto—. Veo que al final tendré que irme a vivir fuera para tener una oportunidad. Fijo que no ponen tantos problemas.

Gala se atraganta con la cerveza, y mientras Diana le da golpecitos en la espalda, Elsa interviene:

—Anda ya, déjate de tonterías y dramatismos. Para después de la cena tengo preparado algo que, espero, terminará de una vez con todos tus males.

—¿Cómo? —pregunta Diana mirándola confundida.

—¿Con todos mis males? —pregunto yo arqueando una ceja —. Explícate.

—Ah no, querida, eso ya lo vemos luego —contesta Elsa misteriosamente, aunque su sonrisilla no avecina nada bueno.

—Tía, no pienso volver a drogarme —le dejo claro al recordar el *brownie*, que también fue idea suya.

Gala se atraganta de nuevo.

—¡Oh, por Dios! —se queja Elsa.

—No me mires así, fuiste tú la que trajo el mal a esa casa.

—Tía, tía, no me culpes de tu amarillo por un *brownie* de maría —se queja Elsa conteniendo la risa.

—Creo que fue más un ataque de ansiedad por la aprensión que otra cosa —la corrige Diana.

Las fulmino con la mirada. Todavía recuerdo ese episodio con horror.

—Mira, que no es nada de drogas, de verdad. Cualquiera que os oiga... —se queja Elsa mientras ataca los huevos rotos.

—¿Una sesión de masajes? —pregunta Gala, y Elsa niega.

—No intentéis averiguarlo, y dejaos llevar, por favor.

—Miedo me das —sentencia Diana; y ¿qué queréis que os diga?, estoy con ella.

—Ahora giramos a la izquierda, en... —indica Elsa mientras la seguimos, callejeando por el barrio de la Latina.

—Gira a la izquierda en calle de la Sierpe. Tu destino está a la izquierda —la interrumpe el GPS de su móvil.

—¡Baja el audio! —pide Diana alarmada—. Pensarán que somos unas palurdas que no sabemos movernos por Madrid.

—Por favor, Diana —se ríe Gala.

—Pero ¿adónde vamos? —quiero saber aún.

—Señoras, haya calma —nos pide Elsa, que encabeza la marcha; entonces se detiene abruptamente frente al portal número seis.

—¿Cómo? ¿Qué hay aquí? —Miro con recelo a las demás cuando vemos que Elsa llama al telefonillo.

La calle es estrecha y está deteriorada. Enfrente hay otros portales de casas antiguas que albergan algunos locales, como el de la Carbonera, palabra que se puede leer en la fachada de justo enfrente de nosotras con varios grafitis cutres alrededor.

—¿Sí? —responde la voz de un hombre.

—Soy Elsa. Teníamos...

—Os abro. —El hombre no le deja terminar de hablar y suena el inconfundible sonido del timbre dándonos paso.

Cuando Elsa abre la puerta, la retengo por el brazo.

—Esto no será un puticlub, ¿verdad?

—¿¡Qué!? —pregunta Elsa mirándome como si estuviera loca.

—Yo qué sé, un sitio de *gigolos*, o esas cosas.

—¿Un boy? —interviene Gala para ayudarme a esclarecer el asunto.

—Eso —asiento.

—Ay, tía, ¿cómo os voy a llevar a un sitio así? —contesta con los brazos en jarras—. Es una médium. —Nos desvela el

misterio en un susurro.

—¿Qué? —Diana abre los ojos como platos.

—Vamos a ver qué te pasa con esta racha de gafe que tienes.

Y sin añadir más, atraviesa la puerta y no nos queda más remedio que seguirla.

El interior del portal es tal cual se intuye fuera: viejo, sin ascensor y con olor a rancio.

—Espero que cuando salgamos sigamos enteras y no sin un riñón —deja caer Diana.

—Ja, ja. He estado investigando. No os traería a un sitio del que no tuviera referencias —promete Elsa.

Sin verle la cara, sé que pone los ojos en blanco cuando nos disponernos a subir hasta el tercer piso. Una de las puertas se abre, y ante nosotras aparece un hombre de pelo cano que nos recibe con una amplia y amable sonrisa.

—Pasad. —Se retira de la puerta para dejarnos el paso y descubrimos ante nosotras un pequeño saloncito con un fortísimo olor a incienso y varios asientos repartidos por la salita.

—Podéis sentaros mientras esperáis. Ahora mismo os llamará —nos indica el hombre, que va vestido con una túnica en color púrpura.

Nada más sentarnos, tras estudiar la cantidad de decoración africana colgada de las paredes, como las máscaras algo siniestras, o cuadros de ilustraciones un poco difíciles de interpretar, las tres miramos directamente a Elsa, que se encoge de hombros.

—No me miréis así, prometo que tenía muy buenas reseñas —murmulla.

—¿Tengo que entrar sola cuando me llame? —pregunto alarmada, dirigiendo la mirada hacia la puerta por donde el hombre ha desaparecido; está tapada con una cortina de una tela de color azul marino.

—Creo que sí... —deja caer Elsa, y me horrorizo.

—Nagore. —Una voz de mujer me llama, y yo miro de nuevo a las chicas en cierta forma histérica—. Puede entrar una persona contigo.

Miro a las chicas, y ellas se miran entre sí, hasta que Gala se levanta suspirando.

—Venga, vamos, te acompaño yo.

Asiento agradecida mientras me levanto para dirigirme a la misteriosa puerta. Tras apartar la pesada tela, descubrimos un estrecho pasillo iluminado muy tenuemente por focos led, lo que crea un ambiente místico, junto al hilo musical que acaba de hacer acto de presencia y las extrañas figuras que decoran todo el espacio.

La mezcla de la música instrumental —apostaría que celta— con la decoración africana me hace pensar que el sitio es cutre y que quieren dar cierta imagen; pero una vez que te quitas el susto del cuerpo y lo miras todo con ojo crítico, ves que no tiene ni pies ni cabeza.

¿Qué hago aquí?

Recorremos el pasillo y nos topamos con otra puerta cubierta por otra tela, esta vez mucho más fina que la anterior, también en azulón, pero según le dé la luz van variando los tonos. Miro a Gala, y al cruzarla nos descubrimos en un despachito con una mujer que ronda los setenta años; nos espera con una encantadora sonrisa. Me imagino que su pelo alborotado busca ese look de médium de película: color chocolate poblado de un sinnúmero de canas.

Lleva una túnica blanca con detalles cosidos en hilo dorado, y al aproximarnos nos señala las dos sillas que hay frente a ella y su escritorio oscuro. Sobre la superficie de la mesa tiene varios tapetes de diferentes texturas, algunas flores, la mayoría secas, e incluso curiosas piedras de variadas formas y colores.

¿Si toco alguna estará mal visto? Mejor me quedo quietecita,

bastante gafe tengo ya como para cabrear a una médium y que me lo avive más, si es que eso se puede hacer...

Varias velas iluminan la estancia, y me llama especialmente la atención una que está sobre la mesa. Debía de ser gigante, por la cantidad de cera fundida que se acumula abajo y la poca mecha que le queda, pero sigue prendida: una vela dura de roer.

—Bien, Nagore, bienvenida —dice la mujer—. Me llamo Abigail, y esta noche nos vamos a adentrar en los apasionantes designios de tu futuro.

Miro disimuladamente a Gala, que también me mira a mí.

—¿Estás preparada? Coge este montón de cartas y barájalas.

La mujer mira significativamente el taco de cartas que tiene frente a sí, y obedezco. Son gruesas, lo noto porque me cuesta barajarlas, pero lo consigo; sin embargo todavía me pregunto qué diablos hago aquí. Parece una broma pesada, pero la seriedad de la mujer me da a entender que esta sesión de tarot va muy en serio.

Cuando termino, lo dejo frente a ella y me pide que corte las cartas, pero, al contrario de lo que es común en estos casos, me pide que lo haga de atrás hacia delante, dejando el segundo montón delante de ella.

Entonces, la médium coge las cartas y va colocando algunas ante sí en forma de cruz.

Gala y yo nos inclinamos hacia delante cuando comienza a descubrir varias cartas con dibujos que nunca había visto. ¿Un árbol? ¿Una nube con lluvia? Los dibujos son preciosos, eso sí, y la verdad es que dan ganas de examinar durante horas cada uno de sus intrincados detalles. Incluso parece que se muevan. Juro que me ha dado la sensación de ver caer las gotas de lluvia sobre esos charcos dibujados.

—Vaya, ¿has perdido a alguien? —Me tenso ante su pregunta.

—¿Perdido, de «muerto»? —murmullo en busca de una aclaración.

Mirad, como me diga que un espíritu se está intentando comunicar conmigo, me levanto y me largo. ¡Por Dios! Ya lo que me faltaba.

—No necesariamente, pero era alguien importante en tu vida, y ya no está —dice la mujer mientras examina la carta, que se asemeja a una rosa—. Aunque, según parece, de vez en cuando hace acto de presencia. —Señala unos pétalos caídos y me observa con sus oscuros ojos.

Trago saliva.

Coño, claro que sé a quién se refiere. Ni muertos ni leches, con todo mi respeto, por supuesto.

—Me imagino que es mi ex. Diego. —La mujer asiente lentamente y mira de nuevo las cartas—. También veo que estás lamentándote —dice ahora, centrándose en la carta del árbol—, constantemente. —Eleva la mirada para buscarme con severidad—. Y eso no es bueno.

—¿Atraigo más desgracias? —pregunto.

—No, no te dejan ver las cosas buenas que te rodean. —La médium señala ahora la carta de una mariposa con las cuatro alas extendidas—. Tienes el apoyo de tu gente más cercana, y eso es la fortuna, chica. Junto a ellos haces un gran equipo.

—Entonces ¿no tengo gafe? —Extrañada, arqueo una ceja, y la mujer niega.

—A todo el mundo le pasan cosas malas, niña. Debes aprender a qué prestar más atención, nada más.

Guardo silencio sin saber muy bien si me siento satisfecha con lo que me dice, pero entonces señala la carta de la nube junto a la lluvia.

—Hay un momento cercano y clave en tu vida. Está relacionado con el agua... veo agua rodeándote.

—¿Cómo? —Me tenso y miro a Gala, que también parece

confusa.

—¿Como en una piscina? —pregunta ella.

La mujer niega lentamente con la cabeza.

—No lo sé. Solo puedo ver que hay agua. Mucha.

—¿Un evento del pasado o del futuro? —pregunto rápidamente, porque inevitablemente pienso en nuestras vacaciones, tan rodeada de agua.

—Futuro —contesta la mujer—. Está relacionado con el amor.

Cojo aire.

—¿El amor?

—El gran amor de tu vida, sí. —La mujer me dedica una enigmática sonrisa.

—¿Tengo un gran amor de mi vida? ¿No ha pasado ya?

La médium sonríe mientras recoge las cartas.

—Está a la vuelta de la esquina. Solo te digo eso.

Vale, por lo que entiendo, según esta señora, el gran amor de mi vida está a la vuelta de la esquina y está relacionado con agua. Mucha agua.

Está bien.

O resulta que habrá un tsunami que me lo traerá hasta la puerta de casa o no sé muy bien qué esperar. Y qué queréis que os diga, creo que hay pocas posibilidades de que eso ocurra aquí en Madrid.

Luego miro por si acaso, porque una ya no sabe qué esperar...

Aunque, bueno, también me ha dicho que no tengo gafe, y, sufrido lo visto, creo que no puedo tomarme muy en serio la tirada.

Madre mía, algo me dice que en menos de un segundo habré olvidado esta tirada, o... ¿quizá no?

4 de septiembre

Por la noche, un pelín más tarde y con menos dinero en nuestras carteras

—¿Dices que he pagado para eso? —pregunta Elsa una vez fuera de la casa de la médium.

—Es que, ¿quién te manda, tía? —me quejo yo mientras nos alejamos, por la acera, del misterioso portal y evento que acabamos de vivir.

—Bueno, por lo menos sabemos que no tienes gafe —contesta Diana, sonriente.

—¿En serio que os creéis una sola palabra de lo que ha dicho esa mujer? —insiste Elsa, llena de indignación.

—Yo sí que la creo —interviene Gala, que parece especialmente pensativa.

—¿Qué te ha dado a ti el hombre al salir? —pregunta entonces Diana, cuando estamos a punto de girar por la esquina derecha para salir finalmente de esa calle y volver a sumergirnos en la noche madrileña.

—Oh, nada en especial. Una carta muy mona. —Gala nos la enseña y parece del tarot; las tres nos detenemos abruptamente —. ¿Qué? —quiere saber, deteniéndose también.

—¿Y por qué a ti te da algo y a nosotras no? —refunfuña Elsa.

—Seguramente porque he acompañado a Nagore dentro —sonríe Gala, quitando importancia a lo que ha pasado, y se la guarda.

—¿Y qué sale en la carta? —pregunto yo.

—Nada importante.

—¿Cómo? ¡Enséñamela ahora mismo! —estalla Elsa.

Gala pone los ojos en blanco y rebusca en su bolsito.

—Vaya, no la encuentro.

—Qué casualidad —la pincha Elsa, con una mirada sospechosa e inclinándose hacia el bolso.

—Bueno, luego la buscamos bien. ¿Os apetece ir a tomar algo? Medias Puri nos queda cerca —propone Diana.

—No sé, hemos dicho que esta noche sería tranquila —me quejo.

—Y tranquila será —dice Elsa, al tiempo que entrecruza su brazo con el mío y retoma la marcha.

Justo al girar por la calle, me salta la notificación de un mensaje.

Cojo el móvil y descubro quién me ha escrito; por supuesto, la cotilla de Elsa también.

—Vaya, vaya. Puede que la noche sea más interesante, ¿verdad?

—Por favor... —Niego con un suspiro por su loca obsesión, y abro el mensaje de Carlos.

Responde a mi mensaje anterior, en el que le preguntaba si iba a hacer algo.

Carlos
Esta noche ibas a cenar con las chicas, no?
Tenéis plan para luego?

—Uy, parece interesado en qué vamos a hacer —anuncia Elsa a las demás.

Le doy un codazo.

—En serio, Elsa, deja de ver donde no hay.

—¿Qué le contestarás? —tantea Gala.

Me encojo de hombros.

—La verdad: que no lo sabemos todavía.

—¿Nada de Medias Puri? —Diana hace un gesto de decepción.

—¿No podemos irnos a casa y ya está? —les pido yo.

Nos cruzamos con un grupo de gente animada, y yo no me veo con cuerpo para fiesta.

—Vale, ¿y si hacemos algo más tranquilo? —canturrea Diana con una sonrisa satisfecha.

—¿Como ir a...?

—A la terraza del Florida.

—Pero eso está en el Retiro... —se queja Elsa.

—Veinte minutos en coche —plantea Gala mirándome.

—Está bien. Pero nos tomamos algo, y vamos para casa —les pido.

—Claro, claro —canturrean las tres.

—Yo creo que de jovencitas todas hemos fingido orgasmos —sentencia Gala.

Nos encontramos en el Florida Park, justo en la terraza superior, esa que tiene vistas a la cúpula aparte del Retiro.

Hay mucho ambiente, y peligrosamente no sé si este es mi segundo o tercer gin-tonic.

—Yo, en mi vida. Qué necesidad hay, de verdad —niega Elsa.

—Anda, anda —se ríe Diana antes de dar un trago a la copa; luego ataca las gominolas que nos han puesto de acompañamiento.

—Yo creo que cuando el chico te gusta, no se fingen. O es lo que se debería hacer —intervengo—. Vamos, imaginad qué negocio.

—Efectivamente, si algo no se está haciendo bien, hay que

decirlo —asiente Elsa.

—Eso es cierto —afirma Diana—. Yo no negaré que alguno he fingido...

—¿Con mi hermano? —pregunta horrorizada Elsa, y por el brusco movimiento que hace al mirarla, casi se caen las copas.

Gala y yo nos reímos, y Diana pone los ojos en blanco.

—No, puedes respirar tranquila. Tu hermano sabe muy bien lo que se hace.

—No esperaba menos —sonríe Elsa.

Me llega un mensaje en el móvil y lo miro.

—Otro que parece saber muy bien qué hacer es ese que te ha mandado el mensaje —canturrea Elsa, moviéndose al son de la música de fondo.

—¿Cómo sabes que ha sido Carlos? —pregunto sorprendida.

—¡Ja! —Me señala con una gran sonrisa de satisfacción—. Así que tú también lo das por sentado, ¿eh?

—Por favor. —Pongo los ojos en blanco antes de contestar al mensaje de Carlos.

Carlos
Hola, venga, al final me animo y paso a veros un rato.
Dónde estáis?

—Puede que pase a vernos —comento como si tal cosa.

—Anda, ¿y eso? —pregunta interesada Diana; Gala me observa con el mismo gesto.

—Por favor, ¿podéis parar?

—¿Parar con qué? —dice Gala, al tiempo que juguetea con la copa.

—Con lo que hacéis respecto a Carlos. Que ya son muchos años juntas, señoras, escucho desde aquí vuestro hilo de pensamientos.

—Bah —se queja Elsa, y desvía la mirada simulando que está

aburrida.

—No estamos pensando nada —me promete la mentirosa de Diana—. Solo quería saber cómo es que al final viene.

—Seguramente se ha podido escaquear del rollo que tenía —comento mientras acabo de pasarle la ubicación.

—¿Sabe lo del correo de Diego? —se interesa Gala.

Asiento y ataco de nuevo mi bebida.

—Le pasé una captura.

—¿Y qué dice? —Elsa vuelve a ser todo ojos hacia mí.

Me río al recordar la respuesta de Carlos.

—Se ofrece a despedirle del trabajo. ¡Siempre de broma, claro!

—Yo lo haría —sonríe Elsa malvadamente.

—Tú, que eres una bruja, pero Carlos no se tiene que meter ahí. —Diana nos lanza una mirada severa, y yo asiento.

—No está metiéndose. Eso lo dice de cachondeo. Además, nunca dejaría que nuestra amistad pudiera interferir en su trabajo.

Las tres arquean las cejas, y yo me hago la loca.

Bueno, no hace falta decirlo en voz alta, alguna tentación he tenido de utilizar la posición de Carlos para sonsacar información sobre Diego, pero me he controlado, ¿vale? Poco a poco empiezo a ser una nueva Nagore.

—Bueno, ¿vamos a bailar? —propone Gala.

—¿A bailar? —pregunta Diana.

—¿Sabéis qué? —digo yo levantándome de la silla—, no me parece una mala idea, para nada.

—¡Uh, uh! ¡Arriba ese ánimo! —Elsa me imita y se incorpora, así que a Diana no le queda más remedio que ceder.

—¿De verdad que...?

—Sí, vamos a bailar. —No dejamos que Diana termine la pregunta y la arrastramos con nosotras.

Lo bueno del Florida es que tiene una discoteca, y no hay

necesidad de desplazarse a ningún otro sitio. Efectivamente, esa era mi tercera copa, y antes de darme cuenta estamos en mitad de la sala circular dándolo todo con *Feel so Close*, de Radio Edit y Calvin Harris.

Es apreciable que todas estamos con ese puntito alegre, en especial Elsa y yo, aunque el rápido desmelene de Diana también huele sospechoso.

Me río por un paso exageradamente ridículo de Elsa con Gala, cuando noto una vibración en el móvil.

Carlos
Voy para allá

Tecleo una rápida respuesta para informarlo de que estamos en la discoteca, y Gala nos reúne.

—¿Qué os parece si cogemos un reservado?

—¿Se podrá, a estas horas? —pregunta Diana con el ceño fruncido.

—Pero un reservado ¿para qué? —se queja Elsa, quien aún bailotea—. Si estamos estupendas aquí.

—Pues... —comienza Gala, pero de pronto suena el inconfundible inicio de *La revolución sexual,* de La Casa Azul; y, sí, nos volvemos locas.

Bueno, nosotras y toda la gente que tenemos alrededor, que no es poca, ya os aviso. Así que, después de ese subidón, se nos olvida la idea de alejarnos del centro de la pista, que es donde estamos, y tampoco ayuda que la siguiente canción sea *Tiroteo*, de Marc Seguí y Pol Granch.

Temazo tras temazo.

Estoy contoneándome al ritmo de la canción mientras canto la letra con las chicas, entonces lo veo.

Es increíble que lo pueda localizar con la poca iluminación y esa cantidad de gente, pero es como si un imán tirara en una

dirección; sin embargo, descubro que él me ha visto antes, porque cuando mis ojos se topan con los suyos, me sonríe.

—Ahora vengo. —Es lo único que digo a las chicas.

Es posible que no se hayan enterado muy bien, puesto que creo oír un «¿Qué?» histérico, pero no le doy importancia. Las chicas ya saben que a veces me voy a explorar, están acostumbradas; además, son estampidas esporádicas que no hacen ningún daño... la mayoría de las veces. Así que sigo alejándome entre la gente para llegar hasta él, eso sí, no puedo evitar moverme al ritmo de la canción.

Su sonrisa pasa de la sutileza a la amplitud, es imposible que mi estómago no dé una voltereta, pero es que resulta impresionantemente guapo. Además, el alcohol no ayuda, ¿vale?

Los ojos de Carlos me recorren entera, o eso parece, y eso me anima a seguir bailando hasta alcanzarlo mientras canturreo esa canción divertida.

Tú dile a las demás que no me quedan más chicles, solo te doy a ti...

Eso es exactamente lo que suena cuando llego a su lado, e inevitablemente me carcajeo cuando Carlos saca de un bolsillo de los vaqueros un paquete de chicles que me ofrece con una sonrisa guasona.

—Has tardado en llegar. —Lo saludo con una mano extendida para que me la estreche y arrastrarlo a la pista con nosotras.

Carlos niega con la cabeza.

—No he venido solo.

Cuando oigo sus palabras, un nuevo estremecimiento me recorre el estómago, pero muy distinto al primero.

¿Ha venido con la chica con quien se está viendo? ¿Cómo se llamaba?

Carlos señala con la cabeza hacia uno de los laterales, y sigo

el gesto con la mirada. El alivio me recorre al descubrir a dos de sus amigos. Son el rubiales de Jorge, a quien ya he visto en alguna otra ocasión, y otro que no conozco; ambos me saludan desde el reservado que deben de haber cogido.

—Ellos dicen que ni locos se meten entre la gente. —Carlos me lee el pensamiento.

Lo miro de nuevo y me topo con sus ojos azules de mirada profunda. Incluso a pesar de la oscuridad que nos rodea, se aprecia lo claros que son. Creo que sería capaz de quedarme observándolos por horas...

¿Qué estoy diciendo?

Desvío la mirada y carraspeo como para romper el *silencio,* aunque es un gesto absurdo, pues la música sigue sonando muy fuerte, la gente canta, baila, por lo que no hay ningún silencio, pero no sé, de pronto me siento nerviosa.

—Bueno, pues vuelvo con las chicas. Las voy a avisar, que seguro que quieren saludarte.

—Te acompaño —me dice, pero niego con la cabeza e instintivamente le coloco una mano sobre el pecho; como solo lleva una fina camisa, noto lo tonificado que está.

—Déjalo —digo atropelladamente—. Tú ve pidiendo algo. Ahora vuelvo.

Me giro abruptamente, dispuesta a perderme entre las chicas. Tengo el pulso disparado.

¿¡Qué mierdas...!?

Sin embargo, no puedo terminar de formular la pregunta que me hago a mí misma, porque noto que me retienen del brazo.

Es Carlos, obviamente.

En su masculino rostro puedo leer la sospecha cuando me vuelvo para mirarlo, y sin perder un segundo me tira del brazo para acercarme a él. Me rodea su aroma amaderado.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada —contesto, al tiempo que niego rápidamente con la

cabeza.

Carlos asiente lentamente, pero leo la sospecha en sus ojos. Decido desviar la mirada para indicar la pista abarrotada.

—Voy a buscar a las chicas. Ahora vuelvo.

Sabe que pasa algo, pero asiente y me suelta. Sonrío antes de darle la espalda de nuevo.

Esto es culpa del alcohol. Del alcohol y de las chicas, que no paran de bombardearme con la idea de que con Carlos puede haber algo más.

Me obligo a dejar de pensar en eso. Somos amigos, por Dios. Nada más. Si de verdad él tuviera interés, creo que en todos estos años habría habido algún tipo de acercamiento. ¡Que no es que yo esté interesada en cruzar esa línea! Carlos es mi amigo. Ya está.

¿Por qué doy vueltas todo el rato al mismo tema?

Consigo ignorarme —algo complicado, creedme—, y llego hasta las chicas, que siguen dándolo todo en la pista de baile.

—¿Dónde estabas? —pregunta Gala, que es la primera en verme.

—Ha llegado Carlos. Había ido a buscarlo —contesto a la par que acepto la copa que me tiende Diana.

Veo que ella ya se ha pasado a la Coca-Cola.

—Tía, tienes la maldita capacidad de desaparecer en un microsegundo, y yo muero en cada uno de ellos —se queja Elsa.

Me río.

—Qué exagerada eres. Ni que me fuera a pasar algo —le contesto.

—Eso no me preocupa, querida, sino lo que tu ausencia puede ocasionar al resto de la humanidad que nos rodea.

Ante su respuesta, arqueo una ceja sin entender el punto. Ni que fuera a hacer algo terrible. Esta chica...

—Vamos a saludar a Carlos, ¿no? —propone Diana.

Asiento con una sonrisa.

—Ha venido con dos amigos. Están en un reservado —les explico, y les indico que me sigan—. Ya les he avisado que nosotras no nos movemos de aquí.

Gala y Elsa asienten, y poco a poco recorremos el camino hasta la zona de los reservados, espacio que nos permite localizarlo desde la distancia porque está más elevado que la pista.

—¿No habías dicho que había venido solo con dos amigos? —pregunta Diana, confundida al ver la escena que tenemos delante.

Los dos amigos están, efectivamente, se sirven sus copas, mientras dos chicas ahí sentadas ponen toda su atención sobre Carlos.

Hablan con amplias sonrisas. Son dos chicas guapísimas de la muerte, de esas cuyas fotos en estados perfectos aparecen en Instagram e incluso tú te quedas embelesada estudiándolas.

—Vaya —consigo decir cuando una se ríe de manera encantadora por un comentario de Carlos, quien, como toda respuesta, le sonríe.

—Pues parece que tan solos no están —comenta Elsa.

—Ya —contesto, un tanto seca.

Nos hemos detenido y observo la escena sin saber muy bien qué hacer.

—No se conocen —comenta Elsa—. Observa su lenguaje corporal. Tan solo...

—Tan solo se han arrimado a ese pedazo de moreno. Madre mía —comenta Diana—. Este hombre cada vez está más guapo.

—La verdad es que sí —asiente Gala.

Carlos justo se inclina para aceptar la copa que le tienden sus amigos, y me parece oír un suspiro colectivo.

Y es que incluso algunas de las mujeres que se encuentran cerca de nosotras lo están estudiando.

Yo vuelvo a centrarme en él, en cómo está sentado en el sofá del reservado, que hace que todo lo demás no tenga el menor interés. Es imposible estar en la misma habitación y que no llame tu atención.

En ese instante se ríe por algo que le ha dicho uno de sus amigos, que se han acercado al grupo, y sonrío por lo guapo que lo veo, tan relajado y contento.

—He de reconocer que sí, es todo un bombón —oigo decir a Elsa.

Yo asiento y aporto mi comentario:

—Es el hombre por excelencia. De los de polla en el ombligo.

Oigo un ruido raro a mi lado, y descubro a Diana atragantada.

—Oh, Dios. —Gala le da golpecitos en la espalda, pero Elsa me mira curiosa.

—¿Polla en el ombligo? —se interesa—. Explica eso, porque, tía, mi línea de pensamientos espera que tu comentario no sea tan jodido.

Pongo los ojos en blanco.

—A ver, me refiero a que es de esos tíos que cuando te apoyas sobre él notas su erección sobre tu estómago.

Hay un colectivo «Aaah»; bueno, menos de Diana, que me mira con ojos lagrimosos.

—¡Se me ha ido la Coca-Cola por la nariz, tía! —me regaña —. ¿¡Cómo sueltas un comentario así!?

—Especialmente, sobre quien es tu amigo. —Noto la acusación puntillosa de Elsa.

Me encojo de hombros y al levantar la mirada descubro una familiar mirada sobre mí.

—Vuestra culpa, queridas —les contesto mientras lo saludo y retomo la marcha.

4 de septiembre

De madrugada. Y, sí, no añado nada más

—Si sigues bailando conmigo, ninguno de los dos vamos a ligar. —Me río cuando Carlos me hace girar de nuevo sobre mí misma.

Estamos en mitad de la pista sin parar de bailar, tanto que he perdido la cuenta de las canciones que llevamos. Sé que las chicas están a nuestro alrededor bailoteando, pero bueno...

—¿Quieres que te deje tranquila? —pregunta Carlos inclinándose para que me alcance su voz, de modo que su aliento choca contra mi oreja—. Yo no estoy preocupado por no ligar esta noche.

Levanto la mirada para toparme con sus ojos. Estamos muy cerca, así que tengo que inclinarme hacia atrás para mirarlo.

—Cierto —me obligo a hablar—. ¿Cómo se llamaba?

—¿Cómo? —Me mira confundido.

—¡Tu novieta! —salto.

Carlos se ríe.

—¿Yo con novia? —pregunta, y vuelve a bailar al ritmo de la música que suena—. No tenía yo constancia de que estaba saliendo con alguien.

—Por Dios, y ¿Natalie? O ¿cómo se llamaba...?

Carlos niega con la cabeza.

—Natalie y yo solo pasábamos el rato, Nagore. Y lo sabes.

Niego con la cabeza al tiempo que doy vueltas sobre mí misma. ¿Por qué de pronto estoy más contenta? ¿En serio hemos vuelto al ruedo del «me gusta Carlos»?

—¿Es eso lo que te pasaba? —Me detengo cuando las manos de Carlos me capturan la cintura y se pone detrás de mí para hacerme esa pregunta.

Pum, pum, pum.

Sí, señoras, eso es mi corazón.

Me vuelvo, con mi mejor gesto de interrogación.

—¿Qué me pasaba? —quiero saber.

—No sé, dímelo tú. —Un brillo peculiar recorre sus ojos, y me doy cuenta de que, a pesar de haberme vuelto hacia él, sigue con las manos en mi cintura; de hecho, sus dedos dibujan ahora círculos sobre mi vestido.

—¿Que estoy borracha? —le propongo sin poder evitar que mis ojos tomen vida propia y desvíen la mirada hacia su boca.

Pero lo hago rápidamente, rapidísimo. Vamos, imposible que se dé cuenta…

Al mirarlo de nuevo, mi corazón vuelve a estar acelerado, corro el riesgo a que se me salga por la garganta y tengan que intervenirme de urgencia aquí, en el Florida. Incluso veo el titular de las noticias.

Pero bueno, que me desvío. Sé, por su modo de mirarme ahora, que se ha dado cuenta de mi cambio de campo visual. Noto que se congela el tiempo en este cruce de miradas que se siente… se siente diferente.

—No estás borracha —dice él entonces, y rompe nuestro peculiar silencio.

Creo que debemos de conformar una escena rara, entre tanta gente bailando. Los dos ahí tan quietos, como si no hubiera nadie más que nosotros. Como si no estuviéramos en mitad de una fiesta.

—¿No? —me obligo a reír.

Tengo mogollón de calor y creo que viene de esas enormes manos que todavía me acarician la cintura.

—Un poquito sí que lo estoy —vuelvo a decir. Y, vamos,

mentira no es.

Carlos sigue taladrándome con la mirada, y al final asiente lentamente.

—Vaya. Entonces es mejor que dejes de hacerlo. —Sus ojos brillan.

—¿Que deje de hacer qué? —pregunto sin entenderlo.

Carlos se inclina hacia mí y me habla directamente al oído, asegurándose así de que pueda escuchar cada una de sus palabras:

—Deja de mirarme así, Nagore. De lo contrario, no prometo no hacer nada al respecto; pero quiero que, cuando lo haga, seas plenamente consciente de ello.

Inclino la cabeza hacia atrás totalmente sorprendida y me topo con una mirada entre divertida y... y algo más.

—¿Cómo? —consigo decir.

Pero no recibo la respuesta a mi pregunta.

—Es justo que ahora nos invites tú a la siguiente ronda. —Jorge, el amigo, interrumpe en este puñetero momento, el más raro de la historia de todos los tiempos.

Carlos asiente y, dedicándome una media sonrisa, se aleja con ellos dejándome sola.

¿Hola? ¿Qué pasa aquí?

Estoy sola, sí, pero las chicas no tardan ni cero coma segundos en aparecer.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, medio histérica, Diana.

—Eso, eso, ¡cuenta! —estalla Gala detrás de ella.

Yo parpadeo.

—No sé... —consigo decir, todavía medio en *shock*. ¿Carlos estaba tonteando en serio o en broma?

Siempre hemos tenido momentos de tonteo inocente, pero hoy... hoy siento que ha sido diferente.

—Mira, no digas que no sabes de qué hablamos, que todas hemos sido testigos de ese momento —interviene Elsa—. Por

Dios, creo que todas nos hemos quedado embarazadas por el modo en que te ha mirado.

Las chicas se ríen y esperan mi respuesta.

—Creo que necesito tomar un poco el aire —hablo por fin.

—Normal —asienten las tres a la vez.

—¿De verdad que ha sucedido? —pregunto, a ninguna en particular.

—¿Qué te ha dicho? —quiere saber Diana—. Nosotras solo veíamos cómo te miraba...

—Y agarraba —puntualiza Elsa.

—Eso, y agarraba —añade Diana—, mientras estabais ahí solos.

—Tía, tía, tía. —Gala da saltitos emocionada.

—A ver, calma —les pido—. Tan solo me ha dicho que dejara de mirarlo así, que de otro modo, no prometía no hacer nada al respecto.

Hay una respuesta colectiva muy clara por parte de ellas, y yo vuelvo a ponerme supernerviosa.

—¡Mira, mira! —Elsa señala hacia una dirección y todas la seguimos con la mirada—. Por ahí van tus bragas.

Y la idiota se carcajea.

—De verdad, qué tonta eres a veces —la regaña Diana, mirándola mal—. En serio, pensaba que había algo que mirar.

—Bueno, al lío, ¿qué vas a hacer? —me pregunta Gala.

—Pues seguir mirándolo así, ¿a que sí? —dice Elsa con un guiño de ojo, en alusión al anterior comentario de Carlos—. A ver qué ocurre.

—Yo no lo miraba de ninguna manera —digo al cruzarme de brazos—. Necesito aire, de verdad.

Giro en redondo y comienzo a andar para salir afuera. Sé que me siguen, por supuesto que sí. En este grupo, lo que puede un cotilleo salseante no lo puede nada.

Una vez que salimos al exterior, pongo los brazos en jarras y

me aparto hacia uno de los laterales. Por supuesto, toda la zona está repleta de gente que hace cola para entrar, otros siguen tomando algo en las terrazas, y también hay pequeños grupos de gente que fuma y charla animadamente.

—Vale. Estoy rara —comienzo mientras las tres me observan en un silencio solemne—. Llevo rarísima toda la noche —recalco para enfatizar mis palabras y que tengan más peso—. Todo el rato me quedo prendada del color de sus ojos, de lo guapo que está...

—Por no señalar el desafortunado comentario sobre el tamaño de su polla —añade Elsa, asintiendo de manera complaciente.

—¡Tía! —la regaña Diana—. Por favor...

—A ver, ya no estás tomando Coca-Cola. No hay más peligro. —Elsa pone los ojos en blanco.

—¿Nos podemos centrar, por favor? —pide Gala con la mirada puesta en mí—. A ver, cielo, Carlos es muy guapo.

—Guapísimo —añade Diana rápidamente.

—Sí —asiento.

—Pero eso es algo que siempre has sabido. Y qué quieres que te diga, sobre tus amigos, no piensas en el tamaño que tendrán ahí abajo. —Elsa me guiña un ojo.

—Ya, ya lo sé. —Cojo algo de aire—. También es mucho más que una cara bonita. Es atento, es divertido, su sentido del humor es... —Me mordisqueo el labio y me callo.

—Ese es el punto al que quería llegar —afirma Gala; su sonrisita va a juego con las de las otras. Y, sí, las sé interpretar.

—No. Es mi amigo. Un muy buen amigo. Seguro que he oído mal lo que ha dicho —concluyo—. Sé que no le gusto. No de *esa* manera.

—Mira, de verdad, cuando empezamos con ese modo «cabezón ciego», me pongo de mala leche —dice Elsa, mirándome mal—. ¿Qué quieres, tía? ¿Que te dé un pollazo en

la cara?

—¡Elsa, por Dios! —dice Gala esta vez. Diana se ha quedado muda.

—Bueno, vale, eso es ofensivo. ¿Que la estampe en la mesa para que veas que está interesado?

—¿En la mesa? —pregunto yo—. ¿Qué mesa? Eso que dices no tiene sentido.

—Por Dios —se queja Diana, que ya se remueve incómoda.

—¿Cómo que no? —insiste Elsa—. Es como...

—Como que nos estamos desviando del punto de la conversación —interviene Diana lanzándonos miradas, especialmente a Elsa, quien decide asentir mediante su silencio.

—Vamos a ver, Nagore, a ti te gusta, pero creo que, aunque no quieras darte cuenta, va más allá del gustar —dice Gala.

—Sí, yo estoy con ella —asiente Elsa.

Yo las miro y guardo silencio.

—A ver...

—¿Nagore?

Ante mi nombre pronunciado detrás de mí, me vuelvo para ver quién me llama, y me congelo cuando me topo con un sonriente Joel, el vecino buenorro.

—¿Joel? —pregunto como si necesitara asegurarme de que, efectivamente, es él.

—Vaya. Ya decía yo que estábamos tardando en encontrarnos de nuevo.

Joel me dedica una lenta sonrisa mientras se me va acercando con su pelo alborotado y su look *total black* con unos pantalones pitillos negros, camiseta y cazadora a juego.

No me puedo creer que sea él. Que esté aquí y que me haya visto.

Esto tiene que ser un *reality* por narices; si no, os digo que no es normal.

—Hola —contesto cuando llega donde estoy—. ¿Cómo estás?

Los ojos de Joel me dan un rápido vistazo; no hace falta ser muy adivina para saber en qué piensa.

—Tenía ganas de escribirte, ¿sabes? Pero estaba convencido de que nos volveríamos a encontrar.

—¿De veras? —Me es imposible no enarcar la ceja.

Un brillo divertido recorre sus ojos oscuros y echa un vistazo hacia atrás, donde su grupo de amigos esperan mientras hablan relajadamente. Les hace un gesto con la cabeza, y ellos retoman la marcha.

—¿Se van? —le pregunto, incapaz de ignorar lo que acaba de pasar.

—¿Te apetece tomar algo? —pregunta a su vez él sonriéndome divertido.

Suspiro.

—Tengo que decirte una cosa. —Mejor dejar las cosas claras —. No repito.

—¿Perdón? —La confusión recorre su afilado rostro.

—Que no repito. Con los chicos —le explico—. No pienso acostarme de nuevo contigo.

Sus ojos se abren como platos, y termina carcajeándose.

—Vaya —dice al tranquilizarse—, nunca pensé que me dirían esto, pero, tranquila. No repetiremos. —Levanta las manos en gesto de disculpa, y yo me relajo un poco—. Si no quieres, claro. —Deja la puntillita final.

Cuando estoy a punto de volver a recalcar la idea que mantengo, continúa hablando, y todo cambia.

—El objetivo de la copa es principalmente para que me expliques esa salida exprés del otro día, y también para que me cuentes de qué conoces a Diego. —Sus últimas palabras hacen el resto—: Mi futuro cuñado.

Oh-Dios-mío.

—Por tu actual cara de espanto, sé que no puedo dejarte escapar sin que me lo cuentes, así que, por favor. —Señala una

de las mesas alejadas a nuestra izquierda, en una de las terrazas que todavía sigue abierta.—. Voy a buscar una mesa para que tomemos algo y me lo expliques. ¿Vale?

Sus oscuros ojos me estudian, y sé que no me voy a negar. No podría dormir nunca más. Diego es el futuro cuñado de Joel. Oh, Dios.

Me sorprendo asintiendo.

—Está bien, pero déjame avisar a las chicas. Una copa y ya, ¿te parece?

Joel sonríe y, tras darme un guiño, se vuelve en busca de una mesa para ambos.

Miro hacia atrás, donde se encontraban las chicas; ahora me esperan más alejadas, pero con los ojos abiertos como platos.

—No vais a creer... —empiezo, pero Elsa me corta.

—No te lo vas a creer tú. Mientras hablabas con el panoli este, ha venido Carlos, y al ver el panorama, ha decidido esperar dentro.

—¿Qué? —pregunto extrañada.

—Madre mía, tía, qué noche tan intensa —asiente Diana.

—No me acordaba yo del ajetreo que suponía la vida de soltera —dice Gala.

—Bueno, maja —dice Elsa—, eso lo dirás por ella. —Me señala—. Porque una servidora no tuvo tanto puto pretendiente. ¡Tía! Tendrás que poner número, como en la carnicería... —Me sonríe ladinamente justo cuando vibra mi móvil.

—Es un mensaje de Carlos —anuncio.

—Pero ¿y el otro qué quería? El vecino —insiste Diana.

Leo el mensaje y mi corazón da un vuelco.

Carlos

Veo que ha habido otro encontronazo con el vecino.

Las chicas me han explicado quién era.

Luego nos vemos, me imagino que estarás entretenida...

Rápidamente comienzo a teclear una respuesta. Esos puntos suspensivos no me han gustado ni un pelo.

Yo
No van por ahí los tiros

Me sorprendo cuando rápidamente se conecta y me contesta.

Carlos
No?

Yo
No. Me ha dicho que es el futuro cuñado de Diego!
Es el hermano de la prometida, necesito que me lo cuente

Carlos
Que te cuente qué?
No creo que sea buena idea seguir dándole vueltas a lo de Diego.
Ya pasó

Dejo el móvil. De verdad, se me atraganta el hecho de que la gente no entienda el porqué de tanto revuelo. ¿Es tan difícil entender que todo resulta tan surrealista que mi mente necesita atar todos los cabos para, yo qué sé, encontrar algún sentido?

—¿Nos vas a hacer caso ya? —pregunta Diana con el ceño fruncido.

—Perdón, estaba explicándole a Carlos que no voy a acostarme con Joel, sino que me ha contado que es el hermano de la prometida de Diego.

—¿Cómo? —pregunta Gala horrorizada, al tiempo que se sujeta del brazo de Elsa.

—¿El hermano? Eso explica que estuviera en la despedida conjunta, claro —asiente Diana lentamente, como asimilándolo

todo.

—Dios, Diego. Otro que se me había olvidado —se queja Elsa.

—Os juro que incluso tengo dolor de cabeza. —Me llevo la mano a la sien derecha, justo encima del ojo.

—Normal, vaya un estrés —comenta Gala con cara de circunstancias.

—¿Qué harás? —pregunta Diana.

—Voy a hablar con Joel. Me está esperando ahí fuera. Que me lo cuente todo, y después vuelvo con todos vosotros.

—Está bien —asiente, conforme con mi respuesta.

—Te esperamos dentro —dice Elsa.

Yo, tras despedirme de ellas, giro de nuevo sobre mí misma para dirigirme donde me espera Joel.

No tardo en localizarlo; sus manos repletas de anillos y pulseras de cuero juguetean con el móvil. Es imposible mirarlo y no recordar la noche que vivimos en Mallorca hace unas semanas...

—Pensaba que ibas a darme plantón —espeta cuando me ve llegar.

—Eso sería maleducado —digo al sentarme en el taburete de enfrente.

—¿Qué quieres pedir? —me pregunta.

—Una botella de agua.

—Vaya —sonríe de manera divertida—, ya hemos llenado el cupo de alcohol, ¿eh?

—Suficiente alcohol por hoy, sí —asiento respondiendo a su sonrisa con otra, pero sin dejar de pensar en la información que me ha desvelado.

Carraspeo; decido no darle vueltas e ir al grano.

—Bueno, pues aquí estamos.

—Aquí estamos —asiente estudiándome con una mirada más calculadora—. En realidad, pensaba que nuestro próximo

encuentro sería más interesante, no sé. Después de ese ataque volador en el barco...

—Las expectativas altas no son buenas. —Me río, aunque por dentro, me quiero morir cada vez que recuerdo ese momento.

Justo llega el camarero; me toma nota y a él le deja su botellín de cerveza.

Cuando volvemos a estar solos, saca el tema.

—Así que conoces a Diego —tantea. Lo noto cauto, y eso me pone más nerviosa.

—A tu futuro cuñado —añado.

—Efectivamente. —Joel me sigue estudiando—. Creo saber por dónde van los tiros, por el modo en que actuasteis los dos, especialmente tú.

—¿Sí?

—Sí. —Sus ojos me estudian con demasiado interés.

—Entonces ¿por qué no me iluminas con tus teorías? —sonrío, aunque no me apetece, la verdad sea dicha.

Joel se inclina hacia atrás con el botellín entre las manos, y finalmente suelta la bomba:

—¿Erais pareja? Ana me contó que Diego estuvo con alguien bastante tiempo.

—Casi seis años —asiento. Es absurdo mentir o marear la perdiz, en especial si yo también quiero recibir información.

—¿Terminó mal?

—¿Y por qué te interesa eso...? —pregunto cuando aparece el camarero con la botella de agua y la cuenta.

Madre mía, ¿tanta prisa tiene por echarnos?

—Vamos a ver, se va a casar con mi hermana. Tendré que saber si es un hijo de puta.

Asiento lentamente y desvío la mirada.

Quiere saber si Diego es mal tipo. Vaya.

Tengo en mis manos una muy posible *vendetta*.

Doy un trago a la botella y dejo que el agua fresca me

recorra. Espero que se me empiece a despejar la cabeza ahora que he dejado de tomar alcohol, así que, una vez hidratada, busco con la mirada a Joel, que espera paciente.

—No.

—¿No, qué? —El vecino arquea las cejas y yo sonrío lentamente.

—No es mal tipo, en cierta manera.

Desvío la mirada hacia el cielo, pero rápidamente vuelvo a hablar:

—Me refiero a que la ruptura se podría haber gestionado mejor, y por supuesto algunos de sus comportamientos, pero Diego no es mal tipo. Lo único es que no es perfecto, como todos.

Sonrío y Joel me devuelve el gesto con lentitud.

—¿Estás segura de que no te quieres acostar conmigo de nuevo? Pasamos un buen rato.

Casi boqueo ante su cambio radical de tema.

—¿¡Qué dices!? —Me tengo que reír y Joel hace más profunda su sonrisa.

—Deberías pensártelo. ¿Nos lo pasamos bien o no? Esto de encontrarnos en los sitios más recónditos tiene que ser una señal o algo.

—Bueno, eso de sitios recónditos...

—Vamos, ¿crees que yo vengo mucho a este sitio? —Joel arquea las cejas en un gesto de incredulidad—. Y si no recuerdo mal, tú ya no vivías en Madrid centro, ¿no?

Sonrío negando con la cabeza.

—Sí, son casualidades...

—Imposibles de ignorar —añade él, que estudia mi rostro—. Vaya. —Se echa para atrás en un gesto de abatimiento—. ¿Ni siquiera lo meditarás un poco?

—¿Qué quieres que te diga?, he aprendido que si repito cuando no existe interés alguno más allá que el físico, las cosas

se complican.

—Juro que esto no se va a complicar.

Su modo de hablar, casi atropelladamente, hace que me ría, y termino por estudiarlo, aunque ¿a quién quiero engañar?, ha aparecido en el peor momento. Mi mente está en demasiadas cosas como para añadir más emoción a la noche.

—Está bien, uno sabe cuándo debe retirarse —asiente Joel haciendo amago de levantarse al sacar su cartera.

—Espera, yo aún no te he hecho ninguna pregunta —digo con urgencia.

Joel se detiene y me observa.

—¿Pregunta? ¿Sobre qué? —Sus ladinos ojos me estudian y puedo ver que en su mente algo hace clic—. Vaya, vaya. ¿Quieres preguntarme sobre ellos?

Sé que se refiere a Diego y a su hermana, cuyo nombre siempre se me olvida. ¿Era Ana?

Yo, como toda respuesta, guardo silencio, y Joel asiente con una expresión en el rostro que no me gusta nada, aunque pronto me desvela lo que está pensando, muy en consonancia con lo que sospechaba.

—No me digas que es eso.

Me pongo muy recta sobre el taburete y lo observo casi sin pestañear.

—¿Que es qué? —salto, un poco a la defensiva.

—Que no has olvidado a Diego, que querías sacar información sobre ellos...

—¿Perdón? —Añado una risa seca al hacer la pregunta—. Por supuesto que no es eso.

—Ya veo. —Joel se inclina hacia mí con una sonrisa un tanto tirante—. Ha pasado ya un tiempo desde que rompisteis, bastante diría yo. ¿Cómo es que sigues así?

—No sigo de ninguna manera —respondo a la defensiva y, ¿por qué no?, cabreada.

No me gusta el hilo que ha tomado la conversación.

Joel asiente lentamente y hace un mohín con la boca mientras se separa.

—Qué lástima.

Estoy tentada de decirle cuatro cosas, pues su actitud no me gusta un pelo, pero entonces vuelve a inclinarse sobre mí, y me sorprende robándome un beso rápido.

—Llámame cuando no tengas el corazón roto.

Y sin decir más, se aleja entre la gente.

Pestañeo confundida por lo que acaba de pasar, y advierto que ha dejado un billete de cinco euros sobre el cesto de la cuenta. Levanto la mirada dispuesta a buscar al camarero para pagar, pero a lo lejos descubro a Carlos.

Me está observando y su dura expresión me pone tensa. ¿Cuánto tiempo lleva mirándome?

Se encuentra justo en la salida del Florida; cuando estoy a punto de hacerle un gesto para que se acerque, sus ojos se desvían y en su rostro se dibuja una sonrisa que, aunque no va dirigida a mí, me hace coger aire de manera abrupta.

Carlos no está solo, sino acompañado por una de las morenas del reservado, y, por lo que parece, seguirá estándolo esta noche.

Coloca una mano en la baja espalda de ella, y empiezan a alejarse.

Siento la garganta seca y la urgencia de llamarlo, pero no lo hago. Solo me quedo ahí quieta, mirando cómo se aleja.

Solo reacciono cuando oigo la notificación de un mensaje. Veo que es un mensaje suyo.

Carlos

Me voy a casa ya, he visto que sigues acompañada.
No quería interrumpir.
Mañana hablamos

Y ya está. Ni un solo emoticono, ni un beso ni, por supuesto, mención de que él sí se va acompañado.

6 de septiembre

Muy temprano por la mañana

Llevo observando el techo más de una hora, es decir, desde que llegamos de Madrid.

No puedo dormir por varias cosas. La primera, este dolor de cabeza y de ojo, no sé muy bien qué zona abarca; apareció anoche y no me da tregua; y luego, por supuesto, también tengo en mente todo lo que sucedió antes de llegar a casa.

Me remuevo en la cama en busca de una posición más cómoda. La luz del día entra a través de las rendijas que he dejado abiertas aposta en la persiana. Me da más tranquilidad que encontrarme a oscuras, cuando tengo tanto en que pensar.

Suspiro y pongo un brazo bajo la almohada, segundos después me coloco de nuevo bocarriba.

Al final compruebo en el móvil si he recibido una respuesta; por supuesto, no hay ningún nuevo correo en la bandeja de entrada.

Cómo decirlo, después de hablar con Joel y de la extraña situación con Carlos, contesté el correo de Diego.

Sí, quizá no debería haberlo hecho. Ya me llevé una buena bronca de las chicas, pero creo que tampoco hay que hacer ningún drama, ¿vale?

Mi respuesta fue sencilla: una aceptación a su propuesta de quedar para hablar; efectivamente, la conversación con Joel tampoco me desveló mucho. Pero es que además no paro de darle vueltas a otro asunto. Otro asunto llamado Carlos.

¿Qué pasó anoche?

De pronto, suena la notificación de un nuevo correo y casi se me sale el corazón del pecho, lo juro. Sin embargo, al consultar el móvil descubro que se trata de un nuevo post en *Manual para días rojos*, el blog de Elsa.

Son las diez de la mañana, así que me atrevo a decir que está programado. Podría leerlo después, pero entre el enigmático título y que no tengo sueño, pincho sobre el link que me redirigirá al blog para leer la nueva entrada.

Ese tiempo muerto

Creo que todo el mundo es capaz de reconocer que, en las relaciones, tarde o temprano llega ese temido momento.

No. Hoy no os hablaré de esa etapa en la que tu maravillosa relación de pareja ha dejado atrás la fase pasional y comenzáis a daros cuenta de que una relación va mucho más allá. (Sí, lo siento, esa etapa se da en TODAS las relaciones).

Sin embargo, hoy no me refiero a eso.

En nuestra vida tenemos muchas relaciones y muy variadas: relaciones de amistad, de familia, de pareja; incluso con algunas personas establecemos relaciones que tampoco sabemos catalogar antes de que... sí, antes de que desaparezcan.

A ese punto quería llegar yo, porque, claro, estas personas no desaparecen sin más.

Antes de ahondar más en el tema, debemos reconocer que hay quienes entran y salen de nuestra vida sin que se desate el mayor de los dramas. Se trata de personas que de verdad aportan su granito de arena; sin embargo, su desaparición no supone un gran impacto en nuestra vida.

Es eso, queridas lectoras, en mayor o menor medida, todo el mundo tiene siempre algo que aportar. Sí, hasta el mayor de los alcornoques. (Sé que ahora mismo muchas tenéis a cierta persona en

mente).

Hay relaciones en las que te sientes en casa, que ya son parte de tu ADN; otras que, al contrario, te acercan a cosas y situaciones nuevas; algunas más te hacen ver el mundo con una nueva mirada, y otras te recalcan lo que siempre supiste. En definitiva, cada relación es un mundo, pero debemos reconocer que por insignificante que parezca, siempre nos aporta algo.

Sin embargo, llega un momento en el que esa persona que apareció en nuestra vida aportándonos una gran enseñanza, experiencia o recuerdo, se empieza a escapar y desaparece paulatinamente. Esto nos lleva a cuestionarnos muchas cosas, pero, ante todo, nos mete de lleno en lo que yo lo llamo «ese tiempo muerto», que es difícil de asimilar.

Es difícil darse cuenta de que algunas personas solo estarán en nuestra vida por un determinado periodo de tiempo. No hablo de la muerte —eso ya es otro tema a tratar—, sino de que hay quien, tras estar en nuestra vida, se va. Es posible que una amistad se vaya enfriando poco a poco sin motivo aparente, o que una relación amorosa finalice sin una mala ruptura... se trata de hechos en cierto modo inesperados, pero que, aunque no seamos conscientes, son el pan de cada día.

Y es eso, nada más y nada menos, ese tiempo muerto. Ese momento en que lo ves; pero, en un intento de agarrarte a cualquier mínimo resquicio de esperanza, a un gesto, no sé, a cualquier cosa que pueda solventar su definitiva desaparición en tu vida, ya no solo te niegas a aceptarlo sino que interiormente estás mal.

Y yo me pregunto, ¿por qué?

Creo que deberíamos empezar a abrir los ojos y aceptar que esa gran amiga de la universidad con la que has pasado buenos momentos no siempre seguirá ahí, pues ya sois tan diferentes que no sentís la conexión de antes; o tu pareja, con quien has estado

los últimos cinco años y, a pesar de que la relación parece más que estancada, sigues imaginándote junto a él o ella en tu vejez.

No. ¡Basta ya!

De verdad, no hay nada malo en que la gente, una vez vivida la experiencia que tenía que vivir con nosotros, se vaya. No hay que sentirse mal ni fustigarse, y, por supuesto, tampoco es necesario escribir una vez al año el mensaje de: «A ver si nos vemos».

No me malinterpretéis, no me refiero a que no debamos esforzarnos para mantener nuestras relaciones, todo lo contrario. Toda relación, si quieres que dure, hay que cuidarla. Por supuesto. Pero voy más allá, y sé que muchos tenéis en mente alguna situación similar. Ese amigo con el que poco a poco dejamos de hablar tanto porque ya no nos apetece, o...

Tengo que dejar de leer; me duele el ojo. Además, debo reconocer que el post, bueno... no me ayuda a encontrar la calma, así que decido apartar el móvil y concentrarme en dormir.

Lo dejo sobre la mesilla, y con una mano en la sien para masajearla, intento entregarme poco a poco a los brazos de Morfeo.

6 de septiembre

Por la mañana

Cuando miro la hora, agradezco interiormente haber avisado al trabajo de que me cancelaran todas las reuniones que tenía.

El dolor persiste, y por más que he tomado algo, no se va. Me levanto, y a tientas quiero llegar a la ventana para subir la persiana y dejar que la luz del día entre en la habitación; también necesito la entrada de aire fresco.

Pero me detengo a mitad de camino. Parpadeo, incluso me froto el ojo derecho a pesar del dolor que tengo. No, sigue ahí.

¿Qué coño es esto?

Tengo una mancha en el ojo y no me permite ver, es como blanquecina, como si hubiera mirado directamente la luz de una bombilla encendida y al apartar la mirada me hubiese quedado ese residuo de resplandor molesto, pero... pero estoy a oscuras, no he mirado ninguna luz.

Me alejo de la ventana y decido tranquilizarme. Tranquilizarme, y esperar...

6 de septiembre

Por la mañana, más tarde

—¿Hola? ¿Cómo está esa resacosa? —contesta Diana cuando la llamo.

—¿Dónde estás? —pregunto, sujetando el móvil con fuerza —. ¿En la oficina?

—No. Hoy me tocaba teletrabajar y me he venido a casa de Aitor, pues él no está y así no te molestaba. ¿Cómo vas?

—Pues sigo igual.

—Tía, ¿con el mismo dolor? Madre mía, sí que te ha dado fuerte. ¿O es una excusa para escaquearte de los entrenos? Elsa no paraba de repetirlo. —Diana se ríe al otro lado de la línea y yo sonrío al imaginarme la escena.

—Creo que tendrás que llevarme al hospital —digo, y parpadeo de nuevo.

Nada. Esa maldita mancha no desaparece.

—¿Cómo?

—No sé cómo explicarlo, pero tengo algo en el ojo y no me deja ver. Como una mancha blanca brillante…

Oigo movimiento en la otra línea.

—No creo que sea nada grave, pero para asegurarme… O, bueno, quizá podría esperar, a ver si con las horas mengua. Si mañana sigo igual…

—No —me interrumpe Diana—. Prepárate, que voy para allá. En diez minutos me tienes allí.

Cuelgo el teléfono y me dejo caer sobre la cama.

Por supuesto, soy la única que, tras una noche de juerga,

tiene que ir al hospital por una absurda mancha.

6 de septiembre

Todavía por la mañana, sí

—Diana, por favor, me estás poniendo nerviosa —le digo, al tiempo que le coloco una mano sobre la rodilla; tiene la pierna cruzada y no para de moverla.

—Perdona, perdona —repite disimulando muy mal su preocupación.

Estamos en Urgencias; bueno, más bien en una de las salitas de espera. Cuando llegué con Diana y conté lo que me sucedía, en primer lugar me miraron el ojo; al descubrir que el nervio óptico del ojo derecho está inflamado, me han derivado a... neurología.

Reprimo de la mejor forma posible las ganas de llorar; ya adelanto que no lo llevo muy bien. Cuando he llamado a mi madre para avisarles de lo sucedido, he llorado a mares.

Me ha dicho que no me preocupe, que seguro que no es nada grave; sin embargo, en mi mente retumba la palabra «tumor», sobre todo cuando me han informado de que ante todo me harán un TAC.

No lo he dicho en voz alta, porque temo, quizá absurdamente, que si lo materializo verbalmente se hará realidad.

Dios. Soy muy joven. Pero... ¿a quién quiero engañar? La juventud no es un seguro de nada. Continuamente hay gente, incluso más joven que yo, que...

Vuelvo a coger aire para soltarlo lentamente. Diana me mira sonriente, intenta relajarme.

—Tía, tranquila. Ya te han dicho que esto es rutinario; además, así descartamos que hay algo grave.

Asiento y aparto la mirada. De nuevo, tengo ganas de llorar, ¿y si lo es? Sin embargo, no me da tiempo a darle más vueltas.

Una enfermera se asoma y me llama.

Dejo mi bolso a Diana y me levanto, ella me sonríe de nuevo para darme ánimos. Le tiendo mi teléfono y me vuelvo hacia la enfermera.

—Vamos, corazón. —Es lo único que dice; también me dedica una sonrisa cariñosa, aunque no la veo muy bien, ya sabéis, tengo esta mierda de mancha que me impide una visión completa.

Volveré a ver bien, ¿verdad?

Los siguientes momentos transcurren como si eso fuera una película y yo una simple espectadora. Doy gracias a que Diana esté aquí conmigo, pues creo que he perdido la capacidad del habla, sobre todo cuando el enfermero que me acaba de traer a la habitación me hace una pregunta que no he oído.

—Sí, ahora se lo pone. —Oigo la respuesta de Diana, y me fijo en el enfermero, que asiente con una sonrisa antes de salir de la habitación.

—¿Qué ha dicho? —le pregunto.

—Que tienes que ponerte este batín, que vendrán a buscarte para medirte y pesarte —me explica mientras coge el pijama que dan a todos los ingresados en el hospital.

Asiento y me levanto de la silla de ruedas en la que me han traído.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta, mirándome con cara de circunstancias.

—¿En serio tengo que ponerme eso? —pregunto yo,

mirándolo a mi vez horrorizada.

Diana pone los ojos en blanco y estira ese espanto de trapo.

—Venga, vamos.

Suspiro, pero asiento, y me quito la camiseta despacio.

—Ve con cuidado, por favor. No sea que te lleves el vial —me pide Diana.

—Tía, por Dios, ni que fuera a engancharse —me quejo, pero lo cierto es que también me da cierta grima, por no señalar que me resulta difícil mover el brazo derecho con ese cachivache conectado.

Diana termina de desvestirme y me pone el dichoso pijama. Tengo que dar varias vueltas a las cintas para ajustármelo.

—¿Ves algo mejor? —me pregunta en un murmullo.

Yo niego con la cabeza y me dirijo a la cama para sentarme.

—Tu madre me ha dicho que está de camino. Y Carlos también.

Con expresión de *shock*, levanto la mirada —bueno, si se le puede llamar así— hacia Diana.

—¿¡Carlos!?

—Obviamente he contestado a sus mensajes antes de que empezara a preguntarse por qué no le respondías.

—Madre mía. —Me llevo una mano a la cabeza.

Las dos nos quedamos en silencio, hasta que al final decido romperlo.

—¿Y si es algo malo? —le pregunto con un hilo de voz que hace eco a eso que me ronda desde que la neuróloga me indicó que me ingresaban para hacerme más pruebas e ir descartando hipótesis.

—No digas eso —contesta Diana con rapidez; se me acerca para sentarse al lado de la cama.

—Pero ¿y si lo es?

Es injusto hacerle esta pregunta, pero necesito sacar lo que llevo dentro.

Diana me pasa el brazo por encima del hombro.

—No será nada. Esto quedará como una anécdota loca de las nuestras. Ya verás.

Sonrío en señal de asentimiento.

Efectivamente. No será nada.

—Recuérdalo, si necesitas cualquier cosa, aprieta la pera y te sacamos de ahí.

Asiento y me obligo a sonreír al tiempo que agarro con fuerza ese cacho de goma que supuestamente me puede salvar en caso de sufrir un ataque de ansiedad o locura.

Las enfermeras y la radióloga salen de la sala; me introducen en el túnel.

Resonancia, allá vamos.

Llevo unos tapones en los oídos; entiendo el motivo cuando empieza a sonar una serie de pitidos desagradables que, adivino, me acompañarán durante la media hora de la prueba.

Cierro los ojos.

Quizá así consiga evadirme... pero es imposible. Un nudo en el pecho me sube hasta la garganta, e intento no preguntarme qué me sucede, pero no puedo, por Dios que no puedo.

Hace dos días estaba en una discoteca, preocupada por unos problemas que ahora me parecen lejanos y ¿absurdos?

Por favor... por favor, que no sea nada. Por favor...

6 de septiembre

Por la tarde

—¿Seguro que estás cómoda? —pregunta mi madre por decimoctava vez, mientras observa cómo me recoloco sobre la cama de la habitación.

Mi hermana Leire va apretando los botones de la cama para incorporarla más, hasta que le hago un gesto para que se detenga.

—Sabéis que solo veo mal, ¿no? No estoy inválida —contesto, aunque les agradezco el gesto. Sé que están preocupados.

Valerie y papá han ido a la cafetería en busca de alguna merienda distinta a la comida del hospital, y Diana se ha marchado, puesto que la he obligado a volver a casa para que descansara.

Mi madre se sienta en el sofá de al lado, Leire la imita, y yo me meto en el chat de las chicas para informarlas de las escasas novedades.

Leo sus últimos mensajes.

Elsa
Qué tal vas?

Gala
Tus padres ahí, verdad?

Diana
Si necesitan ir a casa, vamos nosotras

Elsa
Sí. Nos organizamos y vamos, sin dudarlo

Sonrío y me dispongo a escribir lo mejor que puedo, dadas las circunstancias. Estar mucho rato ante una pantalla me agota.

Yo
Hola, chicas.
Sí, están aquí con mis hermanas.
De hecho, esta noche se queda a dormir Leire.
Mañana ya tendrán los resultados de la resonancia y me dirán qué me pasa.
Tranquilas, en caso de que os necesite, de verdad que os aviso

No leo sus respuestas porque en ese momento llegan mi padre y Valerie con varios bocadillos y botellas de agua para todos, pero mi hermana pequeña se me acerca con una expresión que denota urgencia y emoción.

—Nagore. —Cuando deja mi bocadillo en la cama, casi se me tira encima.

—¡Ay! —me quejo—. ¿Qué haces, loca? —Salvo la botella por los pelos, pues el ímpetu de mi hermana casi la tira al suelo.

Por lo menos tengo reflejos.

—¿Dónde está tu móvil? —me pregunta como si de pronto eso fuera lo más importante de su vida.

Rebusca en la mesilla mientras mis padres y Leire hablan entre ellos y atacan la comida.

—¿Para qué lo quieres?

—Yo no, tú —puntualiza Valerie—. Escribe a Carlos.

—¿Cómo? —Inevitablemente, arqueo una ceja—. ¿Por qué?

—Pero ¿dónde tienes...? —insiste con el gesto contrariado, así que finalmente saco mi teléfono de entre las sábanas; se le

ilumina el rostro—. Escribe a Carlos —me insiste.

—¿Para qué le voy a molestar...?

Leire suspira.

—Está aquí, en el hospital —revela mi otra hermana, sorprendiéndome.

—¿Cómo? Le dije que no...

—Lo sabemos, y él también. Pero, aun así, se ha acercado por si necesitamos relevo o lo que sea —me explica Leire.

—Lleva aquí desde la mañana —añade Valerie con un gesto de adoración que no indica nada bueno.

—Valerie, ¿recuerdas la parte en la que nos pidió que no dijéramos nada? —pregunta con cierto retintín mi otra hermana.

—¿Me estáis diciendo que lleva horas esperando ahí solo? —me quiero asegurar.

Cojo el móvil y entro en el chat. Releo lo mejor que puedo nuestros mensajes y ningún indicio me revela que esté aquí.

—No quería ser una molestia —explica mi hermana—. Sabe que no te sentirías cómoda si él estaba en la retaguardia...

—¡Qué romántico! —suspira Valerie.

Todos, incluidos mis padres, nos volvemos para mirarla; ella se encoge de hombros.

—Creo que podríamos dejarte un rato sola —interviene mi padre lanzando sendas miradas a mis hermanas.

—Sí —asiente mi madre—. Iremos a recoger algunas cosas de aseo para ti y para quien se quede esta noche.

Todos están conformes, se despiden sin dejarme añadir nada, pero yo todavía estoy procesando lo que me han revelado mis hermanas.

—Llámalo —dice mi madre cuando me besa en la mejilla. Es la última en irse.

Asiento y, antes de que terminen de desaparecer, llamo al teléfono de Carlos.

—De verdad, Valerie debería mirarse cómo guardar un secreto. —Es su saludo cuando acepta la llamada.

—¿En serio que llevas aquí desde la mañana? —es mi respuesta.

Oigo su suspiro.

—No te he dicho nada porque quería evitar esto. Ahora estás preocupada y enfadada.

—No estoy enfadada...

—Nagore, no me habrías dejado venir —me interrumpe.

Sujeto el móvil con fuerza.

—Claro que no, no quiero ser una molestia —le explico—. Sé que tienes mucho trabajo...

—Que se vaya a la mierda el trabajo, Nagore. Eres tú.

Ambos nos quedamos callados y me mordisqueo el labio. Su comentario provoca un electrizante tirón que me recorre el estómago.

—¿Quieres subir a la habitación y hacerme compañía? —le pregunto finalmente—. Mis padres y hermanas han ido al piso a recoger algunas de mis cosas para esta noche.

—Conoces perfectamente la respuesta a esta pregunta —contesta él, provocando otra excitante sacudida en mi estómago; y sin añadir más, me cuelga.

Miro mal al móvil, como si el gesto fuera a llegarle. Luego apoyo la cabeza en las almohadas. Creo que respecto a Carlos me siento de nuevo un poco perdida, y eso es un gran problema.

Otro que sumar. Después de lo que pasó la última noche en la discoteca... con todo lo que sucedió y lo que me hizo sentir... Ni siquiera he tenido tiempo para procesarlo.

Pero, no. Sé que la línea por la que se mueven vuestros pensamientos no se cruzará nunca.

Llaman a la puerta, y Carlos se presenta ante mí con sus casi dos metros de altura que parece que la habitación encoja.

Siempre pienso lo mismo, pero nadie más logra crear esa sensación en mí.

Sus ojos azules conectan con los míos y me dedica una sonrisa que podría descongelar los polos.

¿Alguna vez me acostumbraré a lo guapo que es?

—¿Cómo estás? —me pregunta al acercarse; e, inclinándose, me da un suave beso en la mejilla.

Su olor me rodea y me tranquiliza. Le devuelvo la sonrisa.

—Pues aquí me ves. —Levanto el brazo derecho, el que está conectado a la vía por la que el medicamento entra en mi sistema gota a gota.

—¿Todavía te duele el ojo? —me pregunta sin ocultar su preocupación.

Ahora que reparo en ello, su pelo negro está alborotado como si se hubiera pasado varias veces las manos por encima, y su ropa tiene arrugas, desde la camisa blanca que lleva sin corbata y arremangada, hasta los pantalones. Muy lejos queda su imagen impoluta de siempre.

—Ya no tanto. Pero la vista sigue mal. Hasta que no tengamos los resultados mañana...

No consigo terminar la frase. Mis ojos se llenan de lágrimas.

—Eh, vamos.

Carlos se inclina hacia mí para rodearme en un gran abrazo de oso.

—Todo irá bien, ya verás —me susurra, pero no me sirve de consuelo.

—Estoy tan asustada —confieso mientras continúo llorando. Es absurdo tratar de contener las lágrimas.

Siento que sus manos me recorren la espalda en un gesto cariñoso.

—Vamos, Nagore, todo irá bien —repite.

Me obligo a asentir, pero no me separo de él hasta que controlo el llanto. Carlos se sienta en la cama sin dejar de

mirarme.

Me llevo una mano al horroroso pijama que llevo puesto.

—Tengo una pinta terrible... —Sonrío ante el absurdo comentario, pero su penetrante mirada me ha puesto nerviosa.

—Estás preciosa. Siempre lo estás.

Algo abrumada por sus palabras, levanto la mirada hacia él y maldigo esta mancha que no me deja observarlo bien. En cierto modo está distinto, no sabría especificar por qué.

—Perdonad, tortolitos. —Me sobresalto cuando una enfermera entra en la habitación—. Vengo a ver cómo estás.

Se acerca para mirar el gotero y tomarme la tensión.

Carlos se levanta de la cama para dejar espacio.

—Voy a refrescarme un momento.

Asiento mientras miro cómo se aleja para entrar en el baño de la habitación, y segundos después oigo correr el agua del lavabo.

—Sabes que el sofá de ahí se convierte en cama, ¿verdad? —me pregunta la enfermera—. Por si tu chico quiere quedarse a pasar la noche...

—No somos pareja. Es un amigo —digo rápidamente, y noto que se me sonrojan las mejillas.

—Ay, perdona —contesta ella.

Al levantar la mirada, veo a Carlos apoyado en la pared de la habitación.

Ni siquiera le he oído salir del baño.

Sus ojos siguen fijos en mí, y sonrío; todavía siento mis mejillas sonrojadas.

—¿Qué tal el trabajo hoy? —le pregunto.

La enfermera no tarda en recoger las cosas y vuelve a dejarnos a solas.

—No he estado mucho rato. En cuanto me ha escrito Diana contándome que te ingresaban... he venido corriendo.

Carlos se acerca, pero en vez de sentarse en la cama, se

instala ahora en la butaca a mi derecha, contrapuesta a ese sofá-cama que ha mencionado la enfermera y que se encuentra a mi izquierda.

—No tenías por qué —vuelvo a decir, mientras apoyo la cabeza en las almohadas.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, solo estoy un poco agotada de no ver bien. Necesito que sea mañana y la neuróloga me diga qué me sucede.

—El TAC ha salido bien. Nada de tumores —dice, y yo asiento.

—Sí, eso es cierto.

—Así que ahora debemos entretenerte. Podemos pedir que nos traigan cena y tomar algo más apetitoso que lo del hospital.

Su sonrisa juguetona me gana, en especial cuando mueve las cejas como si fuera una propuesta de lo más indecente.

—¿Te quedas a cenar conmigo? —le pregunto ilusionada.

—Y a dormir, si quieres.

Intento reprimir el gesto de sorpresa tan bien como sé. Ahí está esa determinación en su modo de hablar que me confunde. Me confunde y me pone nerviosa de una manera muy peculiar.

Me obligo a hablar:

—No voy a hacerte eso. Mi hermana Leire vendrá...

—Nagore, deja de decir que me molestas. Si no quisiera, no estaría aquí ni me ofrecería. ¿Crees que dormiré un poquito sabiendo que estás aquí en el hospital, carcomida por el miedo? Prefiero quedarme aquí contigo.

Me noto la garganta seca.

—También podemos ver una peli o engancharnos a una serie. Hoy tienes el poder de escoger lo que quieras. Incluso una de esas romanticonas...

—Ten cuidado con lo que dices, puede que acepte tu propuesta —me río.

—Espero que las aceptes todas.

Algo en su voz hace que lo mire de nuevo, y doy gracias a todo lo que se os ocurra por no llevar enganchado ese aparato que toma el pulso, porque ahora mismo me delataría de una forma muy difícil de explicar.

¿Qué quiere decir con eso?

Sin embargo, mi móvil interrumpe el extraño momento; me entra una llamada.

—Son las chicas, una videollamada —le explico.

—Contesta —dice levantándose—. Voy al coche a buscar mi portátil, y de paso cojo algo para beber. ¿Quieres algo?

—No, gracias.

Se inclina hacia mí y me da un beso sobre la cabeza. Me quedo un poco... ¿confundida? ¿Soy yo o me está mandando mensajes contradictorios?

Acepto la llamada y la pantalla se divide en cuatro para mostrar las caras de las chicas y la mía.

—Por Dios, hija, lo que te ha costado contestar —me regaña Elsa, cómo no—. Si no supiera que estás ingresada, me preguntaría por dónde coño andas.

—Ja —me río sarcásticamente—. Estaba despidiéndome de Carlos.

Como suponía, el revuelo no tarda en llegar.

—¿Carlos está allí? —tantea Diana como quien no quiere la cosa, disimulando muy mal su entusiasta entonación.

—Sí, ya ves. Parece ser que alguien le ha llamado para contárselo —digo acusadoramente.

—Tía, ¿cómo quieres que no le dijera nada? Tú se lo habrías contado tarde o temprano. Además... —se defiende.

—¿«Además...»? —quiero saber.

—Por vuestra despedida del sábado, temía que pensara que no le contestabas porque estabas enfadada o algo así.

—Una gran intervención, Diana, di que sí. —Veo que asiente Elsa.

Suspiro.

—Creo que, hoy, ese no es el punto —interviene Gala—. ¿Cómo estás, cielo?

—Hecha una patata. Así es como me siento —explico, en cierto modo agradecida porque haya cambiado de tema.

—¿Te sigue doliendo? —pregunta Diana.

Niego con la cabeza.

—Solo sigo viendo mal, pero, según me han dicho, la vista tardará en recuperarse.

—¿Por qué todavía no te han puesto la medicación? —dice Elsa—. No entiendo por qué narices solo te han dado calmantes.

—Tienen que saber exactamente qué me sucede, para saber qué tratamiento deben darme.

La sombra de la preocupación me recorre de nuevo y aparta los momentos más ligeros que acabo de vivir.

—El TAC ha salido bien. Eso es muy buena señal —añade Gala.

Veo que las chicas asienten y yo hago una mueca que no oculta mi preocupación.

—Bueno —dice Diana en un tono más ligero—, ¿y qué tal Carlos? ¿Está por ahí?

Niego con la cabeza.

—Ha ido a por el portátil. Veremos una peli y encargaremos comida —les explico.

—Me parece un plan fabuloso —asiente Elsa; y Gala la acompaña.

—¿Se queda a dormir allí? —tantea Gala, y yo me muerdo el labio.

—Debía venir Leire, pero Carlos dice que si no se queda él, no dormirá bien.

—Claro —contestan las tres en una perfecta sincronización.

—Quizá le diga a mi hermana que se quede en casa.

Realmente, ya que él está aquí... además, en el baño hay cosas para el aseo, y...

—Y siempre puedes estar sin bragas hasta que mañana te llevemos ropa limpia —dice Elsa de pronto—. Sí, me parece un buen plan.

—Oh, Dios. —Abro los ojos como platos. No había caído en eso.

—No hagas caso a la bruta de Elsa —dice Diana—. No me importa acercarme un momento y llevarte ropa limpia. Tengo la bolsa preparada desde que tu hermana me dijo que sobre las ocho pasaría a buscarla.

—Pero...

—Tranquila. Voy ahora y así puedes estar tranquila. No vas a ir sin bragas...

En ese instante, Carlos entra en la habitación y se detiene abruptamente, sujetando contra su cuerpo el bolso bandolera en el que debe de llevar el portátil. ¿Lo ha oído?

Carraspea.

Mierda.

Sí, lo ha oído. ¿Queda fatal si me oculto debajo de las sábanas?

—¿Qué pasa? —habla Gala, seguramente por mi abrupta congelación.

—Me apuesto toda mi escasa fortuna a que Carlos ya está ahí —sonríe Elsa malvadamente.

¡Dios!

Busco la forma de silenciarlas, pero oigo una risa contenida. Concretamente una risa masculina, y me despisto.

—Hola, chicas —las saluda Carlos sin acercarse todavía.

Noto mis mejillas en peligro de implosión.

—¡Hola! —contestan las tres a coro.

Me centro en Carlos, quien por fin avanza; deja sus cosas en el mueble que se encuentra frente a mi cama.

—Bueno, chicas, mañana hablamos, ¿vale? —me despido rápidamente.

Mi cara de consternación debe de ser tal que ninguna tiene la mala leche de soltar algún comentario mordaz de los nuestros; así pues, finalizamos la llamada sin muchos percances.

—Bueno, ¿has pensado ya qué quieres ver? —pregunta Carlos mirando por encima del hombro, mientras yo dejo el móvil e intento hacer como si no pasara nada.

—La verdad es que no.

—Bueno, algo se nos ocurrirá.

Carlos se acerca de nuevo al sofá situado a mi izquierda y me observa con seriedad.

—Entonces ¿me dejas quedarme a dormir contigo? —pregunta.

—Parece que sí. Si quieres dormir en ese incómodo sofá-cama, claro. —Ambos volvemos la cabeza para observar al susodicho—. Dudo que entres entero.

—Ya contaba con eso. —Me dedica una media sonrisa—. Eso sí, necesito saber una cosa.

—Dime.

—¿Lo dicen en serio eso de que vas sin bragas? —suelta con una seriedad que nada tiene que ver con el contenido de la pregunta.

Cojo aire atropelladamente con los ojos pasmados.

—¿¡Cómo!? —pregunto; literalmente, siento que me arde la cara.

Carlos estalla en carcajadas.

—Solo por la expresión de tu cara, ha merecido la pena.

Cojo lo primero que pillo, que es una de las almohadas sobre las que estoy recostada, y se la tiro a su estúpida cara mientras sigue riéndose a mi costa.

—¡Ey! —se queja el sinvergüenza cuando la coge al vuelo—. Nada de lanzar cosas.

—Da gracias que no sean las bragas, porque ¡claro que llevo! —digo acusadoramente.

—Vaya, me estaba haciendo ilusiones.

Pongo los ojos en blanco ante su comentario, y me tiende la almohada que le he lanzado.

—Venga, vamos a ver qué llega aquí para pedir cena.

Asiento, incapaz de borrar la sonrisa.

Gracias a su compañía, casi he olvidado dónde me encuentro.

6 de septiembre

Por la noche

Salvo por la señal luminosa que indica la salida y los botones de los aparatos encendidos que me rodean, la habitación está a oscuras. No sé qué hora es, pero debe de ser tarde. Fuera no se oye ni un solo ruido.

Estoy bocarriba porque dormir en otra posición con la vía puesta no está entre mis habilidades; este es uno de los motivos por los que no consigo conciliar el sueño, salvo una cabezadita.

El otro motivo es el terror ante lo que pueda suceder mañana. En ningún momento he querido consultar en Google los posibles motivos de la inflamación, aunque ahora tengo claras tentaciones.

—Nagore. —Susurran mi nombre y vuelvo la cabeza hacia mi izquierda, donde Carlos está supuestamente dormido.

—¿Estás despierto? —pregunto también en un susurro.

—Y tú también —es su respuesta.

No lo veo bien por la escasez de luz, pero oigo que se remueve en el sofá-cama.

—¿Quieres que veamos otra película? ¿O necesitas que vaya a buscar algo?

Niego con la cabeza y me centro en mirar al techo. Iba a contestarle que estoy bien, pero no es verdad. No lo estoy.

—¿Qué pasa?

Oigo que se incorpora del todo y se acerca a mi cama.

—Estoy asustada —le confieso con un nudo en la garganta.

Espero sus palabras de consuelo, sin embargo, veo que rodea

la cama con objeto de arrellanarse en la pequeña butaca de mi derecha.

—¿Qué haces? —pregunto confundida.

—Si no puedes dormir porque no dejas de pensar en eso, haré que pienses en otras cosas —me contesta.

Ya no está susurrando, pero habla en un tono bajo; le imito.

—¿Y de qué hablamos? —quiero saber—. Ahora mismo me siento monotema. —Hago una mueca, aunque no sé si la verá en la penumbra.

Pronto encuentra un asunto del que hablar, y me sorprende.

—¿Qué pasó con el vecino? No llegamos a hablar de ese sábado.

Intento descifrar su expresión, pero me resulta complicado.

—Cierto... —consigo decir.

Estoy incorporada en la cama; no me veía capaz de permanecer más rato tumbada sin vigilar la vía, así que puedo mirarlo sin dificultades.

—¿Y bien?

—Realmente ya te lo dije. Es el futuro cuñado de Diego. No me contó mucho más.

—Ya, vi que estaba más interesado en otros asuntos.

Sé perfectamente a qué se refiere. Al beso que nos vio compartir a Joel y a mí, pero su abrupto siguiente comentario me sorprende.

—Y yo también. El tema de Diego me importa más bien poco.

—¿Poco?

—Sí, Nagore. Mi pregunta no va sobre el gilipollas de tu ex, sino sobre tu vecino... pensaba que habías dicho que no te interesaba.

Frunzo el ceño, molesta por su tono de voz.

—¿Sabes? Estás consiguiendo que deje de pensar, efectivamente, pero tu actitud me cabrea. ¿Qué mosquita

muerta te ha picado?

Carlos suspira.

—No he dicho nada malo... solo quiero saber qué pasó con el vecino. Simple curiosidad. —Veo que se remueve en la butaca —. ¿Hubo otros tres polvos insatisfactorios?

—Por favor. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Cómo puedes ser tan cotilla? ¿Acaso yo te he preguntado qué hiciste con la morena que te acompañaba a la salida?

—Oh, te lo puedo contar. —Incluso sin verlo bien, puedo intuir la sonrisa pagada de sí mismo.

—Ahórrate los detalles.

—Te puedo asegurar que ella no se referirá a lo que hemos hecho como «polvo». Y también te digo que cuando terminamos...

—Sí, sí —lo interrumpo.

Agradezco que las luces estén apagadas. Reconozco que me he puesto un poco nerviosa ante su comentario, por no decir que una sensación un poco amarga me ha bajado por la garganta al imaginarlo con ella.

¿«Amarga»? Bueno, esa no es la palabra. Vamos, yo me alegro por él y sus conquistas. Estaría mal, muy mal que no lo hiciera...

—¿Entonces? —vuelve a preguntar, y me obligo a coger aire.

—Que no. No me he vuelto a acostar con él. ¿Estás contento?

—Tan solo creo que, para la próxima vez, deberías encontrar a alguien que sepa mejor lo que hay que hacer.

Me río.

—Carlos, te aseguro que el vecino sabía muy bien lo que se traía entre manos.

—Está claro que no. Si no, no habrías dudado en repetir.

Ese comentario provoca mi silencio, pero dura poco, lo que tardo en contraatacar:

—Sabes lo que dicen, ¿no? Perro ladrador, poco mordedor.

Carlos se ríe de tal manera que temo que alguna enfermera entre a regañarnos.

—Cuando quieras, Nagore. Siempre estoy dispuesto a acallar bocas, y debo decir que, en este caso, lo disfrutaría especialmente.

Ahí está otra vez. Su comentario hace que me pregunte... «¿Lo dice en serio, o es como siempre, pero ahora bajo ese humor extraño que nos caracteriza?».

El silencio pesa entre nosotros, incluso tengo la sensación de que un hilo tenso nos conecta, y que ambos —o al menos yo— estamos meditando si debemos sacarlo a relucir o hacer como si no existiera.

Sin embargo, un bostezo hace acto de presencia y Carlos reacciona.

—Venga, vamos. Intenta dormir un poco.

Se levanta de la butaca y de nuevo rodea la cama para dirigirse a su sofá-cama, pero cuando pasa por mi izquierda le sujeto el brazo, reteniéndole.

Sus ojos azules me encuentran y no hace falta decirle qué ocurre, me entiende sin necesidad de usar las palabras.

—Ven conmigo.

Sonrío y me ayuda a mover el carrito del vial para tumbarme con él en su sofá-cama, un poco más amplio que mi cama; ahí sí que podemos tumbarnos juntos, aunque un poco recostados para estar más cómodos, sobre todo por mi vía.

—¿Crees que me regañarán por dormir aquí? —le pregunto en un susurro, como si me pudieran oír.

Una suave risa acompaña a una breve vibración del pecho, lo siento porque me apoyo en él y me envuelve por completo.

—Seguramente. Pero, bueno, puedo despertarme antes de que vengan, para hacer el cambio de camas. ¿Te parece?

—Me parece un plan fabuloso. —Sonrío agradecida y siento cómo su mano encuentra la mía, apretándola con cariño.

—Descansa, yo estoy aquí.

—No sé si conseguiré dormirme —confieso, pero en el momento en que empiezo a notar que el calor de su cuerpo, su olor y su pulso me rodean, mis ojos se cierran sin darse cuenta.

7 de septiembre

Por la mañana

—Y corrí por mi vida junto a mi primo. —Así termina la historia.

Yo estallo en carcajadas ante la anécdota que me acaba de contar.

—Sí, ríete —dice mirándome con falsa indignación, se adivina por el brillo divertido de sus ojos—. Pero no has visto a mi padre enfadado.

—Lo puedo intuir —le contesto antes de dar un sorbo de café.

Cuando termino el desayuno, aguardamos la llegada de mis padres; entonces Carlos se irá, puesto que ya ha estado muchas horas conmigo y, aunque él dice que se puede quedar más, considero que debe descansar bien.

Las enfermeras me han dicho que la neuróloga no vendrá hasta el mediodía, así que en cierto modo estoy un poco más calmada; sin embargo, creo que la presencia de cierto moreno ha influido en mi tranquilidad.

A punto de preguntarle si al final su padre les pilló con la botella «prestada» de ron, llaman a la puerta y aparece la neuróloga.

Su sonrisa correcta me pone en alerta; es una de esas veces que no sabes por qué, pero lo intuyes.

Intuyes que algo va mal y que tu vida va a cambiar.

—Buenos días, Nagore. ¿Cómo has pasado la noche?

—Bueno, algo nerviosa —le contesto, recolocándome en la

cama al tiempo que disparo una mirada a Carlos, que se me acerca.

—¿Ya tienen las pruebas de la resonancia, doctora? —pregunta Carlos, y agradezco que esté aquí para hacer las preguntas a las que yo no me atrevo.

—Por eso estoy aquí. —Los ojos de la doctora me buscan con seriedad—. Aunque el TAC ha salido bien, quise hacer la resonancia para estar segura, y con esta prueba hemos detectado que está ahí. —Guarda silencio un momento y continúa—: Nagore, una de las causas de la inflamación del nervio óptico es la esclerosis múltiple. Esta enfermedad da la cara especialmente en la franja de edad en la que te encuentras, y con la resonancia hemos podido confirmarla.

Cojo aire y siento que Carlos busca mis manos, pero yo no... yo... yo... no.

—¿Esclerosis? —pregunto con una voz entrecortada que no reconozco como mía.

La neuróloga asiente levemente y comienza a explicármelo, a explicarme cosas que yo no... no puede ser.

Yo estoy sana.

Lo estoy.

No puedo tener esclerosis.

No puedo.

No.

7 de septiembre

Por la tarde o al mediodía. No lo sé…

Estoy mirando por la ventana, bueno, más bien lo que consigo ver desde la cama del hospital y lo que el ojo me permite, claro.

Ya me han puesto la medicación —corticoides en vena—, y ahora habrá que esperar para ver si me quedan secuelas o no. La neuróloga no se quiere mojar, pero dice que es importante ser positiva. En cada brote que me dé la enfermedad, siempre debo tener una actitud positiva.

En cada uno. Porque tendré más.

¿Cuándo? No se puede saber ni prevenir. Cuando aparezcan, habrá que actuar en consecuencia.

Esta enfermedad afecta a la mielina, de modo que los nervios hacen cortocircuitos. Es degenerativa de por vida. Para siempre.

Y así es la vida. En un momento estás sana, preocupándote de sandeces, y tras un instante, todo cambia. Todo.

—Cariño. —Miro a mi madre; acaba de entrar de nuevo a la habitación interrumpiendo mi carcoma mental y me dedica una dulce sonrisa.

Ahora solo están mis padres, pero les he pedido que salieran a comer algo, pues desde que conocemos la fatídica noticia no se han separado de mí y les noto agotados.

—Alguien ha venido a verte —continúa mi madre, gesticulando con el brazo a quien la sigue.

En cuanto descubro a Elsa, Gala y Diana detrás de ella, mis

ojos vuelven a llenarse de lágrimas.

—Os dejo un rato a solas —oigo decir a mi madre, mientras las chicas entran.

—Hola, cielo —me saluda Diana inclinándose para darme un beso.

La siguen Gala y Elsa, quien sonríe al ofrecerme lo que parece... ¿una caja?

La miro confundida.

—No me mires así, me lo agradecerás —explica—. Estas dos de aquí... —señala a Gala y Diana, que ponen los ojos en blanco— querían traerte una planta. ¡Una planta!

—Eran bien bonitas, para alegrar la habitación —se defiende Diana.

—Qué alegrar ni qué mierdas —refunfuña Elsa a la par que abre la caja y deja ver el botín de chocolatinas—. Esto es mucho mejor, ¿verdad?

Me sonríe y yo me río; sin embargo, al oírme, me doy cuenta de que hace mucho que no me reía y me acuerdo del motivo, así que comienzo a llorar de nuevo sin control.

Así llevo todo el día: al recibir la noticia, con Carlos, y cuando han llegado mis padres, y con ellos mis hermanas...

Lo bueno de llorar con las chicas es que no intentan que deje de hacerlo, sino que me rodean y me acompañan arropándome con cariño, algo que ahora mismo necesito.

Han pasado varias horas. Mis padres se han ido, luego vendrán mis hermanas para tomar el relevo. Ya he dicho a todo el mundo que puedo estar sola, pero nadie me hace caso; en el fondo se lo agradezco. Me pasaré cinco días aquí ingresada, y si ellos están, por lo menos me siento acompañada.

Suspiro cuando me recoloco en la cama.

Diana y Gala han ido a la cafetería en busca de algo para picar, y Elsa se ha quedado conmigo. Nos rodea el silencio, yo me centro de nuevo en la ventana y ella busca algo para mirar en el portátil que se ha traído.

—¿Sabes? —rompo el silencio.

Los oscuros ojos de Elsa me encuentran. Unos ojos que me conocen y que yo conozco desde hace muchos años, por lo que adivino la preocupación en su mirada. Esa que todas tratan de ocultar inútilmente. Son demasiados años de amistad...

—Dime.

—He estado pensando en tus días de colores —le digo, reposando la vista en la triste ventana.

Solo veo unos pocos árboles y otra parte del hospital gris y gigantesco.

—Me debatía sobre qué color tendría este día —continúo.

—Me parece un pensamiento interesante —contesta Elsa mientras deja su portátil a un lado.

—Sí... —Intento hacer una mueca de sonrisa, pero queda solo como intento.

—¿Y en qué color has pensado? —quiere saber.

Me encojo un poco de hombros.

—Realmente no lo sé. Tú eres la experta en esto... quizá sea negro —me decanto sobre la marcha.

—¿Negro?

—Sí. —Apoyo la cabeza en las almohadas con un gesto de cansancio.

—Podría ser un buen color. Es la suma de todos los demás —habla Elsa, y su razonamiento me sorprende.

—Es como un buen final —sentencio, y noto que Elsa se tensa.

—Esto no es ningún final —me dice.

—¿Tú crees? —De nuevo hablo con la voz rota—. Creo que la palabra «degenerativa» acepta pocas interpretaciones.

—No puedes hablar así, Nagore. —Elsa me mira con seriedad —. Hay muchas personas con esta enfermedad que no mueren a causa de ella. Que tienen una vida normal, plena y satisfactoria.

—Pero también hay otros que no, Elsa —le señalo—. ¿Sabes lo primero que ha aparecido cuando he buscado la enfermedad en Google?

—No deberías...

—Te lo digo —la interrumpo—. Cuál es la esperanza de vida de alguien con esclerosis...

Volvemos a quedarnos en silencio mientras las lágrimas resbalan por mis mejillas dejando un rastro que no quiero sentir.

—También podría ser gris. Odio el gris —vuelvo a hablar.

—Este no será tu día gris.

Mis ojos la buscan, y en los suyos también percibo lágrimas.

—Me niego a que lo sea —continúa hablando.

—A veces da igual lo que queramos —contesto.

—Nunca. Siempre importa.

Cierro los ojos. Ojalá me despertara de esta pesadilla.

—¿Sabes? —hablo de nuevo—. No dejo de hacerme la misma pregunta: «¿Por qué a mí?». Sé que no se puede responder, pero es que no logro entender el motivo. No es justo. Quiero que de pronto alguien entre por esa puerta para decirme que no, que se han equivocado. Que estoy bien, que no tendré que preocuparme si mis piernas dejan de responder, o mis ojos... o lo que sea que quiera dejar de funcionar...

Cierro los ojos y noto las lágrimas de nuevo.

—Todo lo que me ha ido pasando ha sido una mierda... —susurro—, pero esto, esto... ¡Joder! Mi vida ya no será igual, Elsa. Nunca más. La del resto sí, seguirá igual menos para mí, o por lo menos hasta que deje de existir. Esperemos que no sea un lastre para todos.

—Para —dice Elsa, pero yo la ignoro.

—¿Y si no puedo ni respirar por mí misma?

En ese instante llegan Diana y Gala, que se detienen al oír mi pregunta.

—¿Qué dices? —Diana me observa como si estuviera loca, mientras que Gala y Elsa intercambian una mirada.

—Estoy hablando del momento en el que mi cuerpo deje de funcionar por sí mismo.

—Eso no tiene por qué pasarte, Nagore —dice Diana, acercándose a mi cama—. Hay mucha gente con esta enfermedad que lleva una vida normal y que no muere por la esclerosis. Llegan a ser ancianos sin...

—¡Ninguno de vosotros me deja decirlo! —estallo—. No puedo hablarlo con mis padres ni con mis hermanas... y ¿tampoco con vosotras? —pregunto con una rabia que no merecen, pero tengo ganas de gritar al mundo entero.

Gala se adelanta, se me acerca y asiente levemente.

—Dínoslo —me invita con una triste sonrisa.

Cojo aire y espero durante unos segundos. Espero porque en el fondo me da miedo decirlo, pero me aterroriza mucho más callármelo, así que hablo:

—No quiero ser un vegetal atado a una máquina. Por favor, prometedme que, si llegara el momento, no me dejaréis así.

Los marrones ojos de Gala no titubean. Siguen observándome hasta que decide responder a mi ruego.

—Yo no te lo puedo prometer por las demás —dice tras unos duros segundos—, pero te prometo que no te dejaré así.

Asiento con un pestañeo y las lágrimas me nublan aún más la vista.

—No te dejaremos, ninguna —añade Elsa.

—Ninguna —promete Diana.

Las tres se acercan a mi cama y yo cierro los ojos.

Creo que, por fin, podré dormir. No necesitaba palabras de

aliento, de que todo irá bien cuando soy testigo de todo lo contrario. Solo necesitaba escuchar que, si esto terminara en lo peor, ellas estarían ahí para remediarlo.

14 de septiembre

En algún momento de la mañana

Abro la puerta y me detengo en el umbral sin cruzarlo, tan solo evalúo la escena ante mí, pues en cierta forma es irónico. Amargamente irónico.

Todo está igual. Como si nada hubiera cambiado. Mi habitación sigue tal cual la dejé: los farolillos sobre el cabecero, las láminas de ilustraciones con esas frases que ahora parece que se rían de mí...

Doy unos pasos, solo unos pocos, los suficientes para ver sobre el escritorio el bolso de mano que llevaba ese sábado de fiesta, la agenda con mis anotaciones... también está mi perfume.

Me quito los zapatos, camino hacia la cama y me dejo caer encima para mirar de nuevo a mi alrededor.

La sensación que me recorre es rara. La última vez que estuve en esta habitación era una persona completamente diferente. Ahora, todo ha cambiado...

Llaman a la puerta.

Diana se asoma con una animada sonrisa.

—¿Te apetece atacar ese *brownie* que nos ha preparado tu madre mientras miramos alguna serie nueva?

—No, me apetece echarme un rato en la cama. Estoy un poco cansada —contesto con una sonrisa.

No quiero preocuparla, y ahora mismo me faltan las fuerzas para simular que no ocurre nada.

—Vale. Avísame si quieres algo. Estoy en el salón —me pide,

al tiempo que intenta evaluarme, pero yo me levanto para desnudarme y me deja a solas.

Ya con el pijama puesto, vuelvo a la cama y en la pequeña radio *vintage* pongo una lista aleatoria de Spotify.

Los acordes de *Moment*, de Yael Naim, hacen acto de presencia y me acunan hasta que se me empiezan a cerrar los ojos: es la única manera de no pensar. De no pensar en ello...

Octubre

Noviembre

Diciembre

1 de enero

De madrugada

Año nuevo. Una noche llena de propósitos, emoción, buenos deseos...

Estoy en un rincón intentando recordar cómo me sentía antes. Antes de todo esto.

Es imposible.

Me siento rota. Rota y decepcionada con cuanto me rodea. Me doy cuenta de que ya nada tiene sentido.

Que nada...

Qué más da. Efectivamente, qué más da.

13 de enero

Por la tarde

Cierro la puerta de casa y me sacudo de las botas la nieve pegada a las suelas, intentando no manchar el suelo.

—Hola —saludo mientras me quito la bufanda y el gorro de lana con doble pompón, antes de atacar el plumas que llevo.

—¡Hola! —oigo que dice Diana desde su habitación—. Estoy aquí. ¿Qué tal en el trabajo?

Me dirijo a su cuarto, y cuando asomo la cabeza, la descubro pintándose las uñas de los pies de modo chapucero.

—Anda, déjame a mí —suspiro, y me encamino hacia mi habitación en busca del separador de dedos para la pedicura.

Por supuesto, tiene un ideal tono morado con purpurina; cuando lo ve Diana arquea una ceja.

—¿Es de silicona?

—Cariño, una tiene que saber en qué invertir el dinero. Esto... —zarandeo el separador para dar más énfasis a mis palabras—. Es esencial si quieres tener una pedicura perfecta. Venga, póntelo y arreglamos este desastre.

Me siento en la cama y espero pacientemente mientras Diana se pasa un algodón con acetona.

—No me has contestado —dice de pronto.

—¿A qué? —pregunto extrañada.

—A «¿qué tal en el trabajo?».

Tuerzo el gesto y remuevo el esmalte rojo.

—Pssst, como siempre. Ya sabes. Poca novedad —le respondo mientras doy la primera capa a cada uña con una

técnica envidiable.

—Ya —contesta ella—. ¿Sabes? Quizá ya va siendo hora.

—¿De qué? —Busco con la mirada sus ojos avellana, que me estudian a través de las tupidas pestañas.

—De dejarlo, de buscar otra cosa.

—No digas tonterías. ¿Y adónde iría?

Diana retira el pie y yo me quejo mirándola mal.

—¿Cómo que a dónde irías? Este no es tu sueño. Por si no lo recuerdas, la inmobiliaria iba a ser un lugar de paso...

—Las cosas cambian, o, mejor dicho, no salen como una pensaba. —Le dedico una sonrisa.

Y es verdad, la triste verdad.

—Sé que no piensas eso realmente; pero, Nagore, como sigas agarrándote a esa mentira, acabarás creyéndotela.

—No estoy viviendo ninguna mentira. —Me pongo de nuevo con sus uñas.

—«Mentira», «burbuja», como quieras llamarla —me acusa, al tiempo que vuelve a retirar el pie.

—Deja de hacer eso o al final quedarán de pena.

—Pero ¿tú me escuchas? —Está enfadada, y no tengo cuerpo para discutir.

—Diana, de verdad. Sé que os preocupáis por mí. Pero estoy bien. No me he encerrado en ninguna burbuja, ni...

—Nagore, ¿cuánto hace que no sales de casa?

—Eh, ¿esta mañana para ir a trabajar? —La miro sorprendida.

—No me refiero a eso —contesta ella con los brazos cruzados y lanzándome esa mirada de conocedora de la verdad—. ¿Cuánto hace que no vas a cenar con nosotras, a tomar algo, al cine...? No sé, ¿cuándo viste a Carlos por última vez? ¿O a tu abuela?, que tu madre siempre te pide que la visites.

Me levanto de la cama y niego con la cabeza.

—Estoy algo cansada. Me voy a la ducha.

Y salgo de su habitación.
Sin mirar atrás.
Sin responder.
Sin decir nada más.

3 de febrero

Al mediodía

Me detengo delante de ese entrañable vallado de piedra con la verja metálica en blanco, expulso aire y se dibuja una nube de vaho ante mí; hace frío y me froto las manos cubiertas por los guantes. Mientras tanto, mi debate interno me carcome.

La casa de mi abuela sigue como siempre, y eso hace que en mi interior se remuevan cosas que no soy capaz de manejar. No podré. Lo sé.

Busco el teléfono y comienzo a alejarme. Sé que tengo un nudo en la garganta, pero espero que no se me note.

—¿Nagore? —responde mi abuela al tercer tono.

—Hola, abuela...

—¿Ha pasado algo? —me interrumpe.

Me detengo en mitad de la calle antes de soltar la mentira:

—Pues sí. Se me ha complicado la visita con esos clientes a quienes debía enseñarles unos pisos... En definitiva, no llego a tiempo para comer. Lo siento mucho.

—Oh, qué pena.

Me mordisqueo el labio al oír que acepta la mentira sin dudar de mí ni un segundo; me siento fatal, pero ahora mismo no puedo enfrentarme a ella.

No me siento capaz de verla y rememorar todo lo sucedido. Hablar de la enfermedad, de mí... no puedo. Ni quiero.

Lentamente me alejo por la calle; espero no resfriarme, ahora que tengo las defensas bajas debido a la medicación.

8 de febrero

Por la noche

—Nagore, acaban de llamar al timbre, ¿puedes abrir? Será el repartidor, que trae la cena. —Oigo que Diana se asoma desde el baño, y suspiro al dejar la novela que estoy leyendo para levantarme de la cama.

Cruzo el salón y la cocina, y aprieto el botón sin responder al telefonillo. Cuando llaman a la puerta de arriba, abro sin espiar por la mirilla, así que al aparecer Elsa y Gala ante mí con varias cajas de pizzas, abro los ojos como platos.

—¿Qué hacéis aquí? —es mi saludo.

—Hemos pensado en cenar todas juntas. —Gala sacude las cajas con una gran sonrisa.

—Pero es martes —digo sin entender el punto.

—Por Dios, no me digáis que ha llegado ese momento en el que solo salimos los fines de semana, porque me planto aquí mismo —dramatiza Elsa.

Poniendo los ojos en blanco, me echo a un lado para que pasen, y Diana sale a su encuentro con una sonrisita.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —me pregunta.

Yo asiento, aunque solo tengo ganas de coger mi porción e irme a la cama, sobre todo cuando, al volverme para llevar los vasos a la mesa, veo su intercambio de miradas.

—¿Qué? —quiero saber.

—¿«Qué» de qué? —me pregunta Elsa mientras se sienta a juguetear con su largo pelo.

—Por favor... —Pongo los brazos en jarras—. Ya sé qué es

esto. Una especie de... ¿Cómo lo llamáis?

—¿Cena? —tantea Diana, antes de coger su primera porción de pizza para acompañar a Gala, que ya está mordisqueando la suya.

—No. —Golpeo el pie contra el suelo de manera impaciente —. ¿Cómo narices lo llamáis...?

—¿Intervención? —me ayuda Elsa, mirando las pizzas para, al fin, decantarse por un trozo de la de barbacoa.

—¡Eso! —estallo con alegría.

—No, cielo. Esto es una cena. —Diana hace una pausa, como para que capte mejor el mensaje—. Con tus amigas —recalca —. Nada de intervenciones, así que sentimos decepcionarte — dice, al tiempo que señala la silla libre—. Venga, siéntate ya y vamos a cenar tranquilamente, que mañana hay que madrugar.

—Y más si vamos a entrenar... —Pestañea encantadoramente Elsa, dirigiendo la mirada hacia mí.

—No creo que me anime —contesto, y cojo una porción de pizza de cuatro quesos.

—¡Venga, mujer! —se queja la morena, dedicándome un mohín—. Entrenar sin ti no es lo mismo. Ambas somos un desastre. Diana es incapaz de seguir el ritmo de las clases, y nadie lleva un reloj tan molón como el tuyo para saber cuántas calorías hemos quemado.

—Mi reloj hacía más cosas, además de indicar las calorías que quemábamos —señalo, mientras lucho encarnizadamente con el queso, que tras un mordisco se ha extendido de la manera más vil.

Gala me salva cortándolo con el cuchillo; se lo agradezco con la mirada.

—¿Lo ves? Ni siquiera sabemos usar correctamente ese tipo de aparatos —continúa Elsa.

Suspiro.

—No sé, chicas, todavía no me veo con fuerzas...

Ellas asienten, y a mí me vuelven las ganas de encerrarme en mi habitación.

—¿Qué tal en el trabajo? —le pregunta Gala a Diana—. ¿Salió adelante la campaña de esa marca de calcetines?

—Sí, pero por poco. Íbamos pillados de tiempo —explica Diana. Yo asiento, pues la he visto trabajar en casa: colgada en interminables llamadas, con reuniones de equipo, y han descartado numerosas opciones—. Pero ha salido adelante y los clientes están muy satisfechos; eso sí, no os podéis imaginar lo pedorros que son.

Elsa y Gala se ríen, y yo sigo con la pizza.

—El cliente, que siempre tiene la razón, ¿eh? —bromea Elsa.

Ahora suspiramos todas a la vez, puesto que ninguna de nosotras se ha librado de trabajar con algún cliente de ese tipo.

—Bueno, ¿y vosotras? —tantea Gala.

—Yo, sabéis que el blog funciona de maravilla, y el trabajo con las distintas revistas también. Además, ahora ya puedo seleccionar qué artículos cubrir y cuáles no.

—Eso es una pasada —asiente Gala mientras sirve agua para todas.

—¿Y tú, Nagore?

Siento la mirada de las tres sobre mí, así que me encojo de hombros.

—Como sabéis, ya he cumplido el objetivo de ventas que tenía para este año, así que puedo estar más tranquila.

—Pero, tía, ¿y lo del hotelito? —Gala me mira ceñuda.

—Eso ya no puede ser. —Cojo otra porción, aunque es por gula que por otra cosa. Estoy llena.

—¿La casa tan ideal...? —comienza Elsa, pero yo la interrumpo.

—Está vendida. No sé si os acordáis, pero al final no podía optar a comprarla; y como me pasó lo que me pasó... —Les dedico una sonrisa cínica—. Seguramente alguno de mis

compañeros tomó el relevo de la venta.

—¿«Seguramente»? —repite Gala, interesada—. ¿No lo has comprobado?

Niego con la cabeza.

—O sea que ¿quizá esa casa todavía sigue a la venta? —se quiere asegurar Elsa, pero yo niego con la cabeza.

—Está vendida. Recordadlo, la señora se la quería quitar de encima. Y, no —añado antes de que me insistan—, no voy a preguntar por ella. En fin... —Arrastro la silla hacia atrás para alejarme de la mesa—. Yo, chicas, me voy a dormir ya.

—¿Cómo? —pregunta Gala.

—Estoy cansada, mañana madrugo... En fin...

Las tres intentan disimular su estado de *shock* tras saber que me voy ya a dormir, y se lo agradezco. No tengo ganas de explicar qué me pasa realmente.

—Vosotras quedaos, de verdad —les pido—. Yo recojo lo mío y ya está.

Y eso es lo que hago: con el plato y el vaso en las manos, paso por la isla de la cocina hacia el fregadero para dejarlo todo dentro, entonces descubro algo sospechoso al borde de la pila.

Entrecierro los ojos en un intento de ver qué es, pero al final tengo que encender la luz de la zona de la cocina.

El corazón no se me sale de la garganta de milagro.

—¡Oh, Dios! —chillo.

Las chicas, todavía sentadas en la zona del comedor, se giran asustadas por mi gritito.

Salgo de la cocina dando brincos, eso sí, sin despegar la vista de esa endemoniada cosa.

—¡Oh, Dios!, ¡oh, Dios! —repito mientras un escalofrío desagradable me recorre entera.

—¿Qué? —pregunta, histérica, Diana, y estudiándome al llegar a mí, igual que Elsa y Gala.

—¿Llamo a Urgencias? —pregunta Elsa con el móvil en mano.

—No soy yo. —Niego con la cabeza y señalo el fregadero con un dedo.

Automáticamente, todas retroceden un paso.

—¿¡Qué coño hay!? —exclama Elsa, tensa.

—Ay, Dios, es horrible —logro decir.

Me llevo una mano a la cabeza mientras intento controlar otro escalofrío.

—Tía, habla ya y dinos qué hay, que no veo nada —dice Diana histérica; mientras me sujeta, se aleja aún más.

—Es un huevo de insecto, pero al más puro estilo del tiranosaurio.

—¿Qué? —Diana se lleva una mano a la boca para tapar su grito, y Elsa y Gala miran con espanto hacia el fregadero.

—Sí —les prometo—, es marrón, con vetas, y está cubierto por una gelatina.

—¡Oh! ¡Lo veo! —asiente Gala con cara de asco.

—¿Qué puto insecto pone un solo huevo? —pregunta Elsa; eso sí, manteniendo las distancias.

—Mira, de verdad —empiezo, y vuelvo la cabeza para dejar de mirar al espécimen—. Se me traba la vida. ¿Ahora una plaga en casa? ¡Joder! ¿De qué maldito bicho será?

—¿Seguro que no hay más? —tantea Gala, acercándose para examinarlo.

—¡No me lo creo! —maldice Diana, y se pone a teclear en el móvil.

No es necesario mencionar que está buscando qué bicho es.

—¿Y ahora qué hacemos? —sigo yo, mientras Elsa se atreve a darle al huevo con un tenedor.

—Tía, no puedo —dice Diana, reprimiendo un escalofrío a la par que me tiende el móvil—. Me da mucho asco, también en la pantalla. Míralo tú, que has visto el huevo. Incluso aparecen

arañas como posibles ponedoras...

Diana hace otro espasmo de repelús y la entiendo. Pero tiene razón, soy yo quien mejor ha visto la hueva. Debería ser capaz de identificar cuál es.

Acepto el móvil con la mayor de las resignaciones; mejor esto que convivir con ese ser inmundo.

—Pero ¿qué? —oímos decir a Elsa.

Diana y yo nos volvemos. Yo, con el corazón en un puño, lo juro.

Si hay que irse de esta casa, nos iremos, por muy ideal que sea. No nos quedaremos con vete a saber qué como tercer compañero de piso.

—¿Alguna de vosotras toma chía? —pregunta Elsa, con la ceja arqueada.

—¿«Chía»? —repito yo sin entenderla.

Miro a Diana, que es quien lo desayuna.

—Sí, yo —contesta.

Elsa empieza a reírse, y todas la miramos como si estuviera loca.

—¿Qué pasa? —pregunto alarmada.

—Señoras, esto no es ninguna hueva. ¡Es una semilla mojada de chía! —Elsa vuelve a carcajearse y yo me quedo helada.

Diana se acerca al fregadero ya más confiada, y cuando llega a la supuesta hueva, asiente.

—Oh —consigo decir, llevándome la mano al pecho—. ¿Estáis seguras?

Las tres asienten intentando controlar la risa. Yo las miro.

—O sea, ¿que estaba dispuesta a evacuar la casa por una semilla de chía hinchada en el agua?

Me muerdo el labio pero al final, entre la situación, los gestos de las chicas y, sí, la semilla ahí, todavía en el fregadero, estallo en carcajadas con ellas como hacía tiempo que no sucedía.

14 de febrero

Por la tarde

Tengo tanta hambre que sería capaz de arrasar con toda la comida de la nevera, pero... ahora que lo pienso, no sé qué tenemos...

Entro en casa, me quito toda la parafernalia de abrigo y voy dispuesta a prepararme un jugoso sándwich de aguacate, tomate y pavo... ayyy, incluso estoy salivando.

Sin embargo, me decepciono al ver que no tenemos ni pavo ni aguacate, y, qué queréis que os diga, un sándwich que solo lleve tomate no es de lo más apetecible... Bueno, tenemos cereales y leche. Algo es algo.

Cuando cojo uno de los cuencos de colores al más puro estilo *boho-chic* que compramos Diana y yo en un mercadillo, ni siquiera recuerdo ya dónde, oigo el primer jadeo.

Me quedo congelada.

—¿Hola? —pregunto, así al aire, pero la única respuesta es otro gemido... y sé con seguridad de quién proviene.

Abro los ojos como platos. ¡Virgen santísima! No, ahora mismo no es la mejor de las expresiones.

Busco con rapidez los cascos en el bolso y me los pongo a la velocidad del rayo; conecto el Spotify con un manejo envidiable. Oír cómo folla una de mis mejores amigas no figura entre mis ideas de cómo pasar una buena tarde.

Cuando empieza a acompañarme *New Soul*, de Yael Naim, me siento más relajada y ataco los cereales. Estoy demasiado hambrienta como para renunciar a ellos.

Sentada de nuevo en la isla, con la música que me impide oír nada más, echo un vistazo al Pinterest; entonces el nombre de Elsa toma protagonismo en la pantalla. Me está llamando.

—Hola —respondo con la boca llena.

—Hola —me saluda ella—. ¿Qué comes?

—Cereales —le digo, todavía sin vocalizar bien.

—Buena elección.

Sonrío.

—¿Qué haces? —pregunto levantándome de la isla dispuesta a dirigirme a mi habitación cuando de pronto aparece en el umbral un *muy* desnudo Aitor—. ¡Oh, Dios! —Cierro los ojos y le oigo maldecir.

—¿Qué pasa? —quiere saber Elsa, quien, por supuesto, ha oído todo el revuelo; pero no le hago ni caso.

Acabo de ver al novio de una de mis mejores amigas completamente desnudo, y aunque ambos hemos actuado rápido, he podido captar más información de la que me interesa. Pero, oye, tengo que felicitar a Diana, aunque puede que se autoinmole si descubre que: uno, la he oído en un maratón de meneos con Aitor; dos, a él le he visto todo el cimbrel.

Entreabro un poco los ojos y veo que Aitor se ha tapado con un trapo de la cocina.

—Perdón —digo por fin.

—Creo que quien se tendría que disculpar aquí soy yo —se ríe el sinvergüenza—. Pero pensaba que estabas trabajando.

—Y, efectivamente, «estaba». Pero las jornadas suelen terminar —respondo—. Bueno, lo que sea. Yo iba a mi cuarto.

—Pero ¿qué pasa? ¿Hola? —Por la línea oigo a Elsa.

Señalo hacia la habitación con la cabeza y Aitor asiente, todavía en esa ridícula posición y con el taparrabos improvisado. Me quedo sin adjetivos para describir la escena con él sujetando el trapo con dibujos de monísimas teteras.

—Por cierto —sonrío de manera encantadora—, luego, eso... —señalo el trapo— lo echas a lavar, por favor.

—Por supuesto —asiente, todavía con esa sonrisilla divertida —. Nagore.

—¿Sí? —Me vuelvo de nuevo procurando hacer contacto directo solo con sus ojos, igualitos a los de Elsa.

—Tú, aquí, no has estado, y yo tampoco —acuerda.

—Exactamente. —Le devuelvo la sonrisa y me encierro en mi habitación, aunque sé que nunca más podré mirar con los mismos ojos ese trapo en particular.

Con lo que me gustaba.

—¿Me puedes hacer caso ya? ¿Hola? —dice Elsa de manera impaciente.

—Ya estoy, sí —contesto al cerrar la puerta detrás de mí.

—¿Qué acaba de pasar?

—Nada en especial. He visto a tu hermano en bolas.

—¿¡Qué!?

Entrecierro los ojos por el grito.

—Intenta no dejarme sorda, ¿quieres? —me quejo, y me tumbo en la cama.

—Ay, lo siento, chica, pero es impactante. Ya verás Diana. Le dará un jari en cuanto se entere de que les has pillado en pleno folleteo. —Se ríe con maldad. Pongo los ojos en blanco mientras busco algo más cómodo para andar por casa.

—Me imagino que mucha gracia no le hará, no. —Contengo una sonrisa y me decanto por un sencillo pantalón de chándal.

—Sí. No hay mucho que apostar. Pero bueno, yo te llamaba por otra cosa.

—¿Más impactante? —le pregunto mientras me desnudo haciendo malabares para no caerme de boca.

—No sé si más impactante, pero más misterioso, sí.

Arqueo una ceja.

—Tienes toda mi atención —le digo, tras ponerme una

sudadera.

—Gala, tía. Es sobre ella. Creo que está rara.

—¿Rara? ¿En qué sentido? —quiero saber.

—¿Cómo que «en qué sentido»?

—Cariño, aquí todas somos un tanto especiales —le suelto.

—Lo que sea. Me da a mí que oculta algo.

Suspiro con los ojos en blanco y me dejo caer sobre la cama para colocarme unos calcetines más gordos.

—¿Sabes? Ahora mismo suenas un poco como tu hermana Nina —me río.

—No lo voy a negar, pero escucha: yo estaba hoy en Madrid; le he escrito para acercarme a su trabajo y hemos comido juntas. La cosa es que ha actuado como dispersa, y eso, en Gala...

—Es raro —termino su frase.

—Eso es.

—Bien. ¿Qué se ha pedido para comer? —pregunto, completamente concentrada.

—¿Cómo?

Suspiro.

De verdad, es cansino ver más allá que el resto.

—Tú dime qué ha pedido.

—Nagore, tía, ¿tú crees que recuerdo qué coño se ha pedido? Casi ni recuerdo lo que he comido yo, ¿cómo voy a acordarme de lo suyo? Además, ¿qué importancia tiene?

—Oh, cariño... —Hago un gesto condescendiente con la mano—. Lo que pide una persona para comer tiene mucha importancia, sobre todo en momentos claves como el de ahora, que la notas rara.

—Ya, claro. Pues no me acuerdo.

—Poco puedo hacer entonces —le dejo claro—. Si no toma queso, por ejemplo, quizá es que está embarazada, o...

—Por favor —me interrumpe—. Gala no está embarazada.

Ninguna se quedará embarazada, antes se congela el infierno.

—Ten cuidado con lo que dices...

—Bueno, puedo asegurarte que ni Gala ni yo os vendríamos con este tipo de noticia, y mucho menos en secreto.

—Lo que tú digas. —Me encojo de hombros justo en el momento en el que capto algo con el rabillo del ojo.

Contengo el aliento y casi me caigo de la cama al ver la mancha oscura, pero cuando examino con detenimiento el borrón en el colchón, descubro que en realidad es una pelusa, no una araña.

Madre mía. Entre las pelusas y las semillas de chía, esta casa acabará conmigo, si no lo hace antes la esclerosis.

Un momento, ¿acabo de hacer un chiste sobre mi enfermedad?

—Hay una cosa que me ronda la cabeza... —Elsa me trae de vuelta a la conversación—. ¿Tú recuerdas la carta que le dio la médium?

—¿La carta? ¿Qué carta?

¿De qué demonios estamos hablando?

—A Gala, tía. Cuando salimos de casa de la médium, el tío le dio una carta...

Sonrío emocionada.

—¡Sí! ¿La que luego perdió? —recuerdo.

—¡Exacto! Me juego lo que quieras a que la tiene por ahí. ¡Tengo que encontrar esa carta!

—Una misión de vida interesante —comento mientras me acomodo en la cama.

—¿Qué crees que le puede pasar?

Me encojo de hombros, aunque sé que no me ve.

—No lo sé, pero quizá sea bueno preguntárselo directamente.

—Es insultante, ¿crees que no lo he hecho?

—¿Y qué te ha dicho?

—Se ha reído y ha dicho que no le pasa nada. Que tiene

mucho trabajo, nada más.

—Vaya —asiento al asimilar que, efectivamente, nuestra amiga miente—. ¿Será algo relacionado con Juan?

—No lo creo. Después de la comida, la llamó y no noté nada raro en la manera como le brillaban los ojos.

Me río.

—Pues no será nada grave. Gala no nos mentiría ni ocultaría algo tan directamente. Quizá sea algún caso que le preocupa, estrés o cualquier tontería. Tú tranquila.

—Viéndolo así... Por cierto, ¿qué vas a hacer en tu San Valentín?

—Morirme del asco. Estoy meditando si mirar las pelis de *Crepúsculo* —le confieso sin reparo alguno.

—Oh, oh. Creo que debería ir a rescatarte. ¿Te apetece hacer algo?

—No, la verdad es que prefiero estar en casa tranquila.

—Bueno, me ofrezco voluntaria para ir, aunque no te prometo que ceda a ver esas películas.

Sonrío.

—No, tú pásalo con Cole. Ten una noche de sexo desenfrenada, de esas que yo ya no tengo.

La oigo suspirar.

—Tienes que dejar de hacerte esto —dice por fin, y yo me tenso—. Cariño, entiendo que nadie puede saber lo que sientes, pero te estás frenando a ti misma, imponiéndote un estilo de vida que no es...

—No estoy haciendo nada. Solo he asimilado lo que tengo, lo que ya forma parte de mí. Sois los demás, los que no lo aceptáis. No me dejáis...

Cojo aire y me detengo.

—Mira. Voy a darme una ducha. Luego hablamos.

Y sin esperar su respuesta, cuelgo.

14 de febrero

Por la noche

Estoy en mi habitación con un cuenco de palomitas recién hechas y viendo *Eclipse*, la tercera película de la saga de vampiros *Crepúsculo*.

¿Qué queréis que os diga? Todo ha empezado con un «solamente veré la primera», y creo que voy a llegar hasta la última. Estoy enganchada, no, lo siguiente, en especial a ese lobo al que no recordaba yo tan tierno. ¿Cómo puede estar Bella tan ciega? Amiga, date cuenta: Jacob tiene cosas mucho más interesantes que ofrecerte, *pooor favor*. Si el otro parece un alambre sin alma. Claro, seguramente es lo que le sucede; eso de no poder tocarla ni echar un polvete... me da escalofríos. Y, obviamente, no de los buenos.

Contengo otro suspiro exagerado cuando Jacob aparece de nuevo en pantalla con la moto y su chulería de buen tipo —sí, hay distintas chulerías—. En ese momento me llega una notificación al móvil.

Es un mensaje de Carlos.

Carlos
Buenas noches,
Qué tal estás pasando esta romántica noche?

Sonrío y hago una foto de mi portátil apoyado en la cama para enviársela. Una en la que se ve en primer plano la cara de Bella y detrás de ella, a Edward.

Yo
Foto.
Pasándola entre vampiros y hombres lobo.
Y tú?

Carlos
Puedo decir que tu noche resulta más emocionante que la mía

Yo
Mucho trabajo?

Carlos
Muchas relaciones públicas.
Esto de ser jefe no mola tanto

Me pasa una foto y veo que está en una fiesta en algún lujoso lugar que desconozco.

Yo
Eso de ser jefe en una empresa multinacional...

Se lo recalco.

Carlos
Lo que sea.
Aquí me tienes, sonriendo y siendo el perfecto caballero para que unos petardos firmen un acuerdo con la empresa

Yo
Y van a firmar?

Carlos
Lo dudas?

Su respuesta me hace sonreír y, en cierto modo, envidiarlo. Hace un tiempo yo también estaba segura de muchas cosas.

Ahora...

Carlos
Odio este tipo de eventos.
Sobre todo, si voy solo

Yo
Pues no vayas solo

Carlos
Te estás ofreciendo como voluntaria?

Yo
Sabes de sobra que no

Carlos
Y por qué no? Podría ser divertido.
El próximo mes tengo otro.
Te puede servir para hacer contactos

Yo
Contactos?

Carlos
Sí, para tu hotelito.
Seguro que a alguno de estos peces gordos le parece una buena idea invertir en un hotel con encanto y exclusivo en San Lorenzo.
Ya que a mí no me dejas...

Yo
Sabes por qué no te dejo.
Pero sabes?
Podría ser una gran idea

Carlos
Yo solo doy buenas ideas

Sonrío ante su chulería innata.

Carlos
Entonces está hecho.
A la próxima me acompañas.
Ve apuntando la fecha: 26 de marzo

Yo
Pero, vamos a ver.
Qué pinto yo allí?
Y no me contestes, ya me respondo yo:
Nada

Carlos
...

Yo
Venga, la gente que va ahí quiere oír sobre tecnologías de comunicación, inteligencia artificial, y sobre lo que más narices hagáis. No quieren escuchar a una tontita hablar de su hotelito. De ese que, por cierto, no existe.
Por si no lo recuerdas, ya no está en mis planes

Carlos
Energías sostenibles

Yo
Eh?

Carlos
Que esta es la otra cosa de la que nos encargamos

Yo
Bueno, lo que sea. Tú ya me entiendes

Carlos
Francamente, no. Me he perdido en esa parte n que dices que el

hotel no entra en tus planes

Yo
Lo sabes de sobra. Y no quiero hablar más de ello.
Una entiende cuándo el universo le quiere decir algo.
Demasiadas trabas como para continuar

Carlos
Así que esa es tu decisión?
Rendirte?

Yo
No me estoy rindiendo.
A veces hay que darse cuenta de que ya es suficiente.
No todo el mundo consigue sus sueños

Carlos
Esto está claro.
No todo el mundo tiene la determinación para alcanzarlos

Puedo oír desde aquí el eco que hace su zasca. Es de esos que escuecen. Escuecen una maldita barbaridad.

Yo
Bueno, si no te importa, sigo con los vampiros y hombres lobo.
Y tú deberías volver a la fiesta

Carlos
No me queda más remedio, sí.
Pero esta vez no te vas a escapar, Nagore.
Has accedido a venir

Yo
Ya veremos

Añado algunos emoticonos de besos y dejo el móvil.

No negaré que sus últimos comentarios me han sentado un

poco... ¿cómo decirlo?, como el culo, pero no puedo enfadarme con él. No después de cómo se ha portado conmigo estos meses.

Él fue quien recibió la noticia conmigo, quien estuvo ahí la noche anterior, sin apartarse ni un segundo de mí. Y también es él a quien más he alejado de mí todo este tiempo. Podría decir que no sé el motivo, pero estaría mintiendo. Y como estoy cansada de mentirme a mí misma, lo digo únicamente para mí, eso sí, porque reconozco que sería una idea nefasta confesar a las chicas que Carlos vuelve a ser el protagonista de mis últimas fantasías para adultos, y decirles, además, que creo que él también siente algo.

Me parece que esta situación va mucho más allá de una simple atracción sexual. Hay más, y por eso lo he estado alejando.

Todavía no sé cómo sentirme en relación a la esc... bueno, a lo que me ha sucedido, como para saber cómo actuar respecto a él.

Vuelvo a darle al *play*, a ver si los abdominales de Jacob me despejan un poco... ¿O quizá debería cambiar de película?

18 de febrero

Por la tarde

—¿De verdad creéis que es una buena idea? —pregunto de nuevo sujetando ambos extremos del manillar.

Mis hermanas contestan a la vez:

—No.

—Sí.

Leire suspira poniendo los brazos en jarras y mira a Valerie, que está con una gran sonrisa en el rostro. Así pues, podéis averiguar la respuesta de cada una.

—Yo no lo veo. ¿Qué queréis que os diga? —deja claro la mediana de las tres.

—¡Yo sí! —aplaude con entusiasmo Valerie—. No hagas caso a Leire. Eres más que capaz —repite; yo asiento con determinación—. No puedes acudir a las visitas continuamente a pie.

—En eso tienes razón, pero ¿con la vespino de papá? —continúa Leire.

—Yo la he usado hasta ahora que tengo la vespa —continúa Valerie—. Va perfecta.

Yo asiento y vuelvo a mirar al frente.

Entre mis piernas se encuentra la vieja vespino de mi padre, de un rojo que ha perdido un poco de intensidad desde la última vez que se pintó.

—Vamos —aplaude mi hermana pequeña—, el interruptor ya está encendido...

—Recuerda que se encuentra debajo del asiento —me repite

Leire, y yo asiento.

—Y el paso para la gasolina está abierto —continúa Valerie —. Ahora...

—Ahora la enciendo —termino yo, un poco nerviosa cuando doy al interruptor delante de mí en la parte derecha.

El motor ruge debajo de mí y miro a mis hermanas entre emocionada y, sí, asustada. ¿Esto es una buena idea?

—Oh, Dios —digo.

—Bien, ahora, recuerda: mano derecha, para acelerar. — Valerie me toca el puño derecho, que ya lo tengo sobre el manillar—. Recuerda —insiste—, siempre hacia ti.

—Y los frenos: tienes el delantero y el de la rueda trasera — me indica Leire, señalando las dos pestañas a cada lado del manillar.

Yo asiento con determinación; intento controlar los nervios y esa vocecilla que me susurra que estaría mejor en casa.

Cuando esta tarde he recibido la llamada de mi hermana pequeña avisándome de que se le había ocurrido algo maravilloso y que querían enseñármelo, me he negado al principio, excusándome en que estaba muy ocupada. Sin embargo, mis hermanas, especialmente Valerie, no han aceptado un no por respuesta, y aquí me encuentro ahora, sobre la vieja motocicleta de mi padre y en una de las zonas más apartadas de San Lorenzo.

—Ve con calma —me pide Leire.

—Lo bueno de esta calle es que no pasa ni Cristo —comenta Valerie, emocionada y retrocediendo unos pasos.

Y tiene razón. Nos encontramos en la calle Fray Luis de León, y tan solo nos rodean el monte y unas vistas espectaculares. Vale que hay algún chalet, pero el camino está, en definitiva, despejado y descubierto.

—Bueno, venga. Allá voy. —Me doy ánimos. En el fondo, la idea de no tener que desplazarme a pie por el pueblo es, en

cierta forma, atractiva.

Mis hermanas se alejan unos pasos más, no sin aconsejarme de nuevo.

—Ve suavemente. Poco a poco —insiste Leire.

—Esto está chupado. —Valerie quita hierro al asunto—. ¡Es mucho más fácil que conducir un coche! —insiste; con ello, recuerdo que, de las tres, soy la única que no tiene carnet.

Yo miro al frente y lentamente giro el manillar hacia mi derecha. Casi sin darme cuenta, la vespino avanza y, emocionada, doy un gritito, pues me sorprendo de avanzar y ganar velocidad sin caer ni perder el equilibrio.

Oigo los gritos exaltados de mis hermanas y me uno a ellas, riéndome encantada de la situación.

—¡Grábame!¡Grábame! —le pido a mi hermana Valerie, que siempre tiene el móvil en la mano.

—Ya lo estoy haciendo —oigo que me dice.

Prosigo por la calle a una velocidad constante y manteniéndome perfectamente en mi carril. Es cierto que no llego a los 40 km/h, pero estoy muy orgullosa de mí misma, aunque la vespino tampoco puede ir mucho más rápido.

Todo es felicidad hasta que, sí, hasta que aparece la primera curva, donde me pongo nerviosa e incluso dudo de mi nombre.

—¡Frena, Nagore! ¡Frena! —Oigo a mis hermanas, que van detrás de mí, gracias a mi velocidad de abuela, lo reconozco. Sin embargo, conforme me acerco a la maldita curva siento que me desplazo como un rayo.

—¡Deja de grabar!

Es lo único que consigo decir cuando, en vez de frenar, acelero, sí, tal como lo leéis, porque ¿a qué mente privilegiada se le ocurrió que para acelerar se tenía que girar la manilla hacia dentro? ¿¡Eso no es para frenar!?

—¡Nagore!

Ya no reconozco cuál de mis dos hermanas me llama, y es

que da igual. Voy directa hacia una muerte segura. ¿Qué tiene de bueno? Que todo pasa rápido.

En un segundo pego el acelerón, todavía en la carretera; en el siguiente estoy fuera de ella, cruzando la tierra para estamparme contra lo primero que pillo, que es un arbusto gigante.

—¡Nagore!

—¡Nagore!

Oigo sus gritos.

Mi respuesta es un gemido doloroso. Estoy encastrada en el arbusto, que ha resultado tener un tronco lo suficientemente grueso como para frenar la pequeña rueda delantera e impedir así que remontara cuesta arriba.

—¿Cómo estás? —me pregunta Leire, que es la primera en llegar.

—¡Podrías haberte matado! —dice, más alejada, Valerie.

—¿Humillada? —contesto a la pregunta, al tiempo que escupo un trozo de hoja.

Vamos, espero que sea eso.

—Por lo menos te ha frenado el golpe contra el suelo, eso es suerte, chica —contesta mi hermana pequeña sin ocultar un ápice su diversión. Mientras tanto, Leire me ayuda a salir de entre las ramas.

Cuando miro a Valerie, descubro que aún tiene el móvil entre las manos, y, sí, me está enfocando.

—¿Todavía me estás grabando? —Casi chillo.

—Creo que la respuesta es obvia, ¿no? —contesta la sinvergüenza.

—Podría haberme matado, ¿y lo grabas?

—Por favor. —Valerie pone los ojos en blanco—. Con la velocidad que llevabas no te iba a pasar nada, de hecho... —Me señala—. No te ha pasado nada. ¿Lo ves? Perfecta.

—Salvo ese arañazo en la cara y algún que otro rasguño —

comenta Leire, examinándome.

—Bueno, casi perfecta. La pobre encina ha acabado peor —sigue Valerie, apuntando ahora al arbusto.

—¿Esto es una encina? —pregunta Leire, mientras yo estudio con los ojos entrecerrados el no-arbusto—. Sal de ahí cagando leches, que están protegidas.

A mi hermana solo le falta arrancarme el brazo para apartarme completamente, y Valerie se encarga de la vespino; la retira de la supuesta encina, todavía con alguna rama enganchada, como si se mofara de mí.

—¿En serio que te preocupa más el arbusto que tu hermana? —Me sacudo la ropa en un intento de eliminar cualquier rastro de la caída.

—No es nada personal, pero como algún vecino vea que la tocamos, nos puede denunciar y se nos cae el pelo. Así que, vamos, ¡fuera, fuera! —Leire nos hace aspavientos para que nos alejemos de la encina.

De verdad, una ni siquiera puede tener ya un accidente con tranquilidad.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunto, cuando piso de nuevo la calzada y me noto la rodilla izquierda algo dolorida.

—Podemos guardar la motocicleta en mi coche y pasar a ver a la abuela, que estamos cerca.

Me quedo congelada; sé que mis hermanas se han detenido para observar mi reacción.

Hace mucho que no la veo, y el único motivo es que no quiero enfrentarme de nuevo al asunto de la esclerosis... La última vez que vi a mi abuela estaba sana, sin ninguna preocupación seria. Ahora todo es distinto.

—¿No quieres verla? —me pregunta Leire casi en un susurro.

Busco con la mirada a mi hermana sin saber muy bien qué decir. Al fin y al cabo, son mis hermanas pequeñas, no quiero echarles mi pesada carga.

Me encojo de hombros. No me queda otra.

—No, claro que sí. Vamos a verla. Eso sí, llamad para avisarla.

Reinicio la marcha hacia el coche de mi hermana y muy dispuesta a no encargarme de nada relacionado con la motocicleta.

Bastante he tenido ya.

Cuando entramos en la casa de mi abuela, el olor a bizcocho nos rodea junto al de leña; tiene encendida la chimenea del salón.

—¡Abuela! —la saluda Valerie antes de dejar su abrigo en el perchero, como Leire y yo.

—Chicas, estoy arriba, ahora bajo. —Oímos su voz, que procede de su habitación, en la segunda planta.

Mis hermanas y yo pasamos al salón y nos sentamos en el sofá para esperar a mi abuela.

Tengo el corazón algo encogido, puesto que siempre que pongo un pie en la casa de mis abuelos, me invaden miles de recuerdos. Recuerdos de tiempos mejores.

Suspiro mientras jugueteo con las manos. Sabía que me pasaría esto. Recorro con la mirada el salón de vigas de madera vistas, las paredes de piedra, la chimenea con el fuego...

Sin embargo, no puedo seguir con mi carcoma interno, pues Valerie estalla en violentas carcajadas. Cuando me vuelvo, la descubro con el móvil en la mano. No hace falta sumar uno más uno para saber qué está mirando en el teléfono.

—No te creo. —Es lo único que digo.

Sus ojos castaños, igualitos a los de todas nosotras, me buscan. La cabrona —porque no me puedo referir a ella con otro término— tiene incluso lagrimones de la risa que le ha

entrado.

—¡Es buenísimo! —dice la petarda—. Tenéis que verlo. Parece que te mimetices con la encina. —Vuelve a mirar la pantalla y a carcajearse—. Este vídeo lo peta en TikTok.

Me levanto como si me hubieran dado un calambrazo, no es para menos.

—¿Que vas a *qué*? —Estoy tentada de tirarme hacia ella para hacerle un placaje, pero mi rodilla sigue resentida. Una, que ya tiene una edad—. ¡Dame ahora mismo el móvil!

—¿Qué? ¡No! —Valerie se levanta también, mirándome como si la loca de esta discusión fuera yo.

—Por favor, ¿podéis parar? —nos pide, aburrida, Leire; mientras tanto, observa cómo empezamos a bordear la mesita del café entre los sofás.

Valerie lo hace para evitar que le quite el móvil, pero sin saber que yo ya soy presa de mis instintos asesinos y he perdido el interés por el teléfono en sí; sin embargo, creo que lo sospecha en cuanto ve que agarro un cojín del sofá y se lo lanzo con mala leche directamente a la cara.

—¡Ey! —se queja, esquivándolo en el último momento.

—Ni «ey» ni mierdas.

Esto es la guerra, y no pienso permitir que medio mundo —o el alcance que tenga la cuenta de mi hermana— me vea haciendo el ridículo. Vamos, con la suerte que me caracteriza, seguro que se viraliza.

—Valerie, borra el vídeo. ¡Que acabaré convertida en un meme!

Mi hermana pequeña comete el error de reírse, por lo que se tropieza con la alfombra, y yo, victoriosa, la alcanzo. Vamos si la alcanzo.

—Nagore, no —me pide Valerie entre forcejeos, en un intento de evitar que le arrebate el móvil.

Nos enzarzamos en una lucha encarnizada que solo pueden

protagonizar unas hermanas; golpecitos ridículos que poco a poco suben en intensidad conforme aumenta el cabreo. Eso sí, siempre evitando la cara. Zurrarse vale, pero con estilo, por favor.

—¡Niñas! —Mi abuela nos regaña en cuanto entra en el salón y nos pilla en esta guisa.

—Yo no tengo nada que ver —se excusa Leire. Aunque no la veo, estoy convencida de que sigue sentada en el sofá, observando nuestra ridícula batalla.

—Dame el móvil, Valerie —le exijo.

—Pero ¿qué edad tenéis? —sigue mi abuela, y se nos va acercando hasta que mi hermana y yo nos separamos.

Fulmino con la mirada a mi hermana.

—No lo voy a subir a ningún lado, solo lo pasaré al grupo de la familia. —Lo suelta con una sonrisa que puede estar perfectamente catalogada dentro de la categoría de «villano».

—La venganza será terrible —la aviso.

Valerie me guiña el ojo antes de lanzarse a darme un abrazo conciliador, y acabo riéndome, ya que suele darlos extraasfixiantes.

—Bueno, venga, venga, sentaos —nos pide mi abuela—. He preparado chocolate caliente y un bizcocho, ¿quién quiere?

—La pregunta ofende, abuela —dice Leire.

—Me lo imaginaba —sonríe mi abuela, que está como siempre.

Tiene el pelo blanco perla, todavía largo, recogido en un moño con algunas trenzas bordeándole la cabeza. Está maquillada, raro es verla sin nada, aunque sea un poco de pintalabios y sombra de ojos. Por supuesto, también lleva pendientes, siempre vistosos y grandes; esta vez, dorados con algún detalle en tono verde que complementa el jersey de lana, y el collar, asimismo a juego con ellos.

—Vamos, Nagore, ayúdame a prepararlo todo.

Mi abuela se vuelve sin darme opción a negarme, así que sigo sus pasos hacia la pequeña cocina de la casa, en la que a duras penas caben dos personas; sin embargo, la casa tiene ese ambiente de cabaña en el bosque tan ideal que se le perdona todo.

—Qué bueno verte por fin —dice mi abuela, mientras saca las tazas para el chocolate que hay en la cazuela.

Yo me he dispuesto a removerlo para no establecer un contacto directo visual con ella. Sé lo que viene.

—Sí, ya sabes, con el trabajo he estado tan liada, y al principio... —Me callo mordisqueándome el labio.

—¿Y al principio?

—Pues ya lo sabes, abuela, al principio estaba agotada por la medicación. No me apetecía hacer nada.

—Me ha dicho tu madre que sigues mohína.

Cojo aire. ¿He comentado que mi abuela tiene poco tacto? Luego se quejan de las mujeres de mi familia, pero todo viene de ella. Las demás lo hemos heredado, que quede claro.

—No estoy mohína —me defiendo, dejando el chocolate para mirarla—. Tan solo he estado asimilando que ya no soy la que era.

—¿Ya no eres tú? —Mi abuela me observa seria.

—Bueno... —Por un momento decido callarme, pero luego lo pienso mejor y hablo—. No. Ya no soy la misma.

—¿Y en qué has cambiado?

Carraspeo incómoda ante la seriedad de su mirada y sus preguntas, así que vuelvo a coger la paleta de madera para continuar removiendo el chocolate.

—¿No dices nada? —insiste.

—No sé qué contestarte.

—Sí que lo sabes, lo que ocurre es que no quieres decirlo en voz alta.

Nos quedamos de nuevo en silencio, ella colocando el

bizcocho y yo removiendo innecesariamente el chocolate. Hasta que decide hablar de nuevo:

—He vendido la casa.

Levanto la mirada en estado de *shock*.

—¿Cómo? —Sigo observándola como si hubiera dicho una locura. Qué digo, ¡es una locura!—. ¿Cuándo?

Me abuela hace una mueca.

—El mes pasado.

—Pero...

Ahora gesticula impacientemente.

—Ya estoy mayor para vivir aquí sola en el pueblo. Me voy a un pisito en Madrid, cerca de tus padres y tus hermanas.

—Pero...

Mi abuela sonríe con cierta nostalgia.

—Lo sé, niña. Sin embargo, hay que aprender a evolucionar. Me encantaría seguir viviendo aquí, pero cada vez me hago más vieja. No puedo estar sola.

—Yo estoy en el pueblo...

—¿Durante cuánto tiempo? Ya me ha dicho tu madre que has abandonado la idea de abrir tu hotelito.

Esa verdad cae como un jarro de agua fría sobre mí. Asiento lentamente.

—Venga, sirve el chocolate y vamos con tus hermanas.

Mi abuela no espera; de hecho, ella misma empieza a servirlo, y a mí no me queda más remedio que seguirla.

Me mantengo callada en el salón mientras ellas parlotean disfrutando de la deliciosa merienda. Yo sigo sin saber qué decir ni qué pensar. Todo está cambiando a una velocidad vertiginosa.

Y no la puedo controlar.

18 de febrero

Por la noche

Mis hermanas son las primeras en irse, algo comprensible, puesto que deben regresar a Madrid centro.

Valerie tiene la poca vergüenza de ofrecerme la motocicleta para que luego vaya a casa, y esquiva un nuevo bolsazo, esta vez de Leire, que tiene pocas ganas de fiesta.

Mi abuela y yo miramos desde la puerta cómo ambas se alejan, y así que oímos el ronroneo del coche de Leire, entramos en casa.

Una vez dentro, me fijo en que faltan algunos muebles, se me había pasado por alto este detalle, seguramente porque tenía la tontería del vídeo en mente. Por ejemplo, ya no localizo por ningún lado el pequeño aparador en el rincón de la diminuta entrada, que estaba a rebosar de marcos con fotos de toda la familia, ni el paragüero con el mapamundi que a mi madre tanto horrorizaba.

Eso solo puede significar una cosa.

—¿Cuándo te vas? —pregunto, deteniéndome en la puerta del salón.

Mi abuela, agachada para avivar el fuego, me mira.

—En tres semanas.

Asiento lentamente, asimilando la noticia.

—¿Y cuándo me lo ibas a decir?

—¿Cuándo pensabas venir a verme? —contraataca ella.

Tuerzo una sonrisa en el rostro y me dejo caer en el sofá delante de ella.

—Todo es un asco.

Mi abuela se aleja del fuego para sentarse a mi lado acariciándome el brazo con un gesto cariñoso.

—¿Por qué dices eso?

La miro sorprendida por su pregunta.

—Ni siquiera sé por dónde empezar...

Mi abuela sonríe al tiempo que niega con la cabeza.

—Hay una cosa muy importante que debes aprender, Nagore. Y es que la vida, la vida es así. Hay momentos muy injustos, dolorosos, pero también hay otros llenos de ilusión y alegría. —Pongo los ojos en blanco, y mi abuela busca mis manos para llamar mi atención—. No, escúchame. Escúchame porque es así, y cuanto antes lo entiendas, antes volverás, no a ser la de antes, eso ya pasó, pues una nunca es la misma, esa es una de las cosas bonitas de la vida. Sino que volverás a vivir dispuesta a todo.

De nuevo, observo en silencio a mi abuela.

—Ser feliz no es tener la vida perfecta, sino darse cuenta de que, a pesar de todas las dificultades que te encuentras por el camino, merece la pena. El tiempo nos cambia a todos, Nagore. Nos enseña, nos muestra lados de nosotros mismos que ni siquiera conocíamos, pero cuando entiendas eso, ya no habrá nada que te detenga.

—¿La muerte, quizá? —pregunto con la voz temblorosa.

—¿Y qué es la muerte, sino la certeza más clara de nuestra vida? Lo que ha sucedido, sí, es injusto, pero no te está arrebatando nada, Nagore. Solo te ha hecho ser consciente de que, a veces, la vida tiene una cara oscura, una que no siempre queremos ver, por eso debemos ser conscientes de que cada día no es un día más, sino un día menos. Y esto es así tanto para ti como para mí, como para cualquier persona en este mundo. Cuando te des cuenta de esto, empezarás realmente a valorar lo que importa.

Sigo sin despegar los ojos de ella, incluso a pesar de notar las lágrimas. Finalmente me lanzo a sus brazos, que me acunan como lo han hecho siempre, y me siento envuelta en un espacio seguro, mágico; sin embargo, sus palabras me rondan todavía, y más cuando sigue hablando:

—De la venta de la casa, os voy a dar una parte a cada una de vosotras. Vuestra herencia. Prefiero dárosla ahora y veros disfrutarla, que no cuando ya no esté.

—¿Qué dices, abuela? —Me alejo, confundida, para mirarla mientras me seco las lágrimas.

—Nagore, Nagore —canturrea acariciándome la mejilla—. Quiero verte sonreír de nuevo, como antes, con esa alegría desbordante, con ese entusiasmo envidiable. Luchando por tus sueños, esos que dices que ya no tienes.

—Todo ha cambiado —digo por fin.

—¿Todo? ¿Tú crees? —Mi abuela me observa enigmáticamente—. Yo creo que algunas cosas todavía siguen ahí.

Vuelvo a apoyarme en ella en silencio, deseando ver las cosas tan claras como ella.

Cuando llego a casa, Diana me espera para proponerme que veamos unas películas en casa de Elsa con los chicos, pero declino la invitación porque estoy agotada. Y es cierto. Prometo que esta vez lo es.

Toda la información que he recibido esta tarde aún se me agolpa en la mente, así que lo único que me apetece es darme una ducha caliente y meterme en la cama.

Nada más.

Diana se despide con cierto gesto dubitativo, pero finalmente se va.

Cuando entro en mi habitación, enciendo el Spotify y aleatoriamente empieza a sonar mi lista de canciones favoritas, concretamente *In the End*, de Largo, como un vaticinio que tardo tres segundos en captar.

El móvil vibra y, todavía con la toalla a modo de turbante en la cabeza, me inclino a cotillear la notificación.

No se me cae el iPhone de milagro.

Un correo.

Un correo de Diego.

Me quedo mirando la pantalla con cara de boba, sin saber muy bien qué hacer. No he abierto el correo todavía, pero me ha descolocado plenamente.

¡Lo último que me esperaba esta noche era un correo de *Diego*!

Esto es real, ¿verdad?

Juro que incluso me pellizco, y, sí, el correo sigue en mi bandeja de entrada. ¿Qué hago?

Doy vueltas sobre mí misma y me noto el corazón aleteando como loco.

¿Lo abro? ¿No lo hago?

Cojo el móvil y... y lo vuelvo a soltar.

¡Por Dios!

Venga, ya.

Todas sabemos que no me voy a quedar con la duda de saber qué me ha escrito, así que cojo aire a la par que sujeto el móvil nuevamente, y, hala, abro el mail.

Me quedo... me quedo con cara de haba, si es que las habas han llegado a tener en algún momento una expresión, pero si la tuvieran, ¿sabéis? Sería justo como la mía ahora.

El mensaje es corto y conciso.

Aparece un número de teléfono que conozco perfectamente, y debajo de él, una sencilla frase: «Escríbeme, por favor».

Es su número, e interpreto que quiere iniciar una

conversación de WhatsApp, pero como le tengo bloqueado, no puede.

Me dejo caer sobre la cama con el teléfono entre las manos.

Hace un tiempo habría acudido corriendo a las redes sociales para averiguar en sus perfiles qué le empujaba a escribirme, habría maquinado diversas teorías y posibles escenarios y, por supuesto, debatido todos y cada uno de ellos con las chicas. Pero ¿ahora? Ahora estoy cansada de todo eso; de hecho, incluso lo encuentro absurdo.

¿Quién me iba a decir que esta sería mi reacción ante un mensaje de Diego?

Sonrío yo sola, en mi cuarto. Sonrío hasta que comienzo a reírme, dejándome caer sobre la cama.

Me ha venido en mente ese post que escribió Elsa hace unos años, ese en el que decía que los ex siempre volvían, y que por supuesto lo hacían en el momento menos oportuno. Yo añado que incluso en el que menos te interesa.

Tiene narices la cosa. ¿Es o no es fuerte?

19 de febrero

Por la mañana

Noto a Diana inquieta mientras cruzamos la plaza de la Constitución, siempre abarrotada de gente, incluso a primera hora de la mañana.

—¿Qué pasa? —le pregunto mientras decidimos bordear las mesas de uno de los bares de la plaza.

Percibo olor a churros y mi estómago ruge.

—¿Pasar? —pregunta Diana, parpadeando más de lo normal —. Nada de nada, ¿por?

Arrugo la nariz, dispuesta a señalar que claramente algo sucede, pero vislumbro la fachada de Antigua Canela, nuestra cafetería, y veo desde el escaparate que Elsa y Gala están sentadas en nuestro sitio habitual.

—¿Ha venido Gala a desayunar? —pregunto sorprendida—. No me lo esperaba.

—Ya ves —contesta Diana, indicándome que pase por delante de ella para entrar primero—. Debe de haberse animado al leer en el grupo que finalmente venías.

Me encojo de hombros. Cómo iba a faltar, si Diana ha estado especialmente cansina para que saliera a desayunar con ellas... Un momento, ¿eso no es sospechoso?

Mi hilo detectivesco se disuelve cuando entro en la cafetería y el aroma a café recién hecho me envuelve, igual que el de bollo recién horneado. Suena *Everywhere*, la versión de Cattle & Cane, suavemente, sin molestar a la diversidad de clientes que desayunan tranquilamente.

Sábado por la mañana, y está a rebosar.

Este pequeño local es perfecto, nada más cruzar la puerta te traslada a una cafetería en París, con el suelo de madera blanca, sillas de hierro del mismo color con cojines en diversos tonos pasteles, y muebles *vintage* repartidos por el establecimiento que muestran vajillas de fina porcelana.

Diana y yo nos dirigimos a nuestra mesa, la que está frente al ventanal del escaparate con su madera verde menta que permite ver la plaza del pueblo.

—Buenos días, señoritas —nos saluda Gala.

Elsa sigue inmersa en la carta, esa que ya nos sabemos de memoria.

—Buenos días —contesta Diana, al tomar asiento, igual que yo.

—¿Cómo es que has venido a desayunar? —pregunto a Gala, que, sí, cruza una mirada rápida con las chicas.

—Este sábado no tenía mucho que hacer.

Entrecierro los ojos.

—Pero ¿no estás hasta arriba de trabajo? —insisto, pues hace dos días se quejaba de eso por el chat.

Cruzo los brazos sobre la mesita.

—Tú estás rarísima. ¿Qué te pasa? —Disparo la pregunta tal como debe ser, directamente.

Este tipo de cosas, mejor sin que se lo esperen, consejo de Nagore. Y, sí, de nada.

—¿Perdón?

Miro a Elsa, que parece excesivamente entretenida con la carta.

—No es que lo diga solamente yo —suelto, en busca del apoyo de la morena.

—Bueno, bueno —interviene Diana mirando significativamente a una de las camareras para que nos tomen nota—. A mí me apetece tomar algo de chocolate. ¿Y a

vosotras?

—A mí no me pasa nada, chicas —dice Gala, que, como las demás, ha ignorado el comentario de Diana.

—Ya veremos —dejo caer.

—¿Cómo? —Gala se tensa molesta—. La única a quien le pasa algo aquí es a ti —me señala.

Ahora, la que se molesta soy yo.

—Chicas, haya paz —pide Diana.

—Por supuesto que me pasa algo, no es ningún secreto. No tengo ninguno con vosotras, no como otras... —pincho con mala leche.

—Por Dios, sabía que era mejor quedarme en la cama —murmulla Elsa.

—Buenos días, chicas, ¿qué vais a tomar? —dice de pronto una camarera, equipada con su bloc de notas y mirándonos con una amplia y amigable sonrisa ajena al ambiente.

—Buenos días —le contesta Diana rápidamente—, yo quiero un chocolate caliente y un cruasán a la plancha, por favor.

—Perfecto —asiente la camarera, y toma nota.

Suspiro y me vuelvo hacia ella con mi sonrisa más encantadora.

—Un café muy cargado y un trozo de tarta de queso con arándanos. Gracias.

—Yo lo mismo —dice Elsa—. Salvo lo del café. El mío justo al revés. Mucha leche y un poquitín de café.

—Un manchado, sí —comenta la camarera, pero Elsa niega con énfasis.

—No. Mucho menos que un manchado.

Ante la cara de extrañeza de la chica, Elsa sonríe.

—Es que no me sienta muy bien la cafeína —le explica, todavía con el gesto sonriente.

—Está bien. —Aunque no se la ve muy convencida.

—Yo, una infusión de frutos rojos y también un cruasán.

Gracias —pide Gala al fin.

—Perfecto, chicas, en un momento os lo traigo todo.

Una vez que volvemos a estar solas, Gala me mira de nuevo con mal gesto, y yo suspiro.

—Vaaale. Perdona por cómo te he atacado, pero... pero es que anoche pasó algo —confieso, captando la atención de las tres.

—¿Algo por lo que debamos preocuparnos? —quiere saber Elsa—. ¿O algo del estilo «échame un chorrito de ron al café»?

—Sinceramente, no sé cómo contestarte a eso.

Todas arquean las cejas sorprendidas.

—Pues cuenta, vamos —me pide Gala.

Empiezo a contarles lo de la motocicleta y saco a relucir mi gran autocontrol. Elsa nos dice que va a escribir a Valerie para ver ese vídeo; luego les doy la noticia sobre la casa de mi abuela y concluyo con mencionar lo de la herencia.

Sí, lo otro, lo que estás pensando, lo dejo para luego, ¿vale?

—Vaya. —Diana es la primera en romper el silencio.

Ya nos han traído los desayunos, así que doy un sorbo de café.

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer? —Elsa es la encargada de soltar la pregunta que más temo.

—¿Sinceramente? No lo sé.

—No puedes dejar escapar esta oportunidad —señala Gala, llevándose un bocado de cruasán.

—No sé... —Jugueteo con el tenedor y un trozo de mi deliciosa tarta.

—¿Cómo que no lo sabes? Claro que sí. Lo sabes desde hace mucho —suelta Diana con seriedad.

—No es tan fácil —comienzo, dispuesta a explicarme—. Me encuentro en una maraña de sentimientos agotadora. No sé gestionarme, estoy confundida respecto a qué quiero hacer.

Pensaba que la idea del hotel había quedado más que enterrada, pero tras la conversación con mi abuela, lo primero que me vino a la cabeza fueron el hotel y lo ilusionada que estaba cuando hace unos meses pensaba en ello. Era... —Cojo aire—. Era un sueño fantástico.

—¿Era? —señala Elsa.

Yo hago una mueca.

—Sinceramente, no sé si tiene sentido embarcarme en algo así ahora que...

Me quedo callada, mordisqueándome el labio y observando mi porción de tarta de queso casi intacta.

—¿Ahora? —insiste Gala.

Levanto la mirada hacia ellas. Finalmente lo digo en voz alta:

—Ahora que está la esclerosis de por medio. Antes sentía que podía con todo, que tarde o temprano me comería el mundo.

—Y te lo vas a comer —habla Diana, con una seguridad que me gustaría tener.

Me encojo de hombros.

—Todo ha cambiado. Ayer me llegó otro correo de Diego y...

—¿¡Cómo!? —estalla Elsa, sujetándome del brazo como si fuera a caerme o algo.

La miro confundida.

—¿Te ha escrito Diego y lo cuentas al final, dejándolo caer como quien habla del tiempo? —insiste.

—Lo sé.

—¿Qué quería? —me pregunta Gala.

—Que habláramos por WhatsApp... Me quedé un poco sorprendida, porque ¿recordáis el mail que me había mandado para vernos, y que le respondí?

—Sí.

Las tres asienten al unísono, con una clara expectación.

—A mí se me había olvidado. —Abro bien los ojos para dar mayor énfasis a mis palabras—. ¿Me oís? Yo. Me había

olvidado de Diego...

—Alabada sea la causa de tu olvido —sonríe Elsa, al tiempo que me da un juguetón empujón—. Bien por ti, chica. Brindemos, brindemos. —Nos anima a todas a coger las tazas de café y té—. Por dejar a ese petardo pesado donde debe estar.

—No lo celebres tan rápido. —interviene Diana, examinándome—. Mírale la cara. —Me señala, y Elsa me mira con tensión—. ¿Qué hiciste entonces?

—Pues...

—Mierda —refunfuña Elsa, negando con la cabeza en un gesto de devastación.

—Lo has celebrado demasiado rápido —sonríe levemente Gala.

—Tan solo le hablé por WhatsApp. Nada importante.

Elsa bufa y ataca los residuos de su tarta.

—Y «nada importante», ¿es...? —Gala juguetea con las manos tanteándome de muy mala manera. A veces odio hasta qué punto pueden descifrarme.

—He quedado con él para hablar —confieso, con la taza de café bien agarrada y dispuesta a terminármelo.

—¿¡Qué!? —se escandaliza Elsa.

—¡Tampoco es para tanto! —me defiendo.

Elsa maldice, pero Diana sonríe.

—Bueno. Ciertamente, has dado el primer paso —dice.

—¿Cuál? —pregunto, y Elsa la mira como si estuviera loca.

—Creo que la Nagore de antes nunca se habría olvidado de Diego. Nunca. Eso es una señal muy buena. ¿Y qué quieres que te diga? Si tú quieres quedar con él, hazlo.

—Genial, Diana. Tú, encima, anímala —se queja Elsa, recostándose enfurruñada en la silla.

—Yo también quedé una vez con alguien cuando nadie me animaba a ello, y me sirvió para comprender que ya no lo

quería en mi vida.

Todas guardamos silencio. Sé a quién se refiere. Bueno, yo y todas. A Bruno, su ex.

—Nadie mejor que tú puede saber qué necesita, y si de verdad quieres verlo y hablar con él, hazlo.

—Ese es, con diferencia, el peor consejo de mierda que has dado en tu vida, Diana.

—Elsa, cállate —le sonríe Gala—. Yo estoy con Diana —dice mirándome—. Y, señoras, o nos vamos ya o no llegamos.

—¿Adónde no llegamos? —pregunto.

De nuevo, ese misterioso cruce de miradas.

19 de febrero

A media mañana

Me quedo congelada en cuanto veo hacia dónde se dirige Diana para aparcar.

Estamos en Majadahonda, en el hospital Puerta del Hierro.

—Chicas, ¿qué hacemos aquí? —pregunto con un tono de voz quedo.

—En primer lugar —comienza Elsa desde el asiento del copiloto—, no te enfades.

Miro a Gala, que está sentada a mi lado en la parte trasera del coche.

—No te vas a enfadar —añade rápidamente Gala al ver mi expresión de terror.

—Por favor, ¿me podéis explicar...?

—Hay una charla sobre la esclerosis y hemos pensado que podría ser interesante —me explica finalmente Diana; sus ojos avellana han buscado los míos por el reflejo del retrovisor.

Un nudo me aprisiona el pecho.

—Sabemos que te sientes perdida y sola, Nagore —comienza Gala—, pero no lo estás. Nos tienes a tu lado, siempre.

—La esclerosis no te alejará de ti misma ni de nadie, no se lo permitiremos —añade Elsa.

Un silencio cae sobre las cuatro, hasta que decido romperlo.

—Chicas, no sé, de verdad... —comienzo, pero Diana habla.

—Nagore, la esclerosis no te define. No lo hace. Es solo otra parte de ti, una que debemos entender. Y lo vamos a hacer.

—Claro que sí —me sonríe Gala para darme ánimos.

Desvío la mirada por la ventanilla para ver el hospital. Varias personas entran o salen. Pacientes, familiares de los pacientes, incluso puedo ver a algunos trabajadores del hospital. Todos, por supuesto, ajenos a mi tormento y debate interior.

—¿De qué es la charla? —quiero saber.

—De testimonios —me responde Elsa—. Gente que lleva años diagnosticada.

Cierro los ojos y descanso la tez en el reposacabezas.

—Oh, Dios —digo con ese nudo en la garganta que ya me es demasiado familiar.

—Solo saldremos del coche si tú quieres, no te vamos a obligar —oigo que dice Diana—. Pero no estás sola, cielo. Puedes con esto y con mucho más.

—Vamos si puedes —me apremia Elsa.

Abro los ojos de nuevo. Una mezcla de sentimientos me invade. Por un lado, me siento afortunada de tenerlas como amigas; las miro con una mezcla de cariño y orgullo infinito. Sin embargo, por otro lado, estoy aterrorizada por lo que me puedo encontrar en la charla.

—¿Y si no...? —empiezo.

—¿Y si sí? —termina Diana por mí.

Cojo aire y... y, mierda, joder, ¡sí! Asiento. Asiento por mí. Por mí y por ellas. Por nosotras.

Así que, sí, salgo del coche. Juro que es de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida.

Estamos sentadas en una sala llena de butacas ante un pequeño escenario. Imagino que en el hospital necesitan este tipo de espacios para hacer ponencias, presentaciones y demás. Como la de hoy.

Mentiría si dijera que no me ha sorprendido la cantidad de

personas que hay. Allá donde miro, descubro familias, gente joven, más mayor... Se me ha encogido el corazón al ver algunas personas en sillas de ruedas, pero al observarlas detenidamente, he percibido sus sonrisas sinceras, emocionados, y eso... eso me ha hecho pensar.

Una mujer sube al escenario con un micrófono en mano y toda la sala enmudece de repente. Debe de rondar los cuarenta años, es morena y de complexión delgada, observa a toda la gente sentada antes de empezar a hablar con una seguridad y aplomo admirables.

—Bienvenidos. Muchas gracias por estar hoy aquí con nosotros. La de hoy es una charla muy especial. —La mujer estudia al público antes de continuar hablando, y la sonrisa que nos dedica no titubea ni un solo momento—. La esclerosis es una enfermedad crónica que afecta al sistema nervioso. Una enfermedad neurológica que, pese a los muchos años de investigación (porque es la segunda enfermedad neurológica más estudiada), sigue siendo una auténtica desconocida. «La enfermedad de las mil caras», así se la conoce, pues presenta una gran diversidad de síntomas y varían de una persona a otra. —La mujer hace otra pausa, y yo siento que mi pecho va a explotar—. Por ahora, no tiene cura. —A pesar de la dura realidad que acaba de mencionar, su sonrisa no desaparece—. Hola a todos. Mi nombre es María y me diagnosticaron la esclerosis hace diez años. Cuando comenzaba todos los planes existenciales de mi vida.

Cojo aire, y de pronto siento que una mano me busca. Es Diana; agarro la suya con urgencia, como si de un salvavidas se tratara. Ella me sonríe y volvemos a centrarnos en el escenario.

—Hoy os vengo a contar mi historia, pero no vengo sola.

María hace un gesto, y varias personas suben al escenario. No hace falta que lo digan, sé que son personas como María, como yo. Con esclerosis. Y van a contar su historia.

María vuelve a hablar:

—La esclerosis provocó un giro brutal en mi vida, pero con ella he aprendido también a enfocar la vida de otra forma, a afrontar las cosas de diferente manera, a agradecer cada instante y a mirar siempre hacia delante.

Escucho con atención sus palabras y noto cómo una sensación, llamémoslo «sentimiento», va despertando en mí. Hacía tiempo que no lo sentía.

No es sino la expectación. Una expectación ansiosa con una base de esperanza que me calienta por dentro.

—Esta enfermedad no impedirá que disfrutes de la vida. No va a impedir nada de eso. Ciertamente, al final la esclerosis se convierte en una compañera de vida. Una compañera que, a veces, hará que nos debamos adaptar a ella, pero ¿y qué? Seguimos vivos, mucho más que esas personas que dan por sentada la vida sin detenerse un segundo a apreciar ese tesoro tan valioso...

La charla continúa; después de María, hablan Juan, Isabel, Lucía, Pedro...

Todos y cada uno de ellos aportan ese granito de arena. Algunos presentan a sus hijos, otros hablan de sus grandes sueños cumplidos. Uno de ellos incluso logró escalar el Naranjo de Bulnes y ahora se prepara para la siguiente gran escalada.

Es tan emocionante y motivador escuchar cada una de sus historias... y lo es de verdad, pues no solo comparten los buenos momentos, también los malos. Esa cara oscura de la enfermedad, pero todos afirman lo mismo: que lo más importante es mantener una actitud positiva, esa resiliencia que formará parte de nuestro ADN.

Somos resilientes.

Solo cuando termina la charla y estallamos en aplausos, me doy cuenta de que he estado llorando; pero por primera vez desde hace tiempo, no son lágrimas amargas.

21 de febrero

Por la mañana

Bajo del coche a la vez que Diana. Cruzamos las miradas y ella asiente para darme fuerzas, ánimos.

Yo también asiento, y sonrío nerviosa. Cierro la portezuela y me dirijo hacia esa puerta metálica algo envejecida que lleva el número cuatro.

Llamo al telefonillo sin pensarlo mucho más.

No contestan a mi llamada, sino que abren directamente; sé que Nora, la anciana amiga de mi abuela, me ha estado observando al acercarme, como aquella vez. Como la primera vez que fui allí.

Cuando la llamé ayer para preguntarle por qué no había continuado con la venta de la casa, su respuesta fue sencilla y concisa: «Te estaba esperando a ti».

Me ofreció vernos al día siguiente, y aquí me tenéis, con muchos nervios y ninguna duda, pues, como decía mi abuelo, «que tenga que ser lo que será».

Una vez abierta la puerta, Diana y yo entramos, cruzamos el sendero pasando por delante de la casa del guardés, que recibe la mirada asombrada de Diana, y finalmente llegamos a la casita en la que Nora nos está esperando ataviada con un abrigo que le queda algo grande.

—Ya sabía que volverías. —Es el saludo de la anciana, y antes de que nosotras podamos decir algo, ella continúa hablando—: Este lugar es especial, como tú; y nada más verte poner un pie aquí, supe que este sería tu hotelito. Vamos,

vamos adentro. He preparado té.

Miro a Diana, ella me mira a mí, y sonrío emocionada.

Por fin, está sucediendo.

22 de marzo

Por la mañana

Primera hora de la mañana, y me siento pletórica. Hoy ha sido el día: ya tengo las llaves; de hecho, ahora mismo estoy aprisionándolas mientras observo todavía la fachada de ladrillo rojo del futuro hotel.

No ha sido un camino de rosas, todo hay que decirlo. Más allá de la hipoteca y el coste de la reforma para convertir la casa en un hotel, la mayor dificultad ha sido aceptar que no estoy sola: aceptar que, efectivamente, para conseguir aquello que se anhela, a veces es necesaria la ayuda de los demás y que eso no hace menos tuyo el proyecto. Que no hay nada malo en apoyarse en quienes te quieren ayudar.

Así que, exactamente, una de las cosas que más me costó fue aceptar la herencia de mi abuela para, por fin, hacer realidad mi sueño; sin embargo, luego me he dado cuenta de que esto lo hace todavía más especial, pues siempre que mire el hotel, la veré a ella, incluso en su ausencia, cuando ya no esté.

—Nagore, tía, es espectacular —dice Elsa, que está a mi lado derecho, observando cada detalle de la fachada principal.

—Lo sé —le contesto con una sonrisa.

—¿Entramos? —pregunta Diana—. Tenemos que hacer una videollamada a Gala.

Asiento. Gala es la única que no está; se ha escapado con Juan a las Bahamas para celebrar el aniversario de su boda. Chica suertuda.

—Venga, vamos —digo mordisqueándome el labio.

Todavía no me creo que haya pronunciado estas palabras; y mientras recorremos el caminito de ladrillo rojo hasta la puerta de madera del mismo color, tomo consciencia de que, sí, ya es mío.

Se me erizan los pelos al introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta; mi corazón da una voltereta cuando oigo que Gala habla emocionada a través de la pantalla del móvil de Diana, mientras esta va moviéndolo para dejarle ver la entrada de la casa, que pronto será la recepción... Y por encima de todo, me emociona darme cuenta de que es verdad. Que la esclerosis no me impedirá que siga soñando, que siga viviendo con ilusión. Eso no lo va a impedir nada.

—Entonces ¿esta será la recepción? —quiere saber Elsa, mientras da vueltas sobre sí misma estudiando el espacio.

Asiento.

—Ahí pondré el mostrador. Justo al lado de las escaleras, y debajo de ellas montaremos una especie de cuarto trastero para que haya una pared detrás del mostrador donde guardar las llaves de las habitaciones.

—Catorce, ¿no? —pregunta Gala por la videollamada.

—Sí —le respondo.

—¡El saloncito tiene chimenea! —comenta Elsa, que se ha adelantado a las demás.

Sigo sus pasos y le explico la idea que convinimos con el contratista: dejar el saloncito tal cual y plantear el espacio contiguo como el comedor; además, lo bueno es que no hay que hacer mucha obra, pues en esa parte, incluso las ventanas y los ventanales franceses se conservan en perfecto estado.

Es una zona perfecta para desayunar o comer algo mientras se admira el jardín.

—Es... ¡es una pasada! ¡Quedará ideal! —dice Diana, enseñándole a Gala la pérgola cubierta de hiedra que hay justo a la salida del salón, dando paso al jardín trasero.

—Yo no intervendría mucho en el jardín —comenta Elsa, asomándose también—. Tiene un aire campestre salvaje que le da un punto.

—Sí, yo también lo pienso —asiento sin borrar la sonrisa.

—¿Cuándo viene el contratista? —me pregunta Gala.

—Pues tiene que estar al caer. —Consulto mi móvil—. Viene con Carlos, es el que me recomendó él, y me fue mandando presupuestos para poder valorarlo junto con la hipoteca.

Elsa sonríe encantada.

—Así que viene Carlitos…

Pongo los ojos en blanco pero sin borrar la sonrisa; hoy no. Antes de perderla, se me cae la cara a cachos.

Recorremos la casa y les voy exponiendo algunas de mis ideas, como la rehabilitación completa de la cocina, que incluirá un acceso directo desde la segunda planta, solo para los trabajadores. Sí, todavía no los tengo contratados; esto sucederá en un futuro, esperemos que no muy lejano, si todo marcha bien. De repente suena mi móvil.

—Son Carlos y compañía —explico con emoción al mirar la pantalla.

Gala se despide antes de finalizar la videollamada. Me acerco a la zona del recibidor —la futura recepción— para abrir, por el videoportero, la puerta exterior; una imagen no muy clara en la pantalla muestra a Carlos.

Una vez abierta la puerta, salgo fuera acompañada por las chicas y esperamos a que aparezcan por el camino.

A quien primero veo es a Carlos, y mi sonrisa se hace más amplia cuando noto la alegría en sus ojos, que me encuentran en un segundo. Extiende los brazos y no lo dudo, corro hacia él y salto sobre su regazo; espero que no montemos una escena ridícula cayéndonos. Por suerte, Carlos lo impide al cogerme y nos hace girar en un abrazo que no sabía cuánto necesitaba para acabar de celebrar el día de hoy.

—Ya está, es tuya —me susurra en el oído cuando detiene la rotación—. ¡Sabía que lo lograrías!

—Bueno, todavía tengo que reformarla y ver si sigo viva —le contesto, ya con los pies en el suelo y separándome un poco de él para ver su amplia sonrisa.

—Tenemos. No vas a hacer esto sola. —Carlos me guiña un ojo y se hace a un lado para dar paso a un hombre cincuentón que ha estado mirando la escena un tanto rezagado—. Nagore, te presento a Luis, por fin. Nuestro contratista; como bien te dije, ya hemos trabajado muchas veces con él. No puedes estar en mejores manos.

—Encantada, Luis. Un placer. —Estrecho la mano callosa del hombre, que me sonríe de manera bonachona.

Tiene un estómago prominente, que creo que destaca aún más por su baja altura y el cinturón del cual cuelgan varias herramientas. Todo un clásico. Incluso lleva puesto el casco de obra, aun sin haberla comenzado.

Luis ya conoce la casa, pues me pasó varios presupuestos que me sirvieron para darme cuenta de que no costará una millonada pero que no podré hacer todas las reformas que quiero de golpe; más bien tendré que ir remodelándola poco a poco. Independientemente de eso, no nos habíamos visto en persona ni cruzado palabra, todo ha sido siempre vía mail.

Hasta el momento en que Luis habla:

—*Ienee un oyect muu ointo*.

—¿Perdón? —le pregunto confusa.

¿Está hablando en otro idioma?

—Sí, Luis. El proyecto es muy bonito. Va a quedar fabuloso —dice Carlos, que parece entender a la perfección su dialecto.

El hombre asiente encantado mientras saluda también a Diana y Elsa, que se acaban de acercar al grupo.

—*Io voy a ha aionet* —vuelve a hablar, y unos segundos después se aleja.

—Perfecto, Luis, te esperamos dentro. —Carlos habla al contratista sin ningún gesto de incomprensión en el rostro.

Yo sigo mirándolo fijamente, completamente confundida.

—Eh, ¿hola? —interviene Elsa, una vez que Luis está lo suficientemente lejos como para no oírnos—. ¿Qué coño habla ese hombre? ¿Dothraki?[5]

Diana se ríe, pero yo miro a Elsa con terror, en especial cuando Carlos contesta con tranquilidad:

—Ha dicho que iba a la camioneta. Al principio, cuando lo conocí, me pasó lo mismo, pero una vez te acostumbras, lo pillas todo. Tiene un acento un poco cerrado, nada más.

—¿«Un poco cerrado»? —repito yo, arqueando una ceja—. ¡Pensaba que estaba hablado otro idioma! ¿Qué voy a hacer? —pregunto con cierto histerismo—. Os juro que no he entendido nada. Nada de nada.

—No, no hace falta que lo jures —asiente Elsa.

—Nagore, tranquila, de verdad —continúa Carlos. Y con una calma que me pone de los nervios, nos indica que avancemos.

—Pero ¿tú eres consciente de que estaré muchas veces con este hombre a solas? ¿¡Cómo vamos a llevar una reforma así!?

—De verdad, qué exageradas sois —suspira Carlos, como si de verdad se creyera que somos unas exageradas y no viera la gravedad de la situación—. ¿Verdad, Diana?

—Yo estoy con ellas —dice esta, y Elsa y yo volvemos a mirar mal a Carlos.

—Guapito mío, estás perdiendo puntos —suelta Elsa por lo bajinis, al entrar por fin en la casa.

—¿Eh? —pregunta Carlos, deteniéndose frente a las escaleras que llevan al segundo piso—. ¿«Puntos»? ¿Puntos de qué?

—¿No decías que lo entendías todo? —Elsa ha lanzado la pulla.

—Puntos de nada —intervengo rápidamente, emitiendo una advertencia telepática a Elsa, que se encoge de hombros.

—¿Qué te parece si le expones a Carlos las ideas para la cocina mientras Elsa y yo terminamos de ver las habitaciones? —plantea Diana.

—Sí, claro —contesto, al tiempo que hago una seña a Carlos, quien, por supuesto, tiene algo que decir.

—Yo ya sé lo que quieres hacer en la cocina.

—Lo sé, pero vendrá Luis y necesito un interlocutor —le aclaro.

Carlos se ríe, pero me hace señas para que le abra camino.

Una vez que entramos en la diminuta cocina, Carlos se apoya en una encimera y me observa con esa sonrisa suya que hace que me cuestione mucho más de lo que debería.

Lleva puestos unos vaqueros que se ajustan sobre sus tonificadas piernas, mostrando, sin quererlo, lo fuerte que está; al igual que el jersey de lana de cuello vuelto en azul marino, que se ajusta a su pecho y destaca aún más sus penetrantes ojos azules...

—¿Cómo lo lleva Diana? —pregunta entonces, sacándome de mis peligrosas cavilaciones.

—¿«Cómo lo lleva»? —repito sin entenderlo.

—Sí, ya no viviréis juntas. La he notado más silenciosa de lo normal —dice, y yo niego con la cabeza.

—Todavía me quedan unas pocas noches, pero lo lleva bien. Recuerda que en el fondo está deseando irse a vivir con Aitor ya. Sé que no me decía nada porque estaba preocupada por la esclerosis, pero yo tampoco soy tonta, y mucho menos egoísta. No quiero retener más tiempo a mi amiga. Yo me las puedo apañar mudándome ya aquí, mientras se hacen las reformas; Valerie vendrá a menudo. Además, el plan siempre ha sido así; no puedo pagar la hipoteca junto con el alquiler del piso...

Carlos asiente sin apartar sus ojos azules de mí, algo que no debería ponerme nerviosa a estas alturas, pero lo hace. Vamos si lo hace.

—¿Sabes?, sois un gran grupo —añade, y yo sonrío ampliamente—. No podrías tener unas amigas mejores.

—Lo sé —asiento con fuerza; luego me apoyo en el cacho de encimera que queda libre a su lado—. Soy muy afortunada por tenerlas.

—Y ellas a ti —añade él, chocando su hombro contra el mío.

Una sensación cálida me recorre.

—¿No te cansas? —pregunto entonces, sin cortarme un pelo.

—¿No me canso de qué? —Me mira intrigado.

—De decir las cosas perfectas en el momento perfecto.

—¿Digo las cosas perfectas? —me pregunta arqueando una ceja, y me es imposible no notar su tono juguetón.

—A veces, pero, tranquilo, te encargas de estropearlo rápidamente —me río a su costa.

—Ya veremos. Por cierto, se acerca la próxima fiesta... —deja caer, y yo bufo.

—¿Lo ves? Ya lo estás estropeando —me quejo separándome y haciendo como que voy a salir de la cocina.

—Nagore, me lo prometiste —me recuerda el ingrato.

—Pero estoy comenzando con todo lo del hotel y...

—Es solo una fiesta. Nada más. —Carlos se me acerca con ese gesto condescendiente que me provoca las ganas de zarandearlo.

—¿De verdad que no puedes ir solo? —le propongo con cierta esperanza.

—¿De verdad que me dejarás ir así?

Entrecierro los ojos.

—¿Cuándo es? —pregunto con la boca pequeña.

—Este sábado, así que tienes tiempo para comprarte un vestido o lo que quieras llevar. —Su sonrisa se pronuncia y mi corazón da, literalmente, un traspiés.

¿Cómo es que de pronto estamos tan pegados?

—¿Y me harías un favor? —Carlos baja el tono de voz, como

para asegurarse de que nadie más nos oiga.

Trago saliva a la par que asiento. Ya veis, de repente me he quedado muda. Quizá tenga algo que ver el hecho de notar su cuerpo tan cerca del mío, con poder oler su aroma tan masculino, con el modo en que le brillan los ojos o con el gesto que recorre su rostro, tan diferente al de hace un momento, cuando estábamos tan relajados.

Sus ojos azules recorren mi rostro antes de volver a hablar, pero cuando lo hacen, siento que me dejan congelada, lo juro.

—Recógete el pelo. —Para dar más énfasis a sus palabras, tira suavemente de un mechón.

—¿Cómo? —pregunto sin entender muy bien a qué se refiere, porque no me puede estar pidiendo que me peine de una determinada manera, ¿verdad?

—Hazlo de tal forma que pueda verte el cuello.

Mis ojos conectan con los suyos, pero soy incapaz de decir una palabra.

—Sí, sí, ahora mismo. —La voz de mi hermana pequeña alcanza hasta la cocina y doy un paso atrás, ganando distancia entre Carlos y yo, quien no me quita la mirada de encima.

¿Qué acaba de pasar?

Vuelvo a oír voces y miro hacia la puerta. Ahora tengo una excusa para poder, no sé, darme una tregua.

—¿Valerie? —pregunto al acercarme a la puerta; esto ocasiona que casi me choque contra mi hermana, que me sujeta por los brazos para evitar la colisión.

—Por Dios, menos mal —dice, echando un vistazo por encima de su hombro—. Me acabo de cruzar con un hombre ruso o de por ahí. Me imagino que va a trabajar en la reforma, pero eso, que no sé hablar ruso o lo que coño que hable.

Por un momento me quedo pillada, sin entender a qué se refiere, hasta que caigo en ello.

—Ah, te refieres a Luis.

—¿El ruso se llama Luis? —pregunta extrañada.

—Que no es ruso, solo tiene un acento un poco cerrado —le explica Carlos, antes de inclinarse para besarla en la frente y luego dejarnos solas en la cocina; imagino que va en búsqueda de Luis.

—Es el contratista —le explico a Valerie, que me mira con un gesto de circunstancias—. Yo tampoco lo entiendo, tranquila.

—¿De verdad que haremos la reforma con él?

—Nosotras podremos —le aseguro para darnos ánimos.

—Esto va a ser una locura.

Prefiero no contestarle y obligarla a andar hasta el recibidor donde parece que están Carlos y Luis, acompañados de Diana y Elsa.

Solo espero que todo esto no resulte, efectivamente, una locura, pero en caso de que lo sea, estoy completamente segura de que una vez terminada la reforma, todo será paz y tranquilidad.

Por supuesto que sí.

Unos meses después

—Valerie, *por favor* —enfatizo esa última palabra—, dime que es una inocentada.

—¿Cómo va a ser una inocentada? —se queja mi hermana—, el día de los Santos Inocentes es en diciembre, no hoy. Mira. —Valerie señala algo detrás de mí—. Si incluso ha traído un regalo.

Sigo el gesto de mi hermana para descubrir que en el aparador de la sala de estar hay una cesta de mimbre envuelta con papel transparente y una moña de color rojo.

—¿Una cesta de frutas? —me quiero asegurar, sin separarme de mi hermana.

—Ajá. Un buen regalo, la verdad. Si nos quedamos sin postres, podemos repartirlas.

—Ay, ay. —Me llevo las manos a la sien—. ¿Qué vamos a hacer?

—Más bien dirás: «¿qué vas a hacer?» —recalca ella.

Miro mal a mi hermana pequeña que me dedica una de sus sonrisas encantadoras.

—Sabía que debería haber contratado a Leire y no a ti, pequeña bruja —me quejo.

—No me culpes a mí de tus líos. He de decir que no pensé que esta noche sería tan emocionante.

Me separo de ella por dos motivos, uno para pensar con claridad, y el otro... para no abalanzarme sobre ella.

—¿Y dónde está? —quiero saber.

—Me imagino que en su habitación. Y, sí, ha venido solo.

Asiento y cojo aire para expulsarlo lentamente.

«Vamos, Nagore, tía», me animo. Diría que en peores plazas he toreado, pero no me gustan los toros. Bueno, los toros como animal sí, ya sabéis. Aborrezco el acto de asesinarlos...

En fin, que me enrollo. Que sí, que de esta salimos victoriosas.

26 de marzo

Por la tarde

—Diana, te juro que tras el trabajo de esta mañana, no tengo cuerpo para esto —me quejo mientras me empuja hacia nuestro baño.

—Calla, calla. Tienes que estar espectacular esta noche. Además, solo has tenido que enseñar dos pisos...

—Y un chalet —contesto puntillosa.

Sí, aún trabajo en la inmobiliaria, porque de algo tengo que vivir mientras tanto.

—¿Vais a tardar mucho? —pregunta Aitor, apoyado en la jamba de la puerta del baño mientras observa cómo Diana me obliga a sentarme sobre la taza del váter y me coloca una diadema para apartar el pelo.

—¿Estás seguro de que te quieres ir a vivir con esta mujer? —le pregunto mirándole con súplica.

¿Cuál es su respuesta? Reírse.

—Venga Nagore, si siempre has sido tú quien me ha hecho ver la importancia de prepararse para este tipo de eventos —se queja Diana, mientras me obliga a cerrar los ojos con un disco empapado en agua micelar.

—Debes usar menos cantidad de producto, tía —le explico—. Se me ahogarán los poros con tanta agua.

—Ups. —Oigo que Diana se mueve, seguramente para coger otro disco.

—¿Vas a quedar con el jefazo ese? —quiere saber Aitor, y me es imposible no abrir un ojo para mirarlo.

—Tiene un nombre.

Es lo único que menciono, pero la amplia sonrisa de Aitor lo dice todo.

—Sabéis que los tíos no nos fijamos en esas cosas, ¿no? —continúa el hermano de Elsa, probablemente observando cómo Diana trabaja sobre mi rostro.

—Lo más triste es que pienses que lo hacemos por vosotros —le contesta Diana.

—Ah, ¿no es así? —pincha Aitor que, como Elsa, no sabe cuándo debe callarse.

—Obviamente, no. —Diana deja de echarme la crema que me estaba extendiendo y se vuelve hacia su novio—. Al hacer estas cosas nos sentimos bien con nosotras mismas, nos sentimos poderosas y seguras...

—Para poder lanzarte a ese chaval, ya. —Aitor termina la frase por ella, desquiciando a Diana, que patalea el suelo.

Madre de Dios, estos dos.

—¿Cómo puedes ser tan insufrible? —se queja Diana, y Aitor le dedica un jugueteo de cejas que nos hace sonreír a las dos.

—Bueno, como veo que la operación *Capitana Marvel* llevará su tiempo, me voy al salón a ver una serie, ¿vale?

—Ni se te ocurra ver más capítulos de *Los Bridgerton* —le pide Diana con tanto ímpetu que casi pierde el equilibrio.

—Cariño, te puedo asegurar que no voy a ver ni un solo capítulo de esa serie sin ti. —La ceja arqueada de Aitor lo dice todo, y mis risas provocan que Diana, que vuelve a la labor de esteticista, maldiga por lo bajinis.

—No entiendo por qué simula desinterés y luego me hace dar marcha atrás en la serie si se ha perdido un solo diálogo.

—Te creo —contesto, pero conteniendo una sonrisa—. ¿Sabes? Voy a echar de menos estos momentos los tres juntos. Aitor ya es uno más de este seno familiar.

Diana sonríe ampliamente mientras prepara las mascarillas

para la zona de las ojeras.

—Somos tu pareja favorita, y lo sabes.

—No diré que no.

Diana se echa para atrás y coge rápidamente el móvil para hacerme una foto.

—¡Ey! —me quejo.

—Es para el grupo de las chicas, así ven que ya nos estamos preparando.

—Genial, ahora Elsa hará un *sticker* de mi careto con el que me chantajeará.

—Cielo, no va a hacer... —Diana se calla abruptamente, pues se oye el inconfundible tono de llegada de un nuevo mensaje en el chat—. Bueno, hay que quererla, ya sabes.

—La verdad es que sí. —Hago una mueca.

—En fin, ¿estás nerviosa? —me pregunta Diana, estudiándome.

—¿Nerviosa?

—Sí, no sé. Vas a acompañarlo a un evento, de esos a los que suele ir solo. —Su sonrisa ladina lo dice todo, pero yo me encojo de hombros. Cuando Diana arquea una ceja, me mordisqueo el labio.

—Bueno, solo un poco —acepto. Guardo silencio por un rato —. ¿Es raro que me haya pedido que lo acompañe?

—Define «raro».

—No sé, en el sentido de «especial»...

Una sonrisa recorre su rostro.

—Sí, definitivamente es algo especial. —Diana se apoya en el lavabo frente a mí—. De verdad, Nagore, piensa. Piensa en cómo se ha portado contigo todo este tiempo. Siempre ha estado ahí, y, vale, un buen amigo también lo está, pero la forma de mirarte, esas cosas que a veces te dice... ¡Tía! Claro que es algo especial.

Me mordisqueo el labio.

—Vale, sí, estoy nerviosa —le confieso.

—Claro que lo estás. —Diana se separa de mí—. ¿Te das una ducha y luego seguimos con la sesión de maquillaje?

—¿Y la mascarilla para las ojeras y todo lo que me has echado en la cara?

—No te la mojes, y listo.

Asiento. Entonces el móvil vuelve a sonar.

—¿Qué dicen? —le pregunto cuando Diana lee el chat; y adivino que son las chicas.

—Que esta noche es *la noche*, pero de una forma mucho más soez, por lo menos las partes que ha escrito Elsa.

Diana teclea algo en el móvil, me puedo imaginar que recrimina a Elsa su comentario.

Suspiro.

—No sé, estáis muy convencidas de que va a pasar algo, pero yo no lo veo.

—Mira, está claro que esta noche supondrá un punto de inflexión. Por fin sales con él; además, estás animada por lo del hotel, y eso él también lo nota. Créeme cuando te digo que Carlos se ha estado frenando para no presionarte.

—¿Tú crees? —le pregunto, mirándola sin ocultar mi interés.

—¿Que antes de pensar en sí mismo, pensaría en ti? Sí, definitivamente, y tú también lo sabes. —Sonríe al contestarme.

Asiento levemente y Diana sale del baño, dejándome sola para que me duche. Sin embargo, antes de que cierre del todo, la llamo.

—¿Sí? —Se asoma a través de la puerta.

—¿Podrías traerme la maquinilla de depilar que he comprado esta mañana? Está en el bolso.

—¿Y cómo es que te quieres depilar? Yo ya te veo depilada. ¿O es que se trata de una zona más concreta? —me pincha divertida.

—Anda, cállate —digo al abrir el grifo de la ducha.

—Ahora te la traigo.

—Yo sigo diciendo que algunos vestidos no están hechos para llevarlos con bragas —suelta Elsa a través de la videollamada.

—Ciertamente, lo secundo —afirmo, tras girarme de espaldas al espejo y arrugar la nariz, pues las marcas de las bragas se marcan claramente en la parte del culo de la pegada falda del vestido.

—¿Y si te pones un tanga? —me propone Gala.

Ambas —ella y Elsa— hablan a través de la videollamada que ha iniciado Diana, a quien se le ha torcido el gesto ante nuestra proposición.

—Se notaría también la parte de arriba —digo mientras me señalo la cadera.

—Pero ¿cómo vas a ir sin bragas? —pregunta Diana sin ocultar que la idea la horroriza.

—No puedo ir con un vestido tan bonito y que se marquen, queda fatal. —Vuelvo a enfrentarme al espejo y estudio mi reflejo.

Llevo un vestido negro con escote de pico en la espalda, con tirantes y completamente entallado; la falda acaba en tubo y no me permite mucha movilidad, pero es *taaan* bonito que haré el esfuerzo de dar pasos pequeños. Vamos, voy a una fiesta, no a hacer salto de longitud.

Me he recogido el pelo en un moño bajo porque, aunque me ha crecido el pelo, sigo manteniéndolo justo por encima de los hombros. Y sí, también porque Carlos me lo pidió. Sí. Es absurdo negarlo o no señalarlo.

—¿Cómo estoy? —pregunto, aunque sé la respuesta.

Hace mucho tiempo que no me veo tan guapa.

—Espectacular —contestan las tres, casi a coro.

—Solo te falta pintarte los labios —apunta Diana, tendiéndome el pintalabios por el que me he decantado.

Sonrío una vez que tengo los labios en rojo, y Elsa silba.

—Nena, estás tremenda —dice la morena.

—Gracias —le contesto sin borrar mi sonrisa—. Eso sí, el último toque.

Me apoyo en Diana, inclinándome para poder...

—¿¡De verdad!? —pregunta Diana.

—¡Esas bragas, fuera! —vocifera Elsa.

—Cualquiera que oiga esta conversación pensará que estamos fatal... —Ese es el comentario de Gala.

Hago que mi ropa interior de encaje blanco dé vueltas en torno a mi dedo índice y consigo que las chicas se rían.

—¿Y si coges frío? ¿Quieres que la cistitis sea tu nueva compañera estos días? —plantea Diana, como si lo que acaba de decir fuera lo más lógico.

Yo me encojo de hombros, pero luego pienso un poco.

—Mira, para que estés tranquila, las guardo en el bolso.

Cojo el bolsito de mano negro, el que llevaré esta noche, y meto la ropa interior allí.

—Pufff, Nagore. No sé por qué, pero me parece mala idea —dice Gala.

Miro la pantalla del móvil.

—¿Por? Efectivamente, si resulta que me siento incómoda o tengo frío, voy al baño y me las pongo de nuevo.

—¿En qué momento del universo abrigan unas bragas? —interviene Elsa, con cara de no entender nada.

Hago el amago de contestarle, pero justo llaman al timbre.

Diana y yo nos miramos.

—Es Carlos —decimos a la vez.

Elsa y Gala se despiden con chillidos de emoción, y yo me

pongo hipernerviosa; sin embargo, Diana sale pitando.

—Dile que baja ella —grita; me imagino que a Aitor, pues es el único que está en la casa.

Me asomo y veo que el hermano de Elsa está con el telefonillo en la mano, mirando a Diana como si estuviera loca.

—¿Sí? —responde al telefonillo sin quitar sus ojos de Diana, que se acerca a él gesticulando como si jugaran a algún juego de mímica cuyo nombre no recuerdo porque estoy de los nervios.

Aitor asiente; tensada, Diana coge aire y no se tranquiliza notablemente hasta que Aitor vuelve a hablar, esta vez con una sonrisilla ladeada:

—Tranquilo, baja ella.

Una vez que cuelga, se vuelve hacia nosotras.

—Noto cierta tensión por esta zona, ¿no, Nagore? —me pregunta, señalando donde está Diana, que pone los ojos en blanco.

Mi amiga se gira sonriente y ya más relajada.

—No quería que vuestro primer encuentro fuera con nosotros dos en medio —me explica; y se lo agradezco, pero Aitor tiene otro punto de vista.

—Pues yo quería verlo, qué quieres que te diga —se queja con los brazos cruzados—. ¿Cómo voy a saber si es buen tío o qué intenciones tiene?

—Ignora al cotilla —dice Diana mientras me ayuda a ponerme el abrigo—. Estás preciosa. Lo vas a pasar genial.

—No te esperamos despiertos, ¿verdad? —pincha Aitor. Tras despedirme de Diana, él se inclina para que le dé un beso; eso sí, le despeino en el acto, pues sé que le pone nervioso.

—Hasta luego, chicos —me despido, ignorando deliberadamente su último comentario.

Y, finalmente, salgo de casa.

26 de marzo

Por la noche

El BMW X6 negro de Carlos espera con el motor en marcha justo frente a nuestro portal; así pues, cruzo la calle, pero me detengo al ver que la puerta del conductor se abre y sale Carlos.

Un trajeado Carlos.

Juro que, si no me hubiera detenido, habría sido capaz de, yo qué sé, meter el tacón entre adoquín y adoquín, torciéndome el tobillo o sufriendo la caída más aparatosa y vergonzosa de la historia de la humanidad.

Decir que está guapo es quedarme corta. Muy corta.

El traje, a medida, negro, con camisa blanca y pajarita también negra.

Siempre he pensado que los hombres en traje ganan atractivo, pero lo de Carlos es algo inexplicable, y eso que, debido al trabajo, la mayoría de las veces va trajeado.

—Estás despampanante.

Por mucho que no lo creáis, es él quien dedica esas palabras; lo hace al inclinarse para darme un suave beso en la mejilla. Sus labios me rozan levemente, pero es más que suficiente para que sea hiperconsciente de ellos y de su mano, esa que se ha apoyado en mi espalda para guiarme hacia la puerta del copiloto.

—Por favor, qué modales —digo en un intento de romper un poco el extraño ambiente.

—Qué menos, encima que me haces el favor de

acompañarme.

Carlos me guiña el ojo antes de cerrar la puerta del copiloto, una vez ya estoy sentada.

—¿Preparada para esta noche? —me pregunta tras entrar de nuevo y mover el coche, para salir finalmente de la calle.

—No sé, dímelo tú. ¿Qué me espera?

Carlos sonríe mientras pone el intermitente para girar hacia la izquierda por las callejuelas del centro de San Lorenzo.

—Cenar y beber algo, me imagino, e intentar aguantar conversaciones banales de gente que te interesará bien poco pero que para la empresa es importante.

—¿Cena de socios?

—Efectivamente. Del último proyecto relacionado con las energías renovables.

—Eso es bueno.

Carlos únicamente sonríe, pero pone la música y suena *Dreamland*, de Alexis Ffrench, un compositor que le encanta; y a mí, escuchar su música me relaja notablemente.

No sé qué pasará esta noche, pero noto cierto ambiente, cierta atmósfera que... que me hace replantear, ¿y si doy yo el primer paso? No sé, las chicas se han mostrado todo el rato explícitamente convencidas de que él va a darlo, que ha estado frenándose todo este tiempo por lo que ha ocurrido; sin darme cuenta, al escucharlas he aceptado ese hecho, y ahora me encuentro con una expectación insoportable. Pero todo cambia si soy yo quien da ese primer paso.

Observo su perfil, y me es imposible no pensar en cuando lo conocí. Esa Nochevieja en la que creía que mi vida se desmoronaba.

Contengo una sonrisa y desvío la mirada hacia la ventanilla para ver cómo cogemos la autopista.

Qué ilusa era. Pensar que todo se iba a la mierda por esos absurdos problemas de entonces... era para darme de comer

aparte. Si me hubieran avisado de lo que venía, estoy convencida de que el cuento habría cambiado considerablemente.

Sin embargo, esa es la gracia de la vida, ¿no?

Cada uno de nosotros posee, con sus circunstancias, una balanza con la que mesura de una forma particular los problemas, y esa forma varía conforme evolucionamos. Nosotros y nuestra vida.

En cierto modo, es injusto meterme conmigo misma, con esa Nagore de hace casi cuatro años; porque, oye, el mayor problema de mi yo de entonces era que tenía un tóxico complejo de inferioridad que me hacía sospechar continuamente de Diego.

En fin, es irónico que todo haya cambiado tanto, y que, entre otras cosas, ese chico que me presentó Diego en la fiesta de fin de año se haya convertido en alguien tan especial para mí.

De nuevo miro a Carlos con una sonrisa en el rostro, y él lo intuye, porque sus ojos me buscan.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Nada, nada —contesto, y me vuelvo a centrar en las luces de la carretera.

No pasa nada, y, al mismo tiempo, pasa absolutamente todo.

La fiesta se celebra en el hotel AC Santo Mauro, un exquisito edificio que, si no me equivoco, data de finales del siglo XIX y cuya decoración está muy influenciada por el estilo de Luis XVI.

Una vez que ponemos un pie en el *lobby*, no cabe la menor duda: moquetas en los suelos de mármol con formas geométricas sencillas, molduras de madera tanto en paredes como en columnas y techos, pintadas en colores claros, techos

altos y escaleras de caracol que por sí mismos ya constituyen una obra de arte.

Sigo los pasos de Carlos agarrada a su brazo, quien a su vez sigue las indicaciones que nos han dado en la recepción.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta en un susurro mientras subimos por la enorme escalera de caracol, cuya barandilla de hierro con sus intrincados dibujos me tiene maravillada.

A lo lejos se oye música, diría que clásica, pero efectivamente estoy demasiado nerviosa como para prestar atención a esos pequeños detalles; al no contestarle, Carlos malinterpreta el motivo.

—Tranquila, Nagore, son gente aburrida, no hay nada que temer, salvo que nos maten de puro aburrimiento.

—Hay comida, ¿verdad? —le pregunto con una sonrisa.

Los ojos azules de Carlos me buscan y su sonrisa lo dice todo.

—Y bebida.

—Entonces, puedes estar seguro de que no me aburriré. —Dejo de mirarlo porque de pronto, desde que he tomado la determinación de dar el paso, me siento supervergonzosa.

Llegamos por fin a la sala donde hay la fiesta, y contengo una exclamación al verla.

Ante nosotros tenemos una biblioteca al más puro estilo de la que enseña La Bestia a Bella en la película de Disney, así pues, entenderéis que me quede muda y tan solo pueda mantenerme agarrada de su brazo mientras nos adentramos en ella, independientemente de la cantidad de desconocidos que están repartidos por el espacio mientras disfrutan de la velada con copas en la mano, charlando y escuchando al cuarteto musical que toca en una esquina de la amplia estancia.

Ciertamente, las librerías incrustadas en las paredes no tienen la cantidad de libros que aparecen en la antigua película —sí, señoras, ya es una película antigua—; sin embargo, eso en conjunción con las enormes arañas que cuelgan del techo, la

gran altura de este y los formidables espejos con ornamentadas molduras de madera, me obliga a hacer un esfuerzo sobrehumano para no exclamar a cada momento.

—Carlos, Nagore. —Me vuelvo e identifico al padre de Carlos, que nos ha llamado entre la multitud.

No se puede negar su parentesco: el mismo porte, un rostro anguloso y la nariz prominente; ya a distancia se adivina que son padre e hijo, a pesar del cabello completamente cano de José Manuel, y de sus ojos, que los de Carlos son como los de su madre.

—¿Y mamá? —pregunta este mientras yo saludo a su padre con dos besos.

—Estás preciosa, Nagore. Gracias por venir. —Los oscuros ojos de José Manuel me miran con cariño.

—Gracias por invitarme —le respondo con una sonrisa.

—Tu madre está con... —José Manuel, confundido, gira en redondo—. Pues no sé, estará por ahí hablando con alguien. En fin. —De nuevo mira a su hijo con severidad—. Ya sabes lo que hay que hacer.

—Por supuesto, pero antes vamos a por una copa, ¿verdad, Nagore?

Asiento y me dejo arrastrar por Carlos, que me lleva a la barra, donde un camarero arreglado al más puro estilo de los años veinte nos atiende con rapidez.

—¿Qué es lo que tienes que hacer? —le pregunto curiosa en cuanto volvemos a estar a solas, ya que en el transcurso del camino nos hemos topado con varias personas que querían saludarlo.

—Saludar, mostrarme cercano y agradable. Al fin y al cabo, esta gente ha puesto mucho dinero en el proyecto —contesta Carlos, al tiempo que acepta las copas y me tiende la mía—. En fin, brindemos.

—¿Brindamos? —pregunto, observándolo.

Al llevar los tacones, no necesito inclinar tanto la cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

—Por esta noche —me dice él sin despegar la mirada de mí, salvo por un segundo en que parece desviarse un poco hacia el sur a tal velocidad que me cuestiono si realmente lo ha hecho o no—. ¿Te he dicho ya que estás despampanante esta noche?

—Por esta noche. —Es mi respuesta; choco mi copa con la suya.

—Carlos, Nagore. —Nos volvemos y vemos a su madre, Maribel, que viene acompañada de un matrimonio mayor.

La madre de Carlos es todo lo opuesto a su padre: pequeña, rubia y de ojos claros. Lleva un sencillo vestido de dos piezas en color azul marino que resalta mucho su mirada; no cabe mencionar que también luce unas espectaculares joyas.

Inevitablemente, miro el collar que descansa sobre su escote de corazón. Aunque ahora que me fijo en el matrimonio mayor, me percato de que la mujer —mucho más entrada en años, al igual que su marido— no se queda corta en cuanto a piezas de alta joyería.

Vamos, que el prendido similar a un escarabajo que lleva en el pecho debe de costar más que este hotel. Bueno, quizá haya dicho una barbaridad, pero me entendéis, ¿no? Feo, pero caro. Muy caro.

—Eduardo, Carmen, os presento a Nagore, una muy buena amiga de Carlos.

—Encantada. —Sonrío al matrimonio, y ellos inclinan las cabezas en gesto de saludo.

—¿Tú también te dedicas al sector? —me pregunta la mujer, descolocándome.

—¿«Al sector»? —repito.

—Ya sabes, querida, a las energías renovables...

—Ah. No, no —contesto presurosa.

—Nagore está a punto de inaugurar su propio hotel en San

Lorenzo de El Escorial —interviene Carlos, que me mira orgulloso.

—Vaya, ¿un hotel? ¿En qué categoría? San Lorenzo es una zona muy buena para abrir uno —interviene el marido de la mujer, que lleva un largo bigote blanco peinado como hace cincuenta años.

Noto que se me sonrojan las mejillas.

—Realmente no será un hotel grande, más bien un hotelito con encanto —explico.

—Ah, entendemos —dice la mujer mientras cruza una mirada con su marido, en un muy mal disimulado gesto de mofa.

No hace falta que digan nada más, sé perfectamente lo que están pensando sobre mí, mi proyecto y mi propia categoría. Quiero desaparecer. Hace tiempo que no me sentía tan incómoda.

—Bueno, estás siendo muy modesta, Nagore —añade Maribel con cariño—. Será un hotel boutique muy exclusivo. Solo tiene catorce habitaciones, ¿verdad? —Sus ojos claros buscan los míos.

—Ya vemos. Encantador, bonita —contesta la mujer, a quien pillo repasándome de arriba abajo.

Pero ¿y esta mujer?

—Creo que todavía no hemos saludado a tu padre, Carlos —interviene el hombre, en un intento de salir de la incómoda conversación—. Luego nos vemos.

—Un placer conocerte, Nazaret —saluda la pedorra, y me deja tan congelada que ni siquiera puedo corregirla.

Maribel nos lanza una mirada de disculpa y se va con el rancio matrimonio, ese que ha aportado más sentido a mis ganas de seguir bebiendo el champán que tengo en la copa.

—Ha sido lo más incómodo del mundo —digo una vez que volvemos a estar solos.

—No les hagas ni caso —me susurra Carlos al oído, haciendo que su aliento choque con mi cuello—. Son unos...

Pero no consigo saber qué son, porque nos vuelven a interrumpir.

—Carlos.

Ambos levantamos la mirada y vemos a una preciosa rubia de piernas kilométricas que resultan aún más evidentes por la abertura en su falda.

No hace falta que nadie me diga quién es. La conozco de sobra: Natalie.

Se nos acerca con una gran sonrisa y un vestido digno de la alfombra roja. Incluso el peinado —pronunciadas ondas en su larga melena— parece de revista.

—Hola, no sabía que venías, Nagore. —Me saluda con su exquisito acento francés y al darme un beso en la mejilla, me permite oler su perfume—. ¿Te has dejado engañar por Carlos? ¿Qué te prometió?

—¿Comida y bebida? —Mi respuesta es más bien una pregunta, pero todavía no me he recuperado de la conversación anterior.

Natalie sonríe de modo encantador y dirige sus ojos verdes hacia Carlos, que dibuja una suave sonrisa en el masculino rostro. Es imposible no darse cuenta de que hacen muy buena pareja. Tan guapos, tan inteligentes, tan... ellos.

No os he contado que Natalie trabaja como ingeniera jefa en uno de los muchos proyectos internacionales con los que colaboran la empresa de Carlos y su padre, por eso se conocen.

—¿Llevas mucho rato aquí? —pregunta Carlos, al besarla en la mejilla.

No me pasa desapercibido el brazo que se apoya en su cintura.

—El suficiente para que Abdul me haya invitado a visitarlo, con miras a enseñarme sus plantas de energía solar.

—Al señor Al Manfuttai —me explica Carlos tras reírse del comentario de Natalie— le gusta invitar a todo el mundo a ver sus kilométricas implantaciones. Es algo de lo que está muy orgulloso.

—Y con lo que nos tiene aburridos a todos —interviene Natalie, apoyando una mano de manera casual en el antebrazo de Carlos.

Parece que soy la única en apreciarlo, porque Carlos sigue como si nada; a ver, que es una mano apoyada en un antebrazo, pero «apoyada». Como mujeres, entendéis a qué me refiero.

¿Estos dos han vuelto a liarse?

Doy un trago final a mi copa mientras ambos siguen comentando cosas que, efectivamente, no capto.

Genial.

Como os digo, se prevé una velada maravillosa, porque, ¿a quién no le va a gustar? Y, sí, lo he pensado con la misma entonación y gesto en el rostro que esa señora del Imperio romano del siglo I. Una grande, efectivamente.

—Voy a por otras copas, ¿os apetece? —se ofrece Carlos, que seguramente se ha dado cuenta.

—Sí, por favor —habla Natalie por mí. Yo asiento levemente; así es como me he quedado sola con ella—. ¿Qué tal todo? Hacía mucho que no sabía de ti. No tenía ni idea de que vendrías.

Noto mi sonrisa congelada. ¿Esto quiere decir que siguen hablando y, por tanto, que se han vuelto a liar? Carlos no me ha dicho nada, aunque, ciertamente, estos meses he estado algo ausente y en cuanto he remontado, el último mes no he parado, con lo del hotel.

Ella continúa con su charla.

—La verdad es que el sitio es maravilloso, siempre que venimos aquí sé que va a ser una gran velada. A Carlos ya

sabes que le encanta este hotel —dice. Yo asiento, noto que me estoy perdiendo parte de la conversación—. Por cierto, tu vestido es ideal. ¿De qué diseñador es?

Me observo, y de nuevo miro a la despampanante chica que tengo frente a mí.

—Es de Zara, gracias. —Me siento un poco cohibida al responder; me noto las mejillas rojas.

—Ah, pues eso, es precioso —contesta rápidamente, aunque puedo notar que se ha quedado algo cortada.

—El tuyo sí que es bonito, y te queda fabuloso —digo para romper el hielo. Entonces me fijo en la fina pulsera que lleva en la muñeca. Dado el nivel de la fiesta, me imagino que será de diamantes—. La pulsera es preciosa.

Los ojos se le iluminan, justo cuando Carlos llega con nuestras copas.

—Es de Tiffany's, un regalo de Carlos. —Lo mira con absoluta adoración, y yo, sorprendida, arqueo inevitablemente las cejas.

—No fue nada —contesta él mirándome, y se sitúa a mi lado.

Me tenso. Aquí pasa algo rarísimo. ¿No es nada y le regalas una pulsera que vale por lo menos todo mi sueldo de un mes? Con las comisiones incluidas, ojo.

Oh, Dios. ¿Qué hago aquí?

—A mí me encanta —continúa Natalie, admirando todavía la pulserita y ajena a mi debate interno.

—Perdonad. —Se nos acerca un hombre que antes había saludado a Carlos—. Os tengo que robar a Natalie un momento.

Carlos y yo asentimos, y volvemos a quedarnos solos.

—No es lo que parece —habla de pronto. Yo me tenso.

—¿Que le has regalado una preciosa pulsera a tu ligue? —contesto, obligándome a sonreír.

Carlos gruñe, literalmente, y eso hace que lo mire con una ceja arqueada.

—Mira, se lo regalé, efectivamente, cuando estuvimos liados; pero sabes que Natalie nunca ha significado nada especial para mí.

—Pues para no significar nada, vaya unos regalos que te marcas —respondo chulesca y, sí, molesta, mientras me entretengo mirando la sala y a sus *sofisticados* invitados.

Carlos se vuelve completamente hacia mí e impide, con el gesto, que siga observando nada que no sea a él.

—¿Qué sucede? ¿Estás molesta?

Mis ojos se encuentran con los suyos.

—¡Claro que lo estoy! Podrías haberme dicho que sigues liado con ella, y me habría ahorrado venir aquí, así sería todo menos incómodo.

Una expresión extraña recorre el rostro de Carlos, a caballo entre la confusión y algo que no sé interpretar.

—No estoy liado con ella, si no te lo hubiera contado. Y ¿qué es eso de «menos incómodo»?

Bufo y doy otro trago a mi copa. Creo que no voy a beber más, o al final me achisparé.

—No sé, Carlos, resulta más que evidente que no pego nada en esta fiesta. ¿Cuánto llevamos aquí?, ¿media hora? Y ya se han encargado de humillarme varias veces.

—Te he dicho antes que la gente...

Lo interrumpo:

—Y no es solo eso. —Le miro haciendo un mohín—. Desentono una barbaridad aquí.

«Desentono contigo», pienso, pero eso me lo guardo para mí.

No se lo digo, pero imagino que él ya lo sabe, y entiendo por qué nunca ha dado el paso. Sería un error. Como amiga soy completamente apta, tal como ha sido todo este tiempo, pero no para algo más. No lo soy. Nuestros mundos son absolutamente incompatibles. Y vale que quiere salir de la empresa de su padre, pero seguirá moviéndose en estas altas

esferas en las que, sinceramente, yo no me veo. Por no mencionar que, si nos liáramos, es posible que todo se fuera a la mierda; pero ¿estoy tan segura de querer arriesgar nuestra amistad?

Aunque ¿estoy tan segura de que existe esa posibilidad? Empiezo a convencerme a mí misma de que, en realidad, tan solo soy una gran amiga.

Carlos y yo seguimos observándonos, hasta que él suspira, dispuesto a romper el silencio.

—Mira, Nagore, por favor...

—¡Ya estoy de vuelta! —Natalie nos vuelve a interrumpir, espero que mi sonrisa no sea excesivamente falsa—. Perdonad, es que querían que les comentara...

—Perdonadme un momento —la interrumpo yo—, tengo que ir al servicio.

—¿Te acompaño? —se ofrece Carlos, pero yo niego con la cabeza.

—Ahora nos vemos.

Me separo de ellos y me alejo de la sala; pero, efectivamente, como sospecháis, no es para ir al baño sino porque quiero estar a solas y meditar unos minutos sobre qué debería hacer.

Tras alejarme lo suficientemente de la fiesta, acabo en una sala muy peculiar. Parece un bar, y decorado de una manera soberbia. La pared, en un tono oscuro, aporta al espacio un ambiente más íntimo, y los espejos envejecidos repartidos por las paredes al estilo de casetones crean una atmósfera acogedora y elegante gracias al candor de las luces. La sala está vacía, pero sospecho que el padre de Carlos ha reservado todo el hotel para sus invitados, así que me siento frente a la barra de madera negra y saco el móvil.

Abro el chat de las chicas para leer sus últimos mensajes y ponerlas al día. Al final no será una noche emocionante.

Estoy a punto de comenzar a escribir, cuando una idea fugaz

salta en mi mente. Creo que la idea viene avivada por el champán.

Siempre he dicho que las bebidas burbujeantes generan malas ideas muy grandes.

Así que, sí, abro el chat, pero no el de las chicas, sino el de Joel. No sé, ¿me contestará?

26 de marzo

Un poco más tarde

Cuando vuelvo al salón de la fiesta, soy consciente de que estoy acalorada. La desaparición que pensé que supondría un momento, se ha alargado más de la cuenta, pero al parecer nadie se ha percatado, porque cuando busco a mi acompañante lo encuentro en el mismo lugar en el que lo dejé: hablando con Natalie.

Me acerco a ellos y me recorre una mezcla de sentimientos. Por un lado, el alivio de ver que no me ha estado buscando, pero por el otro, el sabor amargo de la decepción. ¿De verdad no se ha dado cuenta de que llevo desaparecida por lo menos veinte minutos?

—Hola —digo al acercarme.

Ambos me miran; Natalie sin borrar su sonrisa, pero algo en la expresión de Carlos me confunde. Está demasiado serio.

—Tengo que irme —digo sin perder el tiempo—. Creo que beber sin haber comido nada me ha sentado mal, así que... —La mentira sale sola, pero al entrar de nuevo en el salón y ver la escena he tenido claro que no quiero perder ni un segundo más aquí.

—No me digas —contesta Natalie con una mirada de preocupación.

Carlos se me acerca.

—¿Por qué no me has avisado? —me pregunta él, sujetándome del brazo.

—No quería molestarte —respondo, dedicándole una sonrisa.

—Venga, vamos, te llevo... —Pero me suelto de su agarre suavemente mientras niego con la cabeza.

—Tranquilo, he pedido un Uber para que me recoja.

—¿Por qué has hecho eso? —Carlos no disimula que le ha sentado mal.

Pero yo no vacilo:

—Carlos, junto a tu padre, eres el anfitrión de la fiesta. No puedes abandonarla por mí.

—En eso tiene razón —interviene Natalie, a quien miro agradecida aunque imagino que lo que quiere es que me vaya de la fiesta para estar a solas con Carlos.

No la culpo.

—Pero ¿cómo voy a dejarte ir sola? —insiste él, completamente contrariado.

Yo tiro suavemente de su corbata para alcanzarlo y darle un beso en la mejilla que le sorprende.

—Despídeme de tus padres, y disfruta de la noche.

Es lo único que le digo antes de soltarlo para alejarme, no sin despedirme también de Natalie.

Salgo sin volver la vista atrás, y una vez que llego a recepción ya con mi abrigo puesto, miro de nuevo el móvil.

Releo nuestro último chat:

Yo
Hola, cómo estás?

Joel
Es cierto lo que mis ojos ven? Me estás escribiendo?

Yo
Ves bien
Qué tal?

Joel

Bien, no me puedo quejar.
Estoy con unos amigos tomando unas cervezas. Hoy, de sábado tranquilo.
Y tú?

Yo
En un aburrimiento de fiesta

Joel
Y eso?
Por qué sigues allí?

Yo
He venido para acompañar a un buen amigo, pero nunca imaginé que sería tan terrible

Joel
Y por qué no te vas?

Yo
Y hacerle eso a mi amigo?

Joel
Si es un buen amigo lo entenderá,
y si no lo hace, no lo es tanto

Yo
Qué filosófico

Joel
También puedes recurrir a la excusa de que te ha sentado mal lo que hayas comido o bebido. Es un clásico que nunca falla 😎

Yo
Y ese será mi glorioso sábado por la noche?
Vaya un chasco

Joel
Ahí es cuando entro yo

Yo
Tú crees?

Joel
Por algo me has escrito, a pesar de esa regla tuya de no repetir

Yo
No te recordaba tan directo

Joel
Yo a ti, sí, por eso sacas esa parte de mí

Yo
Jajajajaja

Joel
Qué me dices?
Vas a seguir en ese aburrimiento de fiesta, o quieres pasártelo bien?

Y ahí he dejado de contestar, en ese último mensaje.

Sigo con la vista fija en la pantalla, y el botones me avisa de que ha llegado mi Uber.

Se lo agradezco y salgo a la fría noche de Madrid.

Una vez que estoy dentro y el coche arranca, escribo un rápido mensaje a Carlos indicándole que voy de camino a casa, que no se preocupe e insisto en que se lo pase bien.

Esa sensación amarga me recorre de nuevo, pero intento disiparla. Una debe saber cuándo es o no su momento, y reconocer que no todo saldrá como espera. Ciertamente, en eso ya soy experta, así que, en vez de lamentarme y carcomerme por dentro, vuelvo a coger el móvil.

Soy joven, me he arreglado y tengo toda la noche del sábado

por delante. Nunca se sabe cuántas noches más de estas voy a tener, espero que muchas, sí, pero ya entendéis a qué me refiero.

El *carpe diem* tiene un muy nuevo enfoque para mí, así que abandono el chat con Carlos, en el que —he de decir— todavía no ha contestado a pesar de haber leído el mensaje, y abro el de Joel.

Yo
Dónde nos vemos?

Su respuesta es rápida y concisa. Me manda una ubicación, y al ver dónde es, sonrío.

Aparece un nuevo mensaje.

Joel
Si no me equivoco, conoces el piso y la letra

—Perdone, ha habido un cambio de planes. Vamos a otra dirección. Cóbreme un extra por el trayecto —digo, inclinándome hacia delante para que el conductor me oiga bien.

—¿Adónde quiere que la lleve?

—A la Glorieta de Bilbao, por favor.

Me apoyo en el asiento con una sonrisa puesta. Sí, parece que Joel sigue viviendo en nuestro portal, y, sí, también parece que voy a cometer esta locura. Pero, como dicen, la noche es joven, me apetece; y, joder, me dejaré fluir, que por algún motivo no llevo bragas, ¿verdad?

Subir las mismas escaleras del portal donde vivíamos Diana y yo resulta extraño, pero aún más porque siento esa anticipación

en el estómago.

Es como esa sensación de nervios que tienes cuando por fin vas a hacer ese viaje que tanto tiempo llevas esperando o, bueno, como cuando sabes que tendrás sexo después de tanto tiempo. Sí, ese es el caso.

Así pues, al llegar a la puerta no llamo al timbre, tan solo golpeo los nudillos contra la puerta de madera envejecida. Son casi las doce de la noche y en el viejo portal hace bastante frío; cuando la puerta se abre y me topo con un Joel sonriente y despeinado, tan solo puedo murmurar un saludo:

—Hola.

—Pensé que nunca llegarías. —Es su respuesta.

Luego se acerca a mí, o yo a él, pero, sí, nos arrimamos. No perdemos el tiempo en palabrería innecesaria.

Sus labios capturan los míos con ansia, robándome el aliento, y sus brazos me rodean la cintura para adentrarme en su piso y cerrar la puerta detrás de mí.

Damos varios pasos hasta que mi abrigo cae y los oscuros ojos de Joel me recorren al separar nuestro beso voraz.

Un brillo de anticipación aparece en sus oscuras y dilatadas pupilas mientras las manos acarician mi cuerpo, desde los finos tirantes hasta la cintura y la falda entallada.

—Suéltate el pelo —me pide, al tiempo que acorta de nuevo las distancias.

Yo me llevo las manos al recogido y lo suelto con rapidez en cuanto sus labios me dedican electrizantes mordiscos en la clavícula, consiguiendo arrancarme un jadeo.

—Lo tienes más largo —me susurra. Entrecierro los ojos cuando lo agarra y da un suave tirón hacia atrás para inclinarme la cabeza y exponer, así, mi cuello—. Me gusta.

Joel vuelve a buscarme la boca y apoyo las manos en su pecho, dispuesta a meterme debajo de la fina tela de la camiseta. Pronto consigo mi objetivo, pero Joel da unos pasos

para alejarse.

—Vamos adentro, a no ser que quieras follar contra la puerta de casa —dice con una sonrisa divertida que desentona con la gravedad de su voz.

Me parece tan excitante advertir que ni siquiera hemos dado dos pasos dentro de la casa, que le dedico una sonrisa juguetona y me alejo de él para alcanzar la puerta, chocando mi espalda contra ella.

—Así será entonces. —Joel asiente antes de quitarse la camiseta y tirarla de cualquier manera para venir a alcanzarme.

Volvemos a besarnos. Nuestras manos, avariciosas; las mías se dirigen a los botones de los vaqueros, y una vez que nos deshacemos de su ropa, me vuelvo para facilitarle el acceso a la cremallera de mi vestido.

—Vaya, vaya... —Es lo que dice cuando descubre que no llevo ropa interior.

Hago el amago de quitarme los tacones, pero me agarra de las caderas.

—No —murmura contra mi cuello, y me vuelve a pasar su juguetona lengua por la oreja, llenándome de excitantes escalofríos.

Me giro para quedar frente a él y con la pierna le rodeo la cadera, acercando su cuerpo al mío; concretamente, choco su abultada erección sujeta por la fina tela de los calzoncillos contra mi clítoris de una manera... de una manera deliciosa.

—Nagore, no podré... —gruñe mientras me aprieta el culo con las manos y sin despegar sus ojos de mí.

—Vamos —lo interrumpo, y le bajo la tela de los calzoncillos —. Tengo un preservativo en el bolso.

Joel se aleja un momento de mí para dejar caer al suelo el contenido del bolso, y sin titubear rasga el envoltorio del condón para colocárselo.

Ahí debería haberme dado cuenta de que falta algo imprescindible dentro del bolso, pero estoy a otras cosas, sobre todo cuando Joel vuelve a acercarse a mí, sujetándome la pierna izquierda contra su cadera.

—Así que lo quieres rudo, ¿eh? —Me mira con una media sonrisa y yo le respondo el gesto con otra.

—No me voy a romper —contesto, al tiempo que apoyo las manos sobre sus hombros y acerco su rostro al mío.

—Eso me pone aún más.

Es lo único que dice antes de besarme de nuevo y entrar en mí de una estocada deliciosa que me hace gemir.

Joel me da lo que le pido. Y pronto llego a un orgasmo tras otro, acompañada de los fortísimos empujes de sus caderas, recordándome que estoy viva y que la vida es jodidamente maravillosa.

Una notificación de mi móvil me despierta. Por un momento me encuentro totalmente desubicada, pero enseguida noto la respiración de Joel, que duerme a mi lado, y recuerdo que estoy en su piso.

Me inclino para mirar el móvil, pues lo tengo junto a la cara, sobre la almohada. Deduzco que me he quedado dormida tras escribir a Diana un escueto mensaje para decirle que hoy no dormía en casa.

Sin embargo, cuando veo el mensaje que acaba de entrar, me desvelo.

Es de Carlos.

Me ha escrito un simple «Ok», y tengo que abrir nuestro chat para recordar qué le había dicho yo.

Frunzo el ceño.

Estoy tentada de preguntarle qué tal ha pasado la noche,

pero un sencillo motivo me frena: no quiero saber si al final no la ha pasado solo.

Así pues, dejo el móvil y me obligo a cerrar los ojos en un intento de volver a soñar con nada.

27 de marzo

Al mediodía

—He decidido que voy a echarme un amante —suelto cuando el camarero ya nos ha servido las cuatro cervezas.

—¿Un amante o un follamigo? —me pregunta Elsa antes de dar un trago a su bebida, sin extrañarle lo más mínimo el cambio de conversación que acabo de introducir.

Estamos en la plaza de la Constitución, en una de las muchas terrazas de los restaurantes que la rodean. Como siempre, hay ambiente, puesto que el día invita; es soleado, uno de esos en que se comienza a atisbar el buen tiempo que promete la primavera, sobre todo en la sierra, donde tanto frío hace.

—El término de «follamigo» me parece un tanto arcaico, ¿no lo creéis? —pregunto yo, a la vez que cojo una aceituna—. Además, no pega con Joel. Porque no es mi amigo, es solo eso: mi amante.

—Entendemos... —dice Gala, aunque su rostro muestra todo lo contrario.

—Entonces ¿vas a repetir con él? ¿De nuevo? —tantea, sorprendida, Diana.

—Sí. Lo he decidido. Creo que es perfecto. Cada vez que tenga ganas de follar, le doy un toque, y listo.

—Qué bonito... —deja caer Diana con cara de circunstancias.

—Di que no. A mí me parece bien —añade Elsa mientras picotea en la tapa que nos han servido—. Cero complicaciones. Solo el entendimiento entre dos adultos que se gustan y funcionan bien sexualmente.

—Muy bien —asiento yo.

—Pero hay algo que me chirría, en toda esta historia —dice Elsa—. Cuéntanos de nuevo lo de Carlos. ¿En serio que se ha ido con Nicole?

—Natalie —la corrijo yo—. Y no lo sé, la verdad. Solo... no sé. Me sentí un poco... como que no pintaba nada ahí. Liarnos creo que lo complicaría todo, así que creo que lo volveré a guardar en el cajón de los amores platónicos hasta que deje de...

—De suspirar por él, ya —me pincha Diana.

—No suspiro por él —me quejo.

Las tres ponen los ojos en blanco.

—Tía, ¿no te parece un poco raro mantener una relación así con él? —pregunta Gala.

—No veo qué tiene de raro. Él no sabe nada de mis sentimientos hacia él, y yo no...

—«Sentimientos», vaya —me interrumpe Elsa, con la sonrisa bien amplia.

Pestañeo.

—A ver, sentimientos no... —intento corregirme.

—Ay, querida, te ha fallado el subconsciente —me sigue pinchando la morena.

—Mira, vamos a dejar de dar vueltas a este tema —interviene Gala—. Ya está.

Las tres la miramos.

—Nagore ya nos ha explicado sus motivos, nosotras hemos expuesto también nuestro punto de vista. Pero es su vida, chicas. Al fin, es ella quien tiene que tomar sus decisiones.

—Vaya, gracias, Gala —digo, tras el silencio que ha caído entre las cuatro.

—De nada —me contesta ella soltando un poco el aire—. No quería sonar tan brusca, pero... ya está, chicas. Ya está —pide, mirando ahora a Diana y Elsa, que acaban por asentir.

Aparece el camarero con nuestra comida, y pronto la atacamos; así disfrutamos del espléndido día y charlamos de nuevo sobre nuestras cosas, alejándonos del peligroso asunto con Carlos.

Sonrío al escuchar sus historias sobre los avances en la nueva página web de Elsa y los nuevos proyectos de Diana ahora que se va a vivir con Aitor, y me emociono ante la propuesta de Gala de plantear nuestras próximas vacaciones juntas.

Una conversación sencilla, sin pretensiones, pero con ellas. Inevitablemente me doy cuenta de que estos pequeños momentos son, en realidad, los grandes, y que los recordaré en adelante.

—¿No has notado a Gala un poco rara? —me pregunta Diana mientras le paso la cinta americana para cerrar otra caja.

Estamos las dos en su habitación, la de nuestro piso, terminando de empaquetar las últimas cosas.

Es triste pensarlo, pero esta será nuestra última noche juntas; queremos recoger la gran mayoría de las cosas para que los de la mudanza solo tengan que llevarse lo más voluminoso y pesado.

—¿Lo dices por lo de la comida? —La miro.

—Ha sido... no sé. —Diana hace una mueca y yo asiento, pues entiendo a qué se refiere con ese gesto—. Quizá Elsa tenga razón, y esté algo rara. Pero es complicado, porque la mayoría de las veces parece estar bien, normal.

—Yo le pregunté directamente y dijo que no pasaba nada.

—Pues claro que iba a contestar eso, no te dirá que sí si intenta ocultarlo —dice Diana mientras amontona una de las últimas cajas sobre otra y las empuja a un rincón, arrastrándolas por el suelo.

—No sé. —Me encojo de hombros al tiempo que cierro otra caja—. Salvo tú, las demás contamos las cosas que nos pasan o nos rondan por la mente.

—Vaya, Nagore, gracias —dice Diana con ironía y mirándome.

—Bueno, es verdad. ¿O recuerdas el supersecreto que tenías con lo de Bruno? Y no olvidemos la escena de la que aquel verano fuimos todas testigos desde la ventana de tu cocina.

—Vale, vale. Capto el mensaje. —Diana hace un gesto para que deje de hablar—. Pero, por favor, intenta no ser tan directa a veces.

La miro sin entender a qué se refiere.

—Bueno, con esta caja ya estaría. —Y se levanta del suelo en el que se sentaba, aunque sigue, como yo, rodeada de cajas—. Llamaré a Aitor y a Elsa para que vengan con Cole a ayudarnos.

—Sí, me parece un buen plan. —E imito su movimiento—. Pues... —La miro—. Ya está. Esto es el fin de una era.

—Calla, no me hagas llorar. —Lo dice ya con lágrimas en los ojos.

—No llores, va a ser genial —la animo, y con el hombro le doy un choque juguetón en el suyo.

—Voy a vivir con un chico, Nagore.

—Sí, pero es tu chico. Este sí que es especial. Como cuando Monica se va a vivir por fin con Chandler.

Diana va a decir algo, pero acaba por no hacerlo. Nos fundimos en un abrazo.

—¿Eso significa que tú eres Rachel? —me pregunta, todavía abrazadas.

—Obviamente —respondo.

Estamos en casa de Cole y Elsa. Después de ayudarnos con las

cajas de la mudanza, hemos decidido improvisar una barbacoa para cenar, pues hace buen tiempo; aunque, claro, ahora que se ha ido el sol ya no me parece tan buena idea. Pero, bueno, ¿quién se puede resistir a una hamburguesa de las que prepara Cole?

Sazona la carne, compra pan en el obrador... deliciosas.

Sonrío ante una broma que Cole hace a Aitor, quien está jugando con Coco, la perra de Elsa y Cole.

Estoy sentada de tal forma que no pierdo detalle de nada, así que sonrío al ver que Elsa se acerca a Cole para ayudarlo con los panes, y él la mira con auténtica adoración, y enseguida se ríe por algún comentario mordaz que le ha soltado la morena; un comentario que se ha cuidado mucho de que no oigamos los demás.

—¿Qué cuchicheáis? —salta Aitor con el *frisbee* en mano, al tiempo que esquiva por los pelos a Coco, que intenta atraparlo.

—Nada —sueltan Cole y Elsa sospechosamente a la vez en una perfecta sincronización.

Aitor frunce el ceño.

—¿Estabais hablando de mí? —les pregunta.

—No —declaran, lo que viene a significar todo lo contrario.

—¿Están ya esas hamburguesas? —inquiere Diana, acercándose también al fuego de la barbacoa para cotillear.

Al cabo de poco, tenemos las hamburguesas preparadas y nos sentamos a la mesa, todos dispuestos a atacar la deliciosa cena. Eso sí, antes de sentarse, Cole se cerciora de que la estufa que ha colocado a nuestro lado funcione perfectamente, y dejemos, así, de sentir ese frío espantoso.

—El mejor invento del siglo —dice Elsa.

—Yo tendré que conseguir unas cuantas para las terrazas del hotel —comento—. Aunque lo dejaré para más adelante. Como la inauguración será en verano...

—Cierto, ¿cuándo será la gran inauguración? —me pregunta

Cole, al sentarse y atacar, por fin, la hamburguesa. Lleva suelto el pelo rubio y tiene que retirarse algunos mechones de la cara.

Sonrío emocionada.

—Quiero que sea en una fecha especial. Esta semana he acordado con Luis que será en la noche de San Juan.

—Oh, ¡me encanta la idea! —aplaude Diana, y Cole asiente.

—¿En serio has aprendido ya a hablar dothraki? —comenta Elsa con la boca llena.

Ignoro su comentario.

—Por supuesto, quiero hacer una fiesta de inauguración con vosotros. Seréis mis primeros inquilinos, pero obviamente estaréis invitados a todo, claro —les explico rápidamente.

—Tía, mal negocio si ya empiezas a invitar —dice Elsa con una sonrisilla; los demás asienten—. Te dejamos que nos des un detallito, como el desayuno de la mañana siguiente, pero nada de regalarnos la noche.

—Ya veremos —digo, y doy otro mordisco a la deliciosa hamburguesa.

—¿La reforma ya estará lista para esa fecha? —me pregunta Aitor.

—Espero que sí. Realmente, lo que más trabajo dará es la cocina, y bueno, las instalaciones, pero me han dicho que esto estará finiquitado en mayo.

—Habrá que trabajar en la página web y comenzar a pensar en cómo darlo a conocer —comenta Diana, casi más para sí misma que para el resto.

—Yo, por supuesto, haré una entrada en el blog —interviene, entusiasmada, Elsa—. Contaré mi experiencia, hablaré de la inauguración. Daré bombo por Instagram...

—¡Tendremos que preparar invitaciones! —estalla Diana, ya contagiada con el mismo entusiasmo que me está invadiendo a mí por sus ideas—. Para que lo enseñes y parezca superexclusivo. A la gente le vuelve loca lo exclusivo, así que

todos querrán ser los próximos en visitar el hotel.

—La verdad es que, solo con escucharos, incluso a mí me entran ganas de reservar ya una habitación —dice Cole.

—Va a ir genial. Será un gran estreno —afirma Elsa.

—Eso espero —digo yo.

—Lo será —insiste Aitor—. Creo que nunca te lo he dicho, pero la verdad es que la idea del hotel me parece muy buena. A la gente le apasionan los sitios con encanto y la naturaleza, y si juntas ambas cosas... —Aitor vuelve a asentir—: Irá muy bien.

Yo sonrío agradecida por sus palabras. En ese momento me llega una notificación.

Echo un vistazo, es Carlos.

Entro directamente en el chat. Desde lo de anoche no he hablado más con él y tengo una sensación extraña en el cuerpo.

—¿Irá mañana a ayudarte? —me pregunta Diana. Aunque no entiendo por qué lo hace, ya que ha leído directamente el mensaje sin disimular ni un ápice.

—Por favor, Diana, deja de cotillear.

—¿Quién es? ¿Carlos? —pregunta interesada Elsa, lo que ocasiona que Aitor y Cole presten especial interés a la conversación.

—¿Qué tal anoche? No dormiste en casa —quiere saber un divertido Aitor que me guiña el ojo.

Doy otro mordisco a mi hamburguesa antes de contestar.

—Sí, follé. Pero no con Carlos —revelo.

Cole se atraganta y Diana me mira escandalizada.

—¡Tía! —Me golpea en el brazo.

—¡Me lo ha preguntado! —me quejo sin entender su punto. Elsa se ríe y da palmadas en la amplia espalda de Cole, que está tosiendo.

—Di que sí —asiente Aitor con una sonrisa—. ¿Y quién ha sido el afortunado?

—A ti te lo voy a decir —le suelto sonriendo.

—Pero ¿no te gustaba Carlos? —interviene ahora Cole, una vez recuperado—. ¿Qué ha pasado con él?

—Carlos es mi amigo. Y tengo que guardarlo en el cajón de los amigos. —Todos me miran con cara de circunstancias—. A ver, pertenecemos a mundos muy distintos, y los dos lo sabemos. Liarnos solo puede complicar las cosas. Él... —Me callo un segundo—. Él no me ve de esa manera —les dejo claro.

—Él no te ve «de esa manera»... —repite Cole como si estuviera descifrando un jeroglífico.

—Sí, el chaval estuvo contigo en el hospital, completamente pendiente; pero no te ve de esa manera, es evidente —habla Aitor con una clara ironía—. Por no mencionar cómo se comporta cuando está cerca de ti.

—¿Y tú cómo sabes eso? —Miro acusadoramente a Diana, que de pronto está muy interesada en su hamburguesa.

—No sé nada —contesta rápidamente Aitor.

Pongo los ojos en blanco. Suspiro.

—Mirad. Ayer era el momento idóneo para que pasara algo, pero tan solo estaba pendiente de Natalie. —Frunzo el ceño—. Y lo entiendo. Ellos pegan. Nosotros somos amigos. Los mejores, pero solo amigos.

—Diana también es mi mejor amiga —dice Aitor, socarrón.

—Y Elsa la mía —añade Cole, también con una sonrisilla que me hace suspirar nuevamente.

Son tercos, demasiado.

—No voy a añadir nada más.

—Vaya, ha mandado una foto —nos informa Diana, que parece estar entretenida con mi móvil—. Mira a ver qué es.

Le lanzo una mirada de soslayo y corroboro que, efectivamente, hay la notificación de una foto.

Entro en el chat para releer rápidamente los mensajes anteriores, y al llegar al último me congelo.

Carlos
Qué tal? ¿Cómo estás del estómago?
Mañana voy pronto para ver en qué os puedo echar una mano

Yo
Hola! Mucho mejor, de hecho, ahora mismo estoy cenando una hamburguesa de las de Cole, el chico de Elsa

Carlos
Sé quién es

Yo
Jajaja. Por si acaso.
En fin, pues me vas a salvar la vida.
Valerie y yo seguimos sin entender muy bien a Luis.
Menos mal que viene con su equipo, y a ellos sí que los entiendo

Carlos
Qué exageradas sois. Pues mañana me tienes ahí.
Por cierto, esto es tuyo?

—Oh, Dios. —Es lo único que consigo decir al ver la imagen.

—¡Tía, tía, tía! —Eso es lo que oigo que boquea Diana.

—¿Qué pasa? —pregunta Elsa al ver nuestras caras.

—¿Ha mandado una foto-polla? —pregunta Aitor con las cejas arqueadas, lo que ocasiona que todas nos volvamos hacia él, fulminándole con la mirada.

—Por supuesto que no —suelta Diana.

—Es mucho peor —digo, escondiendo la cabeza entre mis brazos, que ahora se apoyan sobre la mesa.

—Trae —oigo que dice Elsa, imagino que pidiéndole el móvil a Diana para ver la dichosa imagen. Y es que no soy capaz de levantar la vista.

Oigo la exclamación de Elsa y... ¿He dicho ya que me quiero

morir? ¿Por qué me pasa esto a mí?

—¿Tanto revuelo por la foto de unas bragas? —pregunta Cole confundido.

—Diosss —me quejo de nuevo sin levantar la cabeza.

Oigo murmullos y sé que todos están mirando la foto. La dichosa imagen en la que se ve la caja de cambios del coche de Carlos, y en la palanca, colgadas, sí, como leéis, unas bragas de encaje blanco.

—Tía, míralo así. Esta vez son monísimas —comenta Elsa, haciendo que por fin levante la cabeza.

—¿Es que ha habido ya otro episodio? —quiere saber, divertido, Aitor.

—Entonces son tuyas —concluye Cole sin un atisbo de duda.

—Digamos que es su sino —habla la pedorra de Elsa.

—¿Qué hacen tus bragas en su coche? —insiste Aitor, que se encoge de hombros cuando Diana le lanza una mirada que claramente se puede interpretar como: «deja de atormentarla»—. ¿Qué? Ya no nos podéis excluir de la historia. Ha dicho que folló con otro, así que, ¿por qué están las bragas ahí? —Abre los ojos como platos—. ¿Te lo tiraste en el coche de Carlos?

—Por favor, Sherlock, para —le pide Elsa, y me mira—. ¿Qué le has contestado?

—¿Nada? —contesto mortificada—. Y ¿en serio que tienen que estar en la palanca de cambios? ¡Por favor!

—Yo solo te digo que el silencio es una clara confirmación. Y sobre cómo han aparecido ahí, me imagino que las habrá colocado para la foto —añade Diana con el gesto consternado.

—Pero ¿¡qué le digo!? —Los miro a todos desesperada.

—Si nos faltan datos no podemos ayudarte con la coartada —dice el chulesco de Aitor, cruzándose de brazos.

—A ver, llevaba un vestido muy ajustado, y para que no se me notaran las marcas, decidí quitármelas. Guardé las bragas

en el bolso, por si luego tenía frío —decido explicarles.

—¿Las bragas abrigan? —pregunta Cole confundido, y Elsa sonríe.

—¿Lo veis? —dice la morena, señalándolo—. Clarísimamente, tenía razón, y por no hacerme caso, estás ahora con este papelón.

—Mira —interviene Diana—, dile la verdad y ya está.

—Sí, dísela. —La sonrisilla de Aitor no vaticina nada bueno —. Pero díselo a la cara. Mejor que por mensaje de texto.

—¿Eres consciente de que tu cara aconseja que haga todo lo contrario? —le contesta Diana a su novio, quien la mira con un brillo divertido en los ojos—. Está claro que necesitamos una voz más sensata, en cuanto a consejos relacionados con los hombres.

En un acuerdo tácito entre las tres, dirigimos nuestras miradas a Cole, que se tensa ante nuestro escrutinio.

—¿Él, más sensato que yo? —se queja Aitor, pero lo ignoramos.

—¿Y bien? —le pregunta Elsa.

—¿Qué debería hacer? —pido a Cole.

Este dirige sus ojos color miel hacia mí.

—Creo que lo mejor es que se lo expliques cuando lo veas.

—¿¡Que esas bragas son mías!? —exclamo consternada.

—¿Lo veis? —pincha Aitor, a quien seguimos ignorando.

Cole asiente levemente.

—Él sabe perfectamente que son tuyas —sigue hablando Cole.

—No tiene por qué saberlo —dice Elsa.

Su novio la mira con suspicacia y una media sonrisa contenida, que provoca que yo vuelva a lloriquear, dejando caer la cabeza sobre la mesa.

—¿De verdad pensáis que ayer noche montaron tantas tías en su coche con la probabilidad de dejarse las bragas ahí, como

para que tenga dudas? —suelta Aitor antes de dar un trago a su botellín de cerveza.

Levanto la cabeza y cruzo la mirada con ellas. Aquello que ha dicho... me hace... me hace pensar en una posibilidad que ni siquiera había sospechado.

—Al fin y al cabo, si se lo preguntara primero a Natalie podría ocasionar problemas en la relación con ella.

—Con ella no tiene ninguna relación, Nagore —dice rápidamente Diana—. Solo se acostaron. En el pasado.

Voy a abrir la boca, pero Elsa habla antes:

—Vamos a terminar de cenar, anda. No sirve de nada seguir sopesando hipótesis. Tranquila, Nagore. Este problema bragueril quedará en nada.

Yo asiento levemente e intento participar en el nuevo hilo de conversación, pero mi mente está muy lejos de allí.

—¿Me pasas la bandeja? —me pregunta Elsa.

Nos encontramos en la cocina, guardando los platos en el lavavajillas. Los demás se han ido a ayudar a Cole a encender el fuego de la chimenea del salón, mientras tanto, Elsa y yo acabamos de recoger.

—¿Sabes? —dice una vez cerrado el lavavajillas y puesto en funcionamiento—. He estado pensando en una cosa.

—¿En lo ridícula que soy? —murmullo haciendo una mueca.

Me gano un azote en el culo con el trapo de la cocina.

—¡Ey! —me quejo al tiempo que me froto el culo.

—Deja de darle vueltas. Y no eres ridícula. Solo le das chispa a la vida.

La miro sin entenderla del todo, pero antes de poder preguntárselo, ella continúa hablando, mientras me empuja para salir de la cocina hacia el salón, donde Diana, Aitor y Cole

están ya sentados tomando una copa.

—¿Has pensado en tu día de color?

—¿En mi «día de color»? —repito como un papagayo.

—Sí. —Elsa me mira con un brillo entusiasta—. En tu día de color. ¿Qué color va a ser?

—¿No dijimos que negro? ¿O gris?

—No lo sé. Eso tienes que decidirlo tú. —Nos detenemos antes de entrar en el salón; por supuesto, Coco, que nos ha visto nada más poner un pie allí, nos rodea moviendo la cola alegremente—. La cuestión es que he pensado que, cuando sepas cuál es tu día, escribas tú misma el post.

Abro los ojos con sorpresa.

—¿En serio?

Ella asiente.

—Pero ¿yo? —insisto.

Elsa me pasa un brazo por los hombros y retomamos la marcha.

—Sé que lo harás maravillosamente bien. Lo sé. Tan solo confía en ti y déjate llevar. Lo demás saldrá solo.

28 de marzo

Por la mañana

Valerie vuelve a sacarme de quicio al remirarse en el espejo de mi baño.

—Sabes que hay otros baños en los que puedes estudiarte, ¿verdad? —me quejo, y la aparto.

—Pero todos están sin terminar, este es el único que resulta cómodo. —Mi hermana pequeña hace un mohín mientras se arregla alguno de los mechones peinados en hondas casuales.

Suspiro.

Sé el motivo por el que está tan pesada, y no es otro que *Julio*. Maldita la hora en la que llegó. Resulta que, como era lógico, Luis, nuestro contratista, tiene su propia cuadrilla para realizar las obras, reformas y demás. Esto ha sido una salvación, porque con ellos nos entendemos, en especial con Julio, el hijo de Luis; resulta ser un rubio de unos veintinueve años que ha revolucionado a mi hermana pequeña y está excesivamente encaprichada.

—Venga, quita, quita —digo de nuevo, empujándola de delante del lavabo—. Tengo que lavarme los dientes.

Valerie suspira, pero su gesto de decepción se ilumina cuando se oye el videoportero.

—Voy yo —dice con voz cantarina, antes de desaparecer a la carrera.

—Claro que vas tú —le contesto con los ojos en blanco, aunque no me oye.

Termino de adecentarme —un proceso mucho más sencillo

que el de mi hermana, que incluso se pone brillo en los labios —, y bajo al recibidor, donde Valerie ya parlotea con Julio mientras él, un tanto azorado, recoge algunas herramientas.

—Valerie —llamo a mi hermana al acercarme—. ¿Puedes ayudarme hoy a pintar las terrazas?

Significa «deja trabajar al pobre chico», camuflado en un lenguaje de hermanas que la mía capta perfectamente, puesto que tuerce el gesto y se dirige con pesadez a las terrazas, donde estamos barnizando las maderas de las pérgolas.

—Buenos días. —Una voz hace que me vuelva con cierta urgencia.

Una voz, no. Su voz.

Los ojos azules de Carlos capturan los míos, y al verlo siento unos nervios muy quinceañeros.

—Hola —consigo decir al acercarme a él.

En el hotel todo el mundo está en movimiento con tareas específicas, incluso ya se oye que algunas máquinas trabajan, obreros que martillean, sierras... y todo va quedando cubierto de polvo.

—Así que ahora es esta tu humilde morada, ¿no? —Me dedica una sonrisa divertida y yo asiento, también sonriendo, pero demasiado consciente de esos nervios que me atenazan.

—¿Por dónde empezamos? —me pregunta.

—Donde no molestemos —respondo—. Están a tope con la reforma de la cocina, así que esa zona está prohibida.

—¿Y sin cocina puedes vivir bien aquí? ¿Las comidas, las cenas...? ¿Cómo las harás? —me pregunta.

—Tenemos un microondas y una cantidad de tápers que asustaría a cualquiera, gracias a la caridad de mi madre y mi abuela. Aunque, bueno, por ahora no es sano dormir aquí, así que voy a casa de mi abuela. Valerie también, aunque ella va más a casa de mis padres.

Carlos asiente y comienza a seguir mis pasos. Hemos salido

del hotel para dirigirnos a la casa del guardés.

—¿Qué tal tu estómago, entonces? —pregunta él mientras nos vamos acercando.

El día es soleado, pero todavía hace frío, así que llevo un viejo vaquero desgastado y un jersey de lana; cuando entre en calor acabaré por quitármelo.

—Muy bien. Como sabes, ya casi no bebo, por la medicación; y debió de sentarme un poco mal.

Tan pronto como suelto la mentira, me tropiezo.

No me caigo al suelo porque Carlos me sujeta. Cuando siento que su mano me rodea la cintura —pues el impulso para evitar la caída me ha acercado a su cuerpo—, una descarga eléctrica hace que mis ojos conecten con los suyos; al ver nuestra proximidad, hablo sin pensar:

—Sí, las bragas eran mías. —Abro los ojos como platos al tomar consciencia de lo que he dicho, y Carlos se ríe ante mi cara de espanto.

—Ya decía yo que te notaba rara.

—Lo siento —digo atropelladamente, y alejándome de él con la excusa de acercarnos más a la casa del guardés.

—¿Lo sientes? —quiere asegurarse él, que sigue mis pasos.

—Sí. Espero no haberte metido en ningún lío con Natalie.

Justo llegamos a la caseta completamente engullida por la hiedra, y me detengo, más que nada porque no tengo el valor de entrar, aunque los obreros se encargaron de vaciarla por dentro y cerciorarse de que no había ningún animal o nido de bichos en su interior.

—¿Me vas a explicar qué es eso de haberme «metido en un lío con Natalie»? —me pregunta Carlos.

No me queda más remedio que girarme para enfrentarlo. Una expresión contrariada recorre sus afilados y masculinos rasgos. Va vestido con unos vaqueros y un jersey, muy a mi estilo, y el look queda rematado con unas botas de montaña que me hacen

replantear mi juicio. ¿En serio que unas botas pueden parecerme sexis?

—A ver, pues que ella se encontrara las bragas era algo difícil de justificar.

Carlos cruza los brazos y yo me muerdo el labio.

—Nadie se subió esa noche a mi coche. Nadie, salvo tú —dice acercándose—. Nagore, ¿de verdad que ibas sin nada debajo de ese vestido?

La pregunta llega casi como un susurro, uno que me rodea, que me acaricia.

«Mi amigo, mi amigo», me repito.

—Fue por culpa del vestido, se notaban todas las marcas y eso no me gusta, y... —Desvío la mirada.

Me estoy sonrojando. Mierda.

—Habría sido interesante saberlo.

Cuando Carlos dice eso, levanto la mirada de nuevo.

¿Qué quiere decir?

Sin embargo, no tengo ocasión de preguntárselo porque alguien entra en escena. Una Valerie muy enfadada.

—¡Eh! ¡Vosotros dos! —Nos alcanza con grandes zancadas y un gesto malhumorado—. No penséis que os vais a escaquear para dejarme a mí el coñazo de pintar las maderas.

Miro a Carlos, que sonríe ante su llegada, y pongo los ojos en blanco.

—Se dice «barnizar» —puntualizo cuando ella nos alcanza.

—¿Qué tal, Valerie? —le pregunta divertido Carlos.

Ella lo ignora y entra directa a la caseta.

—¿Qué hay que hacer aquí? —pregunta ya desde el interior. Suspiro.

—Quitar la mala hierba.

Intento no hacerlo. De verdad que lo intento, pero mis ojos tienen vida propia y van directos hacia donde se encuentra Carlos trabajando.

Estamos repartidos por la caseta, mi hermana y yo quitando la hiedra de las paredes, y él levantando el suelo del interior, que es un desastre debido al abandono.

Como trabajamos sin parar, hemos entrado en calor, en especial él; y al quitarse el jersey y quedarse en camiseta, me resulta inevitable observar la flexión de sus tonificados brazos, su dura expresión concentrada en el trabajo... incluso me fijo en cómo agarra el palo con punta de cincel para romperlo, porque no queremos mantener nada del antiguo suelo; pero, bueno, ese no es el asunto. Se trata de otra cosa.

Dios, siento calores. Calores urgentes, y al recordar cómo me ha preguntado...

Me estremezco y me obligo a cortar este hilo de pensamientos. Mi peligroso hilo de pensamientos.

De nuevo me concentro en la hiedra insulsa, esta vez con tal ahínco que mi hermana Valerie me mira con suspicacia.

—¿Y esa motivación? —me pregunta.

—Calla —gruño sin levantar ni un ápice la mirada de la maldita hiedra.

Si Carlos va a venir esta semana para ayudarme, necesito urgentemente un desfogue.

Muy urgentemente.

28 de marzo

Por la noche

Mi gemido se entremezcla con el suyo, acompañando el sonido de nuestros cuerpos al entrechocar.

Le paso las manos por el estómago, y luego me agarro a las sábanas con fuerza mientras él separa más mis piernas, consiguiendo una mayor profundidad en sus embestidas.

Mis ojos conectan con los suyos oscuros, y Joel me dedica una sonrisa sin perder el ritmo.

—¿Más? —Su pregunta se mezcla con los jadeos, y yo solo puedo asentir antes de cerrar los ojos y perderme entre las sensaciones que me queman.

31 de marzo

Por la tarde

Llevo pintura hasta las cejas. La reforma va viento en popa; mientras la cocina va tomando forma, Valerie, Carlos y yo nos dedicamos a pintar las habitaciones con una capa nueva de pintura después de que hayan pulido por completo los suelos de madera.

Me encuentro en la planta de abajo para coger algo de agua. Mi móvil empieza a sonar.

Es Gala.

—Hola —contesto mientras abro la neverita del recibidor.

—Ya estoy aquí. —Es su saludo.

Según se oye, está saliendo del coche.

—Bien, te abro ahora mismo —le contesto.

Me acerco al videoportero y doy al botón de la cámara por donde veo a Gala de frente, con los cascos puestos y una amplia sonrisa.

Me río y doy al botón para que pueda acceder.

—Acuérdate de que es pasada la casa del guardés.

—Sí, señorita.

Cortamos la llamada y al rato la veo llegar con un traje de chaqueta impoluto y unos tacones que no le permiten andar muy bien.

—De haberlo sabido, me habría dado una ducha —bromeo.

Gala me dedica una mueca.

—Sabes que prácticamente es mi uniforme de trabajo. —Me da dos besos al alcanzarme—. Ten. —Me tiende una carpeta

que saca de su gran bolso—. Recuerda que debes revisar bien todos los datos.

—Sí, mamá. —Esto me lo ha repetido tropecientas veces.

—Lo digo en serio, Nagore. Nos jugamos la ayuda, y es importante.

—Lo sé; y tú sabes que soy la más interesada en ello.

Gala asiente. La carpeta contiene documentos para la gestión de ayudas a la mujer emprendedora, cuya existencia no habría conocido de no ser por la mujer que tengo delante.

—Quedará precioso —dice Gala, observando el hotel y a los obreros que están trabajando.

—Va a buen ritmo —asiento.

Gala me mira sin borrar la sonrisa.

—Qué orgullosa estoy de ti. Lo estás consiguiendo.

—Y es gracias a ti —le recuerdo—. Sin tus gestiones estaría más que perdida.

—Anda, anda. —Gala le quita importancia—. Oye, me tengo que ir pitando, pero antes, una foto para mandarla a las chicas.

—Pero tengo pintura por todas partes —me quejo.

—Estás preciosa, tonta.

Gala saca el móvil para hacernos un selfi con una gran sonrisa, yo levanto la carpeta y hago el gesto de victoria con los dedos de la otra mano.

—¡Espera! —dice Gala, sobresaltándome.

—¿Qué? —le pregunto cuando me arrebata la carpeta.

—Me he equivocado de documentación. —Gala guarda la carpeta y saca otra, eso sí, antes la abre para cerciorarse del contenido—. Perdona —dice al tenderme la nueva carpeta.

Su sonrisa es tensa, incluso le ha abandonado el color de la cara.

—Menos mal que te has dado cuenta, ¿no? ¿Qué es?, ¿para algún cliente? —le pregunto con tacto.

—Sí, para ese con quien me voy a reunir ahora. Habría sido

un desastre.

Gala suspira y se arregla el pelo antes de volver a enfocarnos con la cámara.

—Venga, la foto. Será un bonito recuerdo del momento.

Asiento y nos hacemos el selfi.

—Hola, Gala, no sabía que estabas aquí. —Oímos a Carlos, que se nos acerca al salir del hotel.

Gala le sonríe. No hace falta ser muy listo para saber qué hacía: está hasta arriba de pintura beis.

—Veo que al final estás pringando todos los días —lo saluda mi amiga; Carlos se ríe.

—Solo esta semana. Tengo unos días de descanso en el trabajo y me ha parecido buena idea ayudar a la jefa.

—No soy jefa de nada. —Me cruzo de brazos e intento contener una sonrisa.

—¿Os vais a tomar algo o...?

Es Gala quien responde:

—No, qué va. Ahora tengo una reunión. Solo pasaba a darle esto a Nagore, aprovechando mi visita al pueblo por otro asunto.

Carlos asiente y me mira, una vez que Gala se ha despedido de nosotros y se aleja.

—Yo también tengo que irme. —Me enseña el móvil—. Me han llamado para una reunión urgente.

—Pero ¿no estabas de vacaciones?

Una expresión divertida recorre su rostro. Hoy lleva el pelo más revuelto, incluso tiene la barba más tipo perilla, más desarreglada; parece que se afeitó hace ya varios días.

—Pero soy el jefe. No creo que me demore mucho. Más tarde puedo volver...

—No, tranquilo. Descansa un poco. Bastante mal me sabe que estés aquí en tus días libres —le digo.

—Sabes que no me importa, quería ayudarte. Por cierto,

¿puedo ducharme? Estoy completamente manchado de pintura. —La media sonrisa que me dedica me hace admirar el gesto más de lo que debería—. Ya sospechaba que me mancharía la ropa, pero esto... —Señala los pegotes de pintura en su pelo, cara, cuello—. Esto, no.

—Claro —asiento, en un intento de no mirarlo más de la cuenta, en plan obsesa—. ¿Tienes ropa para cambiarte?

Oh, Dios, soy una obsesa.

Carlos asiente, ajeno a mi gran tormento.

—Pues el único baño decente es el de mi habitación, así que, vamos —digo, al tiempo que rebusco largamente en los bolsillos para encontrar la llave y enseñársela en un gesto de triunfo.

—Te sigo —dice Carlos, haciéndome un gesto para que abra camino; y así lo hago, pero siendo hiperconsciente de que está tras de mí.

Esto... esto se me está yendo de las manos.

Entramos en la recepción, donde, de nuevo, pillo a mi hermana hablando con Julio. Su reacción de disimulo no es sino simular que de pronto se le ha caído algo en el suelo, y evitar así el contacto visual conmigo, algo que queda fatal, porque Julio la mira sin entender qué ha pasado. Subimos las escaleras hasta la zona de habitaciones.

Hacemos el recorrido en silencio, algo raro entre nosotros, pero no me atrevo a romperlo, a decir algo que me obligue a escuchar su voz y volverme hacia él...

—Y aquí estamos —dice él cuando nos detenemos en la última habitación.

—Sí. —Fuerzo una sonrisa sin levantar la vista de la cerradura, donde meto la llave para abrir la puerta.

Ante nosotros aparece el amplio dormitorio, cuya ventana da a la parte trasera del jardín; el baño queda a mano derecha de la entrada.

Como el resto de la casa, el suelo es de madera, y las paredes, en un yeso tosco que me encanta. Es lo suficientemente amplia para que quepan una cama de matrimonio y un pequeño escritorio, pero todavía no está totalmente decorada. Con eso me pondré cuando termine la reforma.

—Aquí hay el baño. —Abro la pesada puerta de madera y contemplamos el amplio baño, cuyos sanitarios están algo pasados de moda—. Tengo ganas de que terminen la cocina para que se pongan con los baños.

—¿Eran todos así de grandes? —me pregunta Carlos, asomándose.

Niego con la cabeza.

—Solo lo tienen tan grande los que categorizaré como suites —le explico.

—Cierto. —Los ojos de Carlos me miran, y de pronto tomo consciencia de que él quiere ducharse, mientras que yo estoy apoyada en el lavabo mirándolo.

—¡Perdón! —digo, y a la carrera me separo del lavabo como si me hubiera quemado—. Ya salgo.

—Nagore, ¿estás bien? —me pregunta, dejándome paso para que salga del baño.

Yo me fuerzo a reír para quitar importancia a mi nerviosismo.

—Sí, solo... ya sabes, el asunto de la reforma me tiene que no sé lo que hago. Luego nos vemos.

Carlos me observa sin quedar muy convencido de mis palabras. Y no le culpo, ¿tiene algún tipo de sentido lo que he dicho?

Salgo del baño ajustando la puerta tras de mí y libero de mis pulmones el aire que he estado conteniendo.

«Idiota», me digo, y al girarme para cerrar la puerta completamente, por la rejilla veo que Carlos se quita la

camiseta...

¿Mi reacción? La más sensata: cierro de un portazo.

Oh, Dios, oh, Dios. ¿Qué estoy haciendo?

—Luego nos vemos —me obligo a decir, antes de salir pitando de la habitación con las mejillas sonrojadas. Y es que, sí, ha sido una milésima de segundo, pero qué milésima.

He tenido el tiempo suficiente para verlo quitándose la camiseta y apreciar su torso de piel bronceada, tonificado, marcando cada uno de sus...

¿Qué me pasa?

Me obligo a buscar el móvil, lo hago a trompicones, y entro directamente en un chat al que últimamente doy mucho uso.

31 de marzo

Por la noche

—Últimamente nos estamos viendo mucho —dice Joel.

Me vuelvo para mirarlo. Está desnudo dentro de su cama y yo me encuentro en el borde, poniéndome los vaqueros.

—¿Lo dices en el mal sentido...? —pregunto.

—No, para nada. Me gustan tus visitas exprés. —Una ladina sonrisa aparece en sus labios, esos que he estado besando, e incluso mordiendo, hace un momento.

Asiento, también con una sonrisa.

—Oye, ¿y ese moratón? —me pregunta, y señala mi cadera.

Lo busco retorciéndome, y al verlo me encojo de hombros.

—Será de algún golpe, con esto de la reforma me salen moratones cada dos por tres, aunque, sinceramente, prefiero esto que los que tenía antes... —Me callo abruptamente, pero Joel lo nota.

—¿Antes tenías otro tipo de moratones? —Me mira extrañado y, como sé que se puede malinterpretar, no me queda otra que explicárselo.

—Era por la medicación. Las primeras semanas tenía que autoinyectarme, y muchas veces me salían cardenales.

—Vaya. —Es su único comentario; yo contengo las ganas de torcer el gesto.

Por eso no me gusta hablar sobre la esclerosis con la gente. Enseguida hacen esos gestos...

—Ahora que son solo pastillas... mucho mejor que ese coñazo, ¿no? A mí me daría mucha grima —continúa,

acompañándose de un gesto de desagrado que me arranca una sonrisa—. Yo, en tu lugar, habría estado jodido.

—Bueno, al final lo haces de un modo un poco automático. En fin... —Me incorporo de la cama, dispuesta a ponerme los zapatos para ir a casa de mis padres a pasar la noche, pero Joel me retiene.

—Sabes que, aunque tengamos este tipo de... llamémosle «acuerdo»... —su sonrisa se hace más amplia— de cero complicaciones y demás, no tienes que huir continuamente una vez que hayamos terminado.

—¿Y qué quieres hacer? —pregunto, alerta.

Joel se ríe y sale de la cama completamente desnudo para estirarse con pereza, como si de un gato se tratara. El movimiento hace que admire los numerosos trazos de tinta que le recorren el pecho, en variados y peculiares dibujos que parecen tener vida propia por la ondulación de sus estilizados músculos. Cuando termina, se me aproxima con tranquilidad y con ese brillo de anticipación que ya conozco.

—Podemos cenar, ver una peli, y quizá se me ocurra alguna otra cosa que hacer. —Acentúa la sonrisa—. ¿Te apetece?

—No lo veo mal. —Acabo por asentir.

Y, efectivamente, una distracción así no me vendrá nada mal.

Joel

No sé qué hora es. Quizá las tres, las cuatro de la mañana, no lo sé, aunque me da igual. Mañana no tengo que madrugar, así que no me agobia quedarme despierto, mirándola.

Nagore está dormida profundamente y puedo observar su relajado rostro gracias a la luz de las farolas que se cuela entre las ventanas de mi habitación.

Admiro la elevación de sus pómulos, su pequeña nariz y los labios entreabiertos, algo hinchados por los besos que hemos intercambiado esta noche, cuando hemos vuelto a perdernos entre nuestros cuerpos.

Está desnuda debajo de mis sábanas, y sé que esta mañana olerán a ella. A Nagore, la misteriosa chica del piso de arriba que desapareció de mi vida para volver a ella, y regresó llena de casualidades que todavía, a día de hoy, sé que no puedo ignorar.

Un suave ronquido sale de ella y sonrío levemente, aunque mi sonrisa desaparece cuando tomo consciencia de mi reacción; detengo el impulso de acariciarle el rostro cuando, aún dormida, se gira hacia mí.

15 de abril

Por la tarde

—Y estas escaleras dan acceso a la cocina. Tened cuidado con la barandilla, que es provisional —digo mientras bajamos los peldaños hasta la cocina—. Por aquí solo tendrá acceso el personal, los huéspedes no.

—La cocina está espectacular —comenta Diana, observando el espacio.

—Todavía queda mucho por hacer —explico a las chicas, que lo observan todo con cuidado de no pisar los azulejos y herramientas esparcidas por el suelo—. La despensa y el congelador son un mundo aparte. Y, bueno, como podéis ver, aunque las instalaciones están listas, faltan aún los electrodomésticos y el mobiliario, como la isla que situaremos aquí.

Señalo una zona completamente vacía, salvo por los tubos que salen del suelo hacia arriba para conectarlos con el fregadero y demás instalaciones que habrá en la isla.

—Una pasada. Parece una cocina profesional —dice Elsa, admirando el trabajo.

—Sí que lo será —le recuerdo—. Las próximas semanas empezarán con los sanitarios, y creo que ahora ya puedo decorar la parte de las habitaciones.

—¿Ya? —pregunta entusiasmada Diana, a quien se le iluminan los ojos.

—Ya sabéis que en la parte de arriba había poco para arreglar. Me encantó el estilo de la casa, así que, cuanto menos

toque, menos esencia se pierde.

—Y menos dinero se gasta —dice de pronto Valerie, que aparece con su abrigo y el bolso.

—¿Te vas ya? —le pregunta Gala.

Valerie sonríe encantada.

—Sí, hoy tengo planes, así que no me quedo a dormir. ¿Al final te quedas a dormir aquí? —me pregunta mi hermana.

Todas me miran, y yo me encojo de hombros.

—Creo que sí... pero si me da miedo, iré a casa de la abuela, ya veremos.

—También puedes venir con nosotros —dice Diana—. Tenemos cuarto de invitados.

—Lo sé, pero ya es hora de que empiece a dormir aquí. Es lo que haré hasta que todo marche bien.

Miro a mi alrededor; ese es el plan. Por ahora viviré aquí, en la habitación catorce, la última de todas. Si el negocio va bien, los ingresos me permitirán vivir en otra parte, aunque lo veo difícil. Muy difícil, sobre todo si es sola, pero tal como está la cosa, no me veo viviendo con nadie. Sí, es un asco.

¿Cómo decía la canción?

Siempre me voy a enamorar de quien de mí no se enamora.

Una gran putada.

—Bueno, entonces ¿tenías cervezas? —me pregunta Elsa, justo cuando mi hermana sale por la puerta principal, tras despedirse.

—En la nevera del recibidor.

—Excelente lugar para una nevera —apunta Diana.

—Hace buen tiempo, podemos estar en el jardín —propone Gala cuando ya estamos en el recibidor.

Saco las latas de cerveza.

—No veo por qué no. Tendremos que sentarnos en las sillas en las que comen los obreros entre semana. Aunque sean provisionales, están bien.

—Ninguna de nosotras tiene un culo exquisito, creo que podremos soportarlo —dice Elsa mientras me siguen.

Cruzamos el futuro comedor y salimos a la terraza con las sillas de plástico.

—Bueno, sí, cuidado con esa que está rota y cede —digo rápidamente a Diana, que está a punto de sentarse en la silla traicionera.

Ella mira la silla con recelo y decide coger otra. Nos sentamos y dejamos las cervezas en la gran mesa, también de plástico, que rodean las sillas.

Efectivamente, el día es espléndido, a pesar de ese viento frío que si no te echas crema en la cara, se te corta la piel.

—Y, hablando de culos —digo de sopetón, recordando algo que quería preguntarles hace tiempo—, ¿alguna ha probado el sexo anal?

Por supuesto, las reacciones no tardan en llegar.

Diana se atraganta, y Elsa y Gala me miran como si hubiera preguntado algo en otro idioma.

—De verdad, pagaría por poder entrar en tu mente —salta Elsa riéndose, antes de dar un trago de cerveza—. ¿Cómo hilas los temas entre sí, de modo que cuando lo preguntas parece lo más sensato del mundo?

—A ver, has dicho que nuestros culos no son exquisitos, y me he acordado —respondo, un poco extrañada de que no lo relacionen.

—En fin —dice Elsa, todavía con la sombra de su sonrisa—, ¿y esa pregunta? Yo sí que lo he probado, pero, bueno, no es algo que haga muy a menudo.

—El otro día Joel me sorprendió jugueteando más de la cuenta en esa zona, y cuando me aparté me preguntó si no quería —les explico.

—¿Y qué le dijiste? —me pide Gala.

—Que en ese momento no me apetecía; y pasamos a otra

cosa.

—Mucho estás viendo tú al Joel ese, ¿no? —tantea Elsa.

—Es para quitarme el calentón que tengo.

—¿Qué? —Diana me lo pregunta con un gesto de extrañeza exagerado.

—Sí, por Carlos —les aclaro con una triste solemnidad—. Continuamente, Carlos. Os lo he dicho varias veces. Estoy en ese punto en el que hasta me pone cachonda su modo de coger el palo de la escoba para barrer el suelo.

Todas asienten, conocedoras de este tipo de situaciones.

—Estás jodida. —Es la única respuesta de Elsa.

—No sabéis hasta qué punto. Pensaba que, al haber tenido tanta sequía, estaba salida, así en general; y pensaba que si me iba desfogando con Joel serviría para algo, pero, amigas, os adelanto que no. Incluso creo que estoy peor.

—Creo que el sexo invita a más sexo. No te quita las ganas, sino todo lo contrario —explica Diana—. Además, no podemos ignorar que quien te interesa no es Joel, sino Carlos.

—Joel me interesa, me gusta.

—Pero solo para pasar el rato —dice Gala—. Lo de Carlos va mucho más allá.

Me quedo callada y suspiro.

—¿Por qué no hablas con él? —insiste Elsa.

—No funcionaría. ¿Y lo del sexo anal? —Cambio el tema radicalmente.

—Qué quieres que te diga, tía, a mí nunca me ha llamado mucho la atención —dice Gala.

—Yo, ya sabes, alguna vez, pero tampoco es que lo haya practicado mucho —repite Elsa.

—Yo sí que lo practico. —La respuesta de Diana hace que todas exclamemos divertidas, sobre todo por su reacción, pues empieza a sonrojarse.

—¡Pero, pillina! —la pincha Elsa, encantada—. Mira qué

callado se lo tenía —nos dice a las demás, ante su bochorno.

—Mira, si lo sé, no digo nada —se queja esta.

—Anda, no le hagas caso —interviene Gala.

—¿Y bien? —pregunto yo, centrada en Diana, que se encoge de hombros.

—Pues no sé, es sexo, aunque con este tipo de sexo debes tener plena confianza en la otra persona. En cierto modo tienes que estar relajada, y muy excitada. Para ello deberás ver si tienes esa confianza con Joel, tu follamigo,

—Amante —la corrijo—. Pero entiendo lo que dices. —Asiento lentamente con la cabeza—. He imaginado lo placentero que tiene que ser, si la gente lo practica; pero, claro, hay algo que me preocupa...

—A ver —dice Elsa.

—No es otra cosa que los pedos —continúo hablando, ahora mirándola mal por la interrupción.

Elsa se carcajea.

—¿¡Los pedos!?

—A ver, tía —me quejo, cuando Gala y Diana se unen—, no es tan ilógico, ¿o es que tú, cuando follas, no sueltas a veces pedos vaginales? Es que los míos en ocasiones asustan, os lo juro.

Todas estallan en carcajadas, y de verdad que no lo entiendo.

—Creo que me va a entrar flato —dice Elsa entre risas mientras Diana intenta secarse los lagrimones del ataque de risa que le ha entrado.

Miro consternada a Gala, que por ahora es la única que mantiene el tipo.

—Joé, ¿es que no entendéis mis reparos? —pregunto.

—Creo que a eso se refiere Diana cuando te aconseja hacerlo con alguien con quien tengas confianza —señala Gala.

—Si sobre el sexo anal solo te preocupa eso —dice Elsa, que ha conseguido serenarse un poco—, no es el indicado. —Se

queda un momento callada, y continúa—: ¡Coño! ¡Qué gran frase!

—Sí —dice Diana sin ocultar la ironía—, para enmarcarla.

Elsa intenta empujarla desde su asiento, pero no llega.

—Ay, pues no sé —continúo yo.

—Hacerlo o no hacerlo —dice Elsa con una sonrisa.

—Esa es la cuestión —Gala y Diana terminan la frase al unísono.

Hacia las cinco de la tarde se van las chicas; entonces recorro con tranquilidad las habitaciones, la casa, mi futuro hotel.

Es gracioso, en cierta forma, o más bien irónico, pero siempre me ha embargado una sensación de soledad muy grande cuando, tras estar en una casa con amigos o familia —visitas, en definitiva—, se van y me quedo en esa casa, recordando los ecos de las voces, de las risas... Pero esta vez no me ocurre eso. Siento una sensación de ilusión, de anticipación mágica mientras me paseo por este sueño hecho realidad. La luz del atardecer se cuela por los grandes ventanales del comedor y la sala de estar, que tienen vistas al frondoso jardín; irremediablemente dejo volar la imaginación y visualizo casi nítidamente a algunas personas —futuros huéspedes— disfrutando de las vistas en la terraza, quizá acompañando el momento con una enorme taza de café. También imagino a alguien disfrutando de la lectura en la sala de estar mientras espera a que sus familiares bajen de las habitaciones para salir a visitar el pueblo...

Sonrío completamente embriagada por esa emoción, y tomo consciencia de que si hace unos años —y no tan solo unos meses—, alguien me hubiera dicho que ahora mismo estaría yo así, me habría reído en su cara.

De verdad que es increíble cuando finalmente alcanzas algo por lo que llevas mucho tiempo esforzándote, algo a lo que has dedicado tu trabajo y cada uno de tus pensamientos. Además, sé que todavía queda mucho trabajo, porque esto es tan solo el principio.

Sé que a partir de ahora cada momento será de lucha y trabajo constante; y ¿sabéis qué?, que no me siento cansada sino todo lo contrario, porque cuando lo que haces es tu pasión, nada puede contigo.

Nada de nada.

Además, cuento con la mejor compañía y apoyo que podría tener. ¿Qué puede salir mal?

Unos meses después

—¿Cómo que «Gala oculta algo»? —repite Diana.

Yo asiento al tiempo que miro alrededor con temor a que a alguien le dé por entrar en la despensa y nos oiga.

—¿Estás segura? —pregunta Elsa.

Asiento.

—Tan segura como que os veo a ambas. Estaba por el pasillo saliendo de... —Me aclaro la garganta, «por ahí no, Nagore», me digo—. En fin, que he pasado por su habitación, donde estaba ella con Juan, y me he dado cuenta de que la puerta estaba entreabierta, y...

—Y has cotilleado —deduce Diana—. Eso está mal.

—No ha sido intencionado —me explico—. Y de hecho, no he podido escuchar mucho, tan solo lo suficiente como para saber que efectivamente guarda un secreto.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunta Elsa.

—Por lo menos no cuchichear sobre mí en un sitio tan evidente.

Las tres nos giramos sobresaltadas cuando Gala nos descubre con las manos en la masa.

—¿En serio? —nos pregunta con cierto tono de condescendencia.

—No nos mires así. Eres tú quien nos ha estado ocultando cosas —digo yo, a la defensiva.

Gala entra en la despensa y pone los ojos en blanco.

—De las aquí reunidas, no soy la única que guarda un secreto.

Diana, Elsa y yo nos quedamos calladas. Calladas, y yo, por lo menos, tensa. ¿Sabe acaso lo que ha sucedido en esa habitación, a poca distancia de la suya? Siento que mis mejillas se sonrojan.

—¿De qué hablas? —le pregunta Diana, completamente confundida.

—No sé, que nos lo diga Elsa —contesta Gala; todas miramos sorprendidas a la morena, que no oculta un gesto delatador—. Venga, Elsa. También es momento de contar tu secreto.

15 de abril

Por la noche

Estoy pensando seriamente en llamar a mi abuela para decirle que al final me voy con ella a pasar la noche, pero me detengo.

Soy una persona completamente adulta y puedo dormir aquí sola sin ningún tipo de problema. Sin-ningún-problema.

Ese ruido seco que cabo de oír ¿ha sido un asesino en serie intentando entrar por la puerta de la terraza?

Controlo el absurdísimo pensamiento, e intento convencerme de que los ruidos son irremediables, puesto que fuera hace mucho viento . Seguramente sea una rama chocando con una mesa o algo similar; pero, sí, me he cerciorado tres veces de que la alarma esté conectada.

Me encuentro en mi habitación, acabo de encender la chimenea y estoy dispuesta a disfrutar del fuego, de un buen libro y de la cena precalentada. No se puede tener todo, queridas.

Cojo el libro para reencontrarme con la protagonista en el punto donde dejé la historia, mientras saboreo el trozo de tortilla. En ese instante vibra mi móvil. Una llamada.

Deduzco que es mi abuela, pero me sorprendo al ver el nombre de Carlos.

—¿Hola? —digo al contestar.

—¿Y ese saludo? —Puedo intuir su sonrisa por el tono de su voz.

—Creo recordar que hoy quedabas con los chicos para cenar, ¿no? Pero oigo mucha quietud, ¿estás en el coche?

—Así es. Al final he decidido cambiar de planes.

Dejo el libro sobre la cama.

—¿Sí? —digo, y noto que un cosquilleo me recorre el estómago.

—Sí. Recordé que alguien pasaba sola esta noche de viernes, y me preguntaba: ¿quieres compañía?

—¿En serio? —Me es imposible no sonreír.

—Si me dices que sí, en unos veinte minutos estoy allí.

—Pero lo único que tengo para ofrecerte es un poco de tortilla precocinada y cerveza.

Oigo la risa de Carlos a través del teléfono.

—Me parece un buen plan. ¿Quién puede rechazar tal oferta?

Nos despedimos, y soy incapaz de leer, tan solo me quedo con el teléfono entre las manos, con unos nervios que ya conozco de sobra.

Cuando Carlos llega, entra el coche en el terreno y aparca justo frente a la casa. Le espero en el recibidor para no congelarme, y cuando entra, veo que lleva una bolsa.

Va completamente abrigado, así que recojo su pesado abrigo y lo llevo al comedor, donde hay una mesa limpia. A falta de perchero, buenas son las mesas.

Por supuesto, él me sigue, todavía sin soltar la misteriosa bolsa.

—Así que vas a pasar tu primera noche aquí, ¿eh? —Me dedica una sonrisa guasona que sé interpretar perfectamente.

—Qué poca fe tenéis todos en mí. —Me cruzo de brazos y noto que lo escudriña todo.

—Bueno, todos conocemos tu vertiente cagueta.

—No soy cagueta —me quejo, y Carlos se vuelve a reír.

—¿Tenemos que recordar el episodio de *Expediente Warren*?

Enarco ambas cejas con un claro gesto de indignación. Sé a qué día se refiere; un verano atrás, esa noche que decidimos ver una película en su casa de Madrid.

—Tenías que moverte por la casa encendiendo continuamente todas las luces, como si tu vida dependiera de ello.

—Por favor, tú también te cagaste vivo cuando terminamos de ver la peli —me defiendo, aunque ambos sabemos que no es verdad—. ¡Bueno! Es una película terrible. La gran mayoría de las personas que la ven se mueren de miedo.

—También podemos hablar del episodio del murciélago. —Su sonrisa muestra más satisfacción, más chulería, y yo le odio a gran escala. Sí, en la misma proporción con la que estoy admirando su expresión y lo guapo que está.

—No tengo nada que alegar, se trata de un murciélago.

Carlos se ríe y echa un vistazo alrededor mientras yo pienso que odio a las chicas, por haberle hecho partícipe de casi todas mis historias vergonzosas.

—Esto va tomando cada vez más forma. —Camina por el comedor y pasa a la sala de estar, desde donde se ven las terrazas completamente finalizadas y el recibidor.

Sigo sus pasos orgullosa.

—La semana que viene traerán el mueble de recepción. Creo que eso supondrá un antes y un después. —Sonrío, y los ojos azules de Carlos me buscan para compartir la alegría.

En ese momento mueve la bolsa que lleva en la mano, llamando aún más mi atención.

—¿Y eso? —pregunto en un intento de cotillear qué es.

—Algo para ti. O quizá para el hotel, según cómo se mire. —Carlos me tiende la bolsa, que no me da ninguna pista.

Es de papel, blanca, sin ningún nombre de tienda, de nada.

—No hacía falta —digo con la boca pequeña y la mano alargada para coger el regalo, pero antes de que mis dedos lo

toquen, Carlos retira la bolsa con rapidez.

—No te lo voy a dar así como así. Como comprenderás. —Un brillo divertido recorre sus ojos.

—¿Y qué es lo que quieres a cambio? —le pregunto, mostrándome lo más fastidiada posible; en mi mente comienzan, entonces, a bombardear posibles intercambios; y, sí, ni uno es para menores de dieciocho.

Lo siento, mi mente es libre. Libre y calenturienta.

¿Qué clase de amiga soy? No me contestéis, ya lo sé. La peor.

—¿Quieres que intercambiemos algo? —me pregunta sorprendido, pero su sonrisa no titubea en ningún momento—. ¿Qué me ofreces?

—¿Es que hay algo que quieras y que no tengas ya? —suelto, en un intento de aligerar el ambiente.

Pero, de pronto, tras soltar la pregunta, siento que he ocasionado todo lo contrario, aunque quizá sea por su respuesta, que no tarda ni un segundo en dármela:

—Créeme que sí. Hay algo, sí.

Sus ojos me buscan y yo desvío la mirada; espero que haya parecido algo casual y que no se note que, de pronto, estoy completamente tensa.

Tensa y nerviosa.

Carlos

Está nerviosa. Lo noto, ya no solo en su sonrisa y por cómo evita mirarme directamente a los ojos sino porque también juguetea con las manos y se mordisquea el labio, un gesto que me vuelve jodidamente loco desde hace demasiado tiempo.

Estoy tentado, demasiado tentado, a dejar de contenerme, a acortar la poca distancia que hay entre ambos y demostrarle qué es eso que tanto quiero. A ella. Simple y llanamente a ella, entera.

Pero soy precavido, así que me obligo a sonreír, a ser muy consciente de adónde se dirige mi mirada —no más abajo de su cuello— y asiento de manera despreocupada cuando ella va rápida hacia la neverita y me ofrece una cerveza, como si en realidad no estuviera sopesando si ya es momento de dar el paso, de decirle todo lo que he contenido tanto tiempo.

Cuando me da la espalda, es otro cantar, porque le recorro el cuerpo con la mirada, admirando la curva de su culo, ese maravilloso culo que me atormenta desde hace años.

Sonrío, porque ¿quién me iba a decir que me encontraría en esta situación?, pero parece que en la historia con Nagore nunca se da el momento adecuado.

—Tenemos aceitunas, también. Y por supuesto, la tortilla. —Me mira por encima del hombro y yo asiento sin decir nada, pues sigo perdido en mis pensamientos.

Cuando la conocí me fijé en ella desde el primer instante, pero la mala suerte hizo acto de presencia: era la novia de uno de mis empleados; terreno vedado. Así pues, pasó el tiempo y la chica menuda de pelo cobrizo y bonita sonrisa desapareció

de mi mente.

Sin embargo, un día me llegó aquella invitación de boda, un evento al que tendría que ir por compromiso; efectivamente, ahí estaba ella. En la boda. Con sus amigas y con el fantasma de su ex, Diego, mi maldito empleado. No obstante, ahí sí que di un paso, conseguí su número de teléfono y, con el tiempo, empezamos a hablar.

Recuerdo que ya en esa época me habló de su idea de abrir un hotel, una idea que me pareció valiente, bonita, y sobre todo interesante. Verla hablar de ello, tan llena de pasión, era inspirador.

Durante ese tiempo la conocí y fui consciente de la realidad: todavía quería a Diego, no lo había superado. También tomé consciencia de otra gran verdad: que me gustaba. Que Nagore me gustaba para mucho más que un simple rollo, y, poco a poco, se fue colando bajo mi piel.

Nuestra amistad se forjó rápidamente y sin ningún esfuerzo, pues con ella todo es fácil. Me abrió las puertas de su vida sin titubear, y yo hice lo mismo con la mía. Nunca he conectado tanto con una persona. Joder, tampoco nunca he deseado tanto a alguien.

—¿Me vas a enseñar qué es? —vuelve a preguntar. Su lado curioso le puede y prefiero no atormentarla más.

Le tiendo el regalo.

—Solo es una tontería —digo.

Tengo que darle tiempo. Tras el descubrimiento de la esclerosis, sé que lo necesita. Tiene que estar tranquila, sin presiones. Sé que no está preparada. Hace poco que ha comenzado a salir de nuevo, a hacer vida normal. El proyecto del hotel le está ayudando mucho, al igual que las breves quedadas con las chicas y conmigo.

Tengo que ser paciente, darle tiempo. Y sé que le atraigo, lo noto, pero no soy estúpido, no quiero asustarla por querer

precipitar las cosas.

La observo mientras coge la bolsa de papel y me mira sonriente.

—No hacía falta —me dice.

«Claro que hacía falta», pienso para mí al verla sonreír con esa emoción.

15 de abril

Por la noche

Saco de la bolsa una cajita de color azul cielo con lunares marrones y el nombre de una marca que desconozco, y lo miro intrigada.

Dejo caer la bolsa sin darme cuenta y abro la caja de cartón; me es imposible no dibujar una «o» perfecta con la boca al ver qué contiene.

Lo saco rápidamente y me maravillo al ver las imágenes.

—Son... son... —Levanto la mirada hacia él, que asiente.

—Sí, son tuyas. Las cogí de tu Instagram.

Vuelvo a mirar las imágenes, hay una de cada mes, en forma de foto de polaroid; son doce fotografías, cada una lleva el nombre del mes y sus respectivos días. Un calendario completamente personalizado.

—Empieza en mayo, para que puedas llevar la cuenta atrás hasta la gran apertura. Es una tontería... —comienza a decir, pero yo niego con la cabeza y, emocionada, levanto la vista.

—Es perfecto. Gracias.

Y es cierto, creo que no podría tener un regalo mejor.

Miro las fotografías de nuevo; las doce que ha escogido son preciosas y, curiosamente, de mis favoritas; salvo la última, que no la había visto nunca, lo que en cierto modo es extraño, puesto que en la imagen salgo yo. Estoy de lado, claramente en el exterior. Llevo el pelo recogido en un moño bajo, desordenado, y llevo restos de pintura tanto en la cara como en el pelo. Estoy mirando algo frente a mí, algo que la cámara no

capta, pues está centrada solamente en mí, incluso el fondo aparece desenfocado. Es una imagen preciosa, en la que sonrío con alegría y el gesto parece estar bañado por la luz del atardecer. Sé que la ha tomado aquí, uno de los días en los que hemos estado trabajando.

Vuelvo a mirar a Carlos sorprendida.

—Esta es mi favorita —me explica—. Te la tomé con el móvil, estábamos terminando de pintar y salimos fuera. Creo que hablabas con Valerie, no sé, pero recuerdo que te paraste ahí fuera y admiraste el hotel. Tuve que capturarlo.

Se me congela el aliento ante su explicación, me he quedado sin palabras. ¿Cómo puede ser tan detallista, tan atento? Si fuera valiente, daría un paso y lo besaría, pero... pero no lo soy. ¿Verdad?

Nos quedamos en silencio, mirándonos. En un silencio electrizante, como todo lo que comparto con él. Sin poder evitarlo, me mordisqueo el labio.

Carlos sigue el gesto con sus ojos azules, que parecen decirme algo sin palabras, con ese brillo intenso que en cierto modo me mantiene congelada en el sitio; sin embargo, de pronto decide romper el silencio:

—¿Qué estabas haciendo antes de que llegara? —Su tono ronco me eriza la piel.

Carraspeo antes de hablar, de hecho incluso me agacho para recoger la bolsa que he dejado caer antes. Necesito distraerme urgentemente y crear cierta distancia. Si no lo hago, no sé cómo puedo reaccionar.

—Nada especial. Leer —contesto con tal tono de naturalidad que creo que es digno de mención a mejor actuación en los Goya.

—¿Te apetece que hagamos algo? ¿Quizá que vayamos a tomar algo por el pueblo? ¿Has cenado? —me pregunta, y lo miro de nuevo.

Lo noto extraño, como muy centrado en la puerta que da a una de las terrazas. Tanto que también examino esa zona, no sea que haya algo; pero lo encuentro vacío, solo se ve la noche fuera de la casa.

—He probado un poco de tortilla, pero puedo tomar algo, me parece bien —comento. Sí. Lo que sea con tal de que me dé el aire—. Si me esperas un momento, recojo el bolso y el abrigo, que los tengo arriba.

—Perfecto —asiente, y ahora me mira con una sonrisa más relajada.

A punto de subir ya por las escaleras, mi móvil vuelve a sonar. No lo llevo encima, así que lo busco y no tardo en encontrarlo, pues todavía hay pocos muebles en las estancias.

Reposa justo sobre el aparador de la sala de estar, frente a Carlos.

—¿Quién es? —le pregunto, deduciendo que son mi abuela o mi madre.

Carlos se aproxima y de pronto su expresión cambia notablemente. Tanto que me quedo con el pie suspendido sobre el primer peldaño de la escalera.

—¿Quién es? —vuelvo a preguntarle ante su dura expresión.

Sus ojos azules me capturan.

—Joel.

Gira la pantalla del iPhone hacia mí para que pueda ver escrito, efectivamente, el nombre de Joel.

—Oh. —Es lo que digo—. Vaya.

Carlos está callado, todavía me tiende el móvil, se lo cojo.

—¿No contestas? —se interesa al ver que bloqueo la pantalla.

Ese tono de voz que utiliza tan forzosamente alegre... Está... ¿está enfadado?

—Ya luego, si acaso —digo.

—Entiendo. —Sus ojos me estudian.

—Voy a por el bolso... —comienzo a decir al girarme

rápidamente, pero su voz me lo impide.

—Nagore —dice dando un paso hacia mí—, ¿estás viéndote de nuevo con Joel?

—¿«Con Joel»? —repito como si me hablara en mandarín.

—¿Qué pasa? —me pregunta entonces, frunciendo el ceño—. ¿Por qué no me contestas?

—No sé, ¿qué te pasa a ti?

—¿Lo estás viendo? —me vuelve a preguntar, y es imposible no notar su impaciencia, que me enfada.

Me vuelvo completamente hacia él.

—Pero ¿qué te importa?

—Bueno, pues que parece que te estás viendo de nuevo con ese tirillas y no me has dicho nada, ¿por qué?

—¿«Tirillas»? —repito, sorprendida por el término.

Carlos hace una mueca desagradable. ¿Qué demonios le pasa?

—Mierdecilla, sí, como quieras llamarlo.

—¡Pero, bueno! —exclamo al tiempo que doy un paso hacia él y dejo las escaleras detrás de mí, olvidando completamente lo que iba a hacer—. No es ningún mierdecilla...

—Así que lo defiendes. —Carlos cuadra la mandíbula, ya sin disimular el cabreo que tiene.

Esto es surrealista. ¿Qué sucede aquí?

—Vamos a ver, dices que el tío con el que me acuesto es un mier...

—Así que te estás acostando con él. Y lo defiendes. —Carlos da un paso más—. ¿Qué pasa, Nagore? ¿Te gusta de verdad y te da reparo decírmelo? Prometo no meterme más con él. Si te gusta estar con él... —Carlos suspira como para serenarse, incluso da otro paso atrás.

—Vale, confieso que me he estado acostando con él, pero es solo sexo. Joder, ¿desde cuándo tengo que darte tantos detalles? No lo he considerado importante. ¿Por qué tú sí? Yo...

yo no me meto con todo lo de Natalie. —Inevitablemente elevo la voz al decir esto último, pero me sorprende su reacción.

—¡Pero es que no hay nada con Natalie! —estalla de pronto.

—¡No me hables así! —salto yo, frunciendo el ceño.

Carlos vuelve a suspirar y se pasa la mano por la cabeza desordenándose el oscuro pelo, me da la espalda y con varios pasos nerviosos se aleja de mí.

Tras unos segundos, me mira de nuevo y me doy cuenta de que su respiración se está serenando; de hecho, la mía también.

Mi pecho sube y baja recuperándose del encontronazo que acabamos de tener, pero los ojos de Carlos no abandonan los míos ni un segundo, ni siquiera cuando vuelve a hablar:

—Joder, no quería que fuera así.

No me da tiempo a preguntarle a qué se refiere, porque antes de darme cuenta, ha llegado hasta a mí...

Sus brazos me rodean con ímpetu, me incorporan y su boca encuentra la mía. Sucede en menos de un segundo que lo cambia todo.

Sus labios son como siempre había imaginado, demandantes, y sin dar tregua buscan una reacción en los míos, provocándome en el cuerpo una sacudida que me deja aturdida por la intensidad.

Con un brazo me rodea la cintura, me aprisiona contra su duro cuerpo, mientras que tiene la otra mano prendida en mi pelo, inclinándome la cabeza hacia atrás para profundizar el beso.

No sé en qué momento empiezo a devolverle el beso, pero cuando su boca me succiona nuevamente la lengua, un ramalazo de puro fuego me recorre entera y mis manos buscan su cuerpo, también atrayéndolo hacia mí con una urgencia que me asusta.

No es un beso lento, es pura hambre, y esa sensación que me calienta la sangre llena mi pecho y va bajando hasta

arremolinárseme en el espacio entre los muslos.

Gimo en su boca y siento que él responde, pasándome las manos avariciosas por el cuerpo.

Comenzamos a movernos, hasta que, de pronto, chocamos contra algo.

Carlos impide que perdamos el equilibrio, pero nuestras bocas se separan y el momento parece llegar a su fin.

Mis ojos conectan con los suyos.

Pura lava. Eso es lo que percibo en sus pupilas dilatadas, fijas en mí. Nuestras respiraciones están aceleradas y me doy cuenta de que incluso la ropa está hecha un desastre.

—No... no lo entiendo —digo al fin.

Y es cierto. ¿Qué acaba de pasar? ¿Carlos me ha besado? Y no ha sido un simple beso, sino *ese* beso.

—¿Qué no entiendes?

Su voz. Su maldita voz me estremece. Juro que he contenido las ganas de cruzar las piernas en un intento de controlar la quemazón que siento entre ellas.

—No puede... —Me llevo la mano temblorosa a los labios, pero Carlos no espera a que termine la frase.

—Te he besado. Y tú me has devuelto el beso. Eso es algo que no puedo ignorar, de hecho, no pienso ignorarlo.

Nos quedamos de nuevo en silencio, recuperando la respiración y creo que también la cordura, pero él vuelve a hablar:

—Ahora saldré por esa puerta, porque si no lo hago, sé que esto se va a descontrolar. —Con la mirada lo dice todo y yo me quedo sin aliento—. Esta noche venía a hacerte compañía, pero también para avisarte que tengo un viaje urgente a Basilea. Estaré fuera dos semanas.

—«Dos semanas» —repito sin despegar mis ojos de los suyos.

Carlos asiente.

—¿Estarás bien aquí? ¿O quieres que te acerque a casa de tu

abuela...?

Niego con la cabeza.

—Estaré bien —le respondo con un hilo de voz.

Carlos asiente y busca el abrigo.

Cuando lo alcanza, llega hasta mí.

—En dos semanas nos vemos —dice de nuevo.

Yo asiento. Estoy completamente muda, y así sigo cuando finalmente sale de casa, incluso cuando oigo que su coche se aleja.

He guardado silencio porque, de otro modo, le habría pedido que se quedara, y todo... todo se habría —como ha dicho él— descontrolado.

Mi móvil vibra y miro la pantalla.

Un ramalazo de puro nervio me recorre como un chispazo cuando veo que es un mensaje suyo.

El texto es breve y conciso.

Carlos

No voy a olvidar lo que ha pasado esta noche

15 de abril

Por la noche, más tarde

Una vez que salgo del estado de *shock* reacciono con urgencia, y antes de darme cuenta tengo el móvil en mano: estoy en una videollamada con el grupo de las chicas mientras subo atropelladamente las escaleras.

—¡Oh, Dios, oh, Dios! —repito una y otra vez mientras recorro el pasillo para llegar a la habitación catorce.

—¿«Oh, Dios» qué?

Vuelvo a mirar la pantalla cuando oigo la voz de Diana, la primera que se conecta.

Al segundo lo hacen Elsa y Gala.

—¿Qué pasa? —pregunta Gala, que aparece con el pijama puesto en el salón de su casa.

Y no es la única.

Elsa incluso lleva como un turbante en la cabeza, seguramente acaba de salir de la ducha.

—¿Quieres dormir en casa? —me pregunta Diana—. Te puedo ir...

—¡He besado a Carlos! —estallo.

—¿¡Qué!? —preguntan todas a coro desde la pantalla de mi móvil.

Bueno, no solo ellas; Aitor se asoma junto a Diana, empujándola para verlo bien.

—Esta conversación es privada —se queja Diana, que se aleja de él lanzándole malas miradas.

—¡Oh, Dios! —balbuceo de nuevo cuando recuerdo el beso, y

los nervios me recorren la tripa en puros calambrazos—. ¿¡Qué hago!?

—¿Cómo que qué haces? —pregunta Elsa.

—Mi pregunta va más allá —dice Diana, que parece haberse librado del cotilla de Aitor—. ¿Qué haces que no sigues besándolo?

—Eso iba a preguntar yo —añade Gala.

Me llevo la mano a la boca mientras desvío la mirada y las chicas se callan.

—No me digas que le tienes por ahí encerrado hasta que sepas qué debes hacer —bromea Elsa, y se gana mi bufido.

—¿Qué ha pasado, cielo? —tantea Diana.

—No sé —digo mirándolas de nuevo—. Estaba observando su regalo, que, por cierto, no sé dónde narices lo he dejado. —Me vuelvo hacia la puerta y salgo de la habitación para buscarlo—. Luego iba a recoger las cosas para salir a cenar, y de pronto estábamos como discutiendo, nos hemos gritado, y ¡luego nos hemos besado!

Para dar más énfasis, muevo el móvil con un gesto brusco, me lo alejo de la cara, me detengo en mitad del pasillo y vuelvo a mirar a las chicas.

—No entiendo nada —murmura Gala—. Haz el favor de tranquilizarte. Respira, y cuéntanoslo todo.

Yo obedezco; tras una pausa breve para calmar mi histeria, lo narro de pies a cabeza, con todo lujo de detalles.

—Voy a buscarte —dice Diana cuando termino.

—Reunión en mi casa —propone Elsa.

—Sí, porque en la mía tengo a la vieja del visillo. Aunque podríamos ir a algún lado, ya sabes que si lo oye Cole lo sabrá también Aitor... —murmura Diana, que anda por su casa, seguramente hacia su habitación para cambiarse.

—Te he oído. —Se oye la queja de Aitor, a quien todas ignoramos.

Entendedme, la situación es grave.

—Cierto, ¿os apetece ir al Cafetín Croché? —propone Elsa.

—Perfecto. Nagore, en diez minutos me tienes en la puerta —dice Diana—. Luego nos vemos...

—Chicas, yo hoy no puedo —dice Gala—. Así que me quedo contigo, Nagore, hasta que Diana te recoja.

—Gracias —le digo; comprendo que ella no vendrá desde Madrid.

Elsa no tarda en despedirse para prepararse también, y desaparecen tanto su parte de pantalla como la de Diana, así que en el curso de la videollamada me quedo con Gala, que me estudia cautamente.

—¿Qué voy a hacer? —pregunto entonces—. Estoy hecha un lío.

—Bueno, pensabas que Carlos no te veía de esa manera, y creo que el beso cambia un poco la perspectiva, ¿no?

Me mordisqueo el labio.

—¿Y todo este tiempo sin decir nada? —Por fin pronuncio esa pregunta que me martillea la mente—. No tiene sentido.

—Tú tampoco le has dicho nada —me rebate.

Me callo nuevamente.

—¿Qué piensas? —quiere saber Gala.

Suspiro y vuelvo a mi habitación para recoger el bolso y el abrigo antes de que aparezca Diana.

—Que no entiendo nada.

—¿Y por qué no se lo preguntas a él?

—Yo... —No soy capaz de continuar.

—Piensa, Nagore. ¿Por qué te quedaste ahí congelada? ¿Por qué le dejaste marchar?

Mi boca tiembla y noto las lágrimas en mis ojos. Gala sabe dónde rascar y lo ha encontrado.

—¿Qué sucede, cielo?

—Tengo miedo —le confieso al fin, mirando otra vez a la

pantalla—. Estoy aterrada. Siento que en cualquier momento todo se desmoronará. Todo. De pronto han empezado a sucederme cosas buenas, y tengo tanto miedo de que todo vuelva a ser como antes.

—¿Y qué es «antes»?

—Lo malo.

Nos quedamos las dos en silencio hasta que Gala lo vuelve a romper.

—¿Recuerdas la tirada del tarot?

Confusa, levanto la mirada. Sigo en la habitación con el bolso colgado de cualquier manera y el abrigo sujeto en la otra mano.

—¿Lo que te dijo? —insiste—. Vale que puede considerarse una tontuna sacacuartos, pero algo de lo que te dijo se me quedó grabado.

—¿Lo de que el amor de mi vida llegaría en un sitio lleno de agua? —Recuerdo que esa parte me impactó.

Gala lo niega con su dulce sonrisa.

—Que no te dabas cuenta de las cosas buenas; y yo añado algo: el miedo a las cosas malas no te deja apreciar las buenas que te suceden. Tienes que tirar de esa venda, Nagore. Esa que no te deja disfrutar los buenos momentos. Cuando algo bueno te sucede, te asustas.

—Soy así.

—No. No lo eres. Eres una persona vibrante, Nagore. Siempre. Vibrante porque eres alegre, porque tienes esa chispa que solo unas pocas personas tienen, y porque eres más fuerte de lo que te imaginas.

—Vosotras sois fuertes, yo...

—Ninguna de nosotras seremos, jamás, ni la mitad de fuertes y valientes que tú. ¿Eres consciente de todo lo que te ha pasado este último año? Y ahí estás. En tu futuro hotel. Has peleado con garras, has luchado contra marea. Ahora, ahora que viene

algo bueno de manera fácil, déjate llevar, mujer. Te lo mereces.

Con un nudo en la garganta, la miro.

—Ojalá estuvieras aquí para poder abrazarte —digo flojito.

Gala hace una mueca que quiere parecer una sonrisa, pero acaba siendo triste, como si contuviera las lágrimas.

—¿Estás bien? —le pregunto preocupada; ahora ella sonríe.

—Claro que lo estoy. Solo es que me he emocionado. Estoy orgullosa, tan orgullosa de ti, de todo lo que estás consiguiendo... Bueno, de todas. Es increíble todo lo que estamos consiguiendo...

Asiento, también estoy emocionada.

Nos conocimos cuando éramos tan pequeñas... y ahora, aquí estamos...

—Dime un color —le pido de pronto.

—¿Un color? —me pregunta, completamente confundida.

—Sí. ¿Qué color te viene a la mente ahora mismo?

Gala no tarda ni dos segundos en meditarlo.

—Azul. Pienso en el azul.

Sonrío ante su respuesta; en ese momento vibra mi móvil.

—Es Diana —le explico a Gala cuando se reconecta la videollamada.

—Venga, ve y pasadlo muy bien —me anima ella.

Para finalizar la videollamada, le prometo que después, por el chat, la pondremos al día de todas las conclusiones a las que lleguemos.

19 de abril

Por la mañana

Es un día duro. Emocionante, pero duro.

Con la ayuda de mi hermana he publicado diversos anuncios para la búsqueda de personal. Como os podréis imaginar, deberá ser el mínimo, pues Valerie y yo nos encargaremos de la recepción, el mantenimiento y la conserjería. Sí, esas dos últimas tareas serán de lo más emocionante, pero la mayor parte del presupuesto queda reservada para el cocinero, dos auxiliares de cocina y el camarero. Por supuesto, también tengo que contratar a alguien para la limpieza...

Pufff, ¿he dicho que me estoy agobiando?

A veces me dan ganas de tirar la toalla y volver a la comodidad de ser la encargada de un hotel ajeno; pero, tranquilidad, se me pasa rápido, sobre todo cuando veo los avances en la obra.

La cocina está prácticamente finalizada; de hecho, hace un rato que Luis me explicaba el funcionamiento del enorme congelador de la despensa... sí, le he pedido al buen hombre que luego me deje el manual para echarle un vistazo.

Valerie y yo seguimos sin entender a Luis, pero no podemos recurrir constantemente a los demás miembros de la cuadrilla. Al final se dará cuenta de que no entendemos nada de lo que dice, y no sé cómo se lo tomaría. De todos modos, debo reconocer que se me ha afinado el oído e incluso pillo enteras algunas de sus frases. Cuando se lo cuente a Carlos...

Se me bloquea la mente al pensar su nombre; desde el

encuentro en el hotel, antes de salir de viaje, no hemos vuelto a cruzar palabra.

Estoy en la zona de los dormitorios, en el pasillo oeste, que lleva a las suites más grandes. Me he detenido ahí en medio y, al darme cuenta, avanzo hasta el extremo del corredor, donde se abre una gran ventana con vistas a la parte trasera del jardín y a la sierra.

Supuestamente, Valerie está en alguno de los dormitorios; esta semana hemos recibido toda la mercancía para la decoración y el mobiliario que encargué. Y digo «supuestamente» porque ahora mismo la veo en el jardín, yendo en dirección a la cuadrilla; toda sonrisas, se acerca a Julio, quien la recibe con entusiasmo.

Pongo los ojos en blanco. Creo que tengo poca credibilidad como jefa; de lo contrario, no entiendo qué parte no comprende mi hermana cuando le repito incansablemente que deje trabajar en paz al pobre chico.

En fin, entro en una habitación y prosigo la tarea de ponerla bonita. He escogido un estilo rustico para la decoración, muy acorde con la casa y los tonos que presenta; y aunque al principio quería que todas las habitaciones fueran iguales, cambié de opinión. Creo que la magia del hotel boutique residirá en que cada cliente se sienta en un sitio exclusivo y distinto al del resto de los huéspedes.

Al cabo de un rato, mi hermana tiene la decencia de aparecer y ponerse a trabajar; eso sí, trae agua fría para refrescarnos, y se lo agradezco. Así pues, me encuentro colocando cortinas y colchas cuando vibra el móvil.

Echo un vistazo y veo que hay un mensaje de Carlos. Un mensaje de Carlos y otro de Joel.

Me quedo con cara de la pipa de Grefusa. Pipa o trozo de maíz, lo que demonios sea esa cosa amarilla con la sonrisa congelada mientras levanta los dedos pulgares con la mayor de

las ironías.

Tengo ganas de mirar al cielo y chillarle: «¿Acaso se trata de alguna confabulación contra mí?».

En fin, ¿a quién voy a engañar?, sé cuál abriré primero.

Carlos
Hola

¿Un simple «hola»? ¿Y ya está?

O sea, que me aclare. Me grita —vamos a ignorar muy concienzudamente la parte de la escena en la que yo también le grito a él, ¿vale? —, me besa, a continuación me dice que se marcha, para luego soltar la bomba de que no es que se vaya un momento, sino dos eternas semanas. Y, después de *tooodo* esto, va y me escribe con un solo y llano «hola».

Escribo lo único que me viene a la mente:

Yo
Adiós

Enseguida veo que teclea.

Carlos
Adiós?

Yo
No sé, me he imaginado que jugabas a los antónimos. Sigo yo: abril

Carlos
Vale. Estás molesta

Yo
Cómo que molesta!?
Carlos, me besaste

Carlos
Creo que no participé solo en el beso

Eso hace que mis dedos se congelen antes de seguir tecleando.

Yo
No voy a comentar lo que has escrito, solo quiero señalar que me besaste y te fuiste.
Y para un buen rato, debo decir.
Qué tal Suiza?

Carlos
No es el lugar donde me gustaría estar ahora mismo

Una sencilla frase, pero sirve para que mi estómago se retuerza de expectación y, al mismo tiempo, me obligo a respirar hondo.

Sé lo que piensan las chicas, lo que hablé con Gala, lo que después debatí con Diana y Elsa, pero... ellas no estuvieron en esa fiesta donde las diferencias entre nosotros se hicieron tan evidentes.

No puedo perder a Carlos. Él se ha convertido en alguien imprescindible en mi vida. Es como ese lugar seguro al que vas cuando necesitas paz, seguridad, es... es alguien por quien he suspirado y todavía suspiro, pero siempre siendo bien consciente de los límites, porque ¿qué haría si todo se estropea y desaparece de mi vida?

Mi móvil vibra y descubro que es una llamada entrante. Una llamada suya.

La acepto con la garganta cerrada; sin embargo, antes salgo de la habitación para dejar atrás a mi atareada hermana.

—Hola —dice su profunda voz.

Es que incluso su voz me gusta. No hay derecho.

—Hola —respondo yo con un suspiro de pesadez, como si me costara saludarlo por la carga que llevo encima.

Una carga llena de sentimientos alborotados y convertidos en una enorme madeja de hilos que no sabes cómo empezar a desenredar.

—No quería irme así, pero si no me iba, las cosas se habrían complicado mucho más.

Me muerdo el labio, pues intuyo a qué se refiere: no se habría quedado en un simple beso... y eso me hace recordar el beso, su intensidad y las brutales sensaciones que me recorrieron.

«Para el carro, Nagore», me pido.

Asiento con la cabeza, aunque él no me ve.

—No te enfades, por favor. No supe reaccionar de la mejor manera... —sigue él, pero me obligo a intervenir.

—Tranquilo. Hiciste lo más sensato.

—¿«Lo más sensato»? —repite.

Lo noto. Noto en la entonación de su voz la sorpresa y el tanteo en la pregunta. Cojo aire para soltar una de las frases más difíciles de mi vida:

—Esto no puede ser. Tú y yo lo sabemos.

—¿«Lo sabemos»? —repite sin disimular su incredulidad.

No me permito titubear, hablo de manera directa:

—Sí, tú también lo sabes. ¿O debo recordarte la noche de la fiesta?

—¿«La noche de la fiesta»?

—Sí, Carlos. No encajo. No encajo en tu mundo. —Cierro los ojos al decirlo, pero su respuesta no tarda en llegar.

—¿Qué cojones dices, Nagore?

No necesito tenerle delante para saber que su rostro tiene un gesto contrariado.

—Es la verdad —trato de explicarle con tiento. No quiero hacerle daño ofendiéndole—. Al poco rato de estar ahí, ya me

sentía incómoda por los juicios, por el ambiente.

La parte de Natalie me la guardo para mí porque, en el fondo, mi lado más egoísta no quiere que él averigüe que la perfecta es ella y no yo.

Oigo movimiento al otro lado de la línea.

—No podemos hablar esto así, tan lejos, sin verte la cara. —Creo que maldice y de nuevo oigo más movimiento. Quizá esté entrando o saliendo de algún sitio, no lo sé. Me es imposible no imaginarme lo guapo que estará, seguramente con uno de sus trajes a medida, bajo algún abrigo de solapas que tan bien le quedan—. No estás hablando en serio. —Creo que eso último lo dice más para sí que para mí, y siento una pesadez en el pecho, dura, pero sé que es lo correcto.

—¿Por qué crees que me fui tan pronto? —Es hora de que sepa la verdad.

—¿Cómo? —La tirantez en su voz es inconfundible, y tras unos segundos, vuelve a hablarme—: No estabas mal del estómago, ¿verdad?

Nos conocemos demasiado como para pasarlo por alto.

—No. Estaba incómoda, ese no era mi sitio. No lo es, Carlos. Es lo que te intento decir.

Silencio.

Solo hay silencio al otro lado de la línea.

—Carlos... —comienzo, pero él no me deja terminar la frase.

—¿Es que tengo que renunciar a quien soy?

—¡No! —digo rápidamente—. ¡Por supuesto que no!

Quiero seguir hablando, pero me callo. Por cobarde y por miedo.

—Nagore...

Es lo único que dice, y agradezco que la conversación sea así, sin vernos a la cara. Recupero fuerzas y continúo:

—Eres mi mejor amigo, Carlos. Seguir con lo que sucedió el otro día solo desembocará en el fracaso. Y no puedo perderte.

¿No lo entiendes?

Es silencio lo que oigo al otro lado de la línea, y me invade el temor.

—¿Carlos? ¿Estás…?

—Estoy bien, Nagore. Nunca debes tener miedo por decir lo que piensas. Nunca.

Sujeto el móvil con fuerza y alcanzo la ventana del pasillo, esa en la que antes había visto a parte del equipo trabajando y el intercambio de miradas entre Valerie y Julio.

Ahora está vacío, no hay nadie.

—Ahora tengo que dejarte, ¿vale?

—Pero ¿luego me llamarás? —le pregunto con urgencia.

—Tranquila, claro. —El tono de su voz vuelve a ser el de siempre, pero eso no me tranquiliza. Todo lo contrario—. Todavía tienes que contarme qué tal va el hotel. No queda nada para la gran inauguración. ¿Has pensado ya en el nombre?

—No. Todavía no —le contesto, conocedora de que intenta finalizar la llamada cuanto antes con una amabilidad que no me gusta.

—Ya llegará. Luego hablamos, ¿vale?

—Sí, claro.

Pero al cortar la llamada, sé que no va a suceder. Esa segunda llamada no llegará.

19 de abril

Por la tarde

Algo va mal. Muy mal.

Las manos de Joel me sujetan las caderas y su boca me mordisquea la nuca. Estoy sentada sobre él, dándole la espalda y sintiendo la erección contra el culo, todavía vestidos, sin ir más lejos, pero sé que no irá a más.

Una mano suya sube a buscarme el pecho y lo presiona tanteándome, pero yo estoy fría, y solo me repito a mí misma que ha sido muy mala idea escribirle para quedar.

—¿Qué pasa? —pregunta Joel.

No es tonto. Ve que no reacciono como siempre.

Suspiro antes de separarme de él.

—Creo que estoy demasiado cansada. Perdona.

Cuando me vuelvo, encuentro sus oscuros ojos estudiándome.

Estamos en su piso, concretamente en el salón. Suena de fondo *Curls*, de Bibio, entremezclado con el sonido de la vida de Madrid que nos llega a través de las ventanas. Desvío la mirada y me incorporo. El suelo de madera cruje bajo mis pies descalzos cuando me dirijo al sofá, donde descansa el abrigo, el bolso y los zapatos. No tendría que haber venido.

—¿Te vas? —Me giro hacia Joel cuando hace la pregunta y no puedo ignorar su expresión tensa.

—Solo iba a mirar el móvil —le confieso mientras rebusco en el bolso, hasta que encuentro el iPhone.

No hay ni un solo mensaje.

Joder.

—Nagore, ¿qué pasa? —insiste.

Dejo el teléfono y me centro en el moreno que tengo delante. Lleva un jersey fino, blanco, que le queda algo grande y permite ver los trazos de sus tatuajes en el pecho; unos pantalones *joggers* en color tostado y una de esas miradas que hacen que cualquiera entre en ebullición, pero a mí ya no. Y lo intuyo hace ya algún tiempo.

—Perdona —le digo—, estoy que no estoy.

Me dejo caer en el sofá y Joel se levanta para sentarse a mi lado.

—¿Es algo que haya hecho? —quiere saber.

Niego con la cabeza sin establecer contacto visual con él.

—Para nada. Solo... —Me encojo de hombros.

Solo estoy en una situación de la cual no sé salir o, mejor dicho, que no sé cómo solucionar, pero eso no lo digo en voz alta. Nos quedamos en silencio.

—Ha estado bien —dice de pronto, haciendo que lo mire.

—¿Cómo?

Una sonrisa aparece en su rostro, aunque creo que es más bien una mueca.

—¿Crees que no reconozco lo que sucede? No nos veremos más, lo que pasa es que no sabes cómo decírmelo. He estado muchas veces en tu situación como para no reconocerlo ahora. Y he de decir que escuece.

Joel se ríe, sacude la cabeza y choca su hombro contra el mío de manera juguetona.

—Lo siento.

—No. Siempre fuiste sincera. —Sus oscuros ojos me vuelven a buscar—. Tarde o temprano iba a suceder. Con lo que no contaba era con que te me metieras bajo la piel.

Lo miro sorprendida y Joel se deja caer sobre el respaldo del sofá de manera relajada, como si no acabara de soltar tal

confesión. Tiene los brazos extendidos en el respaldo y juguetea con uno de sus anillos.

—La vida es jodidamente irónica, ¿no crees? —me pregunta entonces, mirándome de nuevo.

—Qué te voy a decir. —Me dejo caer a su lado.

30 de abril

Por la mañana

—Carlos no vuelve mañana —digo una vez que la camarera nos ha servido el *brunch*.

Diana y Elsa se quedan congeladas.

Estamos en nuestra cafetería, en Antigua Canela, pero no en nuestro sitio habitual, pues lo ha ocupado una familia; nos hemos tenido que conformar con una mesita más adentrada en el pequeño local, aunque tampoco me parece mal, ya que hoy Gala no ha podido venir.

—¿Y eso? —pregunta Diana mientras remueve el café antes de dar un mordisco a su porción de quiche de espinacas y queso—. Era un viaje de solo dos semanas, ¿no?

—Sí. —Me miro el cruasán salado—. Pero parece ser que se ha alargado.

—Bueno, los viajes de negocios tienen esas cosas —añade Elsa—. Aunque también es posible que intente evitarte, por esa tanda de gilipolleces que le dijiste.

—Eres... —comienza Diana, y la mira mal al ver mi mueca.

—¿Adorable? —propone Elsa con una sonrisilla. Como castigo, le robo un tomate cherri—. ¡Ey!

—Lo que le dije no es ninguna gilipollez. Es la verdad.

—Vamos a ver, querida. Estás dándonos la brasa con ese hombre desde que lo conociste, y ahora que se te ofrece en bandeja...

—En bandeja no, Elsa. ¿Recuerdas la parte en que se fue? ¿Por qué crees que lo hizo?

—Dios, deja de ser tan tozuda o te juro que te golpeo con la quiche de Diana.

—¿Por qué con la mía? —dice esta, al tiempo que aleja un poco su plato de Elsa, que está sentada justo enfrente.

—No pienso perder mi comida por esta mente cuadrada.

—Mira —digo en un intento de serenar el ambiente—, he aceptado que hay cosas que no me sucederán nunca —continúo —. Y sé que si *eso* pasara... —Enfatizo la palabra que sustituye el hecho que soy incapaz de verbalizar—. Luego vendría la parte mala, y, qué queréis que os diga, prefiero quedarme así. Y él, en el fondo, también, que por eso se detuvo.

—¿En serio? ¿Cuándo has decidido no vivir? —salta Elsa mirando a Diana—. O sea, ¿sabes que eres un cajón de contradicciones? No quieres lanzarte a la piscina con Carlos, pero sí lo haces con el hotel; ¿qué quieres que te diga?, me parece mucho más peligroso eso por la forma como te has endeudado, que las consecuencias de la historia con Carlos en caso de que saliera mal.

—Elsa... —interviene Diana, ante esas palabras que me escuecen.

—No —dice Elsa, y vuelve a fijar sus oscuros ojos en mí—. Es la verdad. No quiero decir que lo del hotel vaya a salir mal; sabes que no me refiero a eso, sino al hecho de que das pasos firmes hacia delante para algunas cosas, pero para otras, mucho más mundanas, ni te atreves a respirar. ¡Y además sabes que él está más que interesado!

Tras estas palabras, ella y Diana me estudian, y yo hago una mueca tristona. Con otras personas podría seguir mareando la perdiz, pero no con ellas. Me conocen demasiado.

Así que, puestas a ser sinceras, lo soy yo también.

—No quiero un corazón roto. No podría soportarlo de nuevo —digo al fin.

Los ojos oscuros de Elsa me escudriñan.

—Cielo, te voy a decir una verdad universal: de amor... de amor nadie muere.

Un silencio cae entre las tres mientras la vida en la cafetería continúa con su melodía de jazz alegre y charlas animadas.

—Bueno... —dice Diana, ya más seria—. Nagore, también es...

—Claro que muere gente por amor —la interrumpo yo, dirigiéndome a Elsa—. Mira a Debbie Reynolds. Murió al día siguiente que su hija.

—No me refería a esa clase de amor —deja caer la morena; y asiento, porque en el fondo sé qué quería decir.

—Lo que Elsa quiere que entiendas —habla por fin Diana—, es que no debes frenarte. Estás yendo a por todas, ¿no? Pues hazlo de verdad, tía. Él te gusta; de hecho, creo que tus sentimientos van mucho más allá...

—Y a Carlos le pasa exactamente lo mismo contigo —añade rápidamente Elsa.

—Pero ha alargado el viaje... eso significa algo. Y ¿qué queréis que os diga?, no tiene pinta de ser nada bueno —suelto mientras remuevo el café con especial ímpetu.

—Tía, ¿cómo actuarías tú? En serio. ¿Cómo actuarías después de vuestra conversación? —sigue insistiendo Elsa.

Escondo la cara entre las palmas de las manos.

—Mira, ya está hecho. No sigas atormentándote con ello. Simplemente ponle remedio —dice Diana.

—¿Y cómo lo hago? —Mi voz sale amortiguada y con cierto eco, pues lo pregunto con el rostro todavía escondido.

—Oh, fácil. —El tono de voz de Elsa hace que descubra la cara.

Tiene una sonrisilla peligrosa.

—Deshaz lo que has hecho —revela al fin.

—¿Y cómo narices hago eso? —pregunto, como si me acabara de hablar en chino.

—Demuéstrale que estás completamente segura de que tan solo le dijiste gilipolleces —continúa Elsa.

—Tal como lo dices, suena muy fácil, pero...

—Siempre nos parece todo más fácil desde fuera —apunta Diana con una sonrisa suave en los labios. Sus ojos avellana me miran con cariño—. Y es cierto, a veces se ve todo mejor desde fuera.

—El cambio de perspectiva ayuda —añade Elsa—. Tú ve preparando el terreno para cuando vuelva, porque ese moreno de ojos azules volverá.

Un nudo de nervios me recorre las tripas.

—Nosotras preparamos las palomitas —se ríe Diana, y Elsa asiente.

—¿Las palomitas? —Arqueo una ceja ante su comentario.

—Claro, tía. O sea, tú, Nagore de nuestros amores, vas a reconquistar a Carlos. Esto, querida, promete momentos...

—Momentazos —añade divertida Diana, y las dos comienzan a reírse. Mis ganas de asesinarlas aumentan notablemente.

—Echo de menos a Gala —suelto con un quejido.

—Créeme que pensará igual que nosotras —me promete Diana, y en el fondo sé que es verdad.

Suspiro y me centro en mi comida. Debo reconocer que, sí, estoy de acuerdo con ellas; intentaré solventar esta situación, me voy a tirar a la piscina, al charco o derivados.

Dejaré a un lado todo lo demás: mis miedos y mis inseguridades, y, joder, que sea lo que tenga que ser.

3 de mayo

Por la mañana

Estoy en la recepción, sí. Aquí estoy.

Reposo las manos sobre la superficie del mueble de una pulida madera de ébano. Detrás de mí, algunos de los obreros dan los últimos toques al armario que va bajo las escaleras, a mi izquierda. Este armario será, sobre todo, para guardar papeleo, aunque también servirá para que el personal pueda guardar sus cosas.

Reviso el software que nos instalaron la semana pasada para gestionar las reservas e intento recordar cada uno de los pasos para configurarlo.

—Ya empiezan a llegar. —Valerie me saca de mi concentración con una taza de café humeante.

—¿Hum? —pregunto, mirándola.

—Las entrevistas para el puesto de cocinero —me recuerda mi hermana, con sus finas cejas arqueadas.

—Oh, sí —asiento, ya de vuelta a la realidad.

Ya he escogido a dos chicos, Pedro y Ricardo, como ayudantes de cocina, y hoy toca escoger al futuro cocinero. De pronto, estoy nerviosa.

—¿Qué tal aspecto tengo? —le pregunto mientras observo mi ropa algo arrugada.

—Estás en medio de una reforma. —Esa es la escueta respuesta de mi hermana

Intento alisar un poco los pantalones *palazzo* de color gris que he combinado con el jersey entallado blanco y de cuello

vuelto.

—¿Y el pelo? —insisto. Al mismo tiempo me retoco la melena, de nuevo a la altura del cuello, por encima de los hombros, y peinada en suaves ondas que siempre he creído que me dan un look muy chic.

—Estás perfecta. Vamos, que te están esperando. —Mi hermana me apresura cogiéndome de la mano para sacarme de detrás del mueble de recepción.

—¿Dónde están? —Echo el freno cuando me percato de que me dirige afuera de la casa.

—Pues fuera —contesta mi hermana como si fuera lo más normal del universo.

Suspiro.

—Valerie, no les puedes tener fuera; anda, diles que pasen —le pido mientras vuelvo hacia el mueble y rebusco el currículum de cada uno.

Mi hermana pequeña pone los ojos en blanco, pero gira sobre sus talones para salir al exterior. Al poco aparece seguida por tres personas.

El primero es un hombre de mediana edad, nariz prominente, algo calvo pero con una sonrisa amplia y manos grandes. Le sigue otro hombre, mucho más joven y de porte regio, diría que incluso elegante; se mueve con soltura y gran confianza. Sin embargo, la última persona, una mujer también de mediana edad, de espaldas anchas y cara redonda, capta mi atención por su expresión de mala leche.

—¿Tú cuál crees que nos quedamos? —me pregunta Valerie horas más tarde.

Estamos en mi habitación, la catorce. Tras las entrevistas, hemos descartado al hombre de mayor edad, y ahora debemos

decidir entre el más joven, llamado Miguel, siempre sonriente y con un humor encantador, e Ivanna, la mujer rusa con el carácter un poco más duro.

—No nos quedamos con nadie. Valerie, tienes que cuidar tu modo de expresarte, cualquiera que te oiga... parece que debamos decidir qué objeto nuevo compraremos para el salón...

—Bah. —Valerie rueda por la cama y se queda mirándome. Yo estoy sentada en el escritorio de madera con mi móvil en la mano—. Sabes a qué me refiero.

—Pues, sinceramente, no lo sé —le contesto al final, cuando dejo de mirar el Instagram—. Tendremos que ver qué tal son esos menús.

Les hemos comunicado que debemos decidirnos entre ambos y les hemos dejado en la cocina preparando, por separado, un menú degustación completo, empleando solo los ingredientes que hay en la cocina.

Este ejercicio me interesa, porque, aparte de conocer de primera mano su modo de cocinar, veré cómo se desenvuelven en situaciones improvisadas y cómo funcionan con Pedro y Ricardo. No me sirve de nada la experiencia si luego no funcionan como equipo.

—Yo creo que nos quedaremos con Miguel —dice Valerie, cuando volvemos a estar en la habitación.

—¿Ah, sí? —pregunto sin poder ocultar una sonrisa.

—Por supuesto, la mujer esa parece una sargenta. Aunque me gusta su duro acento ruso, da miedo.

Vuelvo a sonreír. Siento la tentación de abrir el WhatsApp para comentar con Carlos lo que sucede, pero... bueno, no puedo. Las cosas están raras entre nosotros.

Sin embargo, quizá, debería intentar romper el hielo un poco más. Estos días hemos intercambiado mensajes, pero siempre parece que le pillo en mal momento. Siempre tiene que irse o asistir a alguna comida, cena, reunión...

Me mordisqueo el labio y abro el chat para contarle los avances con la búsqueda del cocinero o cocinera. Y espero.

No sé qué rollo me cuenta Valerie; le contesto en los momentos oportunos, pero sigo prestando atención a la pantalla del teléfono, a la espera de que en algún momento...

Algo me golpea la cabeza duramente, algo que me obliga a girarme y mirar mal a mi querida y petarda hermana pequeña, pues me ha lanzado un cojín de la cama.

—No me haces caso. —Es lo único que dice.

—Claro que te hago caso, y no vuelvas a tirarme nada a la cabeza, y menos si son cosas del hotel —gruño.

—Por Dios, que es un cojín, no una maceta; no se va a romper. Últimamente estás de lo más inaguantable.

Arqueo una ceja, en plan digna.

El móvil vibra; inmediatamente ignoro del todo a Valerie y me lanzo a ver qué ha llegado. Mi corazón da un triple mortal cuando descubro que es un mensaje suyo.

Carlos

Creo que apuesto por la sargenta rusa.
Aunque sabes que Valerie tiene gran poder de convencimiento

Tecleo rápidamente una respuesta, y no puedo evitar que se me dibuje una sonrisa.

Yo

Hay que esperarse a esta tarde, a ver qué nos preparan...

Me detengo. He estado a punto de poner una cosa que... Me mordisqueo el labio.

—Venga, ¿a qué esperas? —dice de pronto mi hermana, sobresaltándome.

La descubro cotilleando por encima de mi hombro.

—¡Valerie!

—Ni «Valerie» ni nada. Dile de una vez que lo echas de menos. Eres un rollo, tan melancólica.

—Ey —me quejo, pero vuelvo a mirar el teléfono.

—Me voy a preparar un café —me dice, muy oportuna, al salir de la habitación sin esperar respuesta.

Vuelvo a mirar la pantalla, y finalmente le escribo:

Yo
Ojalá estuvieras aquí

Nada más verlo escrito me entran todos los males posibles: nervios, arrepentimientos, incluso sudores, así que rápidamente añado algo para que no suene *tan* tan, ya me entendéis.

Yo
Todo sería mucho más divertido y menos estresante

Su respuesta me sorprende.

Carlos
Pues parece que tus ruegos son escuchados.
Ya tengo fecha para volver a Madrid

Yo
Cuándo?

Carlos
El 17 estoy ahí

Yo
Tan tarde?

Comienza a escribir de nuevo pero se detiene. Y vuelve a escribir... y para. ¿Qué ocurre?

Finalmente, llega su mensaje.

Carlos
De verdad me echas tanto de menos?

Oh, Dios.

Juro que cada partícula de mi cuerpo se ha puesto nerviosa. Oh-oh-oh.

Vale.

Sí.

Voy a contestar. No le voy a dar más vueltas.

Cojo el móvil y le escribo:

Yo
Sí

Un mensaje sencillo, demasiado escueto, pero una vez enviado, tengo la necesidad de levantarme y alejarme del escritorio y del móvil, para dar saltos completamente atacada. ¡Al borde de un colapso, estoy!

En esa coyuntura me pilla mi hermana cuando abre la puerta con una taza de café.

—Vaya. —Es lo único que dice con una sonrisilla.

—No me juzgues. —Es lo que contesto cuando entra y cierra tras de sí—. ¿Y mi café? —le pregunto cuando veo que se sienta para tomar la caliente bebida.

—Mira, creo que ya tienes suficientes emociones fuertes como para añadirles cafeína.

Sin embargo, ignoro su último comentario porque he vuelto a sacar el valor de acercarme al teléfono y leer su contestación.

Me es imposible ignorar la sensación que me recorre el pecho. Una sensación cálida, bonita, que hace que se me dibuje una sonrisa en la boca.

Carlos
Yo también te echo de menos.

Oh, Dios mío.
Bueno, creo que eso lo he dicho ya, ¿verdad?

3 de mayo

Por la noche

Me ruge la tripa al percibir el aroma, y Valerie y yo intercambiamos una mirada. Sobre la mesa con la mantelería de lino se encuentra la vajilla rústica, es decir, la oficial; a pesar de haberla visto ya millones de veces y de que el comedor está listo, con diversas mesas repartidas por la estancia desde hace tiempo, inevitablemente se me dibuja una gran sonrisa cuando veo la única mesa servida al detalle, si es que incluso están encendidas las velas.

Cuando el resto esté igual, va a ser tan, pero tan bonito...

—Señoritas —nos saluda Pedro con una sonrisa amplia.

El tamaño de Pedro es como el de un armario ropero, pero en vez de ser intimidante, parece un gran oso de peluche.

Nos saluda a ambas antes de apartarnos las sillas para que nos sentemos.

—Recuerda que no debes decirnos de quién es cada menú, por favor —le pido como respuesta a su sonrisa, y examinando a conciencia cómo han puesto la mesa.

Está perfecta.

—Por supuesto, jefa —asiente.

Pongo los ojos en blanco porque sé que, curiosamente, utiliza el término de «jefa» para relajar el ambiente, y, de hecho, lo consigue. Al poco rato de desaparecer, vuelve seguido de Ricardo; ambos llevan varios platos que nos colocan delante.

—El primer menú —explica Pedro— está compuesto por una crema de calabaza a la sidra con rúcula y avellanas, seguido de

unos tacos de pescado con pimientos y guacamole en hoja de lechuga. Por último, empanaditas de manzana y canela.

La presentación es perfecta, pero cuando Ricardo nos muestra el segundo menú, nuestra atención se centra enseguida en los otros platos.

—El siguiente comienza con crema de calabacín, cebolla caramelizada y manzana, seguido de pollo rustido con ciruelas al brandy. Termina con unos cruasanes de mantequilla.

—¿«Cruasanes»? —repito al verlos en un pequeño plato.

—Interesante elección —dice Valerie, leyéndome la mente.

Asiento mirando a los camareros, que se retiran con el semblante serio y sin hacer ningún tipo de comentario que desvele de quién es cada menú.

—Muchas gracias, Pedro, Ricardo —asiento de nuevo, dispuesta a comenzar con la degustación de la deliciosa comida.

—¿Había tanto en la despensa? Yo habría hecho unos macarrones, y listo —dice Valerie.

—Por eso, y gracias doy, no te dedicas a ello —le respondo. Pero se me quitan las ganas de seguir hablando en cuanto pruebo la primera crema.

Mi hermana y yo volvemos a intercambiar una mirada, esta vez de asombro.

—Está delicioso —susurra Valerie.

Yo asiento; y lo seguimos probando, bocado tras bocado: todo es una delicia. Hacía tiempo que no había tomado algo tan rico y, a la vez, tan sencillo, en cierto modo. Sin embargo, hay un antes y un después.

No negaré que, conforme voy degustando los platos, me es imposible no decantarme por uno de los menús —tanto por la elección de los ingredientes como por sus sabores—, pero es al probar ese cruasán cuando juro que mi vida tiene un antes y un después.

—Señor... —oigo que gime mi hermana, está con los ojos cerrados.

No es para menos. Es delicioso. La pasta de hojaldre está crujiente por arriba, con el punto exacto de dulzor, y por dentro ha quedado tan tierno que casi se derrite en la boca, permitiéndote apreciar el sabor de la mantequilla. El hecho de que todavía esté caliente le añade otro plus.

Miro a mi hermana. Mi hermana me mira a mí.

—Yo no tengo ninguna duda.

Valerie asiente.

Entonces Pedro se acerca con dos sobres, tal como le pedí que lo hicieran. Los sobres color crema llevan dibujados, respectivamente, los números uno y dos.

Nuestro ganador o ganadora es el dos, así pues, escojo ese sobre.

—¿Quién es? —susurra Valerie.

Yo la miro con una amplia sonrisa tras leer el contenido.

—Ivanna.

14 de mayo

Al mediodía

Cruzo la calle Duque de Alba para llegar a la floristería Balcones y Flores. La conozco desde la boda de Gala, aunque Diana dice que es una de las floristerías de siempre, del pueblo; y, claro, como me mudé con mis padres a vivir a Madrid centro al poco de comenzar la universidad, poco puedo decir.

Esta mañana he estado enseñando unas cuantas casas y estoy realmente agotada; sin embargo, en cuanto me dispongo a escoger en la floristería los centros para las mesas del comedor y algunos detalles más, el cansancio se me va como un plumazo.

Además, ya he avisado a la inmobiliaria de que el mes que viene ya no trabajaré con ellos. Sabía que llegaría el momento, era obvio que no podría mantener dos trabajos a la vez; y, como me dice mi neuróloga, el estrés no es bueno para la enfermedad.

Salgo de la floristería con las pilas cargadas y derechita a la plaza, donde he quedado con Elsa para el aperitivo.

Estoy ya en la calle Reina Victoria, a la altura de la plaza de la Cruz; el día es completamente primaveral, así que la caminata resulta agradable. En el cielo no se ve ni una sola nube y, a pesar de la hora, ya hay gente en las terrazas disfrutando de la buena temperatura mientras toma algo.

Durante la caminata me es imposible no pensar en él, en Carlos. Quedan pocos días para que vuelva y estoy ansiosa. No sé cómo reaccionaremos al vernos, desde su último mensaje no

hemos hablado mucho más y eso... eso hace que la tensión esté tan en el aire...

Llego a la plaza, y mientras saco el móvil para comprobar dónde me ha dicho Elsa que me esperaba exactamente, alguien me ataca por detrás.

—¡Ey!

—¡Coño! —exclamo al tiempo que pego un bote por el susto que me ha dado la tonta de Elsa, que se carcajea a mi costa—. Idiota. No lo hagas más.

—Estabas a huevo —me contesta la morena, apartándose el negro pelazo—. ¿Qué te apetece?

—Me da igual, lo que tú quieras —confieso, pues realmente no tengo preferencias.

—Mato por unas bravas del Ku4tro.

Yo asiento, y se me engancha del brazo mientras nos dirigimos al bar.

—Y no sé si pedirme una cerveza o un copazo —comenta Elsa—. Me acabo de topar con Celia y he tenido que aguantar de nuevo su verborrea y... —Suspira pesadamente creando expectación mientras llegamos al sitio.

Con un gesto al camarero, le señalo la primera mesa libre que me convence; nos asiente, y allí nos sentamos.

—Yo no soy Diana. ¿Por qué la gente se empeña en contarme su vida? —sigue gruñendo Elsa, mientras se recoloca en su silla.

—Celia... ¿era...? —le pregunto confundida—. Me suena, pero no...

—Exacto. ¡Ni siquiera te acuerdas de ella! —Elsa pone verdadero énfasis en sus palabras. Entonces caigo en ello.

—Ah, ya, nuestra compañera de cole. ¿Qué tal le va? —me intereso.

Elsa gruñe y se aparta el pelo.

—No sé, pero te aseguro que ya se encargará ella de

contártelo.

—Pero ¿no has dicho que no ha parado de hablar? —pregunto sin entender la situación.

—Sí, y yo de intentar escaparme. ¿Sabes lo difícil que es simular que escuchas?

Sonrío, a mi pesar, ante su gesto de absoluto fastidio.

—Tiene que serlo, estoy convencida de que resulta todo un arte —le digo, consiguiendo que me dedique una sonrisa ladina.

El camarero se acerca y nos toma nota. Cuando volvemos a estar solas, Elsa habla de nuevo:

—¿Te he dicho ya que odio a la gente?

—Creo que solo un par de cientos de veces —me río.

—En fin, no entiendo a la gente que se empeña en contarme su vida cuando no hablamos nunca, y tampoco ese afán de rememorar el pasado. ¿No entienden que ya no compartimos nada? Que sí, que fuimos coleguis, pero ya está. ¡Supéralo!

—Hoy estás de un humor especialmente agradable. ¿Te pasa algo? —le pregunto, conteniendo todavía la sonrisa—. ¿Algún artículo atravesado? ¿Has discutido con alguien?, ¿con Cole?

—Qué va. Todo bien —contesta mientras acepta la cerveza que trae el camarero junto con las bravas—. Solo es que he dormido fatal. Me siento un poco regulera, y tampoco ayuda encontrarme constantemente con gente pesada. Porque, joder, ¿cuántas veces te has cruzado tú con ella?

—Ninguna. —Me tengo que reír, porque sé que ella llevará más de las que se pueden contar con una mano.

—Qué horror.

Poco a poco dejamos que la conversación fluya, y entre patata brava y trago a la fresquita cerveza, me pongo a pensar en la gente que se cruzó en nuestras vidas pero ya no está. Mientras Elsa sigue hablando, me voy entristeciendo, abducida en esos pensamientos.

—Tierra llamando a Nagore.

Miro a Elsa.

—¿Recuerdas lo que hemos comentado sobre el arte de hacer que escuchas, pero no? Pues no lo haces muy bien.

Ignoro su comentario, y a su vez, le hago otra pregunta:

—¿Crees en las despedidas correctas?

—¿Perdón? —Su cara es un poema, pero entiendo que no ha podido seguir mi línea de pensamientos.

—Creo que voy a escribir a Diego.

—¿¡A Diego!? ¿Qué pinta ese ahí? —Incluso se agarra a la mesa, como si la revelación le hubiera impactado tanto que necesitara sujetarse para no caerse.

Sí, en este grupo somos todas un poco dramáticas.

—¿Recuerdas que me escribió para quedar, para hablar?

—Sí, y tú pasaste convenientemente de su culo. Como debía y debe ser.

Niego con la cabeza.

—No sé, creo que es un buen momento para hablar con él y cerrar esa etapa, ¿entiendes? Mira lo que le pasa a Celia, la pobre está ahí, alargando conversaciones insulsas porque no ha tenido un cierre de capítulo con nosotras como debe ser.

Elsa arquea la ceja mientras me mira con incredulidad.

—Sabes que es el peor argumento de la historia. Celia es una pesada y una cotilla. No hay más. A ver, ¿por qué quieres hablar con Diego?

Hago una mueca a la par que me encojo de hombros.

—Con todo lo que ha pasado, me he dado cuenta de que quiero cerrar todas las etapas bien, ¿sabes? No quiero tener cosas pendientes...

Elsa me estudia, pero no dice nada, tan solo asiente y da un trago de cerveza; entiendo su reacción. Incluso yo me he sorprendido al pensar en él, pero me niego a que, cada vez que me venga algún recuerdo, siga pesando sobre mí esa

conversación pendiente.

—Además, ¿no pensará que no lo he querido ver porque le guardo rencor? —dejo caer.

—No sé, me imagino que tu examante le habrá contado cosas de tu vida. Recuerda que ahora son cuñados...

Asiento levemente.

—¿Nunca te ha aclarado Joel el parentesco que tienen? Es decir, cómo se conocieron Carlos y su hermana... —quiere saber mientras mordisquea una patata.

Niego con la cabeza, dibujando una sonrisa.

—¿Qué? —inquiere Elsa al ver mi gesto.

—Es curioso que algo que me importaba tanto, ahora sea... en cierto modo absurdo.

—La vida, que es así. Por eso no hay que tomarse las cosas tan en serio —concluye Elsa, y choco mi cerveza contra la suya.

—Brindo por eso.

15 de mayo

Por la tarde

Lo localizo rápidamente, puesto que, para mi sorpresa, él ha llegado antes. Me espera frente al local de Manolo Bakes, entretenido con el móvil y ajeno a que yo estoy atravesando la plaza de Santa Bárbara tras bajar por la calle de Sagasta.

Hoy he quedado con mis padres para comer juntos y contarles los avances de la reforma; y, aprovechando que estaría en Madrid, he escrito a Diego para, finalmente, quedar y tomar ese eterno café.

Y aquí me tenéis, observando, mientras me aproximo, a quien yo pensaba que era el gran amor de mi vida pero que se quedó en tan solo una historia que contar. «Aunque, sí —me digo justo cuando levanta la vista y me descubre—, fue una bonita historia de amor».

Con él, aprendí muchas cosas; visto en perspectiva, hay que saber valorar lo que nos aporta cada situación o persona que entra en nuestra vida. Incluso las que más daño nos hacen.

—Hola —saludo al alcanzarlo.

—Hola. —Me dedica una amplia sonrisa mientras me estudia con disimulo.

Pero no le culpo. Yo también lo hago. Está como siempre: la barba recortada, ese corte de pelo tan característico... aunque, no. No está como siempre. O quizá sea yo, que ya no lo veo con los mismos ojos.

Inevitablemente, me doy cuenta de que falta esa sensación emocionante al verlo, al sentir sus ojos sobre mí. Faltan las

ganas de acercarme y darle un beso, de que él me rodee con sus brazos...

Sí, ya no hay nada de eso, y creo que es porque necesitaría unos centímetros más de estatura, que su pelo fuera mucho más oscuro, y sus ojos más claros, de esos que me hipnotizan.

—¿Quieres que entremos? —me pregunta.

Miro detrás de nosotros las diferentes mesas repartidas ante el local. La gran mayoría están ocupadas, pero alguna queda libre, y como hace una buena temperatura, le digo que no.

—En una de las mesas de aquí está bien.

Diego asiente y me indica que pase delante. Al extender el brazo para hacer el gesto, veo la alianza en el dedo anular.

—Bueno, lo primero de todo, gracias por acceder a hablar conmigo —dice una vez sentados.

Ambos hemos pedido café y unos pocos cruasanes, aunque desde que conozco los de Ivanna, los otros me parecen poca cosa.

—Siento haber tardado tanto, pero he tenido demasiado lío... —comienzo.

—Sí, algo he oído.

Su declaración me sorprende, y cuando lo miro, sonríe ladinamente.

—Joel me comentó que estabas abriendo tu propio hotelito, pero he de decir que no conseguí sacar mucha más información...

—Vaya —asiento lentamente mientras asimilo sus palabras.

—No le he preguntado si estáis saliendo ni nada por el estilo —añade rápidamente—. Un día salió tu nombre y no pude evitar preguntar por ti.

—Está bien, tranquilo. Es normal que tengas curiosidad. A mí también me impactó cuando descubrí que... bueno, que sois cuñados —digo, señalando su anillo—. Enhorabuena, por cierto.

Diego mira el anillo y sonríe de una forma que me hace sonreír a mí también. Solo ese simple gesto me sirve para saber que es feliz, y me alegro; sinceramente, me alegro mucho por él.

—Gracias. Es... es una chica fantástica.

—Me imagino que sí.

Sobre nosotros cae un silencio que Diego se encarga de no alargar.

—Mira, Nagore. Yo solo quería hablar con tranquilidad. Fuiste una persona muy importante en mi vida, y creo que nunca pudimos tener esa conversación. La típica conversación para poner el punto final en paz.

Asiento.

—Yo —continúa— lamento la parte que me corresponde. Ahora, en retrospectiva, siento no haber manejado mejor nuestra ruptura. Fue una ruptura brusca y no te merecías eso. Te quise mucho, y aunque todo se estropeara, no fue la forma más correcta de llevarlo.

—Tranquilo, de verdad. No te negaré que lo pasé muy mal. —Hago una mueca al recordar algunos momentos—. Pero ahora soy muy feliz. Y aunque es verdad que podríamos haber manejado nuestra ruptura de mejor manera, también tengo que darte las gracias.

—¿«Las gracias»? —me pregunta sin ocultar su sorpresa.

—Sí, porque gracias a lo que pasó, ahora estoy donde estoy; si no hubieras tomado esa decisión, nada de esto habría ocurrido. Y, por mi parte, nuestra relación no era sana. Gracias a esto y a otras cosas que han sucedido, he aprendido algo de suma importancia. Y es que las cosas no se pueden forzar, las cosas se dan. Quien quiere estar contigo, sencillamente lo está. Si alguien se tiene que ir, se marchará, y lo que tenga que ser, será.

Diego me mira de tal forma que sé que todavía intenta

entender mis últimas palabras, pero yo sonrío ampliamente.

Lo hago porque, si Diego no me hubiera dejado, yo no me habría ido a vivir con Diana, no habría vivido todas las emocionantes cosas que nos han sucedido, desencadenando mi despido y la vuelta a San Lorenzo. Nunca habría abierto mi hotelito y nunca, nunca, mi relación con Carlos habría sido así.

Así que, sí, amigas, a este hombre que tengo delante, con el que tan buenos y malos momentos pasé, le estoy eternamente agradecida, por lo que me aportó en su momento y por lo que desencadenó con su ruptura.

—Por cierto —digo ya muerta de curiosidad—, ¿cómo conociste a la hermana de Joel?

—¿¡Cómo!? —pregunta Diana.

Yo sonrío e intento que no se caiga el iPhone mientras me desmaquillo en el baño.

Tras el café con Diego, he vuelto directamente a San Lorenzo, donde Leire me ha recogido para dejarme en el hotel. Y aquí estoy ahora, en una videollamada con las chicas para contarles el desarrollo de la charla.

—¿En serio? —se quiere asegurar bien Gala, y yo vuelvo a asentir.

—Sí, queridas, Diego conoció a su mujer cuando se enteró de dónde vivíamos por aquel entonces Diana y yo, y fue a buscarme. Y ahí, por casualidades de la vida, golpeó el coche de una chica, una chica que resulta que venía a visitar a su hermano; y, en fin, por el encontronazo y porque quería disculparse, Diego la invitó a una cerveza y... desde entonces.

—Madre mía, ¿soy la única que piensa que es el argumento malo de una película de Antena 3? De las del mediodía. Solo falta que me digas que fue en Navidad —gruñe Elsa.

Todas la ignoramos concienzudamente.

—Por Dios, ¿cómo puede ser así el destino? —dice Diana maravillada—. ¿Eres consciente de que si él te hubiera ido a buscar, si te hubiera encontrado, quizá ahora estaríais juntos de nuevo?

—Y nada de esto habría sucedido. Sí —añado, de acuerdo con ella.

—¿Y qué sientes? —pregunta Gala.

—Un total y absoluto alivio —confieso—. No es lo que quiero. Y lo sé desde hace mucho tiempo.

Todas asienten. Entonces vuelve a hablar Gala:

—Debo decir que estoy completamente expectante con el asunto del agua que dijo la médium.

—¿El agua? —pregunta Elsa.

—Sí —dice con demasiado entusiasmo Diana—, eso de que tu amor verdadero aparecería con mucha agua; fue algo así, ¿no?

—Eso son solo patrañas. —Elsa pone los ojos en blanco.

—Pero patrañas divertidas, mujer —se ríe Diana—. No hay que tomárselo todo al pie de la letra.

—Bueno, dilo por ti —digo—. Yo estoy sopesando si echarme un cubo de agua por encima, ya sabéis, por si acaso —comento. Y se ríen, pero yo no le veo la gracia—. Con el ritmo que llevo...

—¿Cuándo volvía? —pregunta Gala.

No hace falta que diga a quién se refiere.

—En dos días.

—Pues ya no queda nada —contesta Elsa.

Justo en ese momento llaman al timbre.

—Chicas, os tengo que dejar. Me imagino que es Valerie, fijo que se ha dejado las llaves de nuevo.

—Venga, luego hablamos, anda —dice Elsa.

Nos despedimos y yo salgo a la carrera, con la cara medio

desmaquillada; pero cuando abro la puerta, no me encuentro a Valerie, sino a Carlos.

—Hola —me saluda. Sus ojos azules me miran con intensidad.

—Hola —respondo con un hilo de voz, asimilando que le tengo delante.

—He vuelto antes.

Carlos

Nagore sigue sujetando la puerta y observándome con los ojos como platos. Claramente, está asimilando que esté delante de ella y, joder, lo entiendo.

Seguramente esperaba a Valerie, pero como he estado muchas veces en la obra, sé dónde guardan la llave para abrir de forma manual la puerta de coches, así que he podido entrar sin avisar de mi presencia.

Sigo mirándola, claro que lo hago. Desde sus pies descalzos con las uñas en un color rosa vibrante hasta su chándal negro con la camiseta excesivamente ancha; al ser ella tan pequeña...

Está con la cara lavada, el pelo cobrizo algo despeinado, de hecho, me doy cuenta de que se lo ha vuelto a cortar, pues varios mechones de la coleta se le caen por detrás al no tener el largo suficiente para sujetarlo. En definitiva, está preciosa, tanto que yo también me he quedado congelado, en especial porque estoy conteniendo las ganas de acortar las distancias y reencontrarnos justo donde lo dejamos.

Carraspeo y le dedico una tímida sonrisa.

—¿Puedo pasar? —pregunto al final.

—Estás aquí —dice.

—Estoy aquí —asiento.

Sus ojos castaños, tan expresivos que no hace falta decir en voz alta lo que está pensando, me recorren entero.

Finalmente, vuelve a romper el silencio.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunta, asomándose en busca del coche.

Sonrío más ampliamente. Joder, cuánto la he echado de

menos.

—El coche está fuera. He utilizado esto. —Y muevo ante su cara la llave metálica.

Nagore frunce la nariz en un gesto gracioso, completamente involuntario, y sus ojos vuelven a conectar con los míos.

—Creo que debemos cambiar el sitio donde guardamos la llave —concluye.

—¿Para que no entre yo?

—Para que no entre nadie que no tenga previsto. —Sus labios se estiran en una sonrisa y admiro el gesto de una muy mala manera.

Necesito volver a besar esa boca, pero sé que no puedo. Nagore se echa a un lado, indicándome que pase. Al hacerlo, aspiro su característico olor dulzón, con toques de vainilla y algo más ácido que no sé identificar pero que hace mi boca agua.

Entro en el recibidor, pero me doy cuenta de que en realidad estoy en la recepción de un hotel.

Asimilo todos los cambios, que no son pocos. El mueble de madera oscura y un elegante jarrón con flores junto a la pantalla del ordenador. Detrás se ve el armario que idearon; en la pared, forrada de madera, resaltan unas bonitas molduras de las que cuelgan las llaves de las habitaciones.

Hay una preciosa lámpara Tiffany de vidrios en tonos anaranjados, ocres y granates que combinan a la perfección con el resto de la ca... del hotel.

—Está increíble —digo, todavía mirando alrededor.

—¿De verdad? —pregunta Nagore detrás de mí.

Me giro para notar la expectación a mi respuesta y asiento.

—Enhorabuena, Nagore. Es mejor de lo que me había imaginado, y las expectativas ya estaban muy altas.

—Gracias. Sin tu ayuda, esto no sería posible.

Me dedica una suave sonrisa y sé que está nerviosa. No por

el hotel, sino por mí. Por nosotros.

Nos encontramos justo en la zona donde nos besamos, donde no pude controlarme más y donde luego eché el freno. Algo por lo que me he estado fustigando, ¿debí hacerlo? ¿O fue un error?

La observo mientras comienza a enseñarme el comedor, ya con las mesas colocadas y con todo lujo de detalles, pero no paro de estudiar sus gestos, su lenguaje corporal. Algo que me dé pistas.

Cuando la besé, respondió al beso, me lo devolvió de tal forma que me ha tenido en vela muchas de las últimas noches, pero no puedo olvidar nuestra conversación telefónica.

Esa que me ha costado asimilar, esa por la que he decidido alargar el viaje, no por trabajo, sino para mantener la distancia y poder sopesarlo todo.

Soy su amigo, y no quiere sobrepasar esa línea. Por no mencionar los comentarios sobre la diferencia entre nuestros mundos.

¿Qué mundos? No lo entiendo, si mi mundo es ella.

—Cuando veas el congelador, vas a flipar —continúa ella, ahora que nos dirigimos a la cocina.

Mientras anda delante de mí, no puedo evitar que mis ojos tengan vida propia y recorran su figura, pero me obligo a levantar la mirada y descubro la cocina completamente remodelada.

—Creo que podría vivir en esta cocina —dice ella, que sabe interpretar muy bien el gesto de mi rostro.

—Y yo contigo —asiento sonriendo lentamente, sin poder evitar que en mi mente se dibujen escenas muy nítidas de lo que haría en esa amplia y profesional isla, o en la despensa, que está resguardada tras unas puertas pivotantes.

La busco con la mirada y la pillo estudiándome. Que aparte sus ojos castaños rápidamente es algo... interesante.

Por primera vez en mi vida, no sé cómo actuar. Qué paso dar a continuación.

15 de mayo

Por la noche

Estamos en la cocina. Entre los dos hemos preparado una ensalada para cenar mientras hablábamos un poco de todo: del hotel, de su viaje, de su trabajo, de la fiesta de inauguración... de todo, menos de nosotros.

De lo que ocurrió ese día antes de que se fuera de viaje.

Yo intento continuar con la conversación, hablar como si nada, pero lo observo intentando interpretar sus gestos, sus palabras, incluso sus miradas; sin embargo, estoy confundida.

No sé qué hacer.

Quizá lo más indicado sería sacar el tema, pero lo noto distante, diría que incluso cauto, y me está matando no saber si es un «cauto» que tiene miedo a un nuevo rechazo o se lo ha pensado mejor y ahora está de acuerdo con todo lo que le dije.

Sigo intentando descifrar algo, pero el modo de coger el tenedor o beber de su vaso de agua no es muy esclarecedor.

Necesito abrir el debate.

—¿Te parece, entonces, si damos una vuelta por el pueblo? He de confesar que echo de menos pasear por sus calles —dice Carlos tras apurar la ensalada y posar el tenedor sobre el plato.

—Me parece genial. Voy un momento al baño, y si te parece, después de recoger nos vamos.

—Perfecto. —Carlos se levanta del taburete que está delante de la enorme isla, donde hemos cenado—. Ve al baño, que yo recojo esto.

—No hace falta... —comienzo a decir, pero él niega con la

cabeza mientras se remanga las mangas de la impoluta camisa azul claro, que le resalta aún más el azul de sus ojos.

—No tardo nada.

Me alejo con tranquilidad, controlando las ganas de salir corriendo hacia el aseo que hay en esta planta, justo en la zona del comedor; de hecho, una vez que dejo de estar en el probable campo visual de Carlos, echo a correr, con el móvil en mano y doy a la opción de llamada del grupo.

Cuando llego al aseo y cierro la puerta detrás de mí, las chicas contestan.

—¿Hola? —pregunta Diana.

—Hola —respondo en un susurro, y me dirijo al lavabo para abrir el grifo y amortiguar el ruido de mi voz.

—¿Por qué no haces videollamada, qué pasa? —quiere saber Elsa.

—¿Os dais cuenta de que a veces hacéis las llamadas en los momentos más inoportunos? —dice Gala, a quien se oye rodeada de un misterioso ruido.

—¿Qué haces, Gala? —pregunto yo.

—Planchar, queridas, planchar.

Las tres hacemos ruidos de resignación. Creo que no hay nada peor en esta vida que planchar.

—Bueno, ¿qué pasa? —pregunta Diana—. Que algunas mañana madrugamos.

—Está Carlos —revelo por fin, y cierro el grifo porque es un derroche de agua y no me permite oír si él se aproxima.

—¿¡Y!? —estalla Elsa emocionada—. ¿Le has confesado que estás hasta los huesos por él?

—Shhh —chisto, preocupada por si nos oye—. Por eso os llamo. Está raro.

—¿Raro, cómo? —pregunta Diana.

—No ha sacado el tema y parece más distante —les explico, mordisqueándome una uña de mi manicura perfecta.

Luego me arrepentiré.

—Y, digo yo, ¿por qué no lo sacas tú? —propone Elsa.

—Pero ¿cómo lo saco? —pregunto—. ¿Y si ha decidido que tenía razón? Es que...

—Ni «es que» ni nada —salta Diana—. Vamos, Nagore. Estás decidida. Sal ahí fuera, mírale a la cara y dile lo que sientes de una vez. Algo me dice que su respuesta no será ninguna negativa.

—Vale, vale —asiento, sujetando el móvil con fuerza mientras noto los nervios acribillándome el estómago.

Oh, Dios.

—Oh, Dios —dice Gala, como leyendo mis pensamientos.

Me miro al espejo y vuelvo a asentir.

—Vale, no sé cómo, pero se lo voy a decir.

—¡Esa es la actitud! —aplaude Elsa.

—Voy a por ello, chicas. Gracias.

No espero a que respondan, sino que cuelgo y vuelvo a mirarme en el espejo.

No tengo mi mejor look, ni mucho menos, pero no me preocupa. Estoy preparada para decirle todo lo que siento. Todo.

Antes de salir del baño, tiro de la cadena para simular que lo he usado y voy directa a la puerta... pero oigo un ruido.

Me giro sobresaltada por el extraño sonido a mi espalda, y al mirar detrás de mí, descubro horrorizada que sale agua de la taza del váter.

Reacciono con rapidez, y levanto la tapa del inodoro para descubrir que un agua turbia rebosa los topes de la taza y, efectivamente, se desliza hacia el suelo.

—¡No, no, no! —pido no sé a qué o a no sé quién.

Me alejo del agua y hago lo que cualquier persona sensata haría en mi situación.

—¿Ya te has declarado? —Elsa es la primera en responder a

la nueva llamada conjunta.

—¡Estoy metida en problemas! —digo, controlando el tono de voz a pesar de la situación.

—Pero ¿cómo vas a estar metida en problemas si ha pasado menos de un minuto desde que hemos hablado? —pregunta Diana.

—Oíd, chicas yo tengo que planchar, en serio —se queja Gala.

—No, mirad.

Cuelgo la llamada para, esta vez sí, iniciar una videollamada.

Las reacciones no tardan en llegar.

—¡Tía, qué dices! —dice Gala.

—No sé qué ha pasado. He tirado de la cadena... —comienzo a explicar.

—Tira de nuevo —pide Diana.

Yo obedezco, pero aparece un sonido terrible, como si el váter se atragantara, aunque no viene solo.

—¿Qué coño es eso que sale? —pregunta Elsa.

Me quiero morir.

Juro que ahora mismo sería capaz de desmayarme.

Tirar de nuevo de la cadena no solo ha servido para que el agua salga más turbia y rebose más, sino que han empezado a emerger trozos de caca.

—¿Eso es caca de humano? —pregunta Diana.

—No, de alienígena —bufa Elsa—. ¡Pues claro que es mierda de humano, tía! No creo que un conejo (el animal que más abunda en el terreno) cague en el baño de Nagore, por muy exclusivo que sea el hotel.

—Por favor, ¿¡os podéis centrar!? —les pido histérica.

—Apunta bien con la cámara, que no lo veo claramente. —oigo pedir a Gala; yo obedezco, y eso ocasiona quejidos al otro lado de la pantalla.

—Tía, qué asco. —Oigo a Diana con la voz contenida.

—¿Qué hago? No puedo avisar a Carlos. Va a pensar que esas cagadas son mías —lloriqueo.

—La verdad, con todo el rato que llevas encerrada en el baño, sí. Pensará que estabas cagando a tope, tanto que has atascado el váter.

—Dios. —Hago una mueca de espanto.

—Elsa, por favor —dice Diana—, deja de hablar así. Y tú, Nagore, ni caso. Esto lo solucionamos entre todas.

—Vale —interviene Gala—. He buscado la forma. Es bastante sencilla.

—¿Cómo? —pregunto sin quitar la vista del endemoniado váter.

¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? No podía pasarme cuando estaba sola, no. Tiene que ser cuando viene Carlos.

—Coge una fregona. Solo tienes que hacer presión con ella dentro, donde hay el hueco, como si fuera un desatascador.

Asiento y dejo el móvil sobre el lavabo. Me asomo para asegurarme de que no haya moros en la costa. Está en un armario al lado del aseo, en el pasillo, antes de llegar al comedor, así que no pierdo mucho tiempo.

Cuando vuelvo al baño, las chicas siguen hablando.

—Pues a saber quién usa el baño, pero se ha quedado bien a gusto —está diciendo Elsa.

—Ya estoy —aviso con la fregona en mano y una determinación envidiable.

No pienso permitir que nada me estropee esta noche.

—Venga —dice Gala, que me ve haciendo el gesto a través de la pantalla.

Asiento y me acerco al váter. Controlo la respiración, pues el olor empieza a ser bastante desagradable.

Hago el primer intento, y lo único que consigo es que caiga más agua.

—¡Anda! —dice de pronto Elsa, y todas nos centramos en

ella—. ¿La médium no te dijo algo del agua? ¡Pues aquí la tienes!

La sinvergüenza se ríe, y yo la fulmino con la mirada.

—Vete a la mierda, Elsa —me quejo antes de volver a atacar al inodoro.

—Me lo pones demasiado fácil para que te responda, tía. —Oigo a la morena, pero no despego los ojos del váter.

Parece que esta vez funciona. El agua ha bajado.

—¿Qué pasa? —pregunta Gala.

—¿Ha funcionado? —Diana está esperanzada.

Asiento.

—Voy a volver...

Y efectivamente, con esta segunda vez, todo vuelve a la normalidad. Bueno, todo menos los trozos de excrementos y agua sucia por el suelo.

Las chicas lo están celebrando cuando...

—¿Nagore? —Se oyen golpecitos en la puerta—. ¿Estás bien?

Al oír la inconfundible voz de Carlos, se quedan calladas; bueno, Diana, de los nervios, incluso cuelga la llamada.

—Sí —contesto, mirando con terror el móvil.

Elsa hace unos gestos que no sé interpretar muy bien.

—Ahora salgo —le digo.

—He oído un ruido raro, por eso te lo preguntaba —insiste Carlos.

Joder. No puedo abrirle manchada de agua asquerosa y trozos de caca por el suelo.

—No te preocupes... es que... tenía que arreglar una cosa, pero ya está todo solucionado. Ahora salgo. Si quieres, espérame en la cocina, coge lo que quieras de la nevera.

—Está bien.

Oigo que se aleja y vuelvo a acercarme al teléfono.

—Tía, pensará que te ha entrado cagalera o algo —dice Elsa en susurros.

—Os dejo, os dejo —me despido, ignorando su comentario y mirando alrededor.

¿Cómo narices arreglo esto sin que se dé cuenta?

Mi mirada se dirige hacia delante, al ventanuco que hay encima del váter.

Sonrío. De verdad, a veces soy brillante.

Brillante o jodidamente gilipollas. Como lo queráis ver.

Tras limpiar lo mejor posible el baño amontonando los trozos de mierda en un rincón, mi genial idea ha sido subirme encima del váter, abrir el ventanuco y salir por ahí, para entrar luego por la puerta principal, subir por las escaleras sin que Carlos me vea, poder cambiarme y bajar como nueva.

Todo ha ido perfecto hasta la parte de la ventana, que es donde me encuentro ahora.

Medio cuerpo afuera y el otro medio dentro, y no es que esté atascada, pero no tengo donde coger impulso para desatascar el culo. ¿De verdad que mi culo es más grande que el marco de esta ventana? ¡Han pasado mis hombros!

Dios. ¿Lo peor? Que no tengo el móvil a mano, lo he dejado en el bolsillo del chándal. Sí. Ese fabuloso bolsillo que se encuentra sobre mi nalga derecha.

Quiero morirme.

A ver, no dejaré que cunda el pánico. Solo he hecho una intentona de salir, sin éxito. Si lo intento de nuevo fijo que...

Me quedo completamente quieta.

Eso que se oye, ¿qué es? Parecen ramas rompiéndose...

Delante de mí todo está a oscuras, ya es de noche y no alcanzo a ver mucho más lejos. Y no porque necesite gafas, ¿vale? Sino porque es una noche cerrada.

Me tenso al identificar el ruido. Son pasos. Pasos que vienen

directos hacia mí.

—Bien. Creo que merezco una explicación por todo esto.

Me sobresalto cuando oigo la voz de Carlos, que de pronto enciende la linterna de su móvil y me apunta.

—¿Estás escapando de mí? —pregunta.

—Deja de apuntarme directamente a los ojos —me quejo, entrecerrándolos e intentando cubrirme con las manos libres.

—¿Qué cojones haces, Nagore? —me pregunta Carlos, completamente estupefacto.

—¿Y tú, qué haces aquí? —lo increpo yo—. No esperaba que tuvieras que verme así —me quejo.

Carlos se acerca, permitiéndome ver mejor su expresión: una mezcla entre diversión e incredulidad. Sí, no lo culpo. Yo tampoco me creo nada de lo que está pasando.

—Me ha parecido sospechoso que tardaras tanto en el baño; cuando me he acercado a la puerta me ha parecido oír que abrías la ventana, y, bueno... tenía que comprobarlo por mí mismo.

—Sí, bueno. ¿Me ayudas, por favor, a salir de aquí? —le pido, dedicándole una sonrisa adorable.

Carlos arquea una ceja y se cruza de brazos; con el gesto, la luz de la linterna me vuelve a deslumbrar durante un segundo.

—No hasta que me expliques tu plan.

—¿En serio? —le pregunto sorprendida e indignada.

Como toda respuesta, Carlos se aleja de mí para apoyarse en una de las encinas del jardín.

—Tengo todo el tiempo del mundo. —Me pincha con una sonrisilla de chulo que me indigna.

—Puedo salir yo sola. Gracias. —Forcejeo de nuevo, pero el maldito problema es que mis piernas no tienen donde apoyarse, y por más que me retuerzo no consigo... ¡Joder!

—Ya veo —pincha Carlos.

Suspiro.

—Mira. Te lo cuento todo, pero sácame de aquí. Me estoy empezando a agobiar. Creo que el olor de caca se me ha quedado grabado en el cerebro.

—¿«Olor de caca»? —repite.

—No es mía. Ya te lo puedo asegurar —murmullo al tiempo que hago otra inútil intentona.

—Está bien. —Carlos se aproxima—. Te ayudo, pero a cambio de algo.

—¿No querías que te contara la historia que hay detrás de esto? —le pregunto confundida—. ¡No vale pedir más cosas! —me quejo.

—Eres tú quien tiene ese precioso culo atascado, no yo —sonríe maliciosamente—. Creo que no estás en posición de negociar.

¿«Precioso culo»? ¿Ha dicho «precioso culo»?

—¿Y bien? —continúa.

—¿Qué quieres a cambio? —pregunto.

Carlos se me aproxima, eso sí, manteniendo todavía las distancias.

—Ya te lo diré.

Algo en su tono de voz y en su modo de mirarme me pone nerviosa. Y confundida, claro. Porque toda la noche ha estado manteniendo las distancias, pero esto...

Asiento. Más por curiosidad que por otra cosa, y Carlos acaba ayudándome a salir.

—Siento lo que te voy a decir, pero hueles a rayos.

—Claro que huelo a rayos —me quejo mientras me sujeto a él y... por fin quedo liberada—. ¡Dios! Gracias.

Le sonrío ampliamente una vez que tengo los pies en tierra.

—Bien. Ahora quiero esa historia.

—He ido a hacer pis. —Sí, como comprenderéis no le contaré que en realidad me he refugiado en el baño para hablar con las chicas sobre él. A una le queda un poco de dignidad, ¿sabéis?

—. Y cuando he tirado de la cadena, se ha desatado el horror.

Doy un paso hacia atrás para poder gesticular bien y dar más realismo a la historia.

—Ha comenzado a salir agua, agua asquerosa, y cuando he vuelto a tirar, ¡han comenzado a salir cacas!

Carlos ladea la cabeza.

—¿Y has terminado atascada en la ventana por...?

—Porque, claro, cuando he conseguido desatascar el maldito váter, me daba cosa que pensaras que lo había atascado yo. Así que, bueno. —Me mordisqueo el labio—. La idea era salir por la ventana para volver a entrar por la puerta principal y subir a cambiarme sin que te dieras cuenta.

—Claro. Y todo esto siendo consciente de que yo sabía que estabas en el baño, ¿no? ¿Por qué no has salido por la puerta...?

—Porque la he cerrado con pestillo por dentro —lo interrumpo—. La idea era que si hubieras intentado entrar, no habrías podido porque estaba cerrada. Lo tenía todo pensado, Carlos.

Me cruzo de brazos. Obviamente, todo está pensado. No he salido por la ventana por gusto.

—Nagore, ¿en serio? —Aunque no lo veo bien, sé que está conteniendo una carcajada.

—Vete a la mierda.

Me giro en redondo, dispuesta a entrar en el hotel.

—Anda, venga. No te enfades conmigo. —Le oigo caminar detrás de mí—. Tienes que reconocer que el plan era enrevesado.

Yo sigo andando. Tengo la urgente necesidad de darme una ducha y quitarme de encima este nauseabundo olor.

—Bla, bla —digo, para que sepa que, sí, me está indignando.

—Por cierto, ahora que lo pienso, ¿quién ha atascado el baño?

Tan pronto como lo recuerdo, se me revuelven las tripas de nuevo.

—Me imagino que alguno de los obreros.

—Mmm. —Es su única respuesta, pero por fin llegamos a la puerta principal del hotel, tras atravesar el jardín.

—Me tengo que dar una ducha.

—Lo entiendo. ¿Quieres que me marche? ¿O sigue en pie el plan de ir al pueblo?

Me giro para observarlo. Tiene el rastro de una sonrisa que hacía tiempo que no le veía, el pelo algo despeinado y la camisa manchada. Sé que he sido yo.

—Tú también estás hecho un desastre. —Señalo su camisa, y desciende la mirada para examinarse.

—Ya. Pero no me preocupa. Tenía que ayudarte, ¿no? —Carlos vuelve a alzar la mirada, hasta la mía.

Y ya está.

El ambiente ha cambiado radicalmente. No dice nada, ni yo tampoco, pero su modo de estudiarme hace que la distancia que hay entre nosotros sea nula y sienta un escalofrío tan delicioso que, inevitablemente, me paso la lengua por los labios, un gesto que él observa y provoca más tensión.

—Ya lo sé —dice de pronto rompiendo el silencio.

—¿Ya sabes qué? —pregunto con un hilo de voz absurdo.

Carlos cierra la puerta del hotel tras de sí y da un paso hacia mí.

—Sé lo que quiero por haberte ayudado. —No espera a que rebata o añada algo. Tan solo lo dice—: Un pensamiento.

—¿«Un pensamiento»? —repito sin entenderlo.

—Sí, lo que estás pensando ahora.

Mis ojos se desvían de la profundidad azul en la que me envuelve su mirada, y recorro su marcada mandíbula, para bajarla a los anchos hombros y el fuerte pecho.

Ahí está de nuevo. Esta confusión. Hace una hora todo

parecía calmado, pero ahora...

Levanto la mirada antes de hablar.

—Tu camisa está manchada.

«Cobarde, Nagore, eres una cobarde», me digo.

Cuando digo esas palabras, Carlos me sonríe.

—Tienes razón.

No dice nada más, pero comienza a desabotonársela. Como si leyera mis confusos pensamientos, me aclara:

—Tendré que ponerle remedio, ¿no? ¿La zona de lavandería ya está operativa?

No soy capaz de contestar. Tan solo asiento mientras procuro que mis ojos no tomen vida propia y recorran su torso descubierto.

—Yo, yo... yo voy a la ducha. Ahora vuelvo. Sabes dónde está...

No termino la frase. Le dedico una sonrisa rápida y huyo hacia las escaleras. Es lo más sensato.

15 de mayo

Más tarde

El agua caliente cae sobre mi cuerpo, y, aunque me gustaría, no es una ducha relajada. Soy hiperconsciente de cada centímetro de mi piel, y también de que Carlos me espera fuera, en algún lugar del hotel.

Reproduzco el recuerdo de cómo me ha mirado antes, sus gestos...

Cierro los ojos con fuerza, sé que no puedo alargar más la ducha, no lo suficiente como para tranquilizarme y actuar luego con sensatez. Tengo que mantener la mente calmada, serena, pero eso a mí se me hace muy difícil, así que tampoco voy a mortificarme si no lo consigo.

Cojo aire, como para darme ánimos a mí misma, y salgo de la ducha para secarme con la esponjosa toalla rápidamente.

«Está bien. Es Carlos. Lo conocemos. Podemos ser sinceras. Luego, cuando lo vea, hablaré con tranquilidad y le explicaré esta marabunta de sentimientos que tengo».

Es lo que me digo como un mantra mientras me enrosco la toalla al cuerpo y salgo hacia mi habitación para vestirme con rapidez y bajar a su encuentro.

Tengo que hablar con él antes de ir al pueblo, y lo voy a hacer. Claro que lo haré.

Mi habitación está casi a oscuras, solo queda iluminada por la luz del baño, la suficiente para descubrir que no me encuentro sola, sino que Carlos está en mi cama, sentado con los codos apoyados en las rodillas.

Cuando me oye salir del baño levanta la mirada y me recorre entera, de los pies a la cabeza; siento su gesto. Juro que lo siento como si en vez de mirarme estuviera acariciándome, erizándome entera.

—He pensado que, si ponía a lavar la camisa, luego no tendría nada con lo que ir al pueblo —dice con su profunda voz.

Me fijo en que tiene la camisa abierta, desabotonada; a pesar de la oscuridad, me resulta imposible no pensar en lo guapo que es.

Me quedo congelada en el sitio, tan solo como una simple espectadora, cuando Carlos se incorpora, se me acerca lentamente y estudia mi reacción.

Yo, yo sigo muda.

—Nagore —dice cuando llega hasta a mí.

Yo inclino la cabeza hacia atrás para mirar en sus profundos ojos. Nos estudiamos en silencio, y siento que mi corazón va a implosionar, pero su olor me envuelve, su forma de mirarme, la aproximación de nuestros cuerpos... todo me está volviendo loca.

—Carlos, ¿te puedo besar? —pregunto casi en un susurro.

Una sonrisa se dibuja lentamente en sus carnosos labios, esos que llevan ocupando mis fantasías tanto tiempo que soy incapaz de cuantificarlo.

—Joder —dice—, pensé que nunca me lo pedirías.

Me pongo de puntillas y Carlos hace el resto para poder capturar mi boca con la suya.

El beso comienza lento, y, a pesar de ello, siento que millones de sensaciones estallan dentro de mí, por lo que tengo que sujetarme con fuerza a sus brazos.

Carlos junta nuestros cuerpos, impidiendo que la toalla caiga al suelo, algo que creo que sería especialmente interesante, así que intento moverme un poco más para que la gravedad haga

acto de presencia, pero Carlos profundiza el beso y... y dejo de pensar.

Su lengua acaricia la mía y siento sus grandes manos apoyadas, una sobre la espalda y la otra sobre la cadera.

Yo elevo las mías hasta su cuello, y cuando los dedos de él acompañan mi gesto acariciándome la piel desnuda del brazo, me estremezco. Necesito tenerlo más cerca, necesito más.

Como si pudiera leer mis pensamientos, su boca abandona la mía, pero antes de que pueda lanzar una queja, sus labios y lengua se dedican exclusivamente a mi cuello, llegando hasta el lóbulo de la oreja y convirtiendo mi lengua en pura lava.

—Carlos —jadeo.

—Si sigues llamándome así, creo que no podré ir despacio, y, Nagore, quiero mi tiempo. He esperado mucho —gruñe, volviéndome loca.

Me da otro mordisco en la parte sensible del cuello, provocando mi gemido entrecortado y que le clave las uñas en los brazos, en un intento de no caerme. Si está consiguiendo esto con simples besos...

Sus brazos me vuelven a rodear, pero esta vez hace que nos movamos volviéndome a capturar la boca con la suya, demoliendo mi serenidad con cada movimiento, hasta que descubro que estamos de nuevo en el baño.

Carlos se separa de mí, me sobrecoge la intensidad de su mirada. Me dedica una lenta y hambrienta sonrisa, un gesto que debo responder, aunque cuando alarga una mano y me acaricia el brazo desnudo, tengo que concentrarme en no perder la cordura.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto con una voz que casi no reconozco.

—He pensado que sería bueno darme una ducha yo también. ¿Me acompañas?

Cojo aire sin despegar la mirada de la suya y asiento

lentamente, de la misma forma que muevo las manos para hacer que la toalla caiga finalmente al suelo.

Los ojos de Carlos me recorren avariciosos y, cuando nuestras miradas se reencuentran, habla con la voz completa y deliciosamente ronca.

—Eres preciosa.

No hay más palabras, él va a mi encuentro y yo al suyo, empiezo a desnudarlo. Aquí desaparece la calma de antes, y ambos recorremos el cuerpo del otro, nuestras respiraciones agitándose y entremezclándose. Su cuerpo parece esculpido en granito, resulta imposible no admirar sus músculos tonificados, y abro los ojos como platos cuando finalmente veo su hinchada erección.

—Así de loco me vuelves —me susurra al oído, aproximándose y arrastrándome a la ducha.

El agua caliente no tarda en caer sobre nosotros, y vuelvo a gemir cuando, de nuevo, se dedica a explorarme el cuello, y la dura erección choca contra mi estómago.

—Carlos... —pido con auténtica necesidad.

Sus caricias me están volviendo loca, y creo que el agua caliente lo intensifica todo.

—Shhh. —Le oigo, pero no estoy segura, porque se agacha y su boca captura mi pezón izquierdo, volviéndome loca.

Muevo las caderas para reclamar su atención, y las manos de Carlos me sujetan impidiéndome el movimiento mientras continúa dando la exhaustiva atención a mi pecho.

—Carlos —vuelvo a pedir.

—¿Qué pasa, Nagore? —Se incorpora de nuevo, rodeándome con su altura y haciendo una muy atractiva jaula con los brazos a cada lado de mi cuerpo—. ¿Necesitas algo?

Su sonrisa pícara me vuelve loca, pero aún más cuando, de pronto, siento sus dedos jugar con la piel de mis muslos subiendo lentamente, o no tanto, porque antes de darme cuenta

tengo que sujetarme a sus brazos, pues siento que ahora me recorren la entrepierna, acariciando y jugando con mi clítoris de tal forma que sé que no voy a durar ni dos segundos.

—¿Esto es lo que querías? —pregunta Carlos, cuya sonrisa se ha borrado un poco por la gravedad con la que estudia mis gestos.

Sus dedos cambian de intensidad, haciendo que una deliciosa sensación se me arremoline en el estómago bajando, bajando con tal intensidad que...

Inclino la cabeza hacia atrás cerrando los ojos.

—No, Nagore, mírame mientras te corres. Quiero verte —me pide.

El ruego me parece tan erótico que llego al orgasmo en ese mismo momento, y por supuesto que obedezco, mis ojos no abandonan los azules de Carlos, cuyo rostro tiene una expresión de auténtica hambre.

—No puedo aguantar más —gruñe, una vez que termino.

Se dispone a alzarme, sé con qué idea, pero no se lo permito.

—Yo también quiero jugar —digo, dedicándole una sonrisa al apoyarlo contra la pared de la ducha.

Carlos arquea las cejas, pero cuando bajo la mirada a su pene, sisea:

—Si lo haces no puedo prometer que dure, y necesito estar dentro de ti —dice, pero yo niego.

—Es un riesgo que voy a correr.

Y sin darle más tiempo al debate, me arrodillo frente a él y su erección, la cual acaricio lentamente con la mano derecha, maravillándome de lo dura, suave y gruesa que es.

Oigo a Carlos sisear, pero no pierdo el tiempo, la dirijo hacia mi boca, empiezo a juguetear lentamente con ella, acariciándola con mi lengua conforme me la introduzco poco a poco en la boca.

—Joder.

Oigo a Carlos y eso me anima a coger, poco a poco, más ritmo, involucrando las manos, la boca y la lengua, y, por los ruidos que provienen de él, sé que le gusta.

Noto que sus manos me buscan la cara y me acarician mientras sus jadeos toman cada vez más fuerza, al igual que el movimiento de su cadera contra mi boca, aunque siento que se está conteniendo, así que me detengo.

—Creo...

Pero no me deja terminar la frase. Con rapidez, me arrastra fuera de la ducha, y antes de darme cuenta me tiende en la cama, me observa de un modo que me hace sentir la mujer más deseada del universo.

Se separa de la cama para rebuscar en su cartera. Sé qué busca y cuando se vuelve hacia mí con el preservativo en la mano, la anticipación me recorre de forma deliciosa.

—No puedo esperar más —gruñe, ya con el preservativo puesto, y apoya una rodilla en el colchón.

Yo separo las piernas en una invitación sin necesidad de preguntas ni ruegos, porque Carlos no pierde el tiempo. Me alcanza, y en una profunda embestida junta nuestros cuerpos.

Ambos gemimos, pero no bajamos el ritmo, él de sus embestidas y yo de mis caderas para encontrar sus empujes. A pesar de haberme corrido antes, siento que el orgasmo vuelve a arremolinarse y busco sus ojos, que no se han separado de mi rostro ni un solo segundo.

Lee lo que quiero y baja la cabeza para besarme, y así nos encuentran nuestros orgasmos, entrelazados por todas las partes de nuestros cuerpos, todavía mojados por el agua de la ducha, y sin que nada más ni nadie nos importe.

Hemos encendido la chimenea de la habitación, y nos

encontramos desnudos en la cama, acariciándonos y robándonos rápidos besos.

Los dedos de Carlos me dibujan trazos sobre la piel, erizándola, pero estoy tranquila, abrazada por su cuerpo. Nunca me he sentido con tanta paz.

—¿Qué piensas? —pregunta Carlos, rompiendo el silencio.

—¿Quieres otro pensamiento? —me río. Me vuelvo para poder mirarlo, con la espalda apoyada sobre el colchón en vez de su duro pecho—. ¿Qué me das a cambio?

—¿Quieres algo más? —pregunta con las oscuras cejas arqueadas y sonriéndome.

Sonrío a mi vez, y dirijo la mirada a sus labios.

Carlos baja la cabeza para darme un suave beso.

—Estos te los doy siempre que quieras, y gratis. —Me guiña un ojo y yo le empujo juguetona.

—No me puedo creer que esté aquí, contigo... después de todo —confieso al final.

La sonrisa de Carlos se congela y noto que el brillo de sus ojos se apaga un poco.

—¿Ha sido un error? ¿Es lo que me quieres decir?

—No —digo rápidamente mientras le acaricio el rostro.

—¿Pero?

—No hay peros, Carlos, esta vez no —le prometo mirándolo a los ojos.

Me incorporo apoyando la espalda en el cabecero, cubriéndome con las sábanas, ya prácticamente secas por el calor del fuego.

—Quiero pedirte perdón por todo lo que te dije, porque no era cierto. Estaba asustada. Mucho. Eres una de las mejores cosas que hay en mi vida, pero tenía miedo de que, si me lanzaba, si dejaba que mis sentimientos tomaran el control, pudiera perderte.

—Nagore... —empieza a decir Carlos, pero niego con la

cabeza, pidiéndole con el gesto que me deje terminar.

—Pero luego me di cuenta de que algo faltaría en mi vida si estuvieras en ella de una forma en que siempre te anhelara, si siempre quisiera tener más pero nos lo negara. Entonces me di cuenta de que prefiero mil veces saber que lo hemos intentado en vez de quedarme toda una vida con la duda sobre cómo nos habría ido juntos.

Nos quedamos en silencio, estudiándonos. Yo me muerdo el labio, algo temerosa por su silencio.

—Perdóname por haberte dicho aquellas feas palabras con las que buscaba alejarte de mí —le pido.

—Nagore.

—¿Sí?

—Te quiero. Y te he querido desde hace mucho tiempo, no solo como amiga, sino como algo más. Pero yo también he tenido miedo; quizá, si no lo hubiera tenido, no te habría mandado mensajes erróneos o confusos. Habrías sabido que desde el principio te he querido y que he estado todo este tiempo enamorado de ti.

Noto una fuerte sensación en el pecho.

—¿Me has querido...? —No soy capaz de terminar la frase, la emoción me lo impide.

Carlos me sonríe, inclinándose para buscarme los labios y besarme lentamente.

—Siempre —susurra.

Empujo suavemente su pecho con el ceño fruncido.

—Somos un par de estúpidos. ¿Tú sabes que llevo colgada por ti casi desde que te conocí? —le digo, entre indignada y divertida.

Carlos me dedica una sonrisa juguetona.

—Bueno, no podemos volver atrás y cambiar el pasado, pero ¿sabes qué podemos? —Su sonrisa se hace más amplia—. Continuar.

Y para sellar esa promesa, volvemos a fundirnos en un tierno beso.

21 de mayo

Por la tarde

La falda de mi vestido se mueve por el viento que corre por la zona del monasterio.

He quedado con las chicas para merendar en los Valencianos, puesto que el buen tiempo acompaña y a todas les ha parecido bien el plan. Incluso Gala ha encontrado un hueco para poder venir; sinceramente, estoy emocionada por verlas.

Toda esta semana ha sido para nosotros, para Carlos y para mí, y aunque se lo he contado todo a ellas con pelos y señales, me apetece tener un rato para las cuatro juntas. La reforma del hotel está prácticamente terminada; de hecho, la visita para la inspección está prevista la próxima semana, no puedo estar más entusiasmada.

Todo marcha bien.

Dejo a mis espaldas el monasterio, cruzo la calle de la Capilla —donde siempre parece que te hayas trasladado varios siglos atrás, al subir su empinada escalinata—, y decido pasar por la plaza de Jacinto Benavente antes de alcanzar la de San Lorenzo. Al llegar finalmente a la estrecha calle de Juan de Leyva, las numerosas mesas del establecimiento están, como siempre, a rebosar de clientela. Entre la gente distingo a Elsa sentada en una de las mesas, con el móvil en la mano.

No me ha visto, así que me acerco sonriente, hasta que descubro su expresión. ¿Está llorando?

—¡Ey! —le digo, acercándome a ella preocupada.

Elsa levanta la mirada.

—¿¡Qué pasa!? —le pregunto al sentarme.

Elsa niega con la cabeza mientras eleva el teléfono.

—Es... es... el vídeo.

—¿El vídeo? —le pido, sin entender nada.

—Es un hombre que se ha reencontrado con su perro perdido —me explica al fin.

—Ah. —Intento poner mi mejor cara de póquer, pero fallo estrepitosamente—. Tía, sé que son vídeos emotivos, pero para ponerse así...

—Déjame, anda. Me va a venir la regla.

Asiento, ahora lo entiendo todo.

—Bueno, ¿has pedido ya?

—No, he avisado que faltaban tres personas más —dice mientras señala la carta de los helados.

—Estas tienen que estar a punto de llegar.

Elsa asiente y se seca el rastro de lágrimas, entonces aparece Gala. Como yo, lleva un vestido maxi, ella en tonos burdeos y con un cinturón ancho a la altura de la cintura.

—Hola, chicas. —Nos saluda con fuertes besos.

Diana no tarda en aparecer.

—¿Habéis pedido ya? —pregunta tras saludarnos y sentarse en la silla.

—Deberíamos hacerlo, si no queremos que nos echen —comenta Gala.

Yo asiento, y tras pedir las copas de helado, las tres se centran en mí. Yo... yo sonrío ampliamente.

—Bueno, te iba a preguntar que qué tal, pero viendo tu cutis y ese brillo en la mirada... —dice Diana, divertida.

—Ay, chicas —digo sin poder contener esa gran sonrisa—. Todavía no me lo puedo creer, pero es todo tan fantástico...

—Ya vemos, no te hemos visto el pelo ni para hacer videollamadas —me pincha Gala sonriendo.

—Qué os puedo decir —suspiro de manera soñadora.

—Qué pillina, con lo que os ha costado arrancar, normal que ahora no haya quien os separe —se ríe Elsa.

—¿Y el hotel? Tengo muchas ganas de que sea el día. Todo en orden, ¿verdad? —se asegura Diana.

Yo asiento.

—La semana que viene vamos a pasar la inspección para que nos den la licencia de apertura —les explico—. Chicas, mi hotel. ¡No me lo puedo creer!

—Claro que sí, tía —dice Elsa—. No teníamos ni una sola duda.

—Ni una sola —asiente Diana.

—Será espectacular —promete Gala.

22 de junio

Por la noche

Las semanas han pasado volando, y antes de que me dé cuenta, es la víspera de la fiesta de inauguración.

Tengo los nervios disparados, pero, como todo el mundo me repite, «saldrá bien». Va a ser fabuloso.

El hotel está desierto ahora mismo. Incluso le he dicho a Valerie que disfrute de esta noche, ya que mañana comenzamos.

Esta tarde he revisado por decimoctava vez que la página web funcione perfectamente. Es una sencilla página donde se pueden apreciar unas imágenes espectaculares del hotel: de sus espacios, del jardín, incluso hay una cuenta atrás para la inauguración.

Hemos preparado una campaña de publicidad que, según los datos de tráfico de la web que me ha pasado Diana, funciona bien. Todo gracias a Diana, esta chica es un genio del *marketing*. También es genial la ayuda de Elsa, que ha publicitado el hotel en su página web y en las redes sociales, avisando del evento y de que las reservas se abren a partir de mañana.

Suspiro y oigo que alguien recorre el pasillo hasta la habitación. Es Carlos, que me sonríe al entrar.

—¿Dónde has estado? —le pregunto cuando se me acerca a darme un lento beso.

—Tengo una sorpresa —me responde con una sonrisa que intento descifrar.

—¿Una sorpresa en la víspera? —pregunto con tiento.

Carlos se ríe y me da un beso en la punta de la nariz.

Lleva unos sencillos vaqueros y una camiseta, muy alejados de su imagen habitual, y, aun así, creo que nunca he visto a nadie a quien le siente mejor lo que lleva.

—Venga, vamos. —Es lo único que dice al tiempo que tira de mí—. Ah, espera.

Saca un antifaz, y yo arqueo la ceja.

—¿Qué cochinadas pretendes?

Carlos se ríe mientras me lo pone.

—Anda, mente calenturienta, no van por ahí los tiros —me susurra—. Venga, ven.

Sigo sus pasos a tientas y en las escaleras, me coge en brazos, lo que ocasiona otra tanda de mis bromas que ceso cuando me deja en el suelo y percibo que salimos al exterior.

—¿Fuera? —Intento adivinar qué es.

—Shhh, deja de ser tan impaciente —me regaña mientras seguimos andando.

Finalmente se detiene, y como he estado con los ojos vendados, me siento demasiado desorientada como para saber en qué parte del jardín nos encontramos.

—¿Lista?

No espera mi respuesta. Me ayuda a quitarme el antifaz y me quedo boquiabierta. Mis ojos lo buscan, y Carlos sonríe con un gesto incluso tímido.

—¿Te gusta?

De nuevo dirijo la vista a lo que tengo delante y doy un paso, maravillada.

Ante mí hay un pequeño cenador, dentro solo cabe una mesa redonda de reducidas dimensiones con dos sillas metálicas. La mesa está servida con dos copas de vino, una tabla de quesos con algunos panecillos y algo de embutido; dos pequeñas velas iluminan el espacio con ayuda de farolillos que cuelgan, por

encima de nuestras cabezas, de la estructura de madera del cenador junto a partes de la hiedra que trepa por ella creando un espacio privado mágico.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —le pregunto sin salir de mi estupor.

Carlos se encoge de hombros, como restando importancia a lo que ha preparado.

—Yo también quería aportar mi granito de arena, y me pareció una bonita idea montar esto. Puede usarse como un espacio que los clientes contraten aparte, para una cena romántica, no sé... lo he montado estas últimas semanas con ayuda de Luis.

—¿En serio? —Lo miro con una sonrisa y él se ríe.

—¿No me ves capaz o qué?

Yo me acerco a él y vuelvo a mirar el cenador.

—Es perfecto.

—¿De verdad? —se quiere asegurar, y me pongo de puntillas para besarlo suavemente.

—No hay nada que me chifle más. Gracias.

La sonrisa de Carlos se amplía, se aleja y con un gesto me indica que tome asiento. Y lo hago encantada, observando de nuevo todo mi alrededor, maravillada.

He estado tan liada dentro del hotel que no he tenido ni un momento para salir al jardín, y me alegro, no había mejor manera de darme tal sorpresa.

Atacamos la cena, y nuestra conversación fluye hasta que, de nuevo, Carlos se pone misterioso.

—¿Qué? —le pregunto divertida mientras le pillo observándome varias veces.

—Tengo que proponerte una cosa. Y, bueno... creo que lo voy a hacer ahora.

Noto que está nervioso, y me pongo en alerta. ¿Carlos, nervioso?

—¿Qué pasa? Me estás asustando —le digo.

Carlos se lleva una mano al cuello como para rascarse, pero sé que es un tic nervioso.

—Mira —habla al fin—, este mes ha sido perfecto. Nunca he estado tan bien con una persona, y... —Sus ojos azules me buscan—. Y, bueno, ahora que empiezas con el hotel y sé que estarás a tope de trabajo... he pensado en irnos a vivir juntos.

Abro los ojos como platos.

—Sé que es precipitado —dice atropelladamente—, y que ahora mismo quieres estar enfocada plenamente en el hotel. Así que he pensado en venirme a vivir a San Lorenzo, contigo. Si tú quieres, claro. Fuera del hotel, por supuesto. No quiero interferir en tu trabajo, además ya conoces mi opinión: no se puede vivir donde uno trabaja; y sé que no querías salir del hotel, por los gastos. Pero...

—Para, para —lo interrumpo.

Carlos obedece y echa el freno. Nunca lo he visto tan nervioso, hablando tan rápido. Guarda silencio con una gran expectación y yo me mordisqueo el labio.

—Yo tampoco he estado tan bien con alguien. Nunca —confieso y noto que se relaja un poco.

—¿Pero? —adivina tras unos instantes.

—Pero no quiero que nos precipitemos. No es un no —añado rápidamente al reconocer el gesto de abatimiento que intenta ocultar—, sino un «déjame meditarlo con la almohada». ¿Vale? Mi impulso es decirte que sí ahora mismo, pero no quiero estropearlo.

—¿Crees que irnos a vivir juntos podría estropearlo? —me pregunta, y me duele saber que en cierto modo le estoy haciendo daño.

Niego con la cabeza.

—Tú no.

Sé que quiere añadir más cosas, pero Carlos sabe cuándo hay que retirarse, así que asiente y ataca de nuevo su tostada de

queso.

Lo observo preocupada, pero no quiero cagarla. No quiero que todo se vaya a la mierda por ir rápido, por estar ansiosos.

—No me marcharé a ningún lado —digo, haciendo que levante la mirada.

—Ni yo tampoco —me promete.

La inauguración

23 de junio Por la noche

Estudio mi reflejo en el espejo. He elegido un vestido negro de lencería con finos tirantes que me acarician el cuerpo y complementos de color dorado, como la cadena que descansa sobre el cuello y las pulseras que tintinean cada vez que muevo los brazos.

Para rematar el look, me he decantado por unos tacones salón negros, a juego con las sombras ahumadas; el pelo peinado en ondas suaves.

Me veo guapa, sexy, y sonrío a mi reflejo emocionada.

Llaman a la puerta de la habitación y la abren sin que haya dado permiso.

Mi hermana Valerie entra con un bonito vestido lápiz, también de color negro, y una trenza de raíz que le recoge el cabello.

—¿Preparada? —pregunta.

—¿Cómo van en la cocina? —quiero saber.

—Emocionados y sin parar. Van a flipar —dice Valerie con una amplia sonrisa.

—Vale, pero, por favor —le pido—, delante de los invitados no digas «flipar».

Mi hermana pone los ojos en blanco, y nos disponemos a salir para recibirlos.

A las nueve en punto empiezan a llegar; a pesar de que son ellos, estoy nerviosa. Nerviosa y emocionada. Las chicas son las primeras en aparecer; sus reacciones son especialmente importantes para mí porque llevan tiempo sin ver el hotel: sus caras de asombro relajan mi alborotado corazón.

—Esto es... —Diana es incapaz de terminar la frase, pero Aitor, que va detrás de ella, lo hace.

—Nagore, enhorabuena. Este sitio es especial. —Sus ojos, iguales que los de su hermana, me sonríen, y yo le devuelvo el gesto.

Se acercan a la recepción, y Valerie les toma los datos para registrarlos.

—Son nuestros primeros clientes —dice ella de un modo profesional—. Tenga la llave de su habitación.

—La número ocho me encanta —dice Diana, al tiempo que observa la llave *vintage* escogida minuciosamente para esa habitación; cada llave con su particular diseño.

—Venga, por favor —pide Gala desde atrás, junto a Juan—. Que estamos impacientes.

Todos van arreglados: los chicos, con trajes, y mis chicas, con vestidos; salvo Gala, que lleva un pantalón de pinzas y una blusa *halter* de tonos verdes.

Elsa y Cole también han llegado; Gala y Juan suben las escaleras hacia su habitación, la número doce, mientras Valerie registra a Cole y Elsa, quien está ocupada haciendo fotos y pequeños vídeos para su artículo. En ese momento entra Carlos.

Sus ojos me buscan y mi sonrisa se amplía al verlo entrar tan guapo, con su traje a medida y una pajarita negra a juego.

—Veo que llego justo a tiempo —sonríe.

Cole y Elsa lo saludan y luego se encaminan por las escaleras hacia su habitación, la número seis.

—¿Yo tengo que registrarme o...? —pregunta con una sonrisa divertida mientras mi hermana pone los ojos en blanco.

—Por favor, no os convirtáis en ese tipo de parejas repugnantes —gruñe.

—Anda, ve a la cocina y avisa a Pedro y Ricardo. En cuanto bajen, que les acompañen a las mesas.

Valerie asiente y nos deja a solas.

Carlos se inclina por encima del mueble de recepción para robarme un beso.

—Estás preciosa —me susurra con un brillo pícaro en la mirada.

—Tú tampoco estás nada mal —respondo, admirando el gesto. Oigo que alguien baja por las escaleras.

—Nagore, esto será un pelotazo, te lo juro —dice Elsa nada más hacer contacto visual; los demás siguen sus pasos.

—¿De verdad? —le pregunto algo cohibida, pero todos asienten.

—Incluso me han entrado ganas de encender la chimenea y ponerme a leer —bromea Aitor.

—Que sepas que en el despacho está encendida la chimenea. Luego os lo enseño, pero creo que es hora de cenar, ¿no? —les propongo; todos asienten maravillados, seguramente por el olor que llega desde la cocina.

Creo que no están preparados para lo que viene.

Antes de que me dé cuenta, la cena termina. Aunque hemos estado en mesas distintas, todo ha ido rodado. Han elogiado a Ivanna, quien ha salido para saludar y ha quedado encantada de tantos halagos. Ahora que Carlos les muestra su creación particular, reviso con Valerie si los registros son correctos, y descubro que hay ya dos reservas, una para finales de este mes, y la próxima para julio.

Valerie y yo lo celebramos con un particular bailoteo.

—Tengo que contárselo a las chicas —digo, antes de salir de recepción con el móvil en mano—. Voy a buscarlos. Por cierto, recuerda que a las doce te necesito.

—Sí —asiente Valerie, que no borra la sonrisa. Y no es para menos.

¡Tenemos dos reservas!

Tecleo en nuestro chat para averiguar dónde están, pues al pasar al comedor he vislumbrado que en la zona del cenador solo se encuentran Carlos y Cole; por los gestos de Carlos, parece que aún comentan su estructura.

Giro en redondo, quizá hayan vuelto a las habitaciones. Como no los he visto en la recepción, supongo que habrán usado las escaleras de la zona del comedor, pues para acceder a las del servicio —las que dan a la cocina— también se pasa por recepción.

Subo veloz las escaleras, aún sin creerme que todo esté en marcha. Me siento como en una nube. Qué digo, «una nube», millones de nubes.

Recorro el pasillo y llego a la primera habitación, la de Elsa y Cole, pero no responden cuando llamo a la puerta, así que prosigo la búsqueda. Un hilo musical impide que se oigan las conversaciones ajenas en ninguna parte cuando el hotel está prácticamente vacío, como es el caso; por eso no me sorprendo al recibir un mensaje de Valerie informándome de que ha entrado alguien más en el hotel. Cuando leo de quién se trata, me detengo.

¿¡Qué!?

—Valerie, *por favor* —enfatizo esa última palabra—, dime que es una inocentada.

—¿Cómo va a ser una inocentada? —se queja mi hermana—,

el día de los Santos Inocentes es en diciembre, no hoy. Mira. —Valerie señala algo detrás de mí—. Si incluso ha traído un regalo.

Sigo el gesto de mi hermana para descubrir que en el aparador de la sala de estar hay una cesta de mimbre envuelta con papel transparente y una moña de color rojo.

—¿Una cesta de frutas? —me quiero asegurar, sin separarme de mi hermana.

—Ajá. Un buen regalo, la verdad. Si nos quedamos sin postres, podemos repartirlas.

—Ay, ay. —Me llevo las manos a la sien—. ¿Qué vamos a hacer?

—Más bien dirás: «¿qué vas a hacer?» —recalca ella.

Miro mal a mi hermana pequeña que me dedica una de sus sonrisas encantadoras.

—Sabía que debería haber contratado a Leire y no a ti, pequeña bruja —me quejo.

—No me culpes a mí de tus líos. He de decir que no pensé que esta noche sería tan emocionante.

Me separo de ella por dos motivos, uno para pensar con claridad, y el otro... para no abalanzarme sobre ella.

—¿Y dónde está? —quiero saber.

—Me imagino que en su habitación. Y, sí, ha venido solo.

Asiento y cojo aire para expulsarlo lentamente.

«Vamos, Nagore, tía», me animo. Diría que en peores plazas he toreado, pero no me gustan los toros. Bueno, los toros como animal sí, ya sabéis. Aborrezco el acto de asesinarlos...

En fin, que me enrollo. Que sí, que de esta salimos victoriosas.

—Lo interesante será ver la cara de Carlos cuando sepa que Joel se ha presentado aquí —pincha la bruja.

—Valerie, no te metas donde no te llaman. Además, Carlos conoce toda la historia, no tengo que preocuparme de nada.

—¿De qué no tienes que preocuparte? —pregunta de pronto Elsa, que aparece ante mí con su vestido suelto de color rojo.

—Pues...

—Se ha presentado Joel —se me adelanta Valerie, por lo que la miro mal.

—Valerie, ¿puedes, por favor, revisar que no haya más reservas? —Con la mirada lo digo todo, y mi hermana murmulla algo que no alcanzo a oír gracias a la voz de Billie Holiday que nos acompaña en esta interesante velada.

—¿Qué coño hace ese aquí? —pregunta Elsa sin abandonar la expresión de horror.

—Eso es lo que tendré que averiguar. ¿Dónde están todos? —pregunto.

—En el salón del comedor. Están sentados charlando tranquilamente. Oye, ¿puedo pedir una manzanilla en la cocina?

—Claro, ¿qué te pasa? ¿Sigues mal del estómago? ¿No habías ido al médico?

Elsa asiente.

—Sí, luego os cuento qué me ha dicho, pero... nada importante.

Si no estuviera tan centrada en el maldito asunto de Joel —¿¡qué demonios hace aquí!?—, me habría percatado de que no debería pasar por alto esa frase de Elsa. Pero, tonta de mí, voy directa a las escaleras.

Tengo que hablar con el recién llegado.

Golpeo los nudillos contra la puerta de la habitación número dos, la de Joel, y no tarda en responder. Enseguida me encuentro con su familiar rostro y una amplia sonrisa.

—Vaya, estás despampanante, Nagore. —Ese es su saludo; yo

me cruzo de brazos y enarco la ceja.

—Joel, ¿qué haces aquí? —le pregunto.

—¿Así recibes a tus clientes? —pregunta él a su vez.

Se apoya con cierta chulería en la jamba de la puerta para que vea una pequeña maleta sobre la cama de matrimonio.

—¿Vas a quedarte varios días? —quiero saber, aunque no hace falta que lo pregunte: esa maleta ya lo dice todo.

—He reservado para tres noches —contesta mientras me repasa con esos ojos oscuros—. Si llego a saber que había que vestirse de etiqueta…

Lleva el pelo alborotado bajo un gorro de paja y su look bohemio característico. Maldigo por no haber estado cuando ha hecho la reserva. Me habría inventado que la fiesta de inauguración era privada, pero algo me dice que se habría presentado al día siguiente.

—Joel, ¿qué haces aquí?

—¿No te ha gustado la cesta de fruta? —Evita mi pregunta con otra, y yo suspiro.

—¿Nagore?

Al oír mi nombre levanto la vista y veo que Carlos se me aproxima.

—No te encontraba. —Sé que iba a añadir algo más, pero cuando descubre a Joel, decide guardar silencio.

—Hola —lo saluda Joel.

—Buenas noches —contesta Carlos.

—Carlos, este es Joel. Un amigo y cliente del hotel.

Los ojos de Carlos me buscan y arquea levemente una ceja; no puedo ignorar el brillo divertido en sus ojos. Obviamente, sabe quién es Joel, aunque no sé si Joel sabe quién es Carlos, pero ya se encarga él de presentarse:

—Encantado, yo soy Carlos, el novio de Nagore. —Extiende la mano hacia Joel, quien se la estrecha sin ocultar su sorpresa.

—Vaya… —Es lo único que dice.

—Sí, vaya —asiente Carlos.

Se hace un silencio incómodo en el que veo perfectamente cómo la mente de Joel saca conclusiones.

Suspiro.

—Joel, lo de Carlos fue después de nuestra conversación —le explico, y este levanta las manos en gesto de sumisión.

—Tranquila, Nagore, yo solo venía a darte la enhorabuena por el hotel. Y, enhorabuena. Es un sitio muy chic —explica rápidamente, pero no me engaña.

No venía a ver el hotel. Venía a visitarme a mí. Lo que no se esperaba era que tras un mes sin saber nada el uno del otro, yo hubiera seguido hacia delante sin ningún atisbo de duda.

Esa es la razón por la cual no repito si no hay sentimientos de por medio, porque, al final, siempre alguien acaba por tenerlos —generalmente ellos—, y luego me siento de la misma casta que mi hermana, la bruja.

Le dedico una sonrisa.

—Voy a pedir al servicio que te traiga la cena a la habitación, si quieres. ¿Te apetece? —propongo.

Joel asiente levemente, noto que está algo cortado. Tendré que hablar con él, pero no ahora que Carlos está delante.

Me alejo de la puerta y Joel la cierra, dejándonos a Carlos y a mí en el pasillo.

Me pongo en marcha y Carlos me imita en silencio; luego habla.

—¿Debería hacérmelo mirar? Me siento mal por un tío que claramente ha venido a reconquistar a mi chica —murmulla; no tengo que mirarlo para saber qué mueca dibuja su rostro.

Giramos hacia la izquierda, directos a la escalera de servicio.

—Eso te pasa por el rollo este cavernícola de ir marcando terreno: «Soy Carlos, el novio de Nagore» —lo imito simulando una voz grave.

Siento que su mano me coge por la cintura, impidiendo que

avance.

—¿«Terreno» o territorio? —me pregunta, y ya antes de mirarlo noto la sonrisilla en su tono.

Cuando voy a rebatirle en un intento de bajarle los humos de chulito, su boca me busca para darme un beso que me deja sin aliento.

Le separo de mí y miro atrás, por encima del hombro, para asegurarme de que nadie nos haya visto.

—¿Qué ocurre? —quiere saber.

—No puedes ir por mi trabajo dándome esos besos, Carlos —le regaño.

—¿No? —Sus labios se elevan por un costado, y sé que está controlando las ganas de sonreír ampliamente, lo que me pone... me pone irascible.

—Por supuesto que no —le dejo claro.

—Vale. Así que no puedo besarte de este modo en el pasillo. ¿Correcto? —Su gesto aún está entre lo chulo y lo divertido, y yo me debato entre besarlo o zarandearlo.

Voy a asentir, pero siento que tira de mí y, antes de darme cuenta, me aúpa sobre el hombro. Como si fuera un saco de patatas.

—¿¡Qué haces!? —pregunto histérica mientras volvemos a avanzar por el pasillo—. ¡Bájame ahora mismo!

Le golpeo la espalda y, como respuesta, me da un azote en el culo.

—Shhh.

Abre una puerta y nos adentra en el despacho, situado al final de la zona de habitaciones, junto a las escaleras de servicio. Es una habitación pequeña con una chimenea en el centro de la pared que da frente a la puerta; varias librerías de madera oscura cubren las paredes, salvo una en la que hemos colocado el escritorio de madera, también de nogal americano.

Cuando me baja, el sinvergüenza procura que cada parte de

mi cuerpo roce el suyo antes de que apoye los pies en el suelo.

—¿No puedo tener un momento a solas con la jefa? —me susurra, haciendo reaccionar a mi cuerpo.

Cuerpo traidor.

—Podías, sin llevarme como un saco de patatas —contesto a la par que me separo de él para tratar de serenarme.

La sonrisa de Carlos se amplía; sospecho que sabe qué empieza a visualizar mi mente.

—¿No me has llamado «cavernícola»? Creo que a esos tipos les va esto. —Me guiña un ojo y yo bufo.

—A veces eres de manual, ¿lo sabías? —lo pincho.

—Pero a ti te gusto —contesta él sin acercárseme; y lo agradezco.

—Sabes que tendré que hablar con él, ¿verdad? —digo, refiriéndome a Joel.

Carlos pone los ojos en blanco a la par que empieza a acortar la distancia entre ambos.

—Si es lo que quieres, me parece bien. Pero ahora no quiero hablar de él —dice cuando llega donde me encuentro.

—¿Y qué es lo que quieres? —pregunto completamente cohibida por su cercanía; así pues, intento centrarme en... en lo que sea. Cualquier cosa de mi entorno.

—¿Me dejas mostrártelo o el asunto de tener invitados supone un problema?

Mi respiración sale entrecortada al oírlo.

—No creo que sea una buena idea —contesto al fin.

Asiente lentamente mientras sopesa mis palabras, y cuando sus ojos se dirigen a mi boca, lanza otra pregunta:

—¿Has podido meditar con la almohada?

Sé a qué se refiere: a su pregunta de ayer, sobre si irnos a vivir juntos. Su aroma me rodea, y no me extraña, porque al levantar la mirada, veo lo cerca que está de mí.

—¿Sabes? —habla de nuevo; dirijo la atención hacia su

mirada clara—. Hoy, mientras estábamos en la recepción con los demás, inevitablemente he rememorado esa noche en la que te besé por primera vez...

¿Hay que apagar el fuego de la chimenea o realmente se trata de otra cosa? La habitación en la que estamos es pequeña y el fuego a todo trapo no ayuda, pero comienzo a sospechar que es por él, por nada más.

Por él y por lo que acaba de decir.

Doy un paso atrás y topo contra la mesa de roble.

Sus ojos siguen mi movimiento y cuadra la mandíbula. No le ha gustado que me alejara, pero...

—Está bien. Podemos seguir haciendo como si nada. —Su voz aterciopelada me acaricia el cuerpo, y contengo el estremecimiento que me recorre.

Para la ocasión me he decantado por este fino vestido negro, y creo que al ser consciente de la poca cantidad de ropa que hay entre...

Detente, Nagore. Detente.

En busca de un apoyo, descanso las manos sobre la mesa sin dejar de mirarlo, y él sigue mi gesto con sus penetrantes ojos.

—También podemos hacer otra cosa. —Su voz suena ahora más grave; siento que se me eriza la piel.

—¿Qué? —Mi voz suena... ¿tan agitada?

—Nagore, si sigues mirándome de esa forma, no habrá una primera opción.

Me aclaro la garganta y levanto la barbilla, serenándome, o por lo menos lo intento.

—No te miro de ninguna forma.

La comisura de sus carnosos labios sube, dedicándome una *muy* tentadora sonrisa, en especial cuando se inclina hacia mí, sobresaltándome.

—Tu mirada me dice que estás pensando en esa noche. —Cojo aire abruptamente—. ¿Y sabes qué más dice? Que deseas

que me deje de palabrería y te bese.

Mi corazón se ha vuelto loco, y temo que lo oiga, pero no hago nada. Estoy completamente quieta, atrapada por sus ojos, su cuerpo, y la maldita mesa.

—Pero ¿sabes qué? —Su mirada abandona mis ojos para bajar hasta los labios y seguir bajando.

Lo juro, noto que mis pezones se yerguen contra la fina tela, y sé que él ha sido testigo cuando sus ojos me capturan de nuevo la mirada.

—Que ahora haría mucho más que aquella vez. ¿Te gustaría?

Abro la boca, hechizada en todo mi ser. Hechizada y excitada.

Se inclina hacia mí, y ahora su cuerpo me rodea por completo.

—Te inclinaría sobre esta mesa, Nagore, y sé que descubriría que estás completamente empapada, lista para mí.

Levanta la mano y me acaricia la piel.

Siseo involuntariamente y sé que estoy metida en problemas. ¿De verdad está sucediendo esto?

—Dime que quieres esto, Nagore. Dímelo. —Esta vez habla con un gruñido que va directo a mi entrepierna, y mis ojos se cierran mientras siento que con la mano me acaricia la cadera por encima del vestido.

Levanto la mirada y en sus ojos, en sus ojos veo un hambre voraz.

No pienso.

Acerco las manos a su rostro y busco su boca, su hambrienta boca.

Él no tarda ni un segundo en auparme sobre la mesa sin separar nuestros labios, y, Dios... me traslada a esa noche.

Nunca me han besado de este modo, como si fuera a faltarle el aire si no nos besáramos.

Mis manos recorren avariciosas su cuerpo, su amplia espalda,

su duro pecho... y las suyas comienzan a subir la tela del vestido para que pueda separar las piernas, para que...

Ambos jadeamos cuando con las piernas le rodeo finalmente las caderas y choco contra su entrepierna.

Esto, ¿va a pasar?

—Joder. —Carlos gruñe cuando alcanza las bragas, efectivamente empapadas.

Nuestras bocas vuelven a buscarse de manera desaforada y yo me encargo del cinturón y los pantalones mientras él me quita la ropa interior.

No hay más preliminares, pero no los necesitamos. Mi cuerpo me lanza unos pinchazos de auténtica necesidad que solo se alivian cuando Carlos se introduce en mí con un embiste de sus caderas.

Ambos gemimos, y somos conscientes de que no duraremos mucho. Nuestras caderas cogen ritmo, aumentan la presión y lanzan deliciosas ráfagas de placer, por lo que debemos controlar el volumen de nuestros jadeos.

Antes de que me dé cuenta, me dejo arrastrar por un orgasmo arrollador, y segundos después Carlos me acompaña.

Junta nuestras frentes mientras recuperamos la normalidad de las respiraciones.

—Ha estado bien —murmulla, y yo sonrío.

—Ha estado muy bien —puntualizo con un rápido beso en los labios—. ¿Crees que se habrán dado cuenta de que llevo mucho rato desaparecida?

Carlos se separa para que yo pueda salir del escritorio y alisarme el vestido.

—Creo que estos invitados no pondrán pegas a que su anfitriona haya desaparecido quince minutos.

—¿Quince? —Arqueo una ceja, juguetona—. Creo que nos tienes en demasiada estima. No hemos durado más de cinco minutos.

Carlos se ríe mientras se viste.

—Tengo que ir al baño a limpiarme —me dice—. En cuanto termine, me reúno con todos. En el salón, ¿verdad?

Yo asiento, mirándolo cuando sale del despacho.

Una vez que estoy sola, vuelvo a asegurarme de tener el vestido en condiciones, aunque quizá también debería ir al baño y no solo fiarme del reflejo en el cristal de la ventana. Me decido a abrirla, porque haber encendido la chimenea no ha sido una buena idea. Vale que aquí en la sierra todavía refresca por la noche, pero tanto como para tener el fuego... Determino que cuando baje a la cocina avisaré a alguno de los chicos para que se encargue de ello.

Ya con el pomo de la puerta en la mano, oigo algún movimiento tras de mí. Extrañada, miro por encima del hombro, y se repite el ruido; no ha sido ninguna casualidad o invención de mi mente.

Viene del escritorio, así que me acerco lentamente.

Parece... parece como si rascaran.

El ruido se repite, pero me doy cuenta de que viene de abajo, así que me agacho.

¿Qué demonios es?

Para mi espanto, no tardo en descubrirlo.

Mi profesionalidad me impide dar un grito a pleno pulmón, pero juro que me he teletransportado del escritorio a la puerta de entrada del despacho.

Y no he sido la única asustada.

El ratón, ese que estaba rascando la madera del mueble, también se ha llevado un susto de muerte.

Oh, Dios.

Tengo ratones en el hotel. Porque si hay uno, hay más.

¡Oh, Dios!

Salgo de la habitación atropelladamente, tanto que choco contra Carlos, que vuelve del baño.

—¿Qué pasa? —me pregunta al ver mi cara de espanto.

—¡Ay, Dios! —consigo decir casi lloriqueando. Mi corazón sigue como un torbellino.

—Nagore, me estás asustando. —Carlos me sujeta de los brazos e intenta descifrar el motivo de mi espanto.

Me llevo una mano al pecho y hablo:

—Ratones.

—¿Ratones?

—En el despacho —digo al fin.

Los ojos de Carlos se abren ampliamente.

—¿Cuántos? —se quiere asegurar, y yo cierro los ojos.

—He visto solo uno, pero seguro que hay más.

—Vale, tranquila —me pide—. Vamos a solucionarlo.

Yo asiento, escucho e intento absorber su serenidad.

—Avisa a alguno de los chicos, me imagino que tendremos que llamar a alguna empresa para las plagas. Yo me voy a encargar de bloquear la puerta.

—¿Bloquearla? —le miro extrañada.

—Sí, esos pequeñines se pueden colar por las rendijas. Por lo menos así los tenemos localizados... espero. —La duda atraviesa la mirada de Carlos; yo, solo de pensar que todo el hotel está plagado... Vuelve a sujetarme por los brazos—. Tranquila, los habríamos visto ya.

—Cierto —asiento, no muy convencida. Pero voy a creerle, ¿vale?

—Ve a buscar a alguno de los chicos e intenta que nadie te vea con este estado de nervios. No dejes que la inauguración se vaya la mierda por este pequeño detalle.

—Tienes razón —asiento con una determinación envidiable, pero la determinación se me tambalea en cuanto Carlos se dirige al despacho.

«Nagore —me digo—, ¡reacciona!».

Bajo las escaleras a trompicones; es un milagro que no me caiga rodando como una canica, pero sin saber cómo, lo consigo, llego al rellano. Tengo el corazón en la garganta; qué digo «en la garganta», creo que ya se me ha salido del cuerpo, no puedo creer lo que acaba de suceder.

Oh, Dios.

Me llevo las manos a la cabeza e intento inspirar. Así uno se tranquiliza, ¿verdad?

Vale.

No sirve de nada.

¡Ay, Dios! ¿Por qué a mí?

De pronto oigo voces, voces que claramente se me aproximan, y hago lo más inteligente que se puede hacer en estas situaciones.

Huir.

Sin pensar, y tras subir de nuevo las escaleras, cojo la primera puerta a mano izquierda y recorro el pasillo. Intento memorizar por qué puerta puedo desaparecer, cuando una luz llama mi atención. Proviene de una de las del pasillo, pues está entreabierta.

Mi lado cotilla puede, y, claro, me castiga por ello. Lo más fácil habría sido continuar por mi camino, no meterme donde no me llaman.

Luego me quejo de lo que me pasa... pero no puedo evitarlo. Soy así.

Dentro de la habitación se oyen voces, y cuando me asomo levemente, por el campo visual que me ofrece la rendija descubro a Juan y Gala.

Están hablando, en susurros, según parece, pero puedo escuchar parte de su conversación.

—Tienes que decírselo ya, Gala. No puedes seguir así. Ni por

ti ni por mí; ni por ellas. —Es Juan quien dice estas palabras, y veo que el gesto contrariado de Gala se entremezcla con el nerviosismo.

—No sé... —comienza a decir ella, pero Juan vuelve a hablar.

—Cuanto más tardes, peor será. Casi no nos queda tiempo, cariño.

—Yo... lo sé, pero... —Gala baja la vista hacia sus manos, incapaz de completar la frase.

—Lo sé.

Me separo cuando veo que Juan la busca para fundirse en un abrazo. ¿Qué pasa? Este giro de acontecimientos hace que mis primeros planes pasen a una segundísima posición.

No entiendo muy bien lo que he presenciado, pero algo me dice que no tendría que haberlo hecho.

Doy varios pasos atrás, consigo que mis tacones no suenen sobre el suelo de madera, que está descubierto porque todavía no han llegado las alfombras que encargué, pero, bueno, no me voy por las ramas.

Una vez alcanzo la distancia suficiente como para que no me oigan las dos personas que están en la habitación, giro rápidamente sobre mis talones y cojo el tramo de las escaleras que me llevan directamente a la cocina.

Madre mía, esta noche es un no parar.

Cuando llego, están tomando una copa y, como es habitual, charlan tranquilamente como si estuvieran solas a pesar del movimiento que hay a su alrededor. Soy consciente de que, aun así, apenas me descubren saben que algo ha sucedido.

Vamos si lo saben.

—¿Qué ha pasado?

—No aquí —contesto, indicando la despensa con un gesto de cabeza.

Me siguen a través de las puertas abatibles, y, tras

asegurarme de que la despensa esté desierta, en la parte de congelados cojo aire y me enfrento a ellas.

Un poco melodramática, sí, pero la situación lo requiere.

—Nagore, ¿qué pasa? —pregunta Diana con un gesto de confusión.

—Si estamos en la despensa, algo fuerte tiene que ser —añade Elsa con una sonrisilla—. En este tipo de estancias solo pasan cosas muy fuertes.

Asiento conocedora de que me estoy perdiendo parte del comentario, pero queda poco para medianoche y no tengo tiempo que perder, así que suelto la bomba sin reparo alguno.

—Gala oculta algo.

—¿Cómo que «Gala oculta algo»? —repite Diana.

Yo asiento al tiempo que miro alrededor con temor a que a alguien le dé por entrar en la despensa y nos oiga.

—¿Estás segura? —pregunta Elsa.

Asiento.

—Tan segura como que os veo a ambas. Estaba por el pasillo saliendo de... —Me aclaro la garganta, «por ahí no, Nagore», me digo—. En fin, que he pasado por su habitación, donde estaba ella con Juan, y me he dado cuenta de que la puerta estaba entreabierta, y...

—Y has cotilleado —deduce Diana—. Eso está mal.

—No ha sido intencionado —me explico—. Y de hecho, no he podido escuchar mucho, tan solo lo suficiente como para saber que efectivamente guarda un secreto.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunta Elsa.

—Por lo menos no cuchichear sobre mí en un sitio tan evidente.

Las tres nos giramos sobresaltadas cuando Gala nos descubre con las manos en la masa.

—¿En serio? —nos pregunta con cierto tono de condescendencia.

—No nos mires así. Eres tú quien nos ha estado ocultando cosas —digo yo, a la defensiva.

Gala entra en la despensa y pone los ojos en blanco.

—De las aquí reunidas, no soy la única que guarda un secreto.

Diana, Elsa y yo nos quedamos calladas. Calladas, y yo, por lo menos, tensa. ¿Sabe acaso lo que ha sucedido en esa habitación, a poca distancia de la suya? Siento que mis mejillas se sonrojan.

—¿De qué hablas? —le pregunta Diana, completamente confundida.

—No sé, que nos lo diga Elsa —contesta Gala; todas miramos sorprendidas a la morena, que no oculta un gesto delatador—. Venga, Elsa. También es momento de contar tu secreto.

—¿Cómo? —preguntamos Diana y yo a coro.

—¿Cómo lo sabes? —dice Elsa mirando a Gala, quien esboza una mueca dulce a la vez que tristona.

—Tenía algunas dudas, pero esta noche, al ver que rechazabas las copas, he quedado convencida. Aunque creo que lo de llorar incluso con los anuncios de compresas también era una señal muy clara.

Elsa se encoge de hombros.

—No os he dicho nada porque hasta hace unos días no he tenido la confirmación, y luego... bueno, no quería quitar protagonismo a tu día —dice mirándome a mí.

Yo arqueo una ceja.

—¿Te sientes mal si te digo que no entiendo nada de lo que decís? —pregunto yo.

—Estoy embarazada, chicas. —Y así, Elsa cambia nuestras vidas.

Diana grita, Gala sonríe emocionada y yo abro los ojos como platos.

—¿Tú? ¿Embarazada? —Me quiero asegurar.

Elsa se ríe.

—Sí, la que odia a los niños. Embarazada de cinco semanas. Dios, ya empiezo a hablar como ellas, en semanas —gruñe—. No lo buscábamos, si no lo habríais sabido. Y todo hay que decirlo: ha sido una maldita ironía. Yo, la que odia a los niños, embarazada y... y emocionada. —Nos regala una sonrisa en la que nos transmite la ilusión que llevaba guardada.

—Es la ironía más bonita del mundo —dice Diana antes de abrazarla.

Las demás no tardamos en hacerlo, y acabamos todas emocionadas y con lágrimas en los ojos.

—Vais a ser unas tías excelentes —dice Elsa—. Las mejores.

Y ahí es cuando Gala rompe a llorar, pero esta vez con un llanto distinto. No de alegría, sino de absoluta tristeza.

—Ey, cielo, ¿qué pasa? —le pregunta Diana.

Las tres intercambiamos una mirada, porque en ese mismo instante en el que Gala ha roto a llorar, recordamos por qué estábamos metidas en la despensa.

Por su secreto.

—¿Qué ocurre, Gala? —digo yo, acercándome a ella como Diana y acariciándole la espalda en un intento de tranquilizarla —. Nos lo puedes contar. Sea lo que sea. Tranquila.

Gala asiente, y poco a poco, se va serenando.

—No sé por dónde empezar, pero... —Guarda silencio, y Elsa habla.

—Me empiezas a asustar, y te está costando una barbaridad decirlo. Es malo, ¿verdad?

Nos quedamos congeladas mirando a Gala, asustadas; hasta que ella, tranquilizando nuestros corazones, niega con la cabeza.

Pero cuando habla, nuestro mundo se vuelve patas arriba.

—Nos vamos a Vancouver. Juan y yo. A vivir.

El silencio cae sobre las cuatro y, lo juro, siento que el

mundo gira a nuestro alrededor a una velocidad que marea. Vértigo. Me entra puro vértigo.

—¿Cómo? —Diana es la única que tiene voz para preguntarlo.

—Hace un año a Juan le ofrecieron un ascenso en la empresa —comienza a contarnos—. Le explicaron que quizá tendría que trasladarse a Canadá dentro de un año y, bueno... lo estuvimos pensando. Era una oportunidad irrechazable. Me imagino que Carlos no sabe mucho al respecto porque él se ha ido centrando en otros departamentos —añade, mirándome a mí; yo asiento.

—Las renovables —aporto.

—Eso —continúa Gala—. La cuestión es que, tras meditarlo mucho, lo aceptó. Ya no era solo por la familia, nuestra vida aquí, vosotras, sino también por mi trabajo. Al fin y al cabo, voy a dejarlo todo y no puedo ejercer de la misma forma allí que aquí. Estos últimos meses, cuando le confirmaron a Juan la necesidad del traslado, yo estuve meditando qué hacer. Me planteé si quedarme aquí mientras él estaba allí y organizarnos para compaginarlo todo, pero, chicas, no puedo estar sin él. No quiero. Además, me he dado cuenta de que necesito un descanso, y esto nos lo brinda en bandeja. Así que... ya veis. Nos vamos a Canadá.

—Oh, Dios... —Solo puedo decir esto.

—¿Durante cuánto tiempo? —Elsa hace la pregunta que todas tenemos en mente.

—Seguramente por tres años. —Gala hace una mueca—. Si todo va bien. Quizá...

—Todo irá estupendamente. Los dos sois unos cracs —interrumpe Diana, y todas asentimos.

—¿Y cuándo...? —No termino la pregunta, pero por la tristeza en su mirada sé que adivina a qué me refiero.

—En agosto.

—¿Qué? —dice Diana sorprendida, al igual que nosotras dos.

—Sí, chicas. Lo siento, no... no podía decirlo. Me daba tanto miedo. Este último año han pasado muchas cosas, y hasta el mes pasado no decidí irme, pero no quería empañar la historia con tu hotel, ahora que estabas tan emocionada, tan... Perdonadme. No he sabido gestionarlo bien.

Gala baja la cabeza, completamente abatida y todas volvemos a abrazarla, a abrazarnos.

Nos decimos palabras de ánimo, pues en el fondo es una gran noticia. Una oportunidad para ellos.

—¡Me pido ser la primera en ir a visitaros! —dice Diana dando saltitos.

—Eres una oportunista, tía —me quejo yo, que estaba a punto de decir lo mismo.

—Creo que, si os apetece, podréis venir a la vez —se ríe Gala, luciendo todavía el rastro de sus lágrimas.

—Iremos las cuatro —asiente Elsa, a quien miramos—. Estoy convencida de que, diga lo que diga Cole, es una niña.

—Iremos las cuatro, sí —sonríe Diana al repetirlo.

—No sé qué pensáis, pero nuestro grupo empieza a parecer el guion de una película de Hitchcock. Todas con secretos... ¿Diana, Nagore? Vosotras no tenéis ninguno, ¿verdad?

Diana sonríe al tiempo que niega con la cabeza, pero yo me mordisqueo el labio. Elsa bufa.

—Por favor, ¿qué? No me digas que tiene algo que ver con el espantapájaros que tienes como nuevo huésped.

—¿«Espantapájaros»? —pregunta Gala extrañada.

—Joel —le aclaro—. Elsa, querida, a veces puedes ser una auténtica víbora.

Elsa me guiña el ojo y yo suspiro.

—Pero, no, ese no era el secreto. Con Joel iré a hablar luego, creo que tengo que explicárselo todo bien e intentar que sus sentimientos no sigan por los suelos. El secreto es que tengo ratones en el hotel.

—¿¡Qué!? —chillan las tres a coro.

Son las doce de la noche y estamos en el jardín observando el fuego de la hoguera que pedí que se preparara.

Sujeto con firmeza un trozo de papel en el que he escrito un deseo; sé que rompo con la tradición de escribir cosas que uno quiere que desaparezcan de su vida, pero he querido darle la vuelta para enfocarlo desde una perspectiva más bonita.

Soy la última en lanzarlo; veo que el fuego se lo come, al igual que los papeles de los demás.

Vuelvo a los brazos de Carlos, que me besa la sien cuando me apoyo en su pecho, y sin poder evitarlo, las busco. Miro a las chicas, a mis chicas.

Están observando el fuego, e irremediablemente pienso en todo cuanto ha pasado en nuestras vidas. Cómo hemos ido avanzando y superado las zancadillas que nos interpone la vida; y, pese a todo, aquí nos mantenemos: más unidas que nunca y preparadas para todo lo que está por venir.

Sonrío. Lo hago ampliamente en cuanto tomo consciencia de que no puedo tener aún más suerte en esta vida. Estoy rodeada de la gente que quiero, en el lugar que soñaba.

No sé cuál de los chicos propone ir a servirse otra copa, pero uno a uno nos dejan solas frente a la hoguera y rodeamos a Gala, que vuelve a tener lágrimas en los ojos.

—Chicas, os voy a echar mucho de menos —dice con un leve sollozo.

—Ya verás que no —digo yo, conteniendo las lágrimas—. Hablaremos cada día, como siempre. El cambio de hora no supondrá ningún problema, será como si estuviéramos al lado.

—¿Y si sale mal? —pregunta Gala.

—No saldrá mal, pero si pasara, tenéis un lugar al que volver

—le contesta Elsa al tiempo que choca su cadera de manera juguetona con la de ella, consiguiendo que sonría.

—Será una gran aventura —añade Diana.

—Sí —asiento yo.

Nos quedamos estudiando el fuego en esa posición, con los brazos entrelazados, y nos damos cuenta de que dentro de poco una de nosotras no estará aquí, pero en vez de ponerme triste, propongo algo:

—Hagamos una promesa. —Las tres se vuelven para mirarme —. Cada San Juan nos juntaremos para celebrarlo de esta manera. Da igual el sitio, la distancia. Pero siempre tendremos nuestro fuego al que lanzar nuestros deseos.

—Hecho —promete Gala con una amplia sonrisa, y Elsa y Diana asienten emocionadas.

Las cuatro nos centramos de nuevo en el fuego, conocedoras de que ese simple instante de nuestras vidas nos quedará grabado en la memoria.

—Oye, Nagore —habla entonces Elsa—. Quiero que sepas que el nombre del hotel es perfecto.

Sonrío ampliamente.

—Lo sé —contesto orgullosa.

Consejos para días azules

Cuando mi gran amiga Elsa me brindó la oportunidad de dedicaros unas palabras, he de confesar que reaccioné un poco asustada.

Tuve ese tipo de susto que te hace sentir incapaz de todo, ese que, cuando batallas y ganas, da una gran satisfacción por haberlo superado.

He dado muchas vueltas a cómo enfocar lo que os quiero contar, pues no es nada fácil explicarlo sin teneros media vida con la vista frente a la pantalla, ya sea de ordenador, tablet o móvil.

Mi chica de los días de colores me pidió que eligiera incluso el color, y, sí, este es. El azul.

No lo escogí sola, sino que otra gran amiga me ayudó, y creo que no existía un modo mejor. Los días azules tienen que ser una suma, porque, para restas, la vida ya está llena de restas.

Resulta increíble que demos las cosas por sentadas, que banalicemos incluso el hecho de respirar, y que un simple momento pueda cambiarlo todo y te haga ver la realidad.

Pero yo no vengo a hablaros de eso.

Yo quiero hablar de ese momento en el que tomas consciencia de todo lo bonito, de la suerte de la vida, que no es sino esa gente que te rodea, que te quiere y a la que quieres tú también.

No hay nada más valioso que eso, no es necesario que os lo asegure, sé que sois conscientes de ello; únicamente os quiero dar un consejo, que para eso acudo aquí.

Uno sencillo y conciso: exprime estos momentos al máximo, celebra las ironías, los baches y las peculiaridades de la vida, porque esas cosas han hecho que te encuentres donde estás, han traído a tu vida personas que ahora son imprescindibles, lugares nunca imaginados y perspectivas que jamás habrías contemplado.

Disfruta, y regálate días azules, te lo agradecerás.

Epílogo

Dos años después

Veo que Valerie se encarga de recibir a los últimos clientes, y le hago un gesto discreto para que sepa que ya me voy.

Este último mes he pasado menos por el hotel, pero sé que mi hermana lo sabe llevar estupendamente, y eso me aporta una tranquilidad que ahora mismo agradezco enormemente.

Busco en el bolso las llaves del coche y abro mi pequeño Fiat 500. Al final, al ver que el hotel marchaba bien, no me quedó más remedio que sacarme el carnet de conducir porque no podía depender constantemente de la gente para que me acercaran, sobre todo cuando, a los pocos meses de la apertura, me fui a vivir con Carlos.

Eso sí, suelo aparcar a las afueras, y no en pleno centro de San Lorenzo. Prefiero andar un poco que aguantar la presión de tener algún coche detrás esperando a que lo consiga... Lo dejo algo alejado del centro y doy un tranquilo paseo hasta allí.

Suena mi móvil, es Carlos.

—¡Hola! —respondo con una amplia sonrisa.

—¿Ya estás? —pregunta él al otro lado de la línea.

—Estoy llegando, estoy llegando.

—Te podría haber acercado yo —se queja, y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Y para qué tengo mi coche?

—No sé si a eso se le puede llamar «coche» —me pincha, y desde aquí puedo oír la sonrisa en su voz.

—Por favor... —me burlo, y le hago reír; mientras tanto,

cruzo la calle y me topo de lleno con la cafetería—. Acabo de llegar. ¿Ves como ya estaba cerca? —le digo al detenerme.

—Perfecto. Luego me cuentas, ¿vale? Dales un beso de mi parte —me pide, y yo asiento.

—Te quiero —contesto.

—Y yo a ti.

Cortamos la llamada y entro con una gran sonrisa en la cara, porque las veo ahí dentro.

Diana y Elsa ya han llegado, aunque la única que está sentada en nuestra mesa es Diana, pues Elsa está paseando de la mano de Julia, a quien se le ilumina la cara cuando me ve.

—¡Ha llegado la tía, Julia! —dice Elsa, que está algo inclinada mientras su hija me señala y caminan ambas hacia mí.

—Cada día te pareces más a tu padre. —Sonrío y me pongo en cuclillas para poder abrazar y achuchar a la niña, que se ríe la mar de contenta.

—Yo le he dicho lo mismo —dice Diana, encantada cuando Julia pasa de mí tras el saludo y se dirige hacia ella, siempre de la mano de su madre.

—Venga, sí, decid que sí —se queja Elsa, dedicándome un gesto mohíno—. Por favor, por lo menos disimulad. Porque esto es el colmo de todos mis males. Me como yo todo el embarazo y el parto, y encima se parece a él. —Diana y yo nos reímos, y Elsa me mira con maldad—. Ya verás qué risa te entrará si te pasa; por cierto, ¿eres capaz de levantarte ahora?

Por toda respuesta, me incorporo.

—Querida, estoy embarazada, no coja. —Me siento en la silla; Elsa me imita y empieza a sacar algunas ceras de colores para que Julia garabatee.

—Yo qué sé; yo, al quinto mes, estaba hecha una albóndiga. Tan solo podía dejarme rodar.

—Qué exagerada eres, de verdad —se ríe Diana mientras

remueve su té.

—Me voy a pedir otro. Por cierto, ¿cuándo ha dicho que iba a llegar? —pregunto yo, dispuesta a levantarme para acercarme a la barra.

Sin embargo, las caras de Diana y Elsa se iluminan, y al volverme veo a Gala, que chilla emocionada en la puerta del local.

Nos da igual que la clientela se vuelva para mirarnos; sin un ápice de vergüenza, las tres nos levantamos para abrazarnos.

—¡Oh, Dios mío, estás guapísima! —estalla Diana mientras nos separamos.

—Vosotras sí que estáis guapas —contesta Gala con la emoción en la mirada, como el resto—. ¡Ay, Nagore! —dice al tiempo que me señala la tripa, la cual yo acaricio.

—¡No me creo que estés aquí! —Elsa verbaliza lo que pensamos todas , y volvemos a la mesa, momento en el que Julia nos mira y Gala se le acerca.

—Señorita, ¿te acuerdas de quién soy? —le pregunta mientras Julia asiente con una amplia sonrisa y su pelo rubio revuelto—. Eres igualita a...

—Sí, sí, a su padre —gruñe Elsa, con los ojos en blanco.

Las demás nos reímos y nos sentamos a la mesa; Gala lo observa todo con emoción.

—No me puedo creer que esté aquí —dice con una amplia sonrisa mientras estudia nuestra cafetería, que sigue como todos estos años.

—Pero, venga, no nos tengas así —la interrumpe Diana—. ¡Dinos!

—Sí, eso —asiento yo—. No podemos con los secretos sorpresa. ¿Qué pasa?

—¿Queréis saberlo ya? —Una sonrisilla aparece en el rostro de nuestra amiga, y las tres nos inclinamos hacia delante—. ¿No preferís que os lo diga ante el fuego, tras la quema de los

deseos?

—No. Porque entonces todos nuestros deseos serán para saber qué tienes que decirnos y para que sea algo bueno, por Dios —añade Elsa, y Diana asiente con determinación.

—Está bien, está bien —sonríe Gala. Hace una pausa para crear más tensión mientras nos mira con esa sonrisilla suya—. ¡Volvemos a España!

Nuestras reacciones no se hacen esperar. Elsa se tira a los brazos de Gala, que se ríe encantada; Diana aplaude emocionada, y yo lloro y río. Las hormonas, ya sabéis.

—¡Los detalles, por favor! ¿Cuándo, cómo? —le pide Diana cuando nos tranquilizamos.

Es increíble que no nos llamen la atención por el revuelo que estamos montando, pero las sonrisas de los demás clientes nos indican que entienden lo que sucede.

—Ya hemos empezado con el papeleo, y Juan ha recibido el ok por parte de la empresa... Ya sabéis, chicas, ha sido muy emocionante. Una gran aventura, pero estar lejos de los nuestros es difícil.

Todas asentimos y yo me inclino para cogerla de la mano, esa que tiene apoyada sobre la mesa.

Elsa no tarda en imitar mi gesto, como Diana, y las cuatro sonreímos emocionadas, algunas, todavía, con restos de lágrimas en los ojos.

Pero son lágrimas de las buenas, de las que expresan alegría por alguien a quien quieres. Y mientras poco a poco nos ponemos al día desde la última videollamada que compartimos apenas hace unos días, antes de que Gala cogiera el avión para pasar unas semanas en España, inevitablemente pienso en lo afortunadas que somos.

En que estamos en el punto en el que todo empezó, en este pueblo que vio cómo nos hacíamos amigas, crecíamos y culminábamos cada una de nuestras etapas; pienso en la que

nos encontramos y en las que nos esperan...

Elsa se ríe escandalosamente de un comentario de Diana, y Gala me mira a mí mientras yo niego con la cabeza poniendo los ojos en blanco. En ese instante, noto que alguien se mueve dentro de mí, y llevo la mano a mi abultadísima tripa para acariciar ese bultito que se acaba de apoyar en la parte lateral.

—¿Iris no para quieta? —quiere saber Gala.

—Va a ser un terremoto —nos promete Diana, y yo me río, porque, efectivamente, tiene claras papeletas para serlo.

—Esta será su primera noche de San Juan —dice Elsa jugueteando con las cejas—. ¿Quemarás un deseo de su parte?

—¿Podré? —pregunto.

—Claro, cielo. Ya es parte del grupo —asiente Diana mientras acaricia a Julia, que sigue pintando absorta.

Asiento y me toco de nuevo la tripa, que se vuelve a mover, como si la niña supiera que estamos hablando de ella.

Y mientras nuestra conversación sigue, yo me quedo en este instante. Sé que, como todos los años, el deseo será tenerlas a mi lado, como siempre, junto al hombre de mi vida, ese que ahora me acaba de mandar un mensaje.

No hay mejor deseo. No hay mejor lugar.

Siempre, nosotras.

Agradecimientos

La verdad es que estos son los agradecimientos más difíciles a los que me he enfrentado nunca. No por el hecho en sí, sino por lo que significan.

Significan decir adiós a las chicas, a mis chicas. No podéis haceros una idea de lo importantes que son para mí. Me costó la vida escribir el epílogo, ser consciente de que ya no voy a saber más de ellas... También, no lo voy a ocultar, porque en esta historia trato temas muy personales, duros, no voy a negarlo, que remueven demasiado por dentro... así que os podéis imaginar lo que he estado posponiendo el escribirlos.

Quienes habéis llegado hasta aquí, antes de nada, sí, la enfermedad que se narra en este libro está basada tanto en mi experiencia personal como en la de otras personas, así que, por favor, os pido todo el respeto posible en el caso de que queráis comentarlo. Gracias por la comprensión.

Por supuesto, el tema no se ha tratado con toda clase de detalles científicos, pero ese no era mi objetivo, al igual que no he ahondado en todos los detalles técnicos que conlleva una reforma, me imagino que lo entenderéis.

Dejado eso aclarado, creo que es el momento:

No puedo empezar sin darte las gracias a ti, Cris. Porque cuando te dije lo que quería relatar, no dudaste ni un segundo en abrirte a mí, en contarme tu historia. Hemos llorado, hemos reído, y hemos compartido esos recuerdos y vivencias. Mis más sinceras gracias, ya no solo por ello, sino por estar en mi vida. Te quiero, lo sabes, y espero que esto esté a la altura.

Por supuesto, gracias a Aranzazu Sumalla y Carmen Romero.

No puedo tener mejores editoras. Gracias por mimar a las chicas de esta forma con el fabuloso equipo de Penguin Random House. Sois lo más.

A Pablo y David, mis agentes, que tanto me aguantáis. Gracias por guiarme en este apasionante mundo.

A Juanjo Ginés, por su ayuda y consejo. Siempre estás ahí. Gracias.

A los chicos de La Tarara, Sergio y Moisés, especialmente (con tu permiso, Moisés) a Sergio. Los libros nos unieron y no puedo ser más afortunada.

Por supuesto, a mi marido Alberto. Sí, se me hace raro llamarte así, jiji, pero me encanta. Gracias por ser como eres. Gracias por cruzarte por mi camino. Gracias.

A toda mi familia, que no os puedo nombrar uno a uno porque sois un porrón y esto sería eterno. Pero gracias por vuestro apoyo e ilusión con cada uno de mis libros.

No puedo terminar sin mencionaros a vosotras, chicas. Sois mi familia elegida, mis hermanas. Os quiero y soy muy afortunada por teneros.

Y por descontado, no deseo acabar sin daros las gracias a vosotros, sí, a ti, que estás leyendo hasta esta última frase.

Gracias por leer cada libro nuevo, por cada comentario, mensaje, reseña. Sin ti, querido lector, esto no tendría sentido ni sería posible. Gracias infinitas. Espero que nos veamos muy pronto, por lo menos, en la próxima historia

En la vida siempre hay un momento en que parece que todo se alinea para avanzar, o eso es lo que nos cuentan.

Ahí supuestamente me encuentro yo: preparada para montar mi hotelito de ensueño, con la mente serena, con mi ex OLVIDADÍSIMO, a punto para lo que está por venir. Ah, no, para lo que viene nadie está preparado. NADIE.

Pero no pasa nada. Aquí estoy yo: Nagore, la echada para adelante. Preparaos para venir conmigo. Eso sí, no vamos solos. Nos acompañan risas y también lágrimas, alguna copa de más, momentos «tierra trágame» (de esos, más de los que me gustaría), cierto sujeto que me quita el sueño colándose bajo mi piel, unas ¿pequeñas? dosis de mala suerte y, por supuesto, una buena tanda de consejos. Porque eso es lo que una necesita siempre, además de los que dan las amigas de verdad.

Entendedme, pensaba que mi vida ya era complicada en el punto en que lo dejamos y no me podía imaginar la que se iba a liar, pero cuando te preguntan: ¿cuál es tu color?, alguna respuesta tienes que dar. «Depende del día».

Ya conocéis los días rojos de Elsa y los rosas de Diana…
Ahora toca conocer mis azules, ¿no?

Paula Ramos nació en Madrid en 1989. Amante de la lectura, comenzó a escribir sus primeras historietas a los doce años, y desde entonces no ha parado de crear mundos y personajes. Graduada en Bellas Artes y Diseño, compagina estas dos grandes pasiones con la escritura. Su primera novela autopublicada, *Caminos cruzados*, salió a la luz en mayo de 2013. Después se adentró en la novela juvenil romántica con la bilogía de Abril (*Firmado, Abril* y *Cartas para Abril*) y *Pinkies Girls* (2020). Dentro del género fantástico publicó *Los cuatro reinos* (2018) y su continuación, *Los reinos olvidados* (2019). Con la trilogía formada por *Manual para días rojos*, *Instrucciones para días rosas* y *Consejos para días azules*, se adentra en el género romántico adulto.

Edición en formato digital: mayo de 2022

© 2022, Paula Ramos
Autora representada por Editabundo Agencia Literaria, S. L.
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Imagen de portada: Anna Bellvehí

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7053-1

Composición digital: www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros
Instagram: edicionesb_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Personaje de la película *Up*, de Pixar.

[2] Personaje protagonista de la película *Cry Baby*.

[3] Raza de orcos, en el mundo fantástico de *El señor de los anillos*.

[4] Farmacéutico Interno Residente.

[5] Dialecto del pueblo ficticio del mismo nombre, en las novelas de *Juego de tronos*.

Índice

Consejos para días azules

20 de agosto

20 de agosto

20 de agosto

20 de agosto

20 de agosto

20 de agosto

20 de agosto

21 de agosto

21 de agosto

21 de agosto

22 de agosto

22 de agosto

23 de agosto

23 de agosto

1 de septiembre

1 de septiembre

4 de septiembre

4 de septiembre

4 de septiembre

6 de septiembre

6 de septiembre

6 de septiembre

6 de septiembre

6 de septiembre

6 de septiembre

7 de septiembre

7 de septiembre

14 de septiembre

Octubre

Noviembre

Diciembre

1 de enero

13 de enero

3 de febrero

8 de febrero

14 de febrero

14 de febrero

18 de febrero

18 de febrero

19 de febrero

19 de febrero

21 de febrero

22 de marzo

26 de marzo

26 de marzo

26 de marzo

27 de marzo

28 de marzo

28 de marzo

31 de marzo

31 de marzo

Joel

15 de abril

15 de abril

Carlos

15 de abril

15 de abril

19 de abril

19 de abril

30 de abril

3 de mayo

3 de mayo

14 de mayo

15 de mayo

Carlos

15 de mayo

15 de mayo

21 de mayo

22 de junio

La inauguración

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Paula Ramos

Créditos

Notas